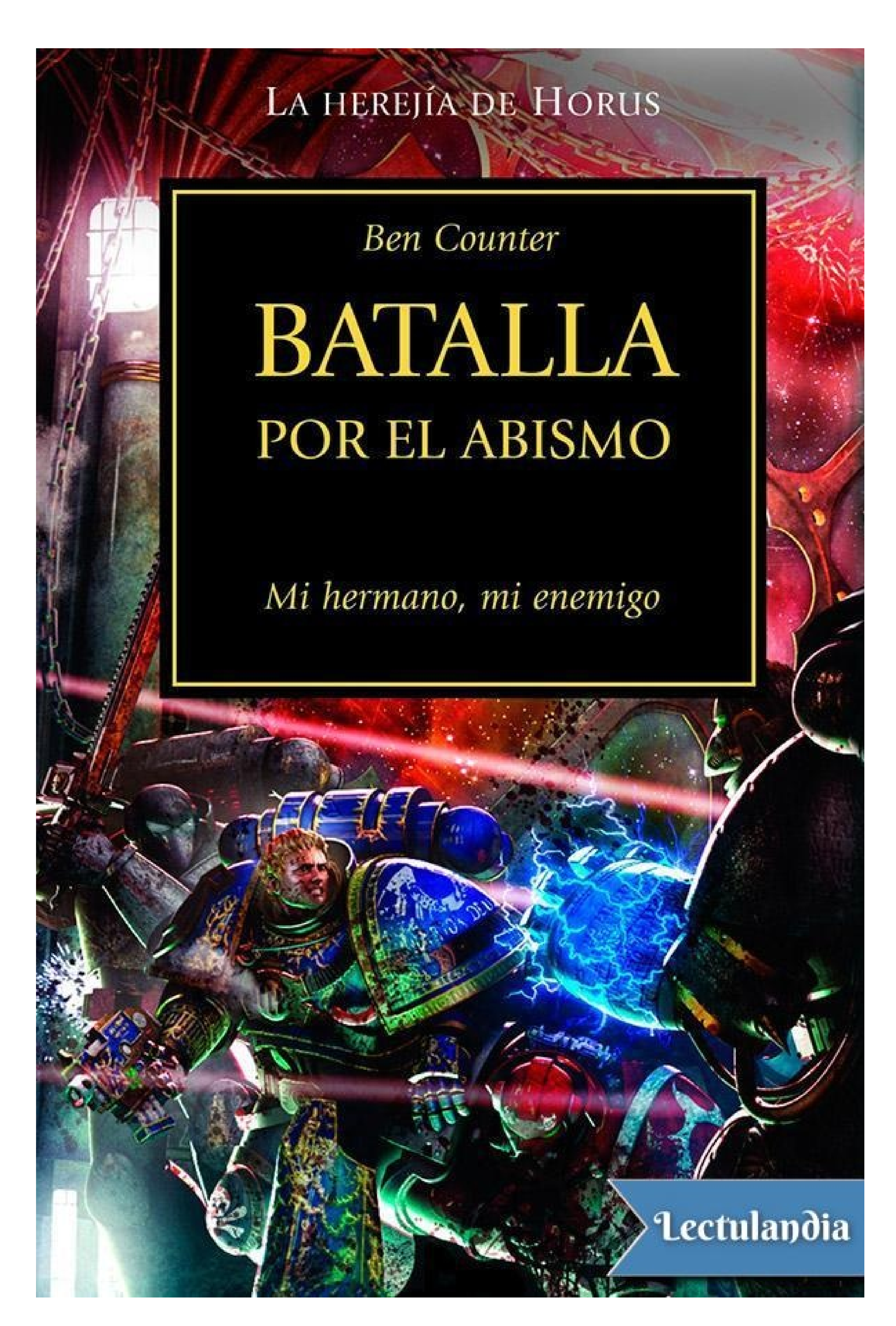

La herejía de Horus
Ben Counter
BATALLA
POR EL ABISMO
Mi hermano, mi enemigo
Lectulandia

La esperada continuación del relato épico La Herejía de Horus, la guerra civil galáctica que estuvo a punto acabar con la humanidad.

La traición de Horus ya es conocida por todos, y ha llegado el momento de que todos sean puestos a prueba. Cuando el Señor de la Guerra despliega abiertamente sus fuerzas, llega a conocimiento de los Astartes leales que los Portadores de la Palabra han enviado una flota contra Ultramar, el hogar de los Ultramarines. A menos que logren interceptarla y destruirla, es muy posible que los Ultramarines sufran un daño del que jamás sean capaces de recuperarse.

Lectulandia

Ben Counter

Batalla por el abismo

Mi hermano, mi enemigo

Warhammer 40000. Herejía de Horus 8

ePub r1.6
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *Battle for the Abyss*
Ben Counter, 2008
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández (2009)

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes, que han conducido las ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otras. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador. El más importante entre los primarcas es Horus,

llamado «el Glorioso», la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, e igual que un hijo es para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extiendan por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se verán enfrentados a su mayor desafío.



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Ultramarines

CESTUS	Hermano capitán y comandante de la flota, séptima compañía
ANTIGES	Guardia de honor, hermano de batalla
SAPHRAX	Guardia de honor, portaestandarte
LAERADIS	Guardia de honor, apotecario

La Legión de los Portadores de la Palabra

KOR PHAERON	Archicomandante
ZADKIEL	Almirante, *Abismo Furioso*
BAELANOS	Capitán primera compañía
IKTHALON	Capellán, *Abismo Furioso*
RESKIEL	Sargento-comandante, *Abismo Furioso*
MALFORIAN	Maestre de armamento, *Abismo Furioso*
ULTIS	Hermano novicio

La Legión de los Lobos Espaciales

BRYNNGAR	Guardia del lobo

RUJVELD	Garra sangrienta

La Legión de los Devoradores de Mundos

SKRAAL	Hermano capitán

La Legión de los Mil Hijos

MHOTEP	Hermano sargento y capitán de flota, *Luna Menguante*

El Mechanicum de Marte

KELBOR-HAL	Fabricador general
GUREOD	Magos, *Abismo Furioso*

La Flota Saturnina

KAMINSKA	Vicealmirante, *Iracundo*
VENKMYER	Contramaestre, *Iracundo*
ORCADUS	Navegante principal, *Iracundo*
VORLOV	Capitán, *Inagotable*



UNO

PORTADORES DE LA PALABRA
QUITÉMONOS LAS CAPAS
LA MUERTE DE CRUITHNE

El Mons Olympus ardía con fuerza y lanzó un chorro de fuego hacia el cielo. Bajo el inmenso edificio de roca se extendía la principal metrópolis de Marte. Las factorías, las calles y los pasajes estaban abarrotados de acólitos vestidos con túnicas rojas a los que seguían obedientemente los servidores lobotomizados, los artefactos bípedos, los sirvientes y los skitarii de andar imperioso. Los racimos de habitáculos rematados en cúpulas, las torres de refrigeración de aspecto sombrío y los templos forja monolíticos competían por el espacio disponible en mitad de la polvareda roja. Las chimeneas gigantescas, ennegrecidas por milenios de funcionamiento, vomitaban un humo espeso y acre al cielo ardiente.

Las enormes calderas de compresión lanzaban chorros de vapor por encima de la inmensa extensión industrial e igual que si fuera el aliento de los dioses; lo mismo que ocurría con los hornos de fundición arcanos excavados en el corazón del mundo. Se trataba de una conurbación tan inmensa, tan insondable, tan laberíntica, concentrada e intrincada como su atareada población.

Aquellas tareas innumerables e insignificantes tenían la misma importancia que un trozo de carbón en uno de los hornos de fundición situados en las forjas montañosas, tal era la empresa que se iba a llevar a cabo aquel día. Pocos conocían su importancia, y muchos menos fueron testigos de la partida de la lanzadera anónima que despegó de un cráter oculto en el Valles Marineris. La nave se adentró en la estratosfera después de dejar atrás nubes la carmesíes de contaminación. Atravesó tormentas de polución de color púrpura y negro, y columnas de calor geotérmico que

abrían grandes huecos en la atmósfera para llegar a la helada mesosfera. La cubierta metálica de la nave se puso al rojo vivo a causa de la fricción. Los motores de plasma rugieron a medida que la empujaban hacia la termosfera, donde los rayos del sol convertían aquella zona en un infierno de calor perpetuo. Finalmente, dejó atrás la exosfera y el esfuerzo de la nave se vio reducido. Iba a ser un viaje sólo de ida. Las balizas de rastreo preestablecidas no tardaron en localizar su destino, que estaba mucho más allá del polvo rojizo del cielo marciano, muy tejos de ojos inquisitivos y preguntas incómodas. La nave se dirigía a Júpiter.

Thule llevaba seis milenios orbitando alrededor de los muelles de Júpiter. Se encontraba muy por encima de la superficie de su planeta anfitrión, ya que flotaba de forma segura entre las lunas de mayor tamaño de Júpiter: Calisto, Ganímedes, Europa e Io. Era un trozo de roca de aspecto feo de forma irregular a causa de la gravedad.

Todo aquello tenía muy poca importancia para el Mechanicum. ¿Qué consideración merecía el aspecto estético en el corazón de la máquina? Precisión, exactitud, funcionalidad: eso era todo lo que importaba.

Aunque en un principio no iba a ser nada demasiado considerable, Thule se estaba convirtiendo en algo más que en un simple trozo de roca desierta. La habían perforado con unas enormes máquinas taladradoras y la habían acribillado de pasadizos, túneles y estancias. Millones de operarios, máquinas y acólitos trabajaban con esfuerzo denodado en aquel laberinto subterráneo debido a la enormidad de la tarea que les habían encomendado realizar. Thule se había convertido en una gigantesca factoría de templos de forja y compresores, y una inmensa maquinaria gravitatoria constituía su núcleo palpitante. Aquella estructura se extendía desde la superficie mediante unos tentáculos metálicos rematados por unas cúpulas, que se apoyaban en ellos y que se mantenían aferradas como lapas a la roca gracias a unos neumáticos. Thule no era simplemente un asteroide de forma irregular. Era un astillero orbital de Júpiter. Y acababa de recibir invitados.

—Nos encontramos en el umbral de una nueva era —la voz de Zadkiel resonaba a través del amplificador que llevaba incorporado en la gorguera de la armadura y llegaba con fuerza a todos los rincones de aquella estancia gigantesca.

A su espalda se extendía la estructura exoesquelética del astillero de Thule, que alzaba su mole de aspecto impresionante hacia el espacio frío y vacío. Allí, en el interior de una de las cúpulas del asteroide, tanto él como los suyos se encontraban protegidos de las condiciones de la superficie del lugar. Los vientos solares azotaban la roca desnuda hasta dejarla completamente blanqueada, y la erosión inexorable creaba un miasma de nubes de polvo cargadas de nitrógeno.

—¡Se alza un amanecer rojo que ahogará a nuestros enemigos en su propia sangre! ¡Prestad atención al poder de la Palabra y sabed que ése es vuestro destino! —aulló Zadkiel mientras pronunciaba el sermón con gesto y ánimo fervorosos desde un púlpito de obsidiana. Los versículos que llevaba escritos sobre los rasgos patricios de su rostro y sobre el cráneo rapado añadían una gravedad innecesaria a la oratoria de Zadkiel. Sus ojos, grises y de mirada turbulenta, transmitían vehemencia y seguridad. Zadkiel se agarraba con decisión a los bordes del atril con unos guanteletes de decoración barroca. Llevaba puesta una armadura de combate de ceramita roja abarrotada con elementos decorativos que todavía no presentaba señal alguna de haber participado en un combate. Mostraba numerosos cuernos de Colchis en honor al planeta natal del primarca y como símbolo de un legado distinguido, y esa armadura representaba la nueva era de la que Zadkiel hablaba.

La Legión de los Portadores de la Palabra había tenido que ocultar su verdadera naturaleza desde hacía demasiado tiempo. Por fin había llegado el momento de dejar a un lado la fachada de obediencia y sumisión, las ataduras del compromiso y de la renuncia. Su servoarmadura nueva, recién salida de las forjas de Marte y con la superficie cubierta por las epístolas de Lorgar que habían grabado sobre ella, era una prueba de ese compromiso. Las armaduras de color gris granito habían sido destruidas en el corazón del Mons Olympus. Renacerían provistos del nuevo equipo, ejemplo de sabiduría.

Un inmenso océano de color carmesí se extendía delante de Zadkiel, que permanecía firme detrás del púlpito de piedra. Un millar de astartes seguían su sermón con atención absoluta, todo un capítulo dividido en diez compañías, cada una de cien guerreros, y con sus capitanes al frente. Todos escuchaban con fervor la Palabra.

Los legionarios mostraban un aspecto magnífico con sus servoarmaduras y con los bólters empuñados en posición de saludo, que aferraban con los guanteletes como si fuesen reliquias sagradas. La armadura de Zadkiel era idéntica a la de sus guerreros, aunque estaba cubierta de tiras de pergamino con plegarias, con los pellejos de escritura quemada con las letanías de combate y con las páginas ensangrentadas arrancadas de los sermones de castigo que le habían fijado sobre la superficie. Cuando hablaba, lo hacía con la misma convicción fanática de la retórica que llevaba encima.

—Prestad atención al poder de la Palabra, y sabed que ése es vuestro destino.

La multitud allí reunida rugió aclamándolo, las voces convertidas en una sola.

—¡Tenemos nuestra lanza de la venganza. Clavémosla en el corazón de Guilliman y de su débil legión! —gritó Zadkiel, entusiasmado por sus propias proclamas vitriólicas—. Mucho tiempo hemos esperado el justo castigo. Mucho tiempos hemos pasado en la sombra.

Zadkiel dio un paso adelante y levantó una mano en dirección a la multitud. Su mirada, dura como el hierro, urgió a los guerreros a que mostraran mayor fervor todavía.

—Ha llegado el momento —continuó diciendo, al mismo tiempo que daba un puñetazo sobre el atril para recalcar la afirmación—. Nos quitaremos de encima todas las falsedades y las cadenas de nuestra obediencia fingida —dijo con un gruñido, como si esas palabras le dejaran un regusto amargo en la boca—. ¡Quitémonos las capas que nos ocultaban y mostremos nuestra verdadera gloria! Hermanos, somos los Portadores de la Palabra, los hijos de Lorgar. Que las apasionadas palabras de nuestros apóstoles sean cuchillas envenenadas para los corazones de los perros falderos del Falso Emperador. Sed testigos de nuestra ascensión a la gloria —concluyó, y se dio la vuelta hacia la gran arcada que se alzaba a su espalda.

Una nave gigantesca llenaba el espacio que se abría tras el polímero blindado de la cúpula. Estaba rodeada de máquinas y artefactos enormes cargados de artilugios. Daba la sensación de que aquel andamio, que servía de apoyo a las hordas de servidores y de visioingenieros, había sido construido a su alrededor. Los gruesos manojos de tubos reforzados aliviaban la presión pneumática que suponía mantener elevada una nave de aquel tamaño inmenso. Sobre el casco decorado de la nave se alzaban catedrales, y sus torres se erguían ansiosas hacia las estrellas como dedos retorcidos. Su blindaje era tan poderoso que sería capaz de resistir el ataque concentrado de una batería de defensas láser.

De hecho, se había construido precisamente con esa idea. La proa achatada y en forma de bala, y el modo en el que los costados se abrían para abarcar la enorme zona central de la nave, indicaban una tremenda fuerza y precisión. Tres gigantescas cubiertas almenadas se extendían a partir de aquel punto, igual que las hojas afiladas de un tridente estigio. Las baterías láser dobles relucían en los costados con el brillo apagado propio del metal pulido. Una sola andanada de aquellas armas habría destrozado por completo el hangar de carga y a todos los que se encontraban allí. Las monturas de los cañones se encontraban colocadas en bloques angulares de metal repletos de portillas de observación que sugerían la multitud de cámaras que había en su interior. Las formas agresivas de las torretas defensivas situadas a lo largo de la zona dorsal y ventral y los huecos de los tubos lanzatorpedos manifestaban una vocación de violencia.

Las torres de antenas puntiagudas surgían de las numerosas cubiertas secundarias, y se alternaban con más baterias de cañones y tubos lanzatorpedos. La panza de la nave, todavía visible a través del costillar de su estructura, relucía como el aceite y estaba repleta de docenas de hangares para las escuadrillas de aeronaves de caza.

En la popa, los enormes revestimientos de los escapes de los cohetes de el brillo apagado de los motores encendidos y preparados desencadenar la energía suficiente

para alejar de Thule a la nave de combate. Los tubos de salida, semejantes a hexágonos cromados, enormes y de aspecto tan impresionante que quedarse mirando sus núcleos apagados era ahogar todo sentido y razón en un abismo negro e insondable.

Por fin, las cubiertas de protección se apartaron de la proa y dejaron la vista un enorme mascarón: la figura de un libro envuelto por llamas forjadas en oro y plata. Las palabras de los escritos de Lorgar estaban grabadas en sus páginas con letras de varios metros de altura. Era la nave de mayor importancia y tamaño que jamás se hubiera construido, única en todos sus aspectos, y más poderosa de lo imaginable.

Tal era la impresión que causaba, semejante a la de una criatura nacida de las profundidades de un océano antiguo e infinito que incluso Zadkiel se quedó callado.

—Nuestra lanza ya está preparada —declaró Zadkiel al cabo de unos momentos con voz cargada de emoción—. He aquí la *Abismo Furioso*.

Aquella nave, aquella poderosa nave, había sido construida especialmente para ellos, y allí, en los astilleros jupiterinos, el momento largamente esperado se había producido por fin. Iba a ser un golpe contra el Emperador, un golpe en nombre de Horus. Nadie conocería la existencia de la nave hasta que fuera demasiado tarde. Se habían tomado todas las precauciones necesarias para que fuera así. El lanzamiento desde Thule, aquel lugar poco conocido y escasamente interesante, formaba parte del engaño, aunque tan sólo una parte. Zadkiel dio media vuelta para encararse hacia sus guerreros.

—¡Empuñémosla! —los incitó con una pasión vociferante—. ¡Muerte al Falso Emperador!

—¡Muerte al Falso Emperador! —le replicaron los allí congregados con una violenta oleada de sonido.

—¡Horus triunfante!

La disciplina desapareció por completo. La multitud allí reunida comenzó a rugir y a aullar igual que si estuviera poseída, al mismo tiempo que se golpeaban las armaduras con los puños. Se oyeron gritos proclamando juramentos de odio y promesas de lealtad devota. El estruendo en el interior del edificio se elevó hasta convertirse en un clamor infernal. Zadkiel cerró los ojos en mitad de aquel torbellino de devoción y disfrutó profundamente de aquel fanatismo. Cuando abrió los ojos, se volvió hacia la arcada y el panorama que ofrecía la *Abismo Furioso*. Sonrió con ferocidad al pensar en lo que representaba la nave, y se imaginó su impresionante potencial destructivo. No existía nada semejante en todo el Imperio, nada que rivalizase con su potencia de fuego ni que poseyera su resistencia. La habían creado con una misión muy clara, y necesitaría de toda esa fuerza y capacidad de resistencia para cumplir su objetivo: la aniquilación de una legión.

Otros contemplaban y escuchaban todo aquello desde los rincones más oscuros

del enorme hangar de descarga, convertido en una catedral improvisada. Unos ojos sin emociones observaban el despliegue de guerreros desde las sombras. Eran el producto del ingenio del Emperador, incluso de su arrogancia, pero no sentían nada a pesar de todo.

—Es curioso, mi señor, que los astartes muestren una respuesta tan emocional a nuestra tarea.

—Son carne, magos Epsolon, y por tanto, se ven sujetos a preocupaciones sin importancia —le indicó Kelbor-Hal al acólito de espalda doblada que se encontraba inclinado a su lado.

El Fabricador general había efectuado el largo viaje de Marte a Thule a bordo de su barcaza personal. Lo había hecho a propósito para dar credibilidad a su anuncio de que se disponía a efectuar una gira de revisión de los astilleros jupiterinos y de supervisión de la explotación de las minas atmosféricas de la superficie de Júpiter, además de inspeccionar las operaciones en Io y observar la producción de vehículos y blindados en las ciudades colmena de Europa. Todo aquello explicaba su presencia en Thule. Lo cierto era que el fabricador general quería estar presente en aquel momento histórico. No era el orgullo lo que lo impulsaba a hacerlo, ya que un sentimiento así estaba fuera de lugar en alguien como él, que estaba tan cerca de la comunión absoluta con el Omnissiah. Se trataba más de la obligación de señalar un acontecimiento semejante.

Para el fabricador general, los trabajos que debía realizar se parecían mucho los unos a los otros. Los requerimientos de la forma y la funcionalidad superaban la necesidad de ceremonia y pompa. Sin embargo, había acudido vestido con una túnica negra, un símbolo de su alianza con el señor de la guerra y de su entrega a su causa. ¿No lo había autorizado el adepto maestre Urtzi Malevolus a que forjara la armadura de Horus? ¿No había permitido también el uso de cantidades ingentes de material, de munición y de máquinas de guerra? Sí, había hecho todo aquello. Lo había hecho porque era algo que convenía a sus propósitos, algo con lo que se cumpliría un deseo implacable, o más bien una programación intrínseca a todos los sirvientes del gran dios-máquina: la de convertirse gradualmente en uno con su deidad mecánica. Horus había dado libertad absoluta a Marte para que prosiguiera con su búsqueda de la máquina divina, anulando así las prohibiciones impuestas por el Emperador. Para Kelbor-Hal, la cuestión de la fidelidad del Adeptus Mechanicum estaba por la lógica, y tan sólo había necesitado unos nanosegundos de computación.

—Él ve belleza donde nosotros vemos función y forma —le explicó el fabricador general—. La fuerza, magos Epsolon, la fuerza forjada a través del fuego y del acero, es lo que hemos creado.

El magos Epsolon, vestido también con una túnica negra, asintió mostrándose de acuerdo y sintiéndose agradecido por la sabiduría que había compartido con él su

señor.

—Son humanos, hasta cierto punto —le explicó el fabricador general— y nosotros estamos tan alejados de esa debilidad como los cogitadores que van a bordo de esa nave.

Kelbor-Hal era inusualmente alto, y se le veía el torso a través del borde irregular de sus ropajes. Allí dentro, los conductos rugosos y los servomotores semejantes a tentáculos reemplazaban a los órganos, las venas y los músculos. Kelbor-Hal ya era de todo menos humano. Ya no tenía rostro. Había preferido implantarse una máscara de acero frío a la que había añadido un curioso conjunto de diodos semejantes a orbes verdosos que sustituían a los ojos. De la espalda le salían una serie de brazos y mecadendritos, desplegados como las patas de una araña, y que iban provistos de cuchillas, sierras y todo tipo de maquinaria arcana. Su voz carecía de toda emoción, ya que surgía sintetizada de un implante vocal que zumbaba con frialdad e indiferencia artificiales.

El cronómetro interno de los engramas de memoria de Kelbor-Hal le advirtió del poco tiempo que quedaba mientras contemplaba cómo falange de astartes subía a bordo de la nave mediante unos tubos parecidos a cordones umbilicales que serpenteaban desde las rampas de acceso hasta la cúpula donde se encontraba. A la cabeza marchaba su pomposo líder, henchido de un orgullo flemático.

Los motores de la *Abismo Furioso* se activaron con un gruñido apagado y la enorme nave tiró hacia arriba de las agarraderas de apoyo. A aquello le siguió el zumbido bajo pero creciente de la energía procedente de los motores de plasma activados. Era un sonido que se captaba incluso a través de la cubierta de plástico de la cúpula. Puesto que la tripulación y los astartes ya se encontraban a bordo, la *Abismo Furioso* se preparaba para partir.

Del extremo de uno de los mecadendritos chasqueantes del fabricador general surgió una cápsula de datos, y éste la introdujo en una consola cilíndrica que emergió del suelo del hangar. Kelbor-Hal se conectó con el aparato y le suministró la secuencia de códigos necesarios para el despegue de la nave. Una serie de iconos aparecieron e iluminaron la superficie de la consola. El creciente zumbido de la toda la cámara de energía resonó esta vez por toda la cámara de lanzamiento.

El jefe magos Lorvax Attemann, un miembro del grupo de acólitos y ayudantes que se habían reunido para presenciar el lanzamiento, recibió permiso para activar la primera secuencia de explosiones que liberarían la *Abismo Furioso* y procedió sin ceremonia alguna.

Una hilera de explosiones, semejante a una costura de llamaradas, sacudió un costado del muelle. Los apoyos, los ensamblajes de montaje y los entramados de andamios cayeron hacia la oscuridad, donde unos remolcadores magnéticos se encontraban esperando para retirar los restos. Del casco de la nave surgieron pantallas

de protección de energía. Los últimos restos de combustible almacenados en las barcazas de repostaje estallaron formando unas bolas de fuego brillantes.

Los motores de plasma rugieron con fuerza y lanzaron una llamarada azul de fuego y calor sobre la superficie de Thule. Una nueva estrella empezó a elevarse hada el cielo oscuro, algo tan terrible y maravilloso que desafiaba toda descripción. Era un dios metálico tonante al que habían dado forma y que iluminaría la galaxia con el fuego de su cólera.

La *Abismo Furioso* se puso por fin en marcha. Kelbor-Hal se quedó contemplando cómo ascendía de forma majestuosa hacia el firmamento, y mientras estudiaba el potente retumbar de los motores, un diminuto vestigio de emoción apareció de repente en su interior. Fue algo efímero, apenas cuantificable. Accedió a los cogitadores internos, los conectó a sus engramas personales de memoria, y el fabricador general encontró su definición.

Era asombroso.

La nave transporte se mantuvo a la espera en lo más profundo de Thule, al punto adonde había llegado a través de una serie de túneles secretos y de cámaras apenas conocidas. Los servidores y los operarios no le prestaron atención mientras se acercaba, ya que las instrucciones con las que habían sido programados hicieron que se mantuvieran concentrados en sus tareas, por lo que la nave pasó cerca de ellos con lentitud, invisible, sin sufrir problema alguno. Una vez atravesó el laberinto de túneles, la nave esperó bastantes horas atracada en una pequeña antecámara que daba directamente al inmenso motor de gravedad situado en el núcleo del asteroide.

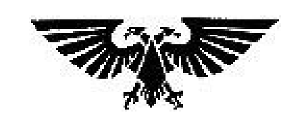
Una hora antes, la barcaza personal del fabricador general Kelbor-Hal había partido del lugar. El señor del Mechanicum había dejado que su subordinado, el magos Epsolon, organizara las tareas de limpieza posteriores al lanzamiento de la *Abismo Furioso*. Sería la última nave en abandonar Thule.

Unos protocolos de activación preprogramados se iniciaron en el momento previsto en el piloto servidor unido permanentemente a la nave. Una mezcla de compuestos químicos, que se habían mantenido en distintos lugares dentro de su cuerpo, acabó inyectada en un depósito interno. Una vez combinadas, las sustancias, inofensivas por separado, se convirtieron en una solución volátil capaz de crear una fuerza destructiva increíble. Un segundo después de que la combinación quedara completamente mezclada, una pequeña carga incendiaria hizo que estallara. La tormenta de fuego resultante despedazó por completo la nave y se propagó por su entorno. Las llamas en expansión inundaron los túneles y los conductos de acceso, donde incineraron a todos los operarios con los que se encontraron. Una vez alcanzó el motor de gravedad, las explosiones que se produjeron a continuación iniciaron una reacción en cadena de proporciones cataclísmicas. El asteroide tardó pocos minutos

en quedar transformado en una nube de fragmentos envueltos en llamas. No hubo tiempo de ponerse a salvo. No hubo supervivientes. Todos y cada uno de los adeptos, servidores y operarios acabaron convertidos en ceniza.

El campo de restos originado por aquella destrucción se extendería mucho, pero el asteroide estaba lo suficientemente lejos, situado en el punto más extremo de su órbita elíptica, como para que pudiera afectar la superficie de Júpiter. Además, tendría tan poca importancia que llevaría meses efectuar cualquier investigación y ratificar los resultados. Nadie sería capaz de descubrir lo que se había creado sobre la superficie del asteroide hasta que ya fuera muy, muy tarde.

Se perdió mucha tecnología con la destrucción de Thule. Se había pagado un precio muy elevado con tal de conseguir el secreto más absoluto y seguro. Al final, se había cumplido la voluntad del fabricador general, que quería el fin de Thule.



DOS

EL DESTINO DE HEKTOR
HERMANOS DE ULTRAMAR
EN LA GUARIDA DEL LOBO

El reclusium estaba a oscuras. El hermano capitán Hektor mantuvo controlada la respiración mientras efectuaba otro ataque con la espada corta. A continuación propinó un golpe con el escudo de combate y después sacó el cuerpo del ángulo de ataque con un giro para amagar una finta. Se agachó sin que la oscuridad dejara de rodearlo en aquella antecámara parecida a una capilla y giró en redondo para repetir la maniobra en la dirección opuesta: tajo, estocada, bloqueo, estocada. Luego golpe, finta, giro y repetición, una y otra vez, igual que si fuera un mantra físico. Con cada nuevo paso añadía otro elemento: un ataque de respuesta, una estocada con salto. Los ciclos aumentaron de ritmo y de intensidad sin que la oscuridad dejara de envolverlo, lo que lo obligaba a concentrarse más todavía en busca de un máximo de velocidad y de complejidad. Cuando llegó ese momento, Hektor comenzó a disminuir el ritmo hasta detenerse por fin.

Permaneció completamente inmóvil, sin dejar de mantener el control de la respiración, y de ese modo llegó al final de la sesión de entrenamiento.

—Luces —ordenó, y un par de lámparas adornadas se encendieron en cada una de las paredes e iluminaron la estancia de aspecto austero.

Hektor sólo llevaba puestas unas sandalias y un taparrabos. Su cuerpo estaba cubierto por una ligera capa de sudor que brillaba bajo aquella luz artificial. Las formas de los tremendos músculos quedaban acentuadas por aquel brillo. Se permitió un momento de introspección y se contempló las manos. Eran grandes y fuertes, y no mostraban cicatriz alguna. Cerró la derecha formando un puño.

—Soy la espada del Emperador —musitó y luego cerró la izquierda—. A través de mí se cumple su voluntad.

Dos acólitos con túnicas y capucha lo esperaban pacientemente, en las sombras. Aquellas vestimentas ocultaban sus prótesis y otras deformidades más obvias. Incluso sin compararlos con el corpachón cubierto de músculos del astartes, ambos eran individuos pequeños y encorvados.

Hektor hizo caso omiso de su actitud obsequiosa mientras se desabrochaba los arneses que le mantenían fijado el escudo de combate al brazo, y después se lo entregó a uno de ellos junto con la espada corta. Se quedó mirando el suelo mientras sus asistentes se retiraban en silencio a la penumbra formada por las sombras en los límites de la estancia. En el centro de ese suelo había grabada una “U” mayúscula engastada en plata en mitad de un círculo de color azul. Hektor se encontraba justo en el centro de la misma, exactamente en el mismo punto donde había comenzado los ejercicios.

Sonrió antes de indicar a sus asistentes que le acercaran la armadura.

Cada vez estaba más cerca el gran día.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había visto a sus camaradas ultramarines. Él y quinientos de sus hermanos de batalla llevaban lejos de su Ultramar nativo desde hacía ya tres años en los que se habían dedicado por entero a la Gran Cruzada del Emperador para llevar la luz a toda la galaxia y devolver al seno de la humanidad a las colonias perdidas. Ellos en concreto se habían tenido que enfrentar a los vektates de Arkenath. Los vektates eran una cultura maligna, una especie de mente total que tenía esclavizada a la población humana de Arkenath. Hektor y sus hermanos guerreros habían roto el yugo que mantenía prisioneros a los humanos, y al hacerlo, habían destruido a los vektates. La población humana le debía lealtad al Imperio, y la demostró con entusiasmo en cuanto quedaron liberados de la tiranía. Había sido una guerra costosa. El *Puño* se había visto envuelto en feroces combates navales contra el enemigo, pero había vencido. Las reparaciones se habían efectuado en la propia Arkenath, lo mismo que la petición de un pequeño tributo de humanos, ansiosos por aventurarse entre las estrellas, que había ayudado a suplir las pérdidas sufridas por la tripulación de la nave. Una vez acabada la campaña, Hektor y sus hermanos de batalla habían recibido la orden de dirigirse al sistema Calth, a la región del espacio conocida como Ultramar. Por fin, después de tanto tiempo, se reuniría con sus hermanos y con su primarca.

Hektor se sentía lleno de orgullo ante la perspectiva de ver una vez más a Roboute Guilliman, su padre genético y el noble señor de la Legión de los Ultramarines. Los mensajes descifrados por los astrópatas del *Puño de Macragge* eran muy claros. El señor de la guerra en persona, el poderoso Horus, había ordenado que la legión se dirigiera al sistema Veridian. Guilliman había ratificado el edicto del

señor de la guerra y había ordenado que todas las fuerzas dispersas de los Ultramarines se congregaran en Calth. Una vez allí, se reabastecerían y se reunirían con sus hermanos, y todos juntos se prepararían para lanzar un ataque contra una fuerza orka invasora que asediaba el vecino sistema Veridian. Tras un breve desvío hacia el astropuerto de Vangelis, donde recogerían a unos cuantos hermanos de batalla allí destinados, la campaña para liberar Veridian se pondría en marcha.

Una vez equipado con toda su armadura, Hektor recorrió un túnel de acceso y se dirigió al puente de mando. Su nave, la *Puño de Macragge*, era un crucero de la clase Lunar, bautizado así en honor al planeta natal de los Ultramarines. Los tripulantes de cubierta, los oficiales de comunicaciones y otros servidores de la legión se cruzaron a la carrera con el astartes en aquel espacio estrecho, una de las vías de comunicación principales de la nave.

El suave siseo que el aire a presión provocaba al escapar indicó la llegada de Hektor al puente de mando cuando las puertas automáticas se deslizaron al abrirse a su paso.

—¡El capitán está en el puente! —gritó Iván Cervantes, el comandante de la nave.

Cervantes era humano, pero a pesar de verse empequeñecido por el poderoso astartes, se mantuvo erguido y con actitud digna ante la magnificencia del capitán. Cervantes lo saludó con firmeza con la mano protésica. Esa parte de su cuerpo, junto al ojo izquierdo, la había perdido durante un abordaje contra los vektates. El ojo de sustitución brillaba con un suave resplandor rojizo en la penumbra del puente de mando. La iluminación de las pantallas de las diversas consolas de mando recortaba rendijas de luz en la penumbra. Los iconos de activación de esas mismas consolas relucían con un apagado color verde. La mayoría de los tripulantes, conectados directamente a los mandos de la nave y ranuras insertadas sobre los cráneos pelados, trabajaban de forma diligente. Otros estaban de pie, ya fuera consultando placas de datos, observando con atención las lecturas de los sensores o supervisando de cualquier otro modo el rumbo tranquilo del *Puño de Macragge* a través del espacio real. Los servidores lobotomizados realizaban las tareas más comunes de la nave con un ritmo circadiano preciso.

—Sigan con sus tareas, comandante —le contestó Hektor. Luego subió el tramo de peldaños que llevaba hasta un estrado colocado en la parte delantera del puente y se sentó en el gran trono de mando situado sobre el mismo.

—¿A qué distancia nos encontramos del espaciopuerto de Vangelis? —le preguntó el capitán.

—Esperamos llegar en aproximadamente… —Cervantes se vio interrumpido en mitad de la frase cuando varias señales de advertencia se encendieron de repente y de forma insistente en la portilla de observación frontal situada delante del trono del

comandante.

—¿Qué ocurre? —exigió saber de inmediato Hektor, aunque sin alterarse.

Cervantes se apresuró a consultar la consola que tenía al lado.

—Una alerta de proximidad —le explicó con rapidez sin dejar observar los datos que seguían apareciendo en la pantalla de la consola.

Hektor se inclinó hacia delante desde su trono de mando, y en esta ocasión su tono de voz parecía preocupado.

—¿Una alerta de proximidad? ¿De qué? Estamos solos en el espacio real.

—Lo sé, mi señor. Simplemente… apareció.

Cervantes continuó consultando sin cesar los nuevos datos mientras la rutina organizada del puente de mando se convirtió en un frenesí de actividad.

—Se trata de otra nave —le informó el comandante—. Es enorme ¡Jamás había visto nada parecido!

—¡Imposible! —exclamó Hektor—. ¿Qué hay del sensorium y de los astrópatas? ¿Cómo es posible que se haya podido acercarse tanto y con tanta rapidez?

—No lo sé, mi señor. No se ha producido advertencia alguna —replicó Cervantes.

—Abrid la portilla de observación —ordenó Hektor.

Los escudos blindados se retiraron con un movimiento fluido de la superficie de la portilla y dejaron a la vista una parte del espacio que se abría ante ellos. Allí, negra como la noche, se encontraba la nave de mayor tamaño que Hektor hubiera visto jamás. Tenía la forma de una larga espada, con tres cubiertas gigantescas que sobresalían del casco principal como las puntas de un tridente.

Una multitud de puntos de luz destellaron al mismo tiempo por todo el costado de babor de la nave cuando viró para dejar a la vista ese flanco. Esos destellos aparecieron en otras partes de la nave hasta ocupar todo el espacio abarcado por la portilla. Era más grande incluso de lo que Hektor había supuesto. A pesar de encontrarse a muchos kilómetros de la *Puño de Macragge*, su tamaño gigantesco se hizo evidente bajo el brillo de sus baterías láser.

—En nombre de Terra… —musitó Hektor cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

La tremenda nave que había conseguido engañar a todos sus sensores, incluso al sistema de alarma astropático, les estaba disparando.

—¡Activad los escudos de arco frontales! —gritó Hektor un momento antes de que la primera oleada de impactos se estrellara contra el puente de mando.

Una bancada de consolas situada a la izquierda estalló de repente y acribilló a un servidor con trozos de metralla además de despedazar por completo a un tripulante del puente. Todo el lugar se estremeció de forma brutal. Los tripulantes se agarraron con fuerza a las consolas para mantenerse en pie. Los servidores de emergencia se activaron de inmediato y procedieron a apagar con espuma los incendios que se

habían producido. Hektor se aferró a los reposabrazos del trono de mando cuando comenzaron a sonar las alarmas de emergencia por todo el lugar. Las luces rojas se encendieron con un brillo rojo sangre cuando se conectaron los sistemas de energía de emergencia.

—¡Los escudos de proa! —gritó de nuevo el astartes cuando una oleada de impactos secundarios lo arrancó del trono de mando—. ¡Comandante Cervantes, hágalo ya! —insistió Hektor mientras se ponía en pie.

No recibió respuesta alguna. Iván Cervantes había muerto. Tenía todo el costado izquierdo del cuerpo abrasado por uno de los numerosos fuegos que se habían iniciado en el puente de mando.

Lo quedaba de la tripulación se esforzaba de un modo frenético por redirigir la potencia energética, sellar los compartimentos destrozados y calcular los ángulos de disparo para, al menos, responder al fuego enemigo.

—¡Que alguien consiga potencia, que dispare las lanzas, que haga algo! —rugió Hektor.

Aquello era un caos absoluto. Las rutinas de combate, entrenadas hasta la saciedad, quedaron en evidencia ante aquel ataque repentino e inesperado.

—Mi señor, hemos sufrido daños críticos —le informó uno de los subordinados de Cervantes, que tenía un lado de la cara cubierto de sangre. Hektor vio detrás de él que varios tripulantes se retorcían presas de un dolor agónico. Otros que también se encontraban en el suelo del puente de mando ya no se movían en absoluto—. Estamos a la deriva en el espacio.

El rostro de Hektor mostró una expresión sombría bajo el brillo sangriento del puente de mando. Un estallido de chispas procedente de una consola iluminó sus rasgos con un contraste vívido.

—Que venga un astrópata.

—¿Una llamada de socorro, mi señor? —le preguntó el tripulante a gritos para hacerse oír por encima del estruendo caótico.

Las siluetas de sus camaradas corrían de un lado a otro para contener los daños en un intento desesperado por restaurar el orden a pesar de que no había esperanza alguna.

—Ya nadie nos puede ayudar —murmuró Hektor con total certidumbre cuando los sistemas principales del *Puño de Macragge* comenzaron a fallar—. Envíe una llamada de advertencia.

Cestus estaba de rodillas y sumido en una reflexión silenciosa en el interior de uno de los sanctum del sector Omega del espaciopuerto de Vangelis. La enorme estación orbital había sido construida sobre un satélite natural de gran tamaño, a base de numerosas cúpulas hexagonales que albergaban diversos muelles, templos de

comunión y salas de reunión. Una red laberíntica de tranvías comunicaba entre sí todos y cada uno de los lugares de Vangelis, que estaba organizado en una serie de sectores o distritos como distribución básica.

El abarrotado espaciopuerto estaba lleno de comerciantes, personal naval y mecaingenieros. Una parte de toda la zona había sido cedida a los astartes. Vangelis era un punto de paso galáctico, y los pequeños destacamentos de astartes que debían cumplir las misiones más discretas lo utilizaban como lugar de reunión.

Una vez cumplían la misión encomendada, se congregaban en una de las numerosas salas de reunión asignadas a su legión y esperaban que los recogieran las naves de combate. Aunque apenas llegaba a una compañía el número de astartes que esperaban en tránsito al mismo tiempo, todos los sectores desde el Kappa hasta el Theta se encontraban a la entera disposición de las legiones. En aquellas zonas se veían pocos individuos que no fueran astartes, aparte de los omnipresentes sirvientes y ayudantes de las legiones. Sin embargo, en ocasiones se permitía el acceso por tiempo limitado a los rememoradores para así cumplir con la política de mantener buenas relaciones con la población humana.

Cestus absorbió la oscuridad del sanctum y la aprovechó para aclararse las ideas. Llevaba puesta la armadura, y se llevó el guantelete izquierdo, sin levantar la cabeza, a la gran “U” plateada que cubría la placa pectoral de su servoarmadura, el símbolo de la gran legión de los Ultramarines.

«Pronto», pensó.

Tanto él como otros nueve hermanos de batalla llevaban esperando en Vangelis desde hacía más de un mes. Habían ejercido de guardia de honor de un dignatario imperial allí cerca, en Ithilrium, por lo que se vieron separados del resto de la legión. El tiempo empleado en aquella misión había pasado con mucha lentitud para Cestus. Al principio había pensado que sería interesante y aleccionador mezclarse con la población humana del espaciopuerto. Sin embargo, incluso sin llevar la servoarmadura, vestido tan sólo con la túnica sencilla de un astartes, era tratado con asombro y temor. A diferencia de algunos de sus hermanos, no era una reacción de la que Cestus disfrutara. Después de aquello, se mantuvo en los sectores asignados a los astartes.

El hecho de que ya se encontrara cerca la nave que iba a recogerlos para llevarlos a él y a sus hermanos a Ultramar para reunirse con la legión y el primarca lo llenaba de alivio. Ansiaba participar de nuevo en la Gran Cruzada, pisar los campos de batalla de aquella galaxia hostil para imponer el orden y la estabilidad.

Le habían llegado noticias de que el señor de la guerra ya había partido hacia el planeta Istvaan III para aplastar una rebelión contra el Imperio. Cestus envidiaba a los hermanos de las otras legiones, los Devoradores de Mundos, la Guardia de la Muerte y los Hijos del Emperador, que se disponían a combatir junto al señor de la guerra.

Aunque a Cestus le fascinaba lo esotérico y ansiaba tener conocimientos eruditos, era un guerrero. Se lo habían inculcado en lo más profundo. Renegar de aquello era lo mismo que renegar de la esencia genética de su ser. No podía hacerlo, del mismo modo que no podía ir contra la voluntad y la sabiduría patriarcal del Emperador. Algo así no se podía impedir, de modo que Cestus buscaba el aislamiento de un sanctum de meditación.

—No hace falta que te arrodilles en mi presencia, hermano —dijo una voz profunda a espaldas de Cestus, quien se puso en pie y se colocó en posición de combate para enfrentarse a él con un movimiento fluido.

—¡Antiges! —exclamó Cestus al mismo tiempo que envainaba la espada corta que había desenfundado con rapidez.

Cestus normalmente habría reprendido a su hermano de batalla por un comentario tan falto de respeto, pero tenía un vínculo especialmente fuerte con Antiges, un vínculo que superaba al rango, incluso entre los Ultramarines.

Su unión había sido muy beneficiosa para ambos hermanos de batalla, ya que el conjunto era muy superior a la suma de sus partes, del mismo modo que lo era para toda la legión. Mientras que Cestus se dejaba llevar por las emociones, aunque tendía a ser cauto, Antiges era, en muchos momentos, menos colérico y pertinaz, además de menos apasionado que su hermano de batalla. Los dos se proporcionaban un cierto equilibrio el uno al otro.

El hermano de batalla Antiges iba equipado de un modo similar a su camarada astartes. En la amplia superficie de su servoarmadura se reflejaba la de Cestus, incluidos todos los símbolos característicos de los Ultramarines. Las hombreras, los avambrazos y la gorguera tenían los bordes dorados. Un cordón de brocado, también dorado, bajaba desde la hombrera izquierda de Antiges hasta el pectoral derecho de la coraza. Ninguno de los dos astartes llevaba puesto el casco. Antiges tenía el suyo sujeto al cinto, mientras que Cestus portaba el suyo bajo el brazo; su cabello dorado estaba medio cubierto por una corona de laurel plateado.

—¿Estás un poco tenso, capitán? —Los ojos gris pizarra de Antiges, del mismo color que su cabello cortado a cepillo, mostraron un brillo burlón—. ¿Tienes ganas de estar ya entre las estrellas, al mando de parte de la flota?

Además de capitán de compañía, Cestus también ostentaba el rango de comandante de la flota. Ese cargo había suspendido de forma temporal durante su misión en Ithilrium. Antiges tenía razón: estaba impaciente por reunirse con la flota y volver a combatir a los enemigos del Emperador.

—Es lo que me provoca saber que estás acechando en las sombras, a la espera de que te dejes ver —le contestó Cestus con voz ceñuda al mismo tiempo que se le acercaba. Logró mantener la expresión adusta durante un momento, pero al instante le sonrió y le propinó una palmada en el hombro—. Me alegro de verte, hermano —le

dijo, y lo agarró con fuerza por el antebrazo.

—Y yo de verte a ti —le contestó Antiges—. He venido para sacarte de aquí hermano capitán. Nos estamos reuniendo y a para prepararnos ante la llegada de la *Puño de Macragge*.

El camino entre el sanctum del templo de comunión Omega y el muelle donde los esperaban los hermanos de batalla de Cestus y de Antiges era corto. La estrecha colunmnata inicial, donde se alineaban helechos y estatuillas intrincadas, dio paso rápidamente a una plaza amplia con multitud de salidas. Los ultramarines, que charlaban con camaradería, tomaron la bifurcación occidental, la que llevaba hasta el muelle.

Al doblar una esquina, Cestus, que iba un poco por delante, recibió un impacto en mitad del pecho. El golpe, aunque inesperado, no hizo que el astartes se tambaleara lo más mínimo. Bajó la mirada para ver contra qué había chocado.

Lo que tenía delante era un humano de aspecto erudito, tembloroso, que iba envuelto en una túnica que le caía desordenada sobre el cuerpo y que se mantenía aferrado a una placa litográfica como si fuera un salvavidas.

—¿Qué ocurre aquí? —exigió saber Antiges de inmediato.

El erudito de cara pálida se quedó acobardado bajo los enormes astartes, atemorizado por su poder evidente. Estaba sudando de forma abundante, y utilizó la manga de la túnica para secarse la frente antes de lanzar una mirada temerosa hacia atrás, por donde había venido, a pesar de los dos guerreros de enorme tamaño que tenía delante.

—¡Habla! —insistió Antiges.

—Tranquilo, hermano —le aconsejó Cestus con voz calmada, al mismo tiempo que le ponía una mano sobre la hombrera. El gesto pareció aplacar al otro ultramarine, que se calmó un poco.

—Dinos, ¿quién eres y quién te ha puesto en semejante estado?

—Tannhaut —le contestó el erudito entre jadeos—. El rememorador Tannhaut. Tan sólo quería componer una saga sobre sus hazañas cuando, de repente, se volvió loco —explicó de forma entrecortada—. Es un salvaje, ¡un salvaje, les digo!

Cestus intercambió una mirada de incredulidad con Antiges, quien se volvió para mirar fijamente de nuevo al rememorador con expresión amenazante.

—¿De qué estás hablando?

Tannhaut señaló con un dedo tembloroso hacia el arco de entrada de una estancia de reunión.

En el panel de piedra que estaba al lado de la entrada se veía el grabado de una estilizada cabeza lobuna.

Cestus frunció el entrecejo al verla, ya que sabía muy bien quién estaba también

en el espaciopuerto al mismo tiempo que ellos.

—Los hijos de Russ.

Antiges lanzó un bufido.

—Que Guilliman nos dé fuerzas —musitó, y los dos ultramarines se dirigieron hacia la estancia y dejaron atrás al tembloroso rememorador Tannhaut.

La risa atronadora de Brynngar Sturmdreng resonó con fuerza por el lugar cuando abatió a otro garra sangrienta.

—¡Vamos cachorros! —aulló antes de tomar un largo trago de la jarra que tenía en la mano. La mayor parte del líquido espumeante de color marrón se derramó sobre su barba frondosa, que llevaba recogida en una serie de trenzas intrincadas, y luego siguió bajando hasta manchar la servoarmadura de color gris propia de su legión—. Todavía tengo que afilarme los colmillos.

El garra sangrienta al que Brynngar acababa de derribar se arrastró medio inconsciente en un intento por alejarse del exaltado guardia del lobo.

—Todavía no hemos acabado, cachorrillos —exclamó Brynngar mientras agarraba por el tobillo al garra sangrienta con una de sus manazas para luego lanzarlo, empleando sólo esa misma mano, al otro lado de la estancia, donde se estrelló contra lo que quedaba del mobiliario.

Los tres garras sangrientas que quedaban en pie entre los restos de sillas y mesas rotas, salpicados de bebida y comida, miraron con recelo al guardia del lobo mientras daban vueltas a su alrededor.

Los dos que estaban delante de Brynngar se abalanzaron contra él de un salto con un gruñido que dejaba a la vista sus colmillos, más cortos que los del guardia del lobo.

Brynngar esquivó con un movimiento ebrio el ataque del primero y le propinó un tremendo codazo en la boca del estómago. Encajó el puñetazo que el otro le dio en la mandíbula, dura como una piedra, y después lo derribó con un empujón.

El tercer garra sangrienta lo atacó por la espalda, pero Brynngar estaba esperándolo, así que se limitó a echarse a un lado y a dejar que el joven guerrero pasara de largo para luego asestarle un puñetazo devastador en la mandíbula.

—Nunca ataques con el viento a tu espalda —le dijo el guardia del lobo con fanfarronería al garra sangrienta, que todavía estaba rodando por el suelo—. Siempre me llegará tu olor al acercarte —añadió al mismo tiempo que se daba en la nariz un par de golpecitos con el dedo—. En cuanto a ti, ¡pegas como si vinieras de Macragge! —le espetó al que lo había golpeado en la cara.

El guardia del lobo soltó una serie de carcajadas estruendosas antes de colocar la bota de ceramita sobre el último garra sangrienta en un gesto burlón de victoria.

—¿De verdad? —preguntó una voz hosca desde la entrada.

Brynngar dirigió la mirada hacia allí, y el único ojo que le quedaba mostró una expresión de alegría.

—Un nuevo desafío —gritó, para luego hacer un saludo con la jarra de bebida y lanzar un tremendo eructo—. Adelante —lo invitó Brynngar, haciendo gestos para que se acercara.

—Creo que ya has bebido demasiado.

—Vamos a verlo —el guardia del lobo sonrió con ferocidad y apartó la pierna del garra sangrienta inconsciente—. Dime una cosa, ¿sabes pillarlas al vuelo? —añadió mientras caminaba hacia él.

Cestus se echó a un lado en el último momento y la silla de respaldo ancho le pasó volando por encima de la cabeza para luego estrellarse contra la pared de la estancia, donde se destrozó. Cuando levantó la mirada de nuevo, vio que el fornido y grueso guardia del lobo se abalanzaba contra él. El astartes era un completo salvaje. Llevaba la servoarmadura gris cubierta de pieles, tiras de cuero, numerosos colmillos y otros fetiches tribales que colgaban de cadenas de plata. No llevaba puesto el casco. Tenía el cabello despeinado y empapado en sudor, y las largas greñas se movían sobre los anchos hombros al compás de sus zancadas, al mismo ritmo de las trenzas de la barba chorreante de hidromiel de Fenris.

—No te metas —le advirtió Cestus a Antiges cuando éste llegó a su lado.

—Todo tuyo —dijo el otro ultramarine, que se mantuvo agazapado.

Cestus adoptó una postura semiagachada, tal y como dictaba el estilo de combate de Roboute Guilliman, y se abalanzó contra el lobo espacial.

Brynngar lanzó un rápido puñetazo contra el ultramarine, que esquivó por muy poco aquel ataque repentino. Cestus utilizó su postura para pasar por debajo del puño y propinarle al lobo espacial un golpe con el antebrazo en el codo, lo que hizo que el resto de la bebida se le desparramara por la cara.

Brynngar soltó un rugido de rabia y se lanzó contra el ultramarine con mayor energía.

Cestus esquivó con facilidad el abrazo de oso con el que Brynngar intentó agarrarlo y aprovechó el impulso del propio lobo espacial para hacer que acabara cayendo de espaldas. El truco casi le salió bien, pero Brynngar giró sobre sí mismo, dejó caer la jarra vacía y utilizó la mano libre para apoyarse en el suelo. Acabó de dar la vuelta utilizando el mismo impulso que lo habla hecho caer y lanzó un tremendo puñetazo contra el estómago de Cestus, quien no pudo esquivar el nuevo ataque por la velocidad con que el lobo espacial le había respondido. Brynngar intentó a continuación encadenar los ataques y le lanzó otro puñetazo, pero Cestus se apartó lo suficiente y contestó con un feroz gancho que arrojó de espaldas al lobo espacial. Brynngar se puso en pie en medio del estruendo de muebles rotos, pero Cestus se le

echó encima de inmediato para aprovechar la ventaja de la que disponía y lo golpeó con el canto de la mano en la nariz, en el oído y en el plexo solar. El guardia del lobo se tambaleó bajo aquel aluvión de golpes y fue incapaz de responder cuando Cestus se le echó encima y lo agarró por el torso con los dos brazos. El ultramarine utilizó el impulso de su propio ataque y rugió al lanzar a Brynngar con fuerza hacia el otro extremo de la estancia, donde se estrelló contra una pila de barriles. Cestus retrocedió mientras veía como las cinchas que mantenían inmovilizados los barriles se soltaban y éstos caían en cascada sobre Brynngar.

—¿Ya has tenido bastante? —preguntó entre jadeos.

Brynngar levantó la cabeza, aturdido y derrotado, además de cubierto de hidromiel de Fenris, una bebida originaria de su planeta natal y tan fuerte que podía dejar inconsciente incluso a un astartes si bebía lo suficiente. El lobo espacial miró al ultramarine victorioso y sonrió dejando a la vista los colmillos.

—Hay modos peores de perder una pelea —dijo, antes de estrujarse la barba y beberse el hidromiel que se escurrió de entre los pelos. Antiges, que se había puesto al lado de su camarada, torció el gesto.

—Arriba —le contestó Cestus, al mismo tiempo que tiraba de Brynngar para ponerlo en pie.

—Me alegro de verte, Cestus —lo saludó el lobo espacial en cuanto se incorporó, y a continuación lo aplastó con un abrazo de oso—. Y a ti también, Antiges.

El otro ultramarine dio un paso atrás e hizo un gesto de asentimiento. Brynngar bajó los brazos y le respondió con una amplia sonrisa.

—Ha pasado bastante tiempo, compañeros.

Fue en Carthis, durante la destrucción del Imperio kolobita, en los primeros años de la Gran Cruzada, los tres astartes lucharon juntos por primera vez. Brynngar le había salvado la vida a Cestus y había perdido un ojo al hacerlo. El venerable lobo se había enfrentado solo al rey robótico kolobita. La poderosa hacha rúnica que había empuñado casi desde entonces, y a la que había bautizado como *Colmillo infernal*, tenía parte de la hoja forjada a partir de la garra de mandíbula de la criatura, y la habían creado los sacerdotes rúnicos y los armeros en reconocimiento de su hazaña.

—Así es, amigo mío —respondió Cestus.

—¿Estás borracho y metido en peleas? ¿Es que los rincones tabernarios de este espaciopuerto no son lo bastante divertidos, Brynngar? Me pregunto si no construirías este lugar para que te sirviera para eso —le dijo Antiges con un leve tono de reproche.

Las paredes estaban forradas con paneles de madera barnizada, y a lo largo de ellas había pilas de barriles llenos de hidromiel de Fenris colocados a intervalos regulares. El lugar estaba lleno de mesas largas y enormes flanqueadas por resistentes bancos de madera, aunque no había nadie más a parte de Brynngar y los gemebundos

garras sangrientas. Las paredes estaban repletas de tapices donde se mostraban las hazañas de los hijos de Fenris. Las salas de reuniones de los Ultramarines eran austeras y prácticas. Aquélla, creada por los artesanos de la legión de Leman Russ, parecía más bien el interior de una cabaña rústica.

—Es una pena que no hayáis venido antes —apuntó Brynngar—. ¿Quizá mañana?

—Lo lamento, pero debo declinar la invitación —contestó Cestus, aunque en su fuero interno se sentía aliviado, ya que no sentía deseo alguno de enfrentarse de nuevo al fornido lobo espacial—. Regresamos hoy mismo a Ultramar. Se prepara una guerra en el sistema Veridian, y debemos reunirnos con nuestros hermanos para dirigirnos hacia allí. Íbamos al muelle.

Brynngar sonrió de oreja a oreja y le dio una palmada a cada uno de ellos en el hombro. Los dos astartes notaron la fuerza del golpe incluso a través de la armadura.

—Entonces, sólo queda una cosa por hacer.

Antiges lo miró con expresión de sospecha.

—¿Y qué es?

—Ir a ver cómo os marcháis.

Una vez dicho aquello, el guardia del lobo hizo darse la vuelta a los dos ultramarines y les colocó los enormes brazos sobre los hombros para darles unas palmaditas antes de hacerlos salir de la sala de reuniones.

—¿Qué hay de ellos? —le preguntó Cestus, señalando con un gesto a los garras sangrientas apaleados.

Brynngar lanzó una mirada rápida por encima del hombro y luego hizo un gesto despreocupado.

—Déjalos. Ya se han divertido más que de sobra.



TRES

EL DIOS DE LA ABISMO FURIOSO
AULLIDO PSÍQUICO
VISIONES DEL HOGAR

El muelle Coralis era uno de los numerosos atracaderos de los que disponía Vangelis. Una zona llana y ancha formada por placas metálicas se extendía a partir de sus numerosas estaciones de comunicación y torres de escucha. La explanada estaba rematada por tres pantalanes de atraque, donde las diversas naves que llegaban podían estacionar y cargar o descargar mercancías.

Los tres astartes llegaron al centro de control principal de Coralis y descubrieron que era una estancia muy estrecha que se alzaba por encima del muelle. Del techo bajaban unos gruesos cables entrelazados. Unos globos halógenos titilantes iluminaban a los servidores de espalda encorvada y a los operarios de cogitación que trabajaban en el centro de control. El resplandor amarillento y enfermizo que emitían las numerosas pantallas pictográficas y placas de datos se esforzaba débilmente por imponerse a la penumbra.

En el centro de la estancia dotaba una holosfera azul que relucía mientras giraba sobre una plataforma metálica. Mostraba el espaciopuerto de Vangelis con una resolución granulosa e intermitente y el amplio arco de aproximación que se proyectaba a varios miles de metros de la superficie.

En la pared más alejada de los astartes había un panel transparente, amplio y convexo, por el que se veía el magnífico espectáculo del espacio real. A lo lejos, las nebulosas que se arremolinaban punteaban la negrura infinita con un resplandor iridiscente. Los campos de estrellas y otros fenómenos galácticos se desplegaban como la flora y la fauna de un océano de obsidiana interminable. Era una visión

asombrosa y les hizo olvidar que el aire reciclado del centro de control tenía un olor enfermizo y creaba un ambiente asfixiante. El zumbido de la maquinaria resonaba por doquier procedente del reactor principal de la estación, situado en las catacumbas de Vangelis. El murmullo insistente de la energía latente se percibía incluso a través de la puerta de plastiacero reforzado. También hacía bastante calor, ya que el austero interior industrial apenas protegía el generatorium del muelle.

Saphrax ya se encontraba allí, en el puente de control, hablando con el jefe de la estación, cuando llegaron los otros tres astartes. Saphrax era el portaestandarte de la escuadra de guardia de honor. Llevaba el estandarte de los Ultramarines guardado en el interior de un estuche que se había colgado al hombro. El resto de los hermanos de batalla de Saphrax estaban abajo, en la puerta de salida del centro de control, a la espera de embarcar.

—Saludos, Saphrax. Ya conoces a Brynngar de los Lobos Espaciales —le dijo Cestus al mismo tiempo que señalaba al guardia del lobo de aspecto brutal, quien saludó con una sonrisa feroz.

—¿Qué novedades hay? —le pregunto el sargento al portaestandarte.

—Capitán, Antiges —los saludó el ultramarine—. Hijo de Russ —añadió por respeto a Brynngar.

Saphrax era un guerrero de cráneo rapado que mostraba una larga cicatriz en el rostro que iba desde la sien izquierda hasta la parte superior de la barbilla. Se trataba de otro recuerdo de los kolobitas. Cestus se planteaba a menudo que no había nadie con la espalda tan recta como Saphrax, hasta el punto que parecía encontrarse de forma permanente en posición de firmes. Sólido y fiable, no solía mostrar mucha emoción, y su expresión ceñuda bien hubiera podido ser una máscara que se hubiese colocado sobre el rostro de rasgos esculpidos. Pragmático, melancólico incluso, era el tercer elemento del equilibrio que existía entre Cestus y Antiges. Sin embargo, les dio la impresión de que el humor del portaestandarte era más serio incluso de lo habitual.

—Hemos recibido un mensaje astropático —les informó Saphrax.

El centro de control tenía asignados tres astrópatas, aunque había muchos más en el espaciopuerto. Se encontraban metidos en una especie de vestíbulo profundo y circular, justo por debajo del nivel del suelo, que estaba envuelto en sombras. Las luces mortecinas colocadas en borde del vestíbulo iluminaban de forma débil sus rostros gesticulantes. Sobre el trío de astrópatas se había colocado una especie de tienda de tejido translúcido tratado psíquicamente que se asemejaba a un velo. Bajo esa tienda, los tres parecían fusionados de algún modo, como si cada uno sintiera las emociones de los demás. También se habían colocado otras salvaguardas menos visibles. Todas ellas pensadas para protegerse de las peligrosas energías mentales que podían emitirse durante el transcurso de sus funciones.

Aquellas pobres criaturas, dos hombres y una mujer, estaban enjutas y ciegas, y

habían pasado por el ritual de la comunión del alma, el método con el que el Emperador moldeaba y reforzaba sus almas para que fueran capaces de mirar en el empíreo sin perder la cordura. Los astrópatas eran vitales para el funcionamiento del Imperio, ya que sin ellos era imposible enviar mensajes a los confines de la galaxia, por lo que no se podrían organizar ni coordinar. A pesar de todo, se trataba de una ciencia inexacta. Los mensajes enviados y recibidos a través del Astra Telepática eran a menudo poco más que una serie de imágenes y de impresiones sensoriales muy vagas. Un puñado de cables y de tubos salía del vestíbulo y unían de forma permanente a los astrópatas al centro de control donde se almacenaban las transmisiones para ser interpretadas.

—Comenzó hace quince minutos —le informó el jefe del puesto, un veterano del Ejército Imperial ya mayor. Del cráneo rapado le salían varios cables que estaban acoplados a las conexiones de mando situadas por encima de la cámara astropática—. Hasta ahora sólo hemos recibido unos pocos fragmentos que tengan sentido. Lo único que sabemos con certeza es que proceden de una fuente lejana. De momento tan sólo nos ha llegado una parte del mensaje. Nuestros astrópatas se están esforzando por extraer el resto mientras hablamos.

Cestus se volvió para mirar al jefe del puesto y a los balbuceantes astrópatas. Vio sin dificultad a través de la cubierta protectora sus cuerpos enflaquecidos, envueltos en túnicas deshilachadas. Oyó el siseo de las incoherencias que balbuceaban. De sus bocas escapaban hilillos de saliva cada vez que hablaban, y los esputos se acumulaban en el interior del cubículo que los envolvía. Sus dedos huesudos temblaban mientras se esforzaban por adentrarse en el empíreo.

—Soy Falkman, mi señor —dijo el jefe del puesto a modo de saludo al mismo tiempo que hacía una leve reverencia.

Su pierna derecha era una prótesis, y a juzgar por el curioso modo en que se movía, también buena parte de ese costado del cuerpo. Probablemente ese era el motivo por el que lo habían destinado a envejecer y a atrofiarse en Vangelis, ya que no estaba capacitado para participar en la gloria del Impero en los campos de batalla. Cestus sintió lástima de su fragilidad y de todos aquellos que no fueran astartes.

—¿Podría tratarse de una baliza de socorro lanzada desde una nave? —preguntó Antiges. Aquella pregunta interrumpió los pensamientos de Cestus.

—Todavía no hemos sido capaces de determinarlo, mi señor, pero es improbable —le aclaró Falkman, aunque su rostro se ensombreció cuando se volvió hacia Saphrax.

—La naturaleza del mensaje era… inconexa. Parecía más bien un aullido psíquico lanzado con una fuerza increíble. Debido a lo tumultuoso de la disformidad, ahora mismo es imposible calcular la energía con a que se emitió —explicó Saphrax —. Y no se trata de una baliza. Se emitió un único mensaje. No hubo repeticiones.

Creemos que se trata del grito de agonía de un astrópata al morir. Y eso no es todo.

Cestus lo miró con expresión interrogativa y Saphrax frunció el entrecejo.

—Todavía no hemos recibido ningún mensaje de la *Puño de Macragge*.

El portaestandarte de la guardia de honor no dijo nada más, y dejó aquellas palabras flotando en el aire, reticente a expresar en voz alta lo que implicaban.

—No voy a sacar conclusiones negativas —contestó Cestus en voz baja, que no deseaba aceptar lo que se temía—. Debemos creer que…

Los tres astrópatas conectados al centro de control comenzaron a estremecerse con convulsiones cuando aquel grito psíquico hizo sentir toda su fuerza. Varios chorros de sangre salpicaron el interior de la cubierta psíquica que los cubría, lo que le dio un aspecto borroso pero brillante vista desde fuera. Los astrópatas empujaron con sus extremidades contra el material y lo tensaron. Sus músculos se vieron sacudidos por más espasmos a medida que se retorcían a causa del agónico dolor. Los cogitadores colocados por encima de ellos por todo el centro de control empezaron a lanzar chorros de datos cuando los astrópatas se esforzaron por controlar las visiones que les invadían la mente.

Una humareda que comenzó a salir de sus cuerpos decrépitos ocultó el interior del ya de por sí opaco velo psíquico. Varias consolas arrojaron una lluvia de chispas y estallaron cuando las descargas de electricidad de una potencia inaudita saltaron por doquier. Las corrientes se enterraron en los cuerpos resecos de los astrópatas, conducidas por los cables y los tubos, y los desdichados se convirtieron en poco más que los transmisores de aquella energía. Los tres echaron la cabeza hacia atrás al mismo tiempo y una descarga de pura energía psíquica saltó en un terrible grito de agonía por toda la estancia. Los astrópatas pasaron a ser un simple conducto de esa energía, y la fuerza de la emisión psíquica se hizo mucho más poderosa por el estado volátil de la disformidad.

Las paredes se estremecieron ante aquella descarga, y las luces del espaciopuerto de Vangelis se apagaron.

El puente de mando de la *Abismo Furioso* se asemejaba a una ciudad en miniatura. Los bancos de cogitadores parecían ciudades colmena que se elevaran por encima de las calles formadas por el suelo metálico de la cubierta. Las diferentes dotaciones del puente de mando estaban sentadas en puestos de control que recordaban a coliseos o a bahías profundas. Tres pantallas dominaban un extremo del puente de mando, y en el centro se alzaba una acrópolis: el puesto del capitán. Delante de ese puesto se extendía una amplia mesa de strategium, y de ella surgiría, a una orden suya, un planetario metálico que mostraría la nave y sus oponentes en cualquiera de los anillos rotatorios de bronce.

Muy por encima del amplio puente se extendía un triforio con bancadas donde el

coro astropático de la poderosa nave de combate se encontraba conectado a los sistemas. El espacio abovedado lo compartían con el sanctum del navegante, aunque éste se encontraba oculto en una antecámara para estar aislado mientras viajaban por los peligros de la disformidad.

El trono de mando, colocado sobre un pedestal pentagonal, era el asiento de un dios.

Zadkiel era ese dios que miraba hacia abajo, hacia una ciudad dedicada a él.

—Prestad atención —ordenó a aquellos que se encontraban de rodillas delante de él en actitud suplicante.

El rugido suave de los motores de plasma de la *Abismo Furioso*, aunque llegaba apagado debido a las gruesas placas de adamantium que formaban el casco y el interior de la nave, sonaba como un grito de guerra.

—Prestad atención y escuchad el sonido del futuro… —Zadkiel estaba de pie, pletórico—. ¡El sonido del destino!

Tres guerreros, auténticos devotos de la Palabra, oyeron la retórica de Zadkiel y se pusieron en pie.

—Juramos serviros, lord Zadkiel —dijo el más alto de los tres.

Tenía una voz que sonaba igual que la gravilla al ser aplastada, y uno de sus ojos estaba inyectado en sangre y rodeado de un círculo de tejido cicatrizado. Incluso sin aquella herida, su rostro granítico lo hubiera convertido en una figura temible entre sus camaradas de los Portadores de la Palabra. Era Baelanos, capitán de asalto y el arma de terror privada de Zadkiel. Baelanos era un guerrero poderoso que de imaginación, lo que lo convertía en el seguidor perfecto, en opinión de Zadkiel. También era obediente, letal y ferozmente fiel, todas ellas cualidades magníficas en un subordinado.

—Como todos hacemos —añadió con firmeza Ikthalon. Era otro astartes, un capellán de compañía, demagogo y torturador experto. A diferencia de Baelanos, llevaba el casco puesto en presencia de su comandante. Se trataba de una pieza en forma de cráneo del que salían un par de pequeños cuernos a la altura de las sienes. El tono despectivo de la voz de Ikthalon fue audible a pesar del casco—. Quizá deberíamos centramos en los asuntos que nos conciernen, hermano —aconsejó, y se detuvo con cierto sarcasmo en la última palabra.

Zadkiel se sentó de nuevo en el trono de mando. Había sido esculpido para que encajara en él sin dificultad, como si hubiera nacido para tener el control de aquel puente de mando, para ser el dios de aquella nave de combate.

—Entonces no nos retrasemos más —replicó, lanzando una mirada asesina a Ikthalon.

—Los informes del sensorium indican que el *Puño de Macragge* fue destruida por completo, y que todas las pruebas de las armas han resultado satisfactorias, mi

señor.

Fue Reskiel quien comunicó aquel informe. Era joven comparado con los otros astartes que se encontraban delante del trono de mando. Tenía un rostro anguloso y una mirada penetrante e impaciente en los ojos negros, una curiosa rareza de nacimiento. Reskiel era ya un veterano de numerosas batallas a pesar de su edad, y llevaba con gran orgullo la armadura tachonada recién entregada a su legión. Estaba impaciente por marcarla con las cicatrices propias del combate. La mayoría lo consideraba el segundo de Zadkiel, aunque de forma extraoficial, ya que ese cargo le correspondía a Baelanos. Se esforzaba por enterarse de todo lo que ocurría de importancia a bordo de la *Abismo Furioso* para luego contárselo a su señor. Mientras que Baelanos era el perro fiel y cumplidor, Reskiel el adulador impaciente.

—Era lo que se esperaba —le replicó Zadkiel con un tono de voz seco.

—Así es —confirmó Ikthalon—. Pero los astrópatas indican que la nave destruida, aunque destrozada por nuestra justa furia, fue capaz de enviar una señal de advertencia. No me gustaría pensar que todas las precauciones que tomamos al encargar en secreto la construcción de esta nave en los astilleros jupiterinos se hubieran perdido tan pronto y con tanta rapidez.

Zadkiel no pudo evitar torcer el gesto al enterarse de aquello. Por un momento pensó en blandir su maza de energía y aplastarle el cráneo a Ikthalon por su constante tono impertinente, pero lo cierto era que valoraba los consejos del capellán y su Palabra. Aunque era una espina que Zadkiel tenía clavada en el costado, incluso desde el principio de la Gran Cruzada, no le informaba con servilismo adulador, como tendía a hacer Reskiel, ni era tan simple que fuera incapaz de captar una sutileza o la necesidad de ser diplomático, como le ocurría a Baelanos. Zadkiel no se fiaba del capellán, pero confiaba en su Palabra, y por eso lo toleraba.

—Es posible que ese mensaje llegase a alguna estación de paso, o a alguna torre de escucha aislada del borde del segmentum, pero ya hemos avanzado bastante y ninguna nave podrá hacer demasiado para impedir que cumplamos nuestro destino. Así está escrito —dijo Zadkiel para zanjar el asunto.

—Así está escrito —respondieron al unísono los demás astartes allí reunidos.

—Reskiel, te mantendrás muy atento a los datos del sensorium. Si algo entra en el campo de acción de nuestros aparatos de detección, quiero saberlo de inmediato —le ordenó Zadkiel.

—Así será, mi señor —contestó Reskiel con una profunda reverencia antes de alejarse del estrado.

—Baelanos, Ikthalon, vosotros ya tenéis tareas que cumplir —añadió Zadkiel con gesto displicente, y se dio media vuelta para mirar las pantallas sin ni siquiera esperar a que se marcharan—. Motores —ordenó.

De inmediato, la pantalla central se encendió con un parpadeo, las luces del

puente de mando disminuyeron de intensidad y la imagen de la pantalla iluminó la ciudad en miniatura con una intensa luz lunar. En ella apareció la cavernosa sala de motores de la *Abismo Furioso*. Los reactores de plasma cilíndricos empequeñecían a los miembros de la tripulación que se afanaban a su alrededor para cumplir las tareas rutinarias. Los tripulantes llevaban puestos uniformes del mismo color rojo intenso que los Portadores de la Palabra, ya que eran tan siervos de Lorgar como los propios Portadores de la Palabra, devotos de la Palabra del primarca que se sentían agradecidos de tener aquel lugar en el universo.

Por supuesto, ellos no conocían los detalles de la Palabra. Ignoraban la red de promesas y lealtades que Lorgar había tejido entre sus hermanos primarcas, o la misión que sellaría la inevitabilidad de la victoria de los Portadores de la Palabra. No necesitaban saberlo. Les bastaba saber que actuaban siguiendo los deseos del primarca.

Una figura de estatura elevada destacaba entre todos aquellos siervos. Sobresalía amenazante de entre las sombras vestido con una túnica negra. Del cuello le colgaba el símbolo del engranaje propio del Mechanicum, que llevaba engarzado con una serie de tuercas.

—Magos Gureod, debéis mantener la velocidad de crucero, pero también tenéis que estar preparado para acelerar los motores de plasma a la máxima potencia.

—Así será —contestó el magos con una voz artificial que le llegó a través de una serie de sintetizadores.

Gureod tenía el rostro oculto por la enorme capucha de la túnica, pero en el vacío donde debían estar sus ojos se atisbaban un par de diodos rojos parpadeantes. Unas cuantas protuberancias a lo largo de la túnica indicaban la existencia de mas prótesis. La única pista de que el magos Gureod era humano eran las manos resecas que tenía cruzadas sobre el abdomen. En cuanto respondió a la orden se retiró de nuevo a las sombras. Sin duda, se dirigiría de nuevo a su sanctum para entrar en comunión profunda con el espíritu de la máquina.

—Armamento —murmuró Zadkiel mientras se volvía hacia otra pantalla.

La cubierta de armamento, llena de gente, apareció en la pantalla. Allí estaba el maestre de armamento Malforian, gritando ordenes a las tripulaciones y a los grupos de operarios sudorosos que trabajaban en la penumbra llena de vapor de la cubierta abarrotada. Los torpedos que llenaban las grandes estanterías de munición relucían, casi recién salidos de las forjas marcianas. La cubierta de armamento se extendía a todo lo ancho de la Abismo Furiosa, justo por debajo de la sección de proa, y al igual que el resto de la nave, se había construido con un estilo industrial puro que tenía una cierta elegancia por sí mismo.

Malforian se dio cuenta de que lo estaban llamando y se apresuró a contestar de inmediato al capitán.

—Maestre Malforian, quiero que el armamento esté cargado y preparado para disparar —le indicó Zadkiel—. La prueba realizada con la *Puño de Macragge*, ¿ha sido satisfactoria para vos?

—Sí, mi señor. Se cumplirá vuestra voluntad.

La parte inferior del rostro del maestre de armamento había sido sustituida por una rejilla metálica y su tono de voz sonaba monótono. Había perdido la mayor parte de la mandíbula en los primeros años de la Gran Cruzada, cuando servía a bordo de la *Galthalamor*, en una campaña contra las hordas orkas de la Franja Oriental. La nave, un antiguo acorazado de la clase Retribución, quedó completamente destruido en la batalla.

Zadkiel le dio permiso al maestre de armamento para que se retirase y apagó las pantallas pictográficas. Luego tecleó una secuencia de código en el trono de mando y sintió como actuaban los pistones hidráulicos del estrado a medida que se elevaba con lentitud y majestuosidad por encima del puente de mando hasta llegar a la altura del enorme portillo de observación que daba a la proa de la nave. La enormidad infinita del espacio real se extendía más allá. En algún punto del interior de aquella cortina de estrellas se encontraba Macragge, el planeta natal de la legión de Guilliman. Aquél era su destino.

—Navegante Esthemya —dijo en voz alta Zadkiel sin dejar de mirar hacia el infinito.

—Mi señor —contestó una voz femenina a través del comunicador del trono de mando.

—Llévanos a Macragge.

—Rumbo fijado, capitán —le informó desde la cápsula aislada del triforio, un receptáculo de paredes en ángulo que estaba rodeada de columnas de datos, lo mismo que las torres de una catedral.

Zadkiel asintió y se volvió hacia el enorme ventanal mientras la navegante se ocupaba de sus tareas.

El infinito bostezaba ante él, y Zadkiel fue muy consciente del poder que subyacía al otro lado del velo que formaba el espacio real y de los pactos que había realizado para domeñar su fuerza ilimitada. Para sus enemigos, allí, a bordo de aquella poderosa nave, sería igual que un dios. No existía ninguna otra nave que fuera capaz de hacer lo mismo que la *Abismo Furioso* estaba destinada a hacer. Sólo ella disponía del poder como para cumplir la misión que Kor Phaeron les había encargado. Tan sólo la *Abismo Furioso* sería capaz de acercarse lo suficiente y de resistir la potencia de las impresionantes defensas de Macragge como para disparar su carga letal.

Varios iconos del trono de mando se encendieron cuando se confirmaron el nuevo rumbo. Su destello iluminó a Zadkiel con un aura.

—Como un dios —susurró.

Todas las sirenas de emergencia se activaron al mismo tiempo en el centro de control del espaciopuerto de Vangelis. Cestus apenas era capaz de captar sus propios pensamientos debido a la barahúnda. Los lectores de alarma de todas las consolas de mando parpadearon de forma esporádica y convirtieron el centro de control en una especie de animación monocromática. El coro astropático se estremecía y pataleaba, sin dejar de escupir sangre contra la pseudopiel psíquica en un ataque convulsivo y colectivo.

—¡Jefe de puesto, informe! —gritó Cestus.

Falkman se estaba tambaleando en esos momentos mientras intentaba arrancarse el manojo de cables que tenía conectado al cráneo y que le estaban inundando la mente con un torrente aullante de datos.

Brynngar se puso de inmediato al lado del humano y le impidió que siguiera arrancándose cables, ya que estaba decidido a que el jefe del puesto cumpliera con su deber.

—El reactor del centro de control se está sobrecargando —gruñó Falkman con los dientes apretados mientras intentaba desesperadamente mantenerse firme—. La descarga psíquica debe de haber iniciado una reacción en cadena en el sistema eléctrico. Hay que desconectar el reactor o sufrirá una desestabilización.

En el rostro de Cestus, iluminado de forma intermitente por los destellos de las luces de alarma y los indicadores de emergencia, se adivinaba una pregunta.

—La explosión que provocaría desaparecer el puesto, el muelle y a todos nosotros.

El capitán de Ultramarines se dio la vuelta para reunir a todos los astartes presentes en la sala de control.

—Saphrax, quédate aquí y mantén e control de la situación —le ordenó a la vez que miraba con toda intención a Falkman—. Trata de recuperar todos los datos que puedas del coro astropático.

—Pero capitán…

—¡Hazlo! —Cestus no estaba dispuesto a discutir, ni siquiera con un hermano de batalla como Saphrax, que en tan pocas ocasiones ha objetado sus órdenes—. Fuera lo que fuese lo que decía el mensaje, es muy importante. Estoy seguro. Debemos recuperarlo.

—¿Qué hacemos los demás? —le preguntó Antiges, sin apenas hacer caso de la lluvia de chispas que saturaba el aire de la sala.

—Vamos a salvar el muelle.

—No eres un tecnomarine así que, ¿cómo piensas apagar el reactor? —gritó Brynngar para hacerse oír por encima del estruendo mientras los cables de los

cogitadores seguían despidiendo chispas por encima de ellos.

Aunque el lobo espacial tenía la cara pegada al oído de Cestus, al ultramarine le costó mucho oírlo. El reactor sonaba como un latido rugiente en los pasillos subterráneos de acceso. Después de haber guiado verbalmente a los astartes hasta una antecámara situada bajo el centro de control y un portal de acceso reforzado que los llevaría hasta el reactor, Falkman había olvidado indicarles los pasos necesarios para apagar el artefacto. Probablemente el hecho de que se hubiera desmayado tuviera que ver con aquel olvido.

Lo normal habría sido que aquella zona del muelle estuviese abarrotada de servidores y de ingenieros, pero la amenaza de un inminente escape de radiación había provocado una alarma de evacuación. Los astartes se habían cruzado con unos cuantos tecnoadeptos que huían en su camino hacia el reactor. Los que quedaban en la zona estaban muertos o se encontraban en estado crítico. Los astartes no hicieron caso de sus súplicas de ayuda, ya que la seguridad de todo el muelle estaba en juego.

—Espero que la solución se presente por sí misma —le contestó Cestus a Brynngar mientras avanzaban por el estrecho túnel. El pasillo en el que se hallaban bajaba en espiral alrededor del contenedor del reactor principal hasta la fuente de energía situada en la base de la estación de control.

—Pensaba que a los astartes de la legión de Guilliman se los consideraba unos maestros de la estrategia.

—Ser directos es una estrategia muy válida, lobo espacial —le recordó Antiges a gritos también para que lo oyera por encima del horrible sonido del metal al partirse. Daba la impresión de que dentro del conducto se había desatado una tormenta—. Creí que a uno de los hijos de Russ le resultaría familiar.

La divertida respuesta de Brynngar fue estruendosa y ensordecedora.

Cestus pasó a empujones entre los últimos supervivientes aterrorizados de los operarios y tecnoadeptos que huían y condujo a los astartes hacia la cámara del reactor. Tan sólo uno de los Ángeles del Emperador, equipado con su servoarmadura, podía esperar sobrevivir a la intensa radiación que emitía el reactor a tan corta distancia. Al igual que sus hermanos de batalla, Cestus se había puesto el casco antes de entrar en el túnel. En el visor del mismo no dejaban de parpadear las alarmas de radiación peligrosa. Se les acababa el tiempo.

Unos conductos atmosféricos se habían partido y emitían nubes de gas helado por encima de una compuerta de aislamiento gigantesca, que separaba el interior del compartimento del reactor del resto del centro de control.

Sin duda se había activado en cuanto se detectó la descarga de energía psíquica emitida por los astrópatas. Los servomotores de la enorme compuerta se habían cortocircuitado después y ya no eran más que un conglomerado de cables quemados y

engranajes doblados.

—¡Preparaos! —gritó Cestus sin hacer caso del gas a temperatura bajo cero.

Luego agarró el borde de la compuerta para intentar abrirla a la fuerza.

—Échate a un lado —le dijo Brynngar con un gruñido y utilizando su corpachón para apartar al ultramarine. Empuñó a *Colmillo infernal* con una facilidad fruto de la práctica y la blandió en un arco amplio y lento—. No tiene gracia cuando el oponente está inmóvil —refunfuñó, y luego partió en dos la compuerta con un poderoso golpe del hacha, de cuyo filo saltó un chorro de chispas.

Brynngar guardó el arma de nuevo y después separó con las dos manos el metal ya partido, con lo que abrió un hueco lo bastante amplio como para que pudieran pasar los astartes.

El reactor era una masa de vertiginosa energía verdeazulada centelleante que giraba sobre sí misma mientras absorbía poder de los conductos de plasma que la rodeaban, igual que las órbitas excéntricas de unos satélites alrededor de una estrella. Palpitaba cubierta de manchas negras y púrpura. Unos cuantos trozos de maquinaria ennegrecida cayeron en su interior. Un chorro de aire caliente, cargado de radiación, los azotó un momento después. En el visor del casco de Cestus se iluminaron nuevas runas de aviso cuando los agudos sensores distribuidos por su armadura transmitieron la información que habían recogido.

—¿Y ahora qué? —gritó Antiges por encima del aullido del reactor.

Cestus observó con atención la masa de energía en continua rotación y se fijó en lo pequeña que era la estancia que la albergaba y en la consola de control, que había quedado destruida por completo.

—¿Cuántas granadas tenéis?

—Un puñado de fragmentación y tres perforantes, pero no entiendo qué quieres, capitán —contestó Antiges. La expresión de perplejidad de su rostro quedó oculta por el casco.

—Todo un cinturón lleno de perforantes —respondió Brynngar—. Sea lo que sea lo que tengas pensado, será mejor que lo hagamos ya.

—Acabar despedazado por un reactor estropeado no era la saga de muerte que quería en su epitafio.

—Llenamos la cámara de granadas con temporizador, todas las que tengamos —les explicó Cestus, cada vez más convencido mientras hablaba—. Y lo enterramos todo.

—Pero eso provocará un daño catastrófico en el centro de control —respondió Antiges, volviéndose hacia él.

—Sí, pero no lo destruirá. No hay otra solución.

Cestus estaba a punto de sacar las granadas del cinto de su armadura cuando el reactor se colapsó sobre sí mismo como una estrella moribunda que se convirtiera en

un agujero negro. En su lugar apareció una esfera reluciente de color púrpura intenso que parpadeaba igual que la imagen de una pantalla pictográfica defectuosa. Varios destellos iluminaron su superficie y se reflejaron en la armadura de Cestus. El ultramarine retrocedió un paso.

De repente, una oleada de estática aullante resonó por doquier y los astartes se vieron asaltados por aquella descarga sonora. Un tremendo destello iluminó toda la estancia y sobrecargó los sistemas oculares del visor por un instante. En mitad de aquel brillo cegador, Cestus vio una imagen, aunque tan fugaz y confusa que bien podría haber sido una ilusión óptica provocada por la sobrecarga del visor del casco. El ultramarine parpadeó, vio un resplandor blanco y sacudió la cabeza para intentar ver otra vez la imagen. El destello cegador se apagó, y cuando Cestus recuperó por completo la capacidad de visión, la imagen se le quedó grabada durante unos momentos en la retina aunque ya se había desvanecido el brillo y el reactor se había apagado El núcleo se había vuelto negro. Sobre su superficie crepitaban descargas de electricidad estática. Luego se encogió y se quedó inerte de repente. Las luces de emergencia del interior del contenedor del reactor se fueron apagando poco a poco.

Los reactores secundarios y terciarios de otros puntos del centro de control captaron la pérdida del reactor principal y desviaron energía al muelle, lo que permitiría que los tecnosacerdotes tuvieran tiempo de efectuar las reparaciones necesarias. La tormenta se había extinguido a sí misma.

—En nombre de Terra, ¿qué es lo que acaba de pasar? —preguntó Antiges, que todavía tenía un puñado de granadas de fragmentación en la mano.

—Madre Fenris —murmuró Brynngar al pensar en lo que había presenciado unos momentos antes.

—¿Lo visteis? —les preguntó Cestus—. ¿Lo visteis dentro de ese destello cegador?

—¿Ver qué? —inquirió Antiges, que se sentía aliviado de que al final no hubieran tenido que demoler la cámara del reactor.

La postura del cuerpo de Cestus mostraba su sorpresa y su incredulidad tan bien como cualquier expresión facial oculta por el casco.

—Macragge.

En el receptor psíquico se veían fragmentos de imágenes inconexas. Era lo que quedaba de la transferencia astropática del aullido psíquico.

Falkman, con aspecto demacrado y agotado por la experiencia por la que acababa de pasar, aunque indemne por lo demás, estaba estudiándolas utilizando protocolos de análisis y procedimientos de clarificación con los pocos aparatos que todavía funcionaban en el centro de control. Saphrax estaba a su lado, con gesto pensativo, a la espera de que regresara su capitán.

—¡Hermano capitán! —exclamó con no poco alivio cuando Cestus y los demás salieron del túnel con la armadura ennegrecida en varios lugares.

Cuando Cestus se quitó el casco, vio que tenía el rostro ceniciento y la frente cubierta de un sudor frío.

Saphrax se quedó sorprendido, porque jamás había visto a un camarada astartes, y menos a su capitán, en semejante estado.

—El mensaje astropático —dijo con voz helada, y se dirigió hacia el receptor psíquico antes de que Saphrax tuviera tiempo de expresarle su preocupación—. ¿Qué ha quedado de él?

—Todo va bien, hermano —le dijo Antiges, que caminaba detrás del capitán. Puso una mano en el hombro al portaestandarte para tranquilizarlo, aunque su tono de voz era de todo menos tranquilizador.

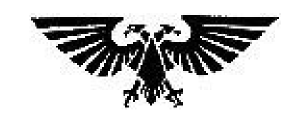
Brynngar se mantuvo apartado, permaneciendo lejos de ellos a propósito, y en completo silencio, como si todavía estuviera asimilando lo que había ocurrido en el reactor. Se llevó una mano al colmillo que colgaba como un amuleto de la placa pectoral de su armadura, y se quedó pensativo.

—Queda muy poco —confesó Falkman, quien, a pesar de haber conseguido restaurar la electricidad y algunas de las funciones básicas del centro de control, no había conseguido recuperar todo el mensaje astropático.

—Necesito poner en funcionamiento uno de los motores lógicos si quiero que se descifre algo con cierto grado de seguridad, pero esto es lo que tenemos.

Cestus se quedó mirando la placa de datos del receptor psíquico mientras las imágenes iban pasando lentamente una por una: un guantelete con los dedos cerrados y rodeados por una corona de laurel, un libro dorado, lo que parecía ser el casco de una nave espacial y un puñado de estrellas borrosas. Cestus conocía muy bien la quinta imagen. Aunque la parte racional de su mente le indicaba otra cosa, el ultramarine sabia en su fuero interno lo que había visto. La cadena montañosa, los vívidos colores azul y verde, eran inconfundibles. También sabia lo que había sentido: un ansia nostálgica, como la que se siente al regresar al hogar.

—Macragge —musitó, y de repente, se le heló el corazón.



CUATRO

INSPIRACIÓN DIVINA
UNA REUNIÓN
CONTACTO

Mhotep se quedó mirando al agua, que era tan clara y estaba tan quieta que su superficie relucía como la plata. El rostro que le devolvió la mirada tenía unos rasgos duros y cincelados, con una estructura ósea atractiva a pesar la capucha de terciopelo que la cubría en parte. Las profundas cuencas de los ojos indicaban inteligencia, y tenía la piel bronceada y tan suave que no mostraba imperfección alguna, lo que sugería su legión de origen: los Mil Hijos.

Mhotep estaba vestido con una túnica iridiscente cuya parte inferior se extendía a su alrededor como un charco de líquido color rojo intenso debido a que se encontraba de rodillas y con la cabeza agachada. Su vestimenta sugería lo arcano por las runas cosidas que la cubrían. Estaba en el corazón de su sanctum privado.

La estancia en forma de elipse tenía un techo bajo que aumentaba la sensación de claustrofobia creada por la enorme cantidad de parafernalia esotérica que se encontraba en su interior. Las pilas de estuches llenos de pergaminos y las numerosas estanterías repletas de volúmenes arcaicos competían por el espacio disponible con vitrinas abarrotadas de extraños objetos arcanos: un oculum con numerosas lentes teñidas, un guantelete enjoyado, una máscara de plata con la forma de una calavera estilizada. En un estrado elevado había un planetario en miniatura fabricado en oro, donde los planetas estaban representados por piedras preciosas. Las paredes doradas estaban cubiertas con mapas antiguos enmarcados en metal bruñido que reflejaban el brillo azul de las lámparas de carácter mágico.

El suelo de mármol rojo en el que se habían grabado una multitud de círculos

concéntricos que se entrelazaban, se extendía por toda la estancia. Las runas de color ónice y negro, grabadas en la piedra, cubrían los grandes arcos sin regularidad aparente. Mhotep se encontraba en el centro de todo aquel diseño, en el punto donde convergían todos los círculos entrelazados.

El comunicador incorporado al sistema de entrada al sanctum emitió zumbido para indicar la llegada de alguien.

—Entra, Kalamar —dijo Mhotep.

El siseo de la presión al escapar acompañó a la entrada del ayudante, que caminaba arrastrando los pies, cuando la puerta del sanctum se abrió.

—¿Cómo sabíais que era yo, lord Mhotep? —le preguntó Kalamar, con la voz cargada de años y decrepitud.

—¿Quién si no iba a ser, viejo amigo? No necesito la precognición para predecir tu presencia en mi sanctum.

Mhotep se inclinó sobre el cuenco, y metió las dos manos en el agua para enjuagarse un poco la cara. Se echó hacia atrás al levantarse y la luz de las lámparas se reflejó en su cráneo rapado.

—Tampoco necesito un augurio sofisticado para saber que me traes noticias importantes —añadió al mismo tiempo que se secaba el rostro con el borde de una manga.

—Por supuesto, mi señor. No pretendía ofenderos —se apresuró a decir Kalamar, quien hizo una profunda reverencia. El siervo era ciego, y le habían colocado unos implantes oculares. Los biosensores que le habían ajustado al hueco de las cuencas no veían realmente, sino que captaban el calor y le proporcionaban un conocimiento parcial del espacio que lo rodeaba. Kalamar compensaba en parte su heterodoxa capacidad visual con un bastón de plata—. Mi señor, hemos atracado en Vangelis —añadió, confirmando lo que el capitán ya sabía.

Mhotep asintió, como si comprendiera algo de repente.

—Que los siervos de la legión me preparen la armadura. Saldremos la nave de inmediato.

—Como ordenéis —contestó Kalamar haciendo otra reverencia, pero se detuvo mientras se dirigía hacia la puerta del sanctum—. Mi señor, no quiero parecer impertinente, pero ¿por qué hemos atracado en Vangelis, cuando el destino de nuestro viaje es Prospero?

—Las sendas del destino son muy curiosas, Kalamar —contestó Mhotep al mismo tiempo que volvía a fijar la mirada en el cuenco.

—Sí, mi señor. —A pesar de los cincuenta años que llevaba al servicio de Mhotep, Kalamar seguía sin entender del todo las crípticas respuestas de su amo.

Mhotep se puso en pie una vez se marchó su siervo, y los voluminosos pliegues de su túnica se arremolinaron a su alrededor. De uno de los pliegues de la manga sacó

un objeto parecido a una vara, del largo aproximado de su antebrazo, cubierto de símbolos arcanos.

Se salió del círculo, lo que dejó al descubierto el ojo que había dibujado en el centro, y recorrió, girando a un lado y a otro, el diseño laberíntico de la estancia. Representaba la sabiduría de Magnus, el primarca de la Legión de los Mil Hijos y padre genético de Mhotep. Éste siguió el trazado cabalístico dibujado en el suelo hasta llegar a una vasija alargada de decoración recargada y colocó con gesto reverente la varita en su interior. La vasija se parecía mucho a un sarcófago dorado, muy similar a los que se utilizaban para enterrar a los antiguos gobernantes de Prospero. Una vez colocado el objeto, Mhotep selló la vasija, de la que escapó siseando el aire al hacerse el vacío en su interior, y después tecleó una secuencia de runas disimuladas en la decoración externa del sarcófago.

—Sí, muy curiosas —murmuró Mhotep una vez cumplida la tarea mientras se acariciaba con gesto ausente un pendiente en forma de escarabajo.

—Han acudido muy pocos —murmuró Antiges.

Tres astartes esperaban a Cestus y a sus hermanos de batalla en el interior de una austera sala de reuniones de ferrocemento gris de los Ultramarines. Los tres estaban sentados a una mesa de conferencias en la que había una gran “U” grabada. Un tapiz enorme enmarcaba la escena. En él se veía el día glorioso en que el Emperador llegó a Macragge en busca de uno de sus hijos.

El Emperador aparecía con su deslumbrante armadura dorada y el halo reluciente que rodeaba sus rasgos nobles. Estaba alargando la mano hacia Roboute Guilliman, quien, de rodillas, tendía a su vez una mano hacia Él. Había sido ese día cuando su primarca realmente había nacido y se había forjado la creación de su legión.

Incluso después de tanto tiempo y ante una simple representación artística del momento, Cestus sentía que el corazón se le henchía.

—Hemos avisado con muy poco tiempo. Me espera muchos menos —confesó Antiges mientras se acercaba con su camarada hacia ellos.

El hermano de batalla del capitán lo había informado sobre los recién llegados. A Brynngar ya lo conocía, por supuesto, pero a los otros dos, un astartes de los Mil Hijos y otro de los Devoradores de Mundos, no los conocía de nada.

A Cestus y a Antiges los acompañaban cuatro de sus hermanos: Lexinal, Pytaron, Excelinor y Morar, aunque sólo lo hacían para cubrir las apariencias. Los demás, Amryx, Laeradis y Thestor, estaban con Saphrax, cumpliendo otra misión. Habían sido los ultramarines quienes habían convocado aquella reunión, por lo que era apropiado que se presentasen en mayor número para mostrar su compromiso.

—Saludos, hermanos —dijo Cestus mientras se sentaba junto a sus camaradas ultramarines—. Os traslado la gratitud de Guilliman y de la VIII Legión por acudir a

nuestra llamada.

—Excelente —contestó el astartes de cráneo rapado y piel oscura y lustrosa—. Sin embargo, te rogamos que nos iluminéis sobre la naturaleza de vuestro problema.

Tenía una voz profunda y resonante. Llevaba puesto el equipo de la Legión de los Mil Hijos, una servoarmadura de color rojo oscuro laqueado y rebordes dorados. Era un individuo tan adusto y orgulloso como los monumentos de Prospero, con una presencia imponente. Antiges ya lo había informado de que se trataba del capitán de flota Mhotep.

Poseía una belleza inquietante, con un rostro carente de las habituales cicatrices de combate y los implantes faciales consecuencia de las heridas sufridas a lo largo de incontables años de combate, y mostraba una curiosa actitud altiva. A Cestus le dio la impresión de que sus ojos relucientes le exploraban el alma.

No todos los presentes mostraban respeto por su poder, más que obvio.

—El Gran Lobo valora más el silencio que la cháchara inútil, porque eso le permite oír palabras sabias que de otro modo se perderían entre preguntas innecesarias —gruñó Brynngar. Era obvia la hostilidad que el lobo espacial sentía hacia el hijo de Magnus.

El guardia del lobo, que ya se había unido a la causa de Cestus, fue quien junto a Antiges se encargó de convocar a las demás legiones para que acudieran a Vangelis. Ambos lo habían hecho con apasionamiento y con mensajes cortos, sin decir mucho sobre lo que el capitán ultramarine precisaba de ellos. Al principio, el lobo espacial se había negado en redondo a incluir a los Mil Hijos entre los posibles hermanos de espada en aquella misión. El carácter conflictivo de ambas legiones no propiciaba un acuerdo fácil, pero Cestus había insistido en que necesitaban toda la ayuda posible, y Mhotep había respondido a la llamada. Y lo que era más importante: disponía de una nave propia, algo que ayudaba a potenciar la pequeña flota que estaba reuniendo.

El capitán de los Mil Hijos no hizo caso del insulto del lobo espacial y se reclinó en el asiento al mismo tiempo que hacía un gesto para indicarle a Cestus que prosiguiera.

El capitán de los Ultramarines relató a los presentes los planes de transporte de su escuadra desde Vangelis a bordo de la *Puño de Macragge* y la recepción del mensaje astropático que había estado a punto de destrozar del todo el centro de control del muelle Corallis. Incluso les confió su temor de que algún enemigo desconocido hubiese destruido la nave, aunque no mencionó la experiencia que había tenido en el núcleo del reactor. Cestus todavía estaba meditando sobre lo que había visto. Las visiones eran propias del mundo de la hechicería, y admitir que él, un ultramarine había visto algo semejante socavaría su credibilidad y provocaría sospechas en los demás.

—Quizá ese acto lo perpetró una nave alienígena. Mi legión se ha enfrentado y ha

destruido muchas naves orkas incluso en el Segmentum Solar —anunció una voz parecida al hierro.

Skraal era un devorador de mundos, un astartes de la XII Legión, y el tercero de los guerreros invitados, si se contaba a Brynngar.

Llevaba una servoarmadura Mark V de aspecto gastado, de colores azul y blanco, los propios de su legión. Era evidente que no le gustaba la servoarmadura de la clase Corvus que utilizaban sus hermanos. La suya mostraba abolladuras en bastantes sitios y se veían claramente las numerosas piezas de repuesto y las reparaciones apresuradas propias del campo de batalla. Estaba construida con los materiales habituales, y las placas se mantenían unidas gracias a grandes ganchos, las cabezas de los cuales se veían con claridad en la hombrera izquierda, en las grebas y en la gorguera. El casco se encontraba sobre la mesa, a su lado. Llevaba adornos similares y mostraba unos daños tremendos provocados por armas de filo y de fuego que habían dejado al descubierto el metal gris de la armadura.

El rostro de Skraal era un reflejo de esa armadura, y las cicatrices que se entrecruzaban formaban un mapa de dolor y sufrimiento. En la frente palpitaba una vena gruesa mientras hablaba. Su actitud belicosa unida a un tic nervioso visible bajo el ojo derecho daban la impresión de que estuviera un poco desequilibrado.

Los Devoradores de Mundos eran una legión temible. Sus guerreros se parecían mucho a su primarca, Angron, y eran una fuerza primitiva que luchaba con una furia y una rabia denodadas. Todos y cada uno de esos guerreros eran una fuente de cólera apenas contenida, un eco sangriento del ansia de combate de su primarca.

—Es posible —admitió Cestus, quien sostuvo la mirada del terrible guerrero de un modo deliberado, a pesar de la hostilidad obvia de Skraal—. De lo que estoy seguro es de que una de las naves de los astartes del Emperador ha sido atacada por un enemigo desconocido y con un propósito infame —añadió con ira creciente. Se puso en pie—. ¡Este acto no puede quedar sin respuesta!

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos, noble hijo de Guilliman? —le preguntó Mhotep, aparentemente el más valorado de todos.

Cestus abrió los brazos y apoyó las manos en la mesa para recuperar la compostura.

—La desencriptación astropática ha revelado una región del espacio que ha sido identificada por el astrocartógrafo del centro de control. Creo que se trata del lugar donde la *Puño de Macragge* fue destruida. También creo que, puesto que la nave se dirigía hacia el sistema Calth para reunirse con lord Guilliman, es posible que su atacante tuviera el mismo rumbo.

—Es una conclusión lógica bastante arriesgada, ultramarine —lo contradijo Mhotep, que no pareció convencido por los argumentos apasionados de Cestus.

—No creo que la nave que transportaba a cinco compañías de mis hermanos de

batalla con rumbo a Calth fuera destruida antes de llegar a Vangelis en un acto de maldad alienígena al azar —arguyó Cestus, a quien la impaciencia aumentaba la frustración.

—Entonces, ¿cómo vamos a encontrar esa nave asesina? —quiso saber Skraal, quien no hacía más que rozar con el pulgar la empuñadura de su hacha sierra en un gesto evidente de ansias de matar—. Si lo que dices es cierto y el mensaje que recibisteis de la nave ya es antiguo nuestra presa ya se habrá alejado de ese lugar.

Cestus soltó un suspiró de inquietud. Deseó con todas sus fuerzas ser capaz de hacer ver a sus hermanos lo que albergaba en su corazón, lo que sabía en lo más profundo de su fuero interno. Sin embargo, en esos momentos no podía, al menos hasta que hubiera logrado darle más sentido a lo que habla visto. No habla tiempo que perder.

—Nuestra posición en Vangelis se encuentra en la ruta de la *Puño de Macragge*. Ese rumbo la hubiera llevado hasta Calth. En resumen, estamos por delante del lugar donde fue destruido. Si nos ponemos en marcha de inmediato, es posible que logremos captar el rastro de nuestro enemigo.

Todos lo miraron en silencio. Ni siquiera Brynngar parecía convencido por los razonamientos del ultramarine. Cestus se dio cuenta de que no era la lógica lo que lo guiaba en aquel asunto sino su convicción. La imagen de Macragge que vio por un instante en el destello del reactor seguía ardiéndole en la mente, y habló de nuevo.

—No necesito vuestra ayuda en este asunto. Ya he enviado a uno de mis hermanos de batalla para que requise una nave de esta misma estación y nos dirigiremos hacia el lugar desde donde la *Puño de Macragge* envió su último mensaje. Con un poco de suerte podremos captar algún rastro y encontrar a quienquiera que haya sido el responsable de lo que ocurrió. No, no necesito vuestra ayuda, pero os la pido humildemente.

Una vez dicho aquello, se levantó de la silla y se arrodilló en una postura reverente ante sus camaradas astartes, con la cabeza inclinada hacia el suelo.

Antiges se quedó asombrado al principio, pero luego también se levantó de la mesa y se puso de rodillas. Los demás ultramarines los imitaron, y en pocos instantes los seis hijos de Guilliman estaban de rodillas ante el resto del consejo.

—Los hijos de Russ jamás se han negado a pagar una deuda de honor —afirmó Brynngar al mismo tiempo que se ponía en pie y colocaba a *Colmillo infernal* sobre la mesa—. Me uniré a vosotros en esta misión.

Skraal se situó junto a él y depositó su hacha sierra al lado del hacha rúnica del lobo espacial.

—La furia de los Devoradores de Mundos luchará con vosotros.

—¿Y tú que dices, hijo de Magnus? —le preguntó Brynngar con un gruñido tras posar su mirada salvaje en Mhotep.

El capitán de los Mil Hijos se quedó por un momento sentado, con tranquilidad y calculando su respuesta. Luego colocó su cimitarra al lado de las otras dos armas, con la hoja dorada zumbando de energía tras haberla desenvainado.

—Mi nave y yo estamos a tu disposición, ultramarine.

—¡Bah! Has sido el mayor opositor a este consejo. Me gustaría saber por qué —le soltó Brynngar.

Mhotep sonrió divertido al captar el rencor del lobo espacial, pero se negó a morder el anzuelo.

—Todos sabéis lo que ocurrió en Nikea en lo relativo a mi primarca y a mi legión, y a las prohibiciones que ese día nos impusieron —respondió Mhotep sin tapujos—. Estoy impaciente por mejorar las relaciones con nuestras legiones hermanas, ¿y por dónde mejor que empezar que por los jactanciosos hijos de Roboute Guilliman?

Mhotep inclinó levemente la cabeza en un gesto de respeto al acabar la frase, aunque fue un intento deliberadamente insuficiente de atemperar el insulto. A Cestus le importaba muy poco la hostilidad que existía entre los dos astartes y se puso en pie. Antiges hizo lo mismo un momento después.

—Me hacéis un gran favor —les dijo Cestus con auténtica humildad—. Nos encontraremos en el muelle Corallis dentro de una hora.

La Flota Saturnina existía desde antes del comienzo de la Gran Cruzada y había forjado un imperio en miniatura entre los anillos de Saturno. Su fuerza y su longevidad se habían basado en la tradición de su capacidad como navegantes, algo esencial para atravesar el rompecabezas increíblemente complejo que representaban los anillos. En su lista de honores figuraba el día en que se encontraron por primera vez con las naves de combate del naciente Imperio. Los almirantes de la Flora Saturnina vieron en ellas un imperio hermano, basado en la demostración de poder y no simplemente en el fanatismo o en palabras vacías, por lo que firmaron un tratado con el Emperador que todavía era motivo de orgullo en la Torre del Almirantazgo de Enceladus. Sus naves habían acompañado a la Gran Cruzada a todos los rincones de la galaxia, aunque su hogar espiritual habían sido los anillos, el círculo interminable de Saturno que bullía sobre ellos.

Cestus tuvo que admitir que la *Iracundo* era una nave excelente mientras observaba el puente de mando junto a Antiges. Era antigua y ostentosa, con las paredes recubiertas de paneles de madera y decorada con todo el patrimonio de una aristocracia naval que ya existía antes del Ejército Imperial y sus flotas. El puente de mando parecía sacado directamente de una academia naval de Enceladus, con mesas de mapas de madera oscura y vitrinas con puertas de cristal llenas de libros. Tan sólo alguna pantalla pictográfica o una consola de mando rompían esa imagen. En el techo había instalado un anillo de nueve pantallas, desde donde podían descender para

ofrecer una visión perimetral de lo que ocurría en el exterior de la nave. La tripulación del puente de mando llevaba puestos uniformes de color azul oscuro con brocados de la Flota Saturnina. Saphrax y sus hermanos de batalla habían acertado al requisar aquella nave.

—Vicealmirante —saludó Cestus mientras se acercaba al puesto del capitán, un gran trono rodeado de estanterías con mapas.

El trono giró y dejó a la vista a la vicealmirante Kaminska. Cestus vio con claridad su ascendencia noble grabada en el rostro: una mandíbula fuerte, un cuello delicado, unos pómulos marcados, todo ello acompañado de un leve fruncimiento de labios que sugería una gran arrogancia.

—Capitán Cestus, es un honor servir a los astartes del Emperador —lo saludó ella con frialdad. Saphrax ya le había contado a Cestus la reacción de la vicealmirante mientras él y el resto de los ultramarines subían a bordo de la nave. Al parecer, había sido iracunda y vociferante.

Kaminska inclinó muy levemente la cabeza en gesto de saludo. El gesto se perdió casi del todo debido al cuello alto de su uniforme y al grueso reborde de la capa de piel que llevaba sobre los hombros. La vicealmirante era una matriarca de rostro severo. El monóculo que llevaba sobre el ojo izquierdo ocultaba en parte la tremenda cicatriz que le recorría ese lado del rostro. Los eslabones de la cadena del monóculo eran pequeñas calaveras y la llevaba sujeta al bolsillo derecho de la pechera del uniforme. Tenía el bastón de mando propio de su cargo en el cinto, asegurado mediante un lazo de cuero, y al otro lado una pistola naval en su funda. Los guantes de metal que le cubrían las manos tenían el emblema de un rayo, y mostraban la tensión de la oficial al agarrar con fuerza los reposabrazos del trono de mando.

—La *Iracundo* es una nave impresionante —comentó Cestus en un intento por disipar aquel ambiente tan tenso—. Me alegra que respondiera a nuestra llamada.

—Por supuesto que lo es, lord astartes —replicó Kaminska voz seca—. Sería una pena tremenda sacrificarlo en el altar de una venganza inútil. Por lo que se refiere a su llamada… —añadió al mismo tiempo que la expresión de su rostro se tensaba—, difícilmente se la podría considerar como tal.

Cestus se contuvo. En su calidad de comandante de flota astartes, tenía la autorización necesaria para tomar el mando de aquella nave. Decidió que, de momento, le permitiría un poco de margen de maniobra. Todavía estaba pensando una respuesta apropiada cuando Kaminska habló de nuevo.

—El capitán Vorlov, de la *Inagotable*, ha pedido permiso para acompañarnos, aunque él tiene un carácter mas apacible.

Cestus había oído hablar de la nave y del capitán Vorlov. Se la consideraba uno de los caballos de batalla de la flota, y sus cicatrices de combate eran demasiado numerosas como para contarlas. Se encontraba en declive, ya que habían aparecido

naves mejores y más poderosas por toda la galaxia. Cestus sospechaba que la *Inagotable* llevaba atracada en Vangelis desde hacía bastante tiempo, por lo que su participación en la Gran Cruzada había disminuido bastante, y que el capitán Vorlov no quería caer todavía en la atrofia.

—Muy bien —contestó Cestus, que decidió no reprender a la vicealmirante. Después de todo, le había arrebatado el mando de su propia nave para embarcar a en una misión de dudosas motivaciones. Se dijo que su actitud debía ser la de esperar—. Ya tiene el rumbo, vicealmirante. No tenemos tiempo que perder.

—La *Iracundo* es la nave más veloz del Segmentum Solar. Si su enemigo se encuentra en el espacio, lo alcanzaremos —le aseguró Kaminska, y a continuación hizo girar el trono de mando para encararse con los paneles de instrumentos.

La vicealmirante Kaminska permitió que la furia qué sentía se le reflejara en el rostro en cuanto el astartes salió del puente de mando. Se había dirigido a Vangelis para efectuar una serie de reparaciones y conseguir suministros y tripulantes de reemplazo. Esperaba disponer de una semana para resolverlo. Sin embargo, con una simple orden de los Ángeles del Emperador, por lo que parecía, los señores regentes de la galaxia, tanto ella como su nave se veían obligados a volver al servicio activo sin apenas aviso alguno. «Por la autoridad otorgada por el Emperador de la Humanidad». Esas palabras eran una orden incontrovertible que Kaminska no podía desobedecer. No es que se negara a servir, era una soldado fiel al Imperio que se había distinguido en combate en numerosas ocasiones para mayor gloria del Emperador. No. Lo que la molestaba era que aquella misión se emprendiera basándose en intuiciones y por lo que ella sabía, en conjeturas. Aquello no le gustaba nada a Kaminska. Nada en absoluto.

—Vicealmirante, la escuadra de escolta ya se halla en posición —le comunicó la contramaestre Athena Venkmyer. Ésta llevaba el largo cabello recogido de forma tirante, y se veía obligada a permanecer en posición de firmes debido a la enorme cantidad de brocado de su uniforme.

—Muy bien. ¡Abajo pantallas!

El anillo de pantallas descendió. El brillo intenso de Vangelis era visible desde el punto de reunión, y estaba rodeado por una nube difusa de brillos menores: satélites de escucha, flotas ancladas y residuos espaciales. Un sol lejano era un punto algo más brillante, aunque su luz se veía atenuada de forma automática por los limitadores de la pantalla.

Varios iconos aparecieron parpadeantes y mostraron las posiciones de las demás naves de aquella flota improvisada. Las cuatro naves de escolta, la *Intrépida*, la *Ferox*, la *Feroz* y la *Espada Llameante* avanzaban en posición de diamante alrededor de la *Iracundo*. La *Luna Menguante*, la nave de los Mil Hijos, bajo el mando del

capitán Mhotep, volaba a cierta distancia de ellos. Incluso de lejos se veía que la nave astartes era impresionante, un dardo afilado de colores rojo y dorado. La *Inagotable*, un crucero del mismo tipo que la *Iracundo* pero equipado con cubiertas para lanzar naves de ataque, se encontraba un poco alejado, acercándose todavía a la flota.

Satisfecha al ver que estaban preparados para partir, la vicealmirante Kaminska pulsó un botón de control situado en el reposabrazos del trono y activó el comunicador del puente de mando.

—Escoltas en formación, mantengan a la *Luna Menguante* a sotavento de nosotros. Avance al punto de entrada primario. Motores de plasma a tres cuartos.

—¡Tres cuartos! —fue el grito de respuesta del contramaestre Lodan Kant desde su puesto en el control de máquinas.

—Señor Orcadus, el extremo terrestre del Tránsito del Núcleo Terciario, por favor —ordenó Kaminska tras abrir una línea de comunicación con el navegante principal.

—A sus órdenes, vicealmirante —fue la seca respuesta procedente del sanctum del navegante.

El Tránsito del Núcleo Terciario era la ruta más estable a través de la disformidad desde el Segmentum Solar hasta el extremo sureste de la galaxia. Los llevaría a su destino de un modo rápido y seguro, con un poco de suerte, permitiría que *Iracundo* le ganará terreno al enemigo, real o imaginario, que los esperaba en el espacio. También era la ruta que cualquier viajero espacial seguiría para llegar hasta el sistema Calth si no quería tomar un desvío de cuatro o cinco años luz. Los astartes habían sido muy específicos en ese asunto. A la vicealmirante Kaminska le hubiera gustado saber más al respecto, pero no había modo en que los Ángeles del Emperador informasen sobre esas trivialidades. Se dispuso a obedecer, ya que era él quien estaba al mando y no hubiera sido apropiado discutir la orden, pero Kaminska estaba decidida a averiguar la verdad.

Los motores de la *Iracundo* aceleraron y las preocupaciones de la vicealmirante pasaron a segundo plano. Sintió la vibración a través del suelo apanalado del puente de mando. Vio en las pantallas como la escuadra de escolta se colocaba en formación, a la que siguieron la *Luna Menguante* y la *Inagotable*.

Fuera lo que fuese lo que los esperaba allí fuera, no tardarían en encontrarlo.

—Hay un rastro de energía. Está degradado, pero es discernible —dijo la voz del navegante principal Orcadus desde su sanctum.

La nave imperial y el resto de la flota habían llegado a la zona del espacio real indicada por las coordenadas que el capitán Cestus les había proporcionado. Era el lugar donde supuestamente había sido destruida la *Puño de Macragge*. No encontraron señal alguna de la nave de los Ultramarines. Lo único que captaron fue una débil emisión de energía que encajaba con el rastro dejado por los motores de la

Puño de Macragge. A diferencia de los combates librados en tierra firme, donde las pruebas de un enfrentamiento solían ser claras y evidentes, las batallas en el espacio no dejaban muestras tan obvias. Los pecios espaciales se alejaban a la deriva, o las naves podían verse atrapadas y destruidas por agujeros negros, o los restos atraídos por los campos de gravedad de un satélite natural o de un planeta pequeño. Incluso los vientos solares eran capaces de dispersar las pruebas palpables de que se hubiera librado una batalla. Ése era el motivo por el que Kaminska le había ordenado al navegante que buscara los rastros de energía que pudieran quedar en la zona, los últimos vestigios de la descarga de los motores de plasma, que se mantenían en el espacio cuando todas las demás pruebas se dispersaban por las condiciones ambientales.

—¡Por Saturno! El chorro de empuje debe de haber sido enorme —añadió Orcadus con una muestra de emoción muy poco habitual en él—. Vicealmirante, la nave que dejó ese rastro debe de ser gigantesca.

—Entonces, ¿se puede seguir su rastro? —quiso saber Kaminska al mismo tiempo que hacía girar el trono de mando para mirar al capitán Cestus, que lo observaba todo de pie y en silencio a su lado.

La respuesta de Orcadus fue escueta.

—Sí, vicealmirante.

—Hágalo —le ordenó Cestus a Kaminska con voz ceñuda y la mirada perdida en la lejanía.

Kaminska torció el gesto ante lo que consideró una actitud arrogante e hizo girar el trono de mando hacia su posición original.

—Hágalo entonces. Quiero los radares a máxima potencia, señor Orcadus. Adelante.

—La hermandad es poder —explicó Zadkiel.

Estaba rodeado de novicios en la penumbra sepulcral y sentado en el sillón elevado del púlpito de acero negro, desde donde se alzaba por encima de los allí reunidos.

—Es el núcleo de toda la autoridad de la galaxia conocida, y es el origen de la posición dominante de la humanidad. Es la Palabra de Lorgar, y está escrita.

—Y está escrita —repitieron a coro los novicios. Para el seminario se habían reunido más de cincuenta Portadores de la Palabra, que se encontraban de rodillas ante su señor e iban vestidos con las túnicas grises de iniciados sobre las armaduras carmesíes.

El techo de la catedral se elevaba sobre vigas cubiertas de losas de piedra y añadía poder acústico a la oratoria de Zadkiel. El aire era frío y estaba tan inmóvil como el de una cripta. El suelo estaba cubierto de páginas de piedra en las que se habían

tallado párrafos de la Palabra y reforzaba la noción de que aquél era un lugar de devoción religiosa. Aquello era algo que el Emperador había prohibido de forma expresa a sus legiones. La idolatría y la fe fanática no tenían sitio en la nueva edad de conocimiento del Señor de la Humanidad, pero allí, en aquel lugar, en el corazón de todos los hijos de Lorgar, la fe acabaría siendo convertida en un arma. Uno de los iniciados se puso en pie para mostrar su deseo de intervenir.

—Habla —le ordenó Zadkiel, que tuvo que contener la ira que sintió ante aquella interrupción repentina.

—El hermano puede volverse contra el hermano —declaró el novicio—. Debido a ello, pueden quedar debilitados. Así pues, ¿de dónde procede ese poder?

Zadkiel reconoció en la penumbra al hermano Ultis, un joven fanático de temperamento ambicioso.

—Ésa es la fuente del verdadero poder, novicio, ya que no existe mayor rivalidad que la que se encuentra entre dos hermanos. Sólo entonces uno buscará destruir las obras del otro con vehemencia entregando hasta el último gramo de sus fuerzas para conseguir la victoria —respondió Zadkiel con un tono de voz arrogante, ya que estaba disfrutando de la sensación de superioridad.

»Para ganar a ese hermano, el vencedor habrá forjado un poderoso ejército con el que derrotarlo. Se habrá adentrado en lo más profundo de su propio ser y habrá liberado todo su odio, ya que la victoria no se puede conseguir de otro modo.

—Entonces, habláis de odio, y no de hermandad —replicó Ultis. Zadkiel sonrió levemente para ocultar la impaciencia que sentía.

—Son dos alas de la misma águila, dos elementos iguales procedentes de fuentes idénticas —le explicó Zadkiel—. Nos os confundáis: estamos en guerra con nuestros propios hermanos. Ha sido la ceguera del Emperador la que nos ha llevado a este destino inexorable.

»Con nuestro odio, con nuestra devoción al credo de nuestro primarca, el poderoso Lorgar, lograremos la victoria.

—Pero el Emperador posee Terra, y sin duda, eso es poder —lo contradijo Ultis de forma imprudente.

—¡El Emperador no es el hermano de nadie! —gritó Zadkiel, dando un paso adelante. Sus palabras aplastaron con facilidad la actitud desafiante de Ultis. Se produjo un largo silencio, y Ultis mantuvo la cabeza agachada ante su Señor tras oír aquellas palabras reprensoras. Ninguno de los presentes en la catedral se atrevió a hablar, acobardados ante el poder evidente de Zadkiel.

—Se mantiene escondido en las criptas de su palacio de Terra —siguió diciendo Zadkiel con mayor fanatismo aún, pero dirigiéndose ya a toda la congregación—. Los recaudadores y los burócratas, la pandilla de Malcador, que se encarga de la regencia en Terra, reniegan de cualquier clase de lazo de hermandad. Están sentados en sus

pedestales, muy por encima de cualquier reconvención, por encima de sus hermanos, ¡por encima incluso de nuestro noble señor de la guerra!

La congregación rugió enardecida, y entre ellos Ultis, que se arrodilló de nuevo.

—¿Es eso una hermandad?

Los novicios rugieron de nuevo, sus puños cubiertos con guanteletes golpearon de forma rítmica las placas pectorales de las armaduras para dejar bien claro su fervor.

—¡Esos regentes han creado un mundo estancado y sin sentido alguno en el que toda emoción ha muerto y la devoción se considera una herejía! —exclamó Zadkiel con odio, y de repente se percató de una presencia en las sombras que se abrían a su espalda. Era uno de los tripulantes de la *Abismo Furioso*, el oficial de cubierta Sarkorov, un individuo provisto de delicadas sondas de datos en vez de dedos. Estaba esperando pacientemente a que Zadkiel se diera cuenta de su presencia.

—Le pido disculpas, mi señor —se excusó tras recorrer los pocos metros que lo separaban de él—, pero el navegante Esthemya ha descubierto una flota a nuestra retaguardia que sigue un vector de persecución.

—¿Qué clase de flota?

—Dos cruceros, un escuadrón de escolta y una nave de ataque astartes.

—Ya veo —Zadkiel se volvió hacia los astartes congregados—. Novicios, podéis retiraros —les ordenó sin ceremonia alguna.

Los Portadores de la Palabra se dispersaron en silencio entre las sombras de los rincones de la catedral, de regreso a sus celdas para meditar sobre la Palabra.

—Señor, nos están ganando terreno —le comunicó Sarkorov una vez estuvieron a solas—. Somos poderosos, pero estas naves son de menor tamaño y nos superan en velocidad.

—Entonces nos alcanzarán antes de que lleguemos al Tránsito del Núcleo Terciario.

Era una afirmación, no una pregunta.

—Así es, mi señor. ¿Doy instrucciones al magos para que fuerce los motores hasta la máxima potencia? Sería posible entrar en la disformidad antes de que nos interceptasen.

—No —le contestó Zadkiel tras pensarlo unos momentos—. Mantened el rumbo y mantenedme informado del avance de esa flota.

—Sí, mi señor —contestó Sarkorov antes de saludar y dar media vuelta con presteza para regresar al puente de mando.

—Mi señor Zadkiel —lo llamó una voz desde la oscuridad. Era Ultis, que se había mantenido oculto entre las sombras y acababa de salir a la luz que iluminaba el centro del púlpito.

—Novicio, ¿por qué no has regresado a tu celda? —inquirió Zadkiel.

—Quisiera hablar con vos, maestro, sobre las lecciones que habéis impartido hoy.

—Ilumíname, novicio —le indicó Zadkiel con un leve tono de humor en la voz.

—Los hermanos de los que hablabais… Os referíais a los primarcas —aventuró Ultis.

—Sigue.

—Nuestro rumbo actual nos llevará a enfrentarnos con el Emperador. Para el observador ignorante, parecería que el Emperador gobierna la galaxia y que no se le puede arrebatar el trono de Terra.

—Y aquellos que no son ignorantes, novicio, ¿qué es lo que ven?

—Que el Emperador utiliza su poder a través de los primarcas y que al separarlos, el poder del que hablabais se hace realidad —dijo voz cada vez más convencida. Zadkiel se quedó en silencio, por lo que Ultis continuó.

—Así es como se derrotará a Terra: cuando los hermanos de Lorgar se unan a él, cuando llevemos la guerra a aquellos que se aliarán de un modo inevitable al bando del Emperador. Someteremos nuestro odio y lo utilizaremos como arma, ¡una arma a la que nada se podrá resistir!

Zadkiel asintió con un gesto, pero tuvo que reprimir una leve sensación de irritación ante aquel joven precoz pero sabio. Sin embargo, Ultis se había pasado de la raya. Zadkiel vio con claridad la ambición en su mirada, la llama interior que amenazaba con devorar su propia ambición.

—Tan sólo busco comprender la Palabra —añadió Ultis, lleno de fervor.

—Y lo harás, Ultis —le contestó Zadkiel, a quien ya se le estaba ocurriendo un plan—. Serás un instrumento importante en la destrucción de Guilliman.

—Será un honor, mi señor —se apresuró a decir Ultis, inclinando la cabeza.

—Los individuos completamente ciegos como Guilliman son escasos —afirmó Zadkiel—. Cree que la religión y la fe son una fuerza corruptora. Algo que debe aborrecerse y a lo que no se debe seguir, como hacemos los fieles a la Palabra. Su ignorancia pragmática es su mayor debilidad, y gracias a su analfabetismo dogmático atacaremos el corazón de su propia legión.

Zadkiel abrió los brazos de par en par para abarcar toda la catedral, las bóvedas elevadas y las columnas alargadas, las páginas de la Palabra, el altar y el púlpito.

—Algún día, Ultis, toda la galaxia se parecerá a esto.

Ultis hizo una nueva reverencia.

—Y ahora, regresa a tu celda y medita profundamente sobre estas lecciones.

—Sí, mi señor.

Zadkiel se quedó mirando cómo se alejaba el novicio. Se empezaba a desarrollar un gran pasaje del sermón de la Palabra, y Ultis cumpliría su función. El capitán se volvió hacia el púlpito, detrás del cual había un pequeño altar. Zadkiel encendió una de sus velas por el alma de Roboute Guilliman. Por muy ciego que estuviese, era un hermano hasta cierto punto, y los adecuado era que su muerte futura ya fuese

conmemorada.

A bordo de la *Iracundo*, en una de las cubiertas de entrenamiento de la nave, dos Devoradores de mundos se enfrentaban con ferocidad en uno de los pozos de duelo. Era una de las numerosas zonas preparadas para ello dentro de un gimnasio mucho más amplio que estaba repleto de muñecos de entrenamiento, pesas y esterillas para ejercicios. En las paredes se alineaban los armeros. Los astartes se habían llevado sus propias armas de entrenamiento, y se veían numerosas rompeespadas, espadas cortas, mazas y lanzas. Por lo que parecía, la idea de un entrenamiento sencillo era un anatema para los hilos de Angron. Los devoradores de mundos luchaban igual que si fuera a muerte en mitad de una tormenta de espadas y un ansia irrefrenable de sangre. Los dos iban armados con hachas sierra afiladas y estaban desnudos de cintura para arriba. Llevaban puestos unos pantalones de entrenamiento de color carmesí y botas negras. Sus cuerpos musculosos mostraban magulladuras tremendas y cicatrices largas y desiguales. Se separaron por un momento lanzando un rugido y empezaron a dar vueltas el uno alrededor del otro en el hueco del pozo. El mármol blanco mostraba las oscuras salpicaduras de sangre de los gladiadores que se habían enfrentado en el combate anterior. La estrecha ranura de desagüe del centro el pozo ya estaba llena de sangre coagulada.

—Tanta furia… —comentó Antiges mientras contemplaba el combate desde la parte posterior del auditorio que había alrededor del pozo.

—Son la progenie de Angron —apuntó Cestus, que estaba sentado a su lado—. Su modo de ser es iracundo. Empleada de un modo adecuado, esa ira puede ser una herramienta muy útil.

—Sí, pero tienen muy mala reputación, lo mismo que su señor —replicó Antiges con expresión ceñuda—. No me encuentro tranquilo con su presencia en esta nave.

—Tengo que mostrarme de acuerdo con mi hermano, capitán Cestus —añadió Thestor, que estaba al otro lado de Antiges. Thestor era el astartes más fornido de la guardia de honor. Por tanto no era de extrañar que fuese especialista en armas pesadas. El resto de la guardia de honor, a excepción de Saphrax, estaba cerca de allí contemplando aquel espectáculo feroz con una mezcla de fascinación y desprecio. Thestor expresó en voz alta lo que pensaban todos sus hermanos de batalla.

—¿Realmente era necesario traerlos? —preguntó al mismo tiempo que apartaba la mirada de su capitán para contemplar de nuevo el combate—. Esto es un asunto de los Ultramarines. ¿Qué tienen que ver nuestras legiones hermanas?

—Thestor, no seas tan estrecho de mente como para pensar que no necesitamos su ayuda —lo reprendió Cestus, quien se volvió para mirar a su capitán—. Somos una hermandad. Todos nosotros. Aunque todos somos diferentes, el Emperador ha considerado adecuado que conquistemos la galaxia en su nombre todos juntos. En el

momento en que busquemos la gloria personal, cuando abandonemos la solidaridad y la sustituyamos por el orgullo, ese día se habrá acabado nuestra hermandad.

Thestor se quedó mirando el suelo después de que el capitán terminara de hablar. Se sentía avergonzado por sus comentarios egoístas.

—Puedes marcharte, Thestor —le dijo Cestus, y no era una petición. El fornido astartes se puso en pie y se marchó de la zona de entrenamiento.

—Cestus, estoy de acuerdo contigo, por supuesto que lo estoy —declaró Antiges una vez Thestor se hubo marchado—. Pero es que son igual que salvajes.

—¿Lo son, Antiges? —le replicó Cestus—. ¿No son Brynngar y los lobos espaciales también unos salvajes? ¿También los desprecias del mismo modo?

—Por supuesto que no. He luchado junto a los Lobos Espaciales y conozco su valentía y su honor. Sí, a su modo son un poco salvajes, pero la diferencia es que ellos poseen un espíritu noble. Estos hijos de Angron no son más que unos desangradores, simple y llanamente. Matan por el puro placer de matar.

—Todos somos guerreros —le dijo Cestus—. Todos nosotros matamos en nombre del Emperador.

—Pero no lo hacemos como ellos.

—Son astartes —insistió Cestus con furia reprimida al mismo tiempo que se volvía hacia su hermano de batalla—. No quiero oír nada más al respecto. Antiges, olvidas tu posición.

—Te pido disculpas, capitán. He hablado sin mostrar respeto alguno —contestó Antiges tras quedarse callado un momento a causa del asombro—. Tan sólo quería decir que no apruebo sus métodos. —Una vez dicho aquello, el ultramarine se volvió para seguir contemplando el combate.

Cestus siguió la mirada de su hermano de batalla. El capitán no conocía a ninguno de los dos devoradores de mundos que se enfrentaban en el pozo de duelo. Apenas sabía nada de su jefe, Skraal. Aquello era un combate ritual. No se había producido ofensa alguna, ni mancha de honor que pudiera haber provocado aquello, sin embargo, las armas no tenían el filo embotado, y los golpes que se propinaban eran letales.

—Yo tampoco —admitió Cestus al cabo de unos segundos mientras vio como uno de los combatientes estuvo a punto de perder el brazo bajo un tremendo mandoble de su oponente. El ultramarine había oído rumores sobre sus camaradas y lo que se dio en llamar la “purga” de Ariggata. Era una de las batallas más famosas de los Devoradores de Mundos. Según se decía, el asalto de la legión a esa ciudadela la había dejado convertida en un matadero. Cestus sabía muy bien que Guilliman todavía buscaba la oportunidad de hablar con su hermano Angron sobre los terribles acontecimientos que tuvieron lugar en esa batalla. Sin embargo, no era el momento de hacer recriminaciones. Cestus se había visto obligado por la necesidad a hacer lo

que había hecho, y le gustara o no, ésa era la situación en la que había terminado. Skraal estaba al mando de veinte devoradores de mundos a bordo de la *Iracundo*, y Cestus estaba decidido a sacarles el mayor partido. Brynngar había aportado el mismo número de garras sangrientas, y aunque eran ruidosos y pendencieros, sobre todo cuando se veían obligados a un cierto descanso en el interior de una nave, no albergaban la misma acción homicida que los sanguinarios hijos de Angron. Mhotep era el único astartes que no iba a bordo de la *Iracundo*. Tenía su propia nave, la *Luna Menguante*, aunque no transportaba escuadras de la Legión de los Mil Hijos, sino cohortes de marineros de combate a sus órdenes. Eran apenas cincuenta astartes y las naves de una flota improvisada. Cestus esperaba que fuese suficiente para enfrentarse a lo que les esperaba.

—¿Qué es lo que te preocupa, hermano? —le preguntó Antiges. Había olvidado con rapidez el breve altercado. El capitán dio finalmente la espalda al combate entre los dos devoradores de mundos. Decidió que ya había visto bastante.

—El mensaje que recibimos en el muelle Corallis me preocupa la —le confesó Cestus—. El puño cerrado, la corona de laurel, representa a una legión…, a nuestra legión. El libro dorado… No sé que significa, pero vi algo más.

—En el destello del reactor —asintió Antiges—. Me pareció haber oído algo cuando nos preguntaste si lo habíamos visto.

—Sí, vi algo en el destello del reactor. Fue algo tan fugaz y tan borroso que al principio creí que era mi imaginación, que mi mente me hacía ver lo que estaba ansiando.

—¿Qué viste?

Cestus miró a Antiges directamente a los ojos.

—Vi Macragge.

Antiges quedó desconcertado.

—No creo que…

—Vi Macragge y sentí una tremenda desesperación, como si eso presagiase algo terrible.

—Las visiones y los presagios son algo que pertenece a la brujería, hermano capitán —le advirtió Antiges con cierta inquietud—. Todos conocemos los edictos de Nikea.

—Hermanos —los interrumpió una voz antes de que Cestus pudiera responder. Era Saphrax, que regresaba del puente de mando, donde Cestus lo había enviado para que se mantuviera atento a todo lo que ocurriera. Los dos ultramarines se volvieron hacia el portaestandarte con expresión expectante.

—Tenemos contacto visual con la nave que pasó por el lugar donde fue destruida la *Puño de Macragge*.

—Se trata de una nave astartes, capitán.

—No estará insinuando que una nave del Imperio disparó contra una nave amiga, ¿verdad? —le advirtió Kaminska al astartes. Cestus y Antiges se dirigieron al puente de mando de inmediato tras oír el informe de Saphrax.

Lo que vieron en la pantalla los dejó atónitos a los dos. Era evidente que la nave a la que habían seguido el rastro por el vacío espacial era un diseño del Mechanicum, fabricada especialmente para una legión. Estaba decorada con la iconografía de los Portadores de la Palabra. Era la nave de mayor tamaño que jamás hubiera visto Cestus. Incluso desde aquella distancia se veía que era enorme, probablemente del triple de tamaño que la *Iracundo*, una nave que hubiera dejado pequeño a un acorazado de la clase Emperador. Mostraba un despliegue impresionante de armamento.

Los tecnosacerdotes de la *Iracundo* habían señalado la posibilidad de baterías de cañones láser en los costados de babor y de estribor y numerosos montajes de tubos lanzatorpedos a proa y a popa. Sin embargo, lo que más preocupó a Cestus fue la figura monolítica que se alzaba en la proa de la nave: un libro dorado gigantesco, eco de la imagen fragmentada del mensaje astropático que llegó a Vangelis.

—Nos encontramos a distancia máxima de disparo —comunicó el comandante Vorlov—. ¿Qué ordena, vicealmirante?

—Que nadie dispare —ordenó Cestus, interrumpiendo de forma exagerada a Kaminska—. Son nuestros hermanos de otra legión. Estoy seguro de que podrán aclararlo todo. Es posible que tengan información respecto a la *Puño de Macragge*.

Vorlov era un individuo regordete con unas mejillas que se movían de forma independiente al resto de su cuerpo. Tenía una nariz roja e hinchada que hablaba de las largas noches que pasaba bebiendo para alejarse del frío del espacio, e iba vestido con las ropas de pieles propias de la tradición saturnina. Su cuerpo llenaba la pantalla por la que se estaba comunicando con el puente de mando de la *Iracundo*.

—Sí, mi señor.

—No tiene sentido tomar una actitud amenazante sin motivo alguno —le murmuró Cestus a Antiges, quien asintió para mostrar que estaba de acuerdo—. Que la flota siga en posición y se mantenga a distancia de tiro de esa nave, pero sin acercarse. Vicealmirante Kaminska, coloque a la *Iracundo* en vanguardia. Que la *Luna Menguante* y la escuadra de escolta se mantengan a popa.

—Como ordene, mi señor —contestó ella, que se tuvo que tragar el orgullo por la irritación que sentía—. Ahora mismo transmito las órdenes.

La tensión en el puente de mando era palpable. Brynngar se había unido con ellos un momento antes.

—¿Qué tienes pensado, Cestus? —le preguntó con un gruñido en voz baja sin apartar la mirada de la pantalla y la poderosa nave que se vería al otro lado.

—Nos acercaremos lo suficiente como para ponernos en contacto con ellos y

preguntarles qué hacen en esta zona.

—En Fenris, cuando cazaba orcas cornudas, nadaba en las frías profundidades del océano procurando mantenerme por detrás de la bestia —empezó a decir Brynngar con convicción—. Una vez me acercaba lo suficiente, me despegaba la lanza de hueso que llevaba pegada a la pierna y la arrojaba contra el costado desprotegido de la orca. Luego nadaba con fuerza para alcanzar a la bestia antes de que me empalara con su cuerno. En cuanto me echaba encima, utilizaba el cuchillo para abrirle la carne y arrancarle las entrañas, ya que la orca es un animal poderoso y ése es único modo de matarlo con seguridad.

—Nos pondremos en contacto con ellos —insistió Cestus, a quien no le gustó nada la expresión de salvajismo que había aparecido en el rostro de Brynngar—. No voy a comenzar un combate sin motivo alguno. Vicealmirante —añadió el ultramarine, volviéndose hacia Kaminska.

—Contramaestre Kant, abra la comunicación con esa nave —ordenó ella. Kant hizo lo que se le ordenaba y la avisó en cuanto estuvo listo. Kaminska le hizo un gesto de asentimiento a Cestus.

—Aquí el capitán Cestus, del séptimo capítulo de los Ultramarines. En nombre del Emperador de la Humanidad, le ordeno que declare su destino y su misión en este subsector.

El silencio cargado de estática fue la única respuesta.

—Repito. Aquí el capitán Cestus, del séptimo capítulo de los Ultramarines. Respondan —le dijo en voz bien alta al comunicador. Un nuevo silencio.

—¿Por qué no responden? —se preguntó Antiges, con los puños cerrados con Fuerza—. Son astartes como nosotros. ¿Desde cuándo los hijos de Lorgar no contestan a los Ultramarines?

—No lo sé. Quizá no les funciona el comunicador de larga distancia —Cestus intentaba encontrar una respuesta, y se negaba a admitir lo que sabía en su fuero interno desde Vangelis: que algo iba mal, terriblemente mal—. Indíquele a una de las fragatas que se acerque —dijo al cabo de unos segundos de silencio, con la mirada fija en la pantalla, como todos los demás presentes en el puente de mando—. No quiero que se le acerque ninguno de los cruceros —explicó—. Podría tomárselo como una amenaza.

Kaminska transmitió la orden con voz seca y la Indomable se acercó a la nave desconocida.

—Voy a seguirla —dijo Mhotep desde una segunda pantalla del puente de mando —. Dispongo de medio regimiento de Guardias de la Torre de Prospero preparados para el abordaje.

—Muy bien, capitán, pero manténgase a distancia —le advirtió Cestus.

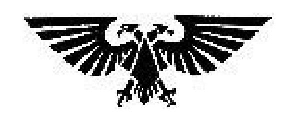
—Como desee.

La pantalla quedó en blanco cuando Mhotep tomó el mando directo de la *Luna Menguante*. Uno de los monitores tácticos se encendió de repente y mostró las naves que se acercaban, que prácticamente ya no se veían desde la portilla de observación. La nave de los Portadores de la Palabra era un icono rojo en el monitor, y estaba rodeada por las lecturas de los sensores de las fragatas, que eran poco más que unos pequeños puntos verdes en su presencia.

—Esto me huele mal —gruñó Brynngar, que había comenzado a caminar arriba y abajo por el puente de mando—. Y mi olfato nunca me engaña.

Cestus mantuvo la mirada fija en el monitor táctico. Macragge. Se le vino de nuevo a la mente la imagen de su Macragge, vista como parte de la advertencia astropática en el núcleo del reactor.

¿De qué modo estaba entrelazado el destino de esa nave con el de su planeta natal? Los Portadores de la Palabra eran sus hermanos. Sin duda, no tendrían nada que ver con la destrucción de la *Puño de Macragge*. Algo así era inconcebible. Cestus no tardaría en tener todas las respuestas que quería. La *Indomable* había alcanzado su posición.



CINCO
SE ESTABLECEN LOS BANDOS
PLATA TRES
HA CAÍDO LIBRO ABIERTO

—¿Cuáles son sus órdenes, capitán? —le preguntó una voz desde la cubierta de armamento. Zadkiel se recostó contra el respaldo del trono de mando. La sensación de poder era embriaga4dora. La nave de combate estaba bajo su control, como si fuera una extensión de su propio cuerpo, como si los tubos lanzatorpedos y las torretas de cañones fueran sus propias manos. Con sólo abrir los dedos, llevaría la destrucción a sus enemigos.

—Esperad —ordenó. La pantalla central mostraba las naves que se estaban acercando: una fragata seguida de un crucero de ataque. La fragata no le interesaba al capitán de los Portadores de la Palabra, pero el crucero era algo muy distinto. Se trataba de una nave veloz y bien armada, diseñada para ataques de precisión y acciones de abordaje. Estaba pintada con la librea de los Mil Hijos.

—La progenie de Magnus —musitó Zadkiel. Miró desde el trono de mando la pantalla suplementaria donde se describían las características tácticas de la nave. El archivo de *la Abismo Furioso* había identificado al crucero como la *Luna Menguante*. Poseía numerosas condecoraciones, y había seguido a la Legión de los Mil Hijos a través de la mitad de la galaxia para la Gran Cruzada—. Siempre he admirado su imaginación.

El capitán de asalto Baelanos estaba de pie detrás del trono de mando.

—Están a tiro, mi señor.

—No hay prisa, capitán. Deberíamos saborear este momento.

Aparecieron nuevos datos en la pantalla. En el diagrama de la *Luna Menguante* se

veían signos vitales equivalentes a todo un regimiento de tropas que se estaban reuniendo en los puntos habituales para iniciar una acción de abordaje.

—Contramaestre Sarkorov, abra un canal de comunicación privado con la *Luna Menguante* —ordenó Zadkiel.

—De inmediato, mi señor —le llegó la respuesta desde la profundidad de la oscura ciudad del puente de mando. Tras unos momentos, Sarkorov habló de nuevo —. El canal ya es seguro.

—Pantalla.

La imagen central fue sustituida por una visión del puente de mando dorado de la *Luna Menguante*. El astartes que estaba sentado en el trono de mando, que tenia una decoración muy recargada, con numerosas joyas engastadas y runas grabadas, levantó la mirada algo sorprendido. Tenía la piel de color marrón claro y ojos hundidos, y los rasgos de su rostro indicaban disciplina y decisión.

—Soy el capitán Zadkiel, desde el puente de mando de la *Abismo Furioso*. ¿Hablo con el capitán de la *Luna Menguante*?

—Así es. Soy el capitán Mhotep de los Mil Hijos. ¿Por qué no habéis respondido a nuestras llamadas?

—No, capitán. Soy yo el que exige saber lo que significa esta demostración de fuerza —le replicó Zadkiel, que no estaba dispuesto a ser interrogado por un hermano astartes—. No tenéis autoridad aquí. Retiraos de inmediato.

—Repito. ¿Por qué no habéis respondido a nuestras llamadas y qué sabéis de la *Puño de Macragge* y de lo que le ha ocurrido? —insistió Mhotep, sin dar muestras de sentirse acobardado.

—No me gusta tu tono de voz, hermano. No se nada de esa nave de la que me habláis. Y ahora, marchaos.

—No te creo, hermano —le contestó Mhotep con convicción. Zadkiel le sonrió sin alegría alguna.

—Entonces te diré la verdad. Capitán Mhotep, se van a producir grandes acontecimientos. Se van a establecer los bandos. La llama y el castigo esperan, y aquellos que estén en el bando equivocado serán quemados hasta quedar convertidos en ceniza.

Zadkiel se quedó callado unos momentos para que sus palabras calaran. Mhotep se mantuvo impasible. El capitán de los Mil Hijos era todo un experto en esconder sus emociones.

—Éste es un canal seguro, capitán Mhotep. La Legión de los Portadores de la Palabra siempre ha apoyado a vuestro señor Magnus. Lo ocurrido en Nikea todavía debe de escoceros.

Aquello provocó una reacción, casi imperceptible. Pero allí estaba.

—¿Qué es lo que me estás sugiriendo, portador de la palabra?

Zadkiel notó hostilidad. El frío control de las emociones se estaba desmoronando ante la mención de lo que muchos en la legión consideraban que había sido un juicio a Magnus, que lo ocurrido en Nikea había sido un concilio sólo de nombre.

—Lorgar y Magnus son hermanos, lo mismo que nosotros. ¿En qué bando te colocarás, Mhotep?

La respuesta fue seca. El rostro de Mhotep se mantuvo pétreo.

—Preparaos para ser abordados.

—Como quieras —le contestó el portador de la palabra. La comunicación con la *Luna Menguante* se cortó.

—Maestre Malforian —dijo con voz desapasionada. La cubierta de armamento apareció en la pantalla. Era un profundo cañón metálico situado bajo la proa, repleto de tripulantes sudorosos que empujaban torpedos gigantescos.

—Mi señor.

—Fuego.

Una andanada de torpedos salió disparada de la *Abismo Furioso* en dirección a la *Luna Menguante*, que se había situado delante de la proa de la gigantesca nave. Una hilera de baterías láser se encendió al mismo tiempo en el costado de estribor y multitud de rayos de color carmesí atravesaron el vacío. Todos impactaron contra la Indomable, y la fragata se deshizo en una serie de explosiones cegadoras y silenciosas.

—¡Por el Trono de Terra!

Cestus fue incapaz de creerse lo que estaba viendo en las pantallas de la *Iracundo*. Impotente y aturdido, contempló cómo la Indomable se convertía en escombros espaciales a medida que una tormenta de fuego devoraba todo el oxígeno de su interior y la convertía en un horno de destrucción.

Todo pasó en cuestión de segundos, y después de que el incendio se extinguiera, lo único que quedó fueron trozos ennegrecidos. Luego, los torpedos se dirigieron contra la *Luna Menguante*.

—¡Torpedos! —gritó el oficial de cubierta Ramket desde el sensorium del puente de mando de la *Luna Menguante*. Toda la tripulación se encontraba en sus puestos de combate vigilando atentamente los movimientos de la nave de los Portadores de la Palabra. Las luces de la cámara elíptica habían disminuido de intensidad como parte del protocolo de una situación de combate, y los diminutos puntos que representaban los proyectiles disparados por la *Abismo Furioso* brillaban de un modo amenazador en una de las pantallas tácticas del puente de mando.

—¡Maniobras evasivas! ¡Fuego con todas las torretas! ¡Qué se retiren los grupos de abordaje y acudan a los puestos de control de daños!

Mhotep soltó un bufido y se agarró con fuerza al borde de la consola de mando

que tenía delante. Los escudos eran inútiles contra los torpedos, por lo que no le quedaba más remedio que esperar que el blindaje del casco pudiera resistir el grueso de la primera andanada de la *Abismo Furioso*.

—A sus órdenes, mi señor —le contestó Ramket. Unas runas de advertencia destellaron al mismo tiempo en varias pantallas, presagiando los impactos de los torpedos. Mhotep se volvió hacia el oficial jefe de cubierta.

—Abra un canal de comunicación con la *Iracundo* —ordenó al tiempo que la primera andanada impactaba. Las alarmas de daños aullaron un momento después de que todo el puente de mando se estremeciera con fuerza.

—Mhotep, ¿qué es lo que está ocurriendo? —le preguntó Cestus por el comunicador.

—La Indomable ha sido destruida. Hemos sufrido varios impactos y estamos intentando esquivar el fuego enemigo. Cestus, los Portadores de la Palabra se han vuelto contra los suyos.

Una descarga de estática chasqueante resonó en el aire al mismo tiempo que el clamor de las órdenes y las alarmas de los cogitadores. Cuando Cestus finalmente habló, fue con un tono de voz ominoso.

—Atacar y destruir.

—Entendido.

La tripulación del puente de mando de la *Iracundo* entró en zafarrancho de combate. Kaminska empezó a impartir órdenes con rapidez a sus subordinados, aunque con una calma y una precisión fruto del entrenamiento. La profesionalidad de los oficiales de la Flota Saturnina fue evidente.

—A sus órdenes, mi señor —respondió Kaminska. La vicealmirante se esforzó por mantener la compostura ante todo lo que estaba ocurriendo, e hizo girar el trono de mando a medida que las pantallas que la rodeaban cambiaban para mostrar cada ángulo del exterior de la nave—. Capitán Vorlov, ¿me oye?

—Dé la orden, vicealmirante.

El entusiasmo de Vorlov era evidente a pesar del sonido de la estática que emitía el canal de comunicación de la flota.

—Póngase en cabeza detrás de *Luna Menguante*. Si siguen concentrados en la nave astartes, vire hasta colocarse delante de ellos y luego suéltele una buena barrida de costado en el morro. Después lance las aeronaves de ataque. Quiero que mantengan ocupados a los artilleros enemigos. Enviaré las naves de escolta que quedan. En nombre del Emperador.

—Como ordene, vicealmirante —contestó Vorlov, encantado—. Motores principales a máxima potencia, todos los tripulantes a sus puestos de combate. Vicealmirante, vigile mi popa. ¡La *Inagotable* se encargará destrozar a ese cerdo! En nombre del Emperador.

—Señor Castellan —llamó Kaminska tras cortar la comunicación con la *Inagotable*. El jefe de armamento de la *Iracundo* apareció en la pantalla. A su espalda se veían tripulantes que se esforzaban en preparar los cañones de la cubierta—. Una andanada con las lanzas contra los motores y las baterías de las torretas dorsales del enemigo, por favor. Cargue los torpedos de plasma de proa, pero manténgalos en reserva. Quiero tener un as en la manga.

—Como ordenes, vicealmirante —fue la rápida respuesta del maestre de armamento Castellan, quien hizo un breve saludo antes de cortar la comunicación. Cestus contempló cómo se desarrollaba el caos organizado del zafarrancho de combate. Cada tripulante del puente de mando tenía su propia función que cumplir: la transmisión de órdenes, la vigilancia de las pantallas y monitores del sensorium o efectuar ajustes mínimos al rumbo de la nave. Una de las mesas del puente de mando se desplegó para formar un mapa estelar, encima del cual se movían simulacros holográficos para representar las posiciones relativas de las naves de la flota.

—Hijos de puta traidores —gruñó Brynngar—. A Lorgar le van a cortar la cabeza por esto.

Cestus vio que al lobo espacial se le habían erizado los pelos de la nuca. Con aquella actitud amenazante, y bajo la luz tenue del lugar debido al zafarrancho de combate, tenía un aspecto salvaje.

—Destrózala y yo encabezaré el abordaje de los hijos de Russ —añadió con voz siniestra—. Deja que los Lobos de Fenris la despanzurren y yo le arrancaré en persona su corazón palpitante.

Brynngar carraspeó con fuerza y lanzó al suelo un enorme salivazo, como si lo que estuviera ocurriendo en el vacío le hubiera provocado mal sabor de boca. Unos cuantos tripulantes alzaron las cejas, incómodos, pero el guardia del lobo no les hizo caso.

—Tendrás tu oportunidad —le contestó Cestus con tranquilidad. Brynngar lanzó un rugido y dejó al descubierto los colmillos.

—No puedo seguir sin hacer nada —rugió con salvajismo al mismo tiempo que giraba en redondo—. Los guerreros de Russ se aprestarán a la lucha en los torpedos de abordaje. No nos hagas esperar mucho.

Cestus no tuvo muy claro si la última frase había sido una petición o una amenaza, pero por una vez se sintió agradecido de que el guardia del lobo se marchara. Se había mostrado de un humor cada vez más errático y beligerante desde que habían atravesado el vacío y se habían encontrado con los Portadores de la Palabra. El ultramarine sentía que a los lobos de Russ no les gustaban aquella clase de encuentros. El hecho de que Brynngar se mostrara tan ansioso por derramar la sangre de unos camaradas astartes hacía que Cestus se sintiera más intranquilo todavía. Enfrentados en combate con sus propios hermanos astartes. Aquella idea le

parecía casi imposible. Pero estaba sucediendo.

Cestus contemplo cómo se desarrollaba la batalla espacial con una curiosa sensación. La *Luna Menguante* había puesto al máximo los retrorreactores para disiminuir de velocidad y los cohetes de maniobra de la zona ventral para girar hacia arriba y presentar el flanco blindado a la segunda oleada de torpedos que se dirigía hacia ella. Los primeros torpedos habían pasado de largo por encima y se habían perdido en el vacío sin dejar de girar sobre sí mismos. Un puñado de ellos estallaron antes de tiempo al resultar acribillados por los gigantescos proyectiles de fragmentación disparados por las torretas de defensa montadas a lo largo de un costado de la *Luna Menguante*. Varios impactaron justo debajo de la popa. Luego otro, y después otros dos más se estrellaron contra la amura central. Los escudos de energía, inútiles, destellaron por encima de los puntos de impacto cuando los segmentos de casco salieron despedidos de la nave a medida que los torpedos se abrían camino por el blindaje exterior.

—¡Informe de daños! —gritó Mhotep para hacerse oír por encima del estrépito del puente de mando.

—Insignificantes, mi señor —le respondió el oficial Ammon desde el puesto de control de ingeniería.

—¿Qué?

—Fracturas mínimas en el casco, mi señor Mhotep.

—El sensorium sólo detecta cuatro impactos —confirmó el oficial de cubierta Ramket, que observaba con atención los datos de la pantalla. La cubierta exterior de cada uno de los torpedos enterrados en lo profundo del casco de la *Luna Menguante* se desprendió con una carga explosiva y seis cohetes de menor tamaño salieron del compartimento interior. Tenían la punta rodeada de dientes de sierra metálicos y atravesaron la superestructura del crucero de ataque a medida que avanzaban girando sobre sí mismos. Los proyectiles perforaron lo que quedaba del blindaje exterior y llegaron al vientre de la nave, donde estallaron sus tremendas cargas explosivas. Las cubiertas de armas quedaron destrozadas por la ensordecedora onda expansiva y los tripulantes y los servidores murieron por decenas, quemados por aquella deflagración infernal. Las pilas de munición estallaron bajo aquella tormenta de fuego y llenaron el aire de las cubiertas de llamaradas y de una lluvia de metralla.

El maestre de armamento Kytan resultó decapitado por la descarga inicial, un destino muy similar al que sufrieron decenas de tripulantes cuando se esforzaron por ponerse a cubierto en las cubiertas, que se convirtieron en poco más que un matadero lleno de cadáveres achicharrados y gritos aullantes. La *Luna Menguante* se estremeció cuando todas aquellas explosiones sacudieron su interior. Una reacción en cadena devastadora recorrió todas las cubiertas exteriores y llegó hasta los compartimentos de la tripulación. A popa, las explosiones alcanzaron las secciones de

ingeniería, normalmente muy bien protegidas frente a impactos directos, y destrozaron los conductos de plasma, por lo que aquel fluido hipercaliente recorrió los túneles de acceso y los canales de enfriamiento. Los equipos de control de daños, que se mantenían a la espera en los puntos asignados para apagar los fuegos y sellar brechas, quedaron despedazados por la destrucción que llegó desde la zona central de la nave.

Los enfermeros de los puestos de selección de heridos apenas tuvieron tiempo de percatarse de la destrucción de las cubiertas de armamento antes de que la cabeza roma de uno de los proyectiles atravesara rugiente la cubierta médica y los aniquilara en un resplandor de luz y terror. Las cadenas de explosiones arrancaron enormes trozos del interior de la *Luna Menguante*. Secciones enteras quedaron reducidas a metal humeante con un aspecto semejante a enormes mordiscos ardientes. Cientos de tripulantes fueron arrastrados al espacio cuando la integridad estructural de la nave se resquebrajó.

—¡Informe! —ordenó Mhotep, aferrándose con fuerza al trono de mando mientras secciones enteras de la nave se derrumbaban a su alrededor, lo que dejaba al descubierto el metal y los circuitos chispeantes. Las luces del puente de mando se apagaron y se encendieron de forma intermitente cuando el crucero comenzó a sufrir pérdidas de energía y a registrar daños en todas las cubiertas. La tripulación de Mhotep hacía lo posible por mantener el orden, pero el ataque había sido repentino y devastador.

—Grandes explosiones secundarias e internas —le contestó el oficial Ammon, que se esforzaba por seguir todo el flujo de datos que mostraban las runas de advertencia que se encendían a un ritmo desenfrenado en la consola de control de ingeniería al mismo tiempo que enviaba más informes—. Hay un escape de plasma en el reactor número siete, las dotaciones de las armas no responden y la cubierta médica ha sufrido daños muy graves.

—El blindaje terciario ha sido perforado —anunció Mhotep al mismo tiempo que el comunicador de nave a nave se activó.

—¡Mhotep, soy el capitán Cestus! ¡Informe de inmediato de su situación!

Los impactos habían afectado el comunicador, y la voz del ultramarine le llegaba distorsionada por la estática.

—Nos han dado fuerte, capitán —le respondió Mhotep con voz ceñuda—. Alguna clase de artefacto del Mechanicum que no había visto jamás nos ha abrasado el interior.

—Le estamos disparando con todas nuestras lanzas —le comunicó Cestus—. ¿Puede la nave mantenerse en combate?

—Sí, hijo de Macragge. Todavía no han acabado con nosotros.

Se oyó una nueva descarga de estática y el comunicador quedó en silencio.

En el puente de mando de la *Luna Menguante* resonaban las transmisiones que llegaban del resto de la nave. Algunas eran calmadas, e informaban sobre daños periféricos a sistemas secundarios. Otras sonaban angustiadas desde el reactor de plasma número siete o desde las cubiertas de armamento. Incluso había algunas ininteligibles debido al rugir de las llamas y a los gritos, las últimas palabras de hombres y mujeres que morían entre dolores atroces.

—Atención, capitán, están virando.

La voz del navegante principal Cronos sonó turbadoramente tranquila por el sistema de comunicación interno. Mhotep consultó la pantalla táctica situada por encima de la consola de mando. La *Abismo Furioso* estaba cambiando de rumbo mientras sufría los impactos de las lanzas de energía que estaba disparando la *Iracundo*. Parecía dispuesto a colocar su proa, que parecía muy blindada, hacia sus atacantes.

—Qué estúpido por parte de este portador de la Palabra —exclamó Mhotep—. Cree que saldremos huyendo como hienas, ¡pero lo único que ha logrado es provocar la ira de Prospero! Señor Cronos, colóquenos delante de su proa. ¡Baterías de babor y de estribor, preparadas para una andanada continuada!

La *Luna Menguante* giró con elegancia sobre sí mismo, como si efectuara una pirueta de la *Abismo Furioso*. La nave de los Portadores de la Palabra no reaccionó, y mantuvo su proa achatada en dirección al crucero de ataque dañado. Las baterías láser de la *Iracundo* abrieron unos surcos profundos, semejantes a firmas ilegibles, en el blindaje de proa de la nave traidora. Entre las dos apareció un entramado enloquecido de rayos de color rojo de una tremenda intensidad pirotécnica cuando empezaron a intercambiar disparos. Los silenciosos destellos de los escudos indicaban aquellos disparos que habían sido detenidos. Una serie de fulgores irregulares aparecieron en ambos lados de la *Luna Menguante* cuando abrió las portillas de armamento y aparecieron las bocas de los enormes cañones de combate. En la parte posterior de cada uno de ellos se afanaba un grupo de tripulantes empapados de sudor, que se esforzaban por cargar las tremendas armas con las que vengar a sus camaradas. Entonaban un cántico para mantener el ritmo de trabajo: un estribillo para bajar los proyectiles de los cargadores que tenían a la espalda, otro para meterlo en la recámara y otro para cerrarla.

La señal de abrir fuego les llegó desde el puente de mando Los jefes de cada grupo golpearon con martillos los pernos de disparo y un trueno continuado sacudió el interior de las cubiertas de la nave. En el exterior, el espacio existente entre las dos naves se llenó con el chorro de los propelentes y otros restos. Una fracción de segundo después, los proyectiles impactaron y las cargas explosivas abrieron unos profundos cráteres en la nave enemiga.

El puente de mando de la *Abismo Furioso* se mantuvo en calma. Zadkiel se sentía satisfecho. Su nave, la ciudad sobre la que gobernaba, no se dejaba llevar por el pánico.

—Mi señor, ¿no deberíamos responder? —quiso saber el contramaestre Sarkorov.

—De momento esperaremos —le contestó Zadkiel, que estaba dispuesto a encajar todo aquel castigo. Se mantuvo sentado en el trono de mando, contemplando en las pantallas que tenía sobre él las imágenes del ataque de la *Luna Menguante*—. No pueden hacernos ningún daño.

—¿Vamos a quedarnos aquí quietos sin responder? —preguntó asombrado Reskiel, que estaba al lado de su señor.

—Venceremos —le contestó Zadkiel con voz imperturbable. Varias decenas de nuevos contactos aparecieron en las pantallas, procedentes de los hangares de lanzamiento de una nave identificada como la *Inagotable*.

—Son naves de asalto, mi señor —le informó Sarkorov, que estaba conectado a la misma fuente de datos—. Se acercan las naves de escolta.

Zadkiel estudió el despliegue táctico.

—Quieren atacanos desde todos los flancos y confundirnos. Mientras nos enfrentamos a este ataque, las naves de asalto y las de escolta nos destrozarán.

Zadkiel enunció aquel análisis táctico de forma tranquila y con el rostro bañado por el resplandor de la pantalla.

—¿Cómo responderemos? —quiso saber Reskiel.

—Esperaremos.

—¿Eso es todo?

—Esperaremos —repitió Zadkiel con un tono de voz inflexible como el acero—. Confía en la Palabra.

Reskiel se quedó callado, observando los disparos procedentes de la *Luna Menguante* y escuchando los estampidos sordos de las explosiones que se producían sobre la proa de la *Abismo Furioso*.

La escuadrilla de naves de ataque atravesó en formación cerrada la cortina de restos espaciales que empezaba a formarse por los daños que ambas naves estaban sufriendo. La *Luna Menguante* y la *Abismo Furioso* estaban trabados en la Danza Espiral, el largo y doloroso baile en que las naves giraban una alrededor de la otra mientras intercambiaban andanadas de disparos. Como todo lo demás en el espacio, la Danza Espiral tenía su propia mitología, y para un veterano piloto espacial perteneciente a la Flota Saturnina significaba el destino inevitable de una de las naves al responder en su agonía final a su oponente. Era algo desesperado y trágico, igual que un romance al extinguirse la última batalla contra un enemigo invencible.

Las naves de ataque, aparatos con diez tripulantes y armados con cañones y cohetes de corto alcance, pasaron al lado de la *Luna Menguante*. Sus pilotos

saludaron a la nave amiga, tal y como dictaba la costumbre. Luego se centraron en la *Abismo Furioso*, y los jefes de escuadrón indicaron los objetivos en el inmenso casco rojo oscuro, que ya estaba marcado por las quemaduras de los rayos láser y los cráteres de los proyectiles de cañón disparados por la *Iracundo*. Los puntos emisores de los escudos, los dispositivos sensores y los conductos de expulsión aparecieron en la pantalla táctica con un resplandor de color verde esmeralda. Los cogitadores de disparo se centraron en aquellos puntos y los señalaron con una luz roja. Plata Tres, bajo el mando del piloto de segunda clase Carnagan Thaal, tomó el vector de aproximación asignado y aceleró para efectuar el ataque de pasada. A través de la estrecha ventana frontal vio a la *Abismo Furioso* acribillada por disparos láser, con la proa convertida en una masa de metal al rojo vivo. Ordenó a los oficiales de disparo que apuntaran las armas contra su objetivo, una hilera de torretas situadas a lo largo de la zona dorsal de la nave enemiga. Las armas de babor, incluido el cañón láser, giraron para ponerse en posición. Las armas de estribor no se movieron. Thaal repitió la orden por el comunicador de la nave. El copiloto, Rugel, comprobó el montaje de armas, pero no descubrió nada anormal.

—Rugel, baja a la cubierta de armas y haz que se muevan esos cañones —le ordenó Thaal tras decidir que quedaba tiempo suficiente para hacerlo antes de que llegaran al último vector de aproximación. El copiloto asintió antes de comenzar a desenchufarse los cables que lo mantenían conectado a su asiento y a la consola que tenía delante. Luego hizo girar la silla para levantarse.

—Scell, ¿qué haces?

Thaal oyó la pregunta de su copiloto y se dio la vuelta para ver qué ocurría. Se sobresaltó al ver a la oficial de armas Carina Scell de pie detrás de ellos con una pistola automática en la mano. Thaal estaba a punto de ordenarle que diera media vuelta y que volviera a su puesto para apuntar los cañones cuando Scell le disparó en la cara. Acertó a Rugel en mitad del pecho tras dar un paso y disparar a quemarropa. El copiloto empezó a sangrar profusamente, pero se esforzó por sacar de la funda su arma.

—Está escrito —le dijo Scell antes de dispararle dos veces más en la cabeza. Plata Tres siguió recorriendo su vector de ataque y Scell bajó a las cubiertas inferiores para acabar con la misión encomendada.

—Plata tres ha caído —anunció el oficial Artemis desde el puente de control de cazas de la *Inagotable*.

Esa zona de la cubierta ocupaba una tercera parte de la longitud para poder albergar las numerosas consolas tácticas. El capitán Vorlov, con el rostro iluminado por el brillo ocre de las pantallas de datos, le prestó poca atención mientras caminaba entre las filas de controladores aéreos. Siempre se perdían naves en un ataque. Así era el espacio. Vorlov continuó caminando. Prefería controlar de primera mano las

acciones de sus cazas en vez de hacerse una idea con los informes fragmentados que llenaban el puente de mando. La *Inagotable* era un crucero dedicado al transporte de naves de ataque y su deber estaba allí, atento al destino que corrían las escuadrillas de cazabombarderos. Sus oficiales eran perfectamente capaces de mantener en funcionamiento la nave durante su ausencia.

—¿Fuego defensivo? —le preguntó al supervisor de vuelo más cercano.

—Todavía no —contestó el supervisor, cuyo cráneo rapado estaba rodeado de cables por los que le llegaba la información que le enviaban los controladores a su cargo.

—Pero estamos al alcance de sus contramedidas —comentó Vorlov al ocurrírsele una idea—. ¿Qué ha destruido a Plata Tres?

El controlador levantó la mirada de su pantalla.

—Lo desconozco. El piloto desapareció de mi pantalla. Es posible se haya producido alguna baja en la tripulación.

—Transmisión incorrecta de Oro Nueve —anunció otro controlador sin despegarse de la pantalla. Vio que se apretaba uno de los receptores de audio al oído y que fruncía el entrecejo en un intento por oír mejor—. Mi señor, existe algún tipo de conmoción a bordo. No responden a los protocolos.

—Que vuelvan. ¡Informadme de cualquier otra anomalía!

Vorlov soltó un bufido de furor y se inclinó hacia delante para apoyarse en el bastón. La Flota Saturnina disponía de los mejores pilotos de naves de ataque de aquel lado de la galaxia. No se esfumaban como si nada en mitad de un combate.

—Hemos perdido a Oro Nueve, capitán —le informó el controlador—. He captado disparos de armas de pequeño calibre en la cabina.

—¡Quiero una explicación sobre lo que está ocurriendo o lo degrado de inmediato! —le gritó Vorlov al supervisor.

—Sí, mi capitán.

—Me llega un informe confuso de Plata Primus —los interrumpió otro controlador—. Dicen que han perdido el control sobre la dotación de los motores.

—¡Póngalo en los altavoces! —vociferó Vorlov. El supervisor pulsó un par de interruptores y las transmisiones de las cabinas de mando resonaron en la cubierta.

—¡…enloquecido! Se ha encerrado en los compartimentos de popa. Ha matado a Esau y está dejando salir todo el aire. Voy a salir del vector de ataque y voy a bajar a pegarle un tiro.

—Yo soy la luz que siempre brilla. Soy el señor del amanecer. Soy la Palabra.

—Argh… Me desangro. He matado a Heral… pero yo no voy a vivir mucho más.

—¡Oro Doce acaba de disparar contra nosotros! Nos ha alcanzado a popa. Voy a retirarme y a apagar el motor número tres.

Vorlov se vio rodeado de voces desesperadas y de gritos distorsionados, decenas

de ellos, todos procedentes de pilotos de ataque veteranos, todos impregnados de miedo o de incredulidad, o de dolor. Llegaban informes de camaradas que se dedicaban a sabotear motores o a matar a compañeros. Del comunicador emergían la paranoia y los delirios más intensos.

Vorlov era incapaz de creerse lo que estaba oyendo. Sus escuadrillas habían caído en la desorganización más absoluta, y el glorioso ataque que había planificado había fracasado por completo sin que el enemigo hubiera efectuado un solo disparo. Jamás había leído nada sobre algo parecido en los anales de la Flota Saturnina.

—Da la impresión de que hubieran enloquecido, mi capitán —le dijo el supervisor, que se esforzaba por hablar con voz calmada—. Todos y cada uno de ellos.

—¡Abortar! —aulló Vorlov—. ¡Todas las escuadrillas! ¡Qué aborten el ataque y que regresen a la *Inagotable*!

—Lo hemos conseguido, mi señor —dijo la voz susurrante del capellán Ikthalon a través del comunicador—. Los suplicantes han conseguido neutralizar por completo el ataque de los cazas.

—Debo elogiaros, capellán. La nuestra es una misión divina, y os habéis asegurado de que vuestro nombre sea recordado en las escrituras de Lorgar —le contestó Zadkiel con frialdad desde el trono de mando antes de volverse hacia el comandante Sarkorov—. Deje que las naves de escolta se acerquen antes de abrir el libro.

—Sí, mi señor —contestó Sarkorov, que se apresuró a transmitir la orden.

Zadkiel contempló una imagen aumentada del sector del espacio por donde volaban las escuadrillas de naves de ataque de la *Inagotable*. Vio que la mayoría de los cazas seguían un rumbo errático, y muchos estallaban en breves explosiones cuando sus camaradas les disparaban y los destrozaban. Otros volaban girando sobre sí mismos y sin seguir rumbo alguno. El patético ataque estaba aniquilado por completo.

—Contempla el poder de la Palabra, Reskiel —le dijo Zadkiel a su segundo, que seguía de pie a su lado.

—Es sin duda algo ejemplarizante —contestó Reskiel al mismo tiempo que se inclinaba en una profunda reverencia.

A Zadkiel le pareció desagradable aquella adulación tan evidente. A pesar de ello, era un gran momento, y se permitió disfrutar de él antes de volver a centrar la atención en el comunicador.

—Ikthalon, ¿cuántos suplicantes hemos perdido?

—Tres, lord Zadkiel —contestó el capellán—. Los más débiles.

—Mantenedme informado.

—Como deseéis —respondió Ikthalon antes de cortar por su cuenta la comunicación.

Zadkiel hizo caso omiso de aquella falta de respeto y se recostó en el trono de mando para estudiar los informes de control de daños que iban apareciendo.

La proa estaba machacada, acribillada por las andanadas de la *Luna Menguante* y perforada por las lanzas de energía de la *Iracundo*, pero esa parte de la nave no era más que blindaje y espacio vacío. Podía soportar durante horas todo el castigo que le infligieran antes de que los proyectiles llegaran a las cubiertas ocupadas, y aun así, los únicos que morirían serían los siervos de la legión, humanos normales que habían jurado morir por Lorgar.

—Aquí la *Espada Llameante* —era una transmisión interceptada por el sensorium avanzado de la *Abismo Furioso*. Se trataba de una de las naves de escolta que se acercaban—. Tenemos una línea de tiro despejada. Lanzas al máximo.

—Te seguimos, *Espada Llameante* —fue la respuesta de otra fragata.

—Maestre Malforian, apunte con las torretas y recargue los cañones —ordenó Zadkiel.

Siguió con la mirada los iconos parpadeantes mientras éstos se esforzaban por navegar a través del cementerio de naves para ayudar a la *Luna Menguante* a acabar con la *Abismo Furioso*.

Zadkiel sonrió levemente.

—Hemos perdido los cazas —comunicó Vorlov.

El rostro que se veía en la pantalla del puente de mando de la *Iracundo* estaba enrojecido por la frustración. Casi todos los tripulantes presentes seguían el informe del capitán Vorlov sobre el fracaso total del ataque de esas naves.

—¿Cómo? ¿A todos? —quiso saber la vicealmirante Kaminska.

—El veinte por ciento de las naves están regresando en este momento —le aclaró Vorlov—. El resto han quedado destruidas. Los tripulantes se volvieron los unos contra los otros.

—Capitán, ¿cree que se ha producido un ataque psíquico? —le preguntó Cestus, que de repente se sintió aliviado de que Brynngar se hubiera marchado.

—Sí, mi señor. Es lo que creo —musitó Vorlov con la voz teñida de miedo.

Aquello era algo muy preocupante. Todas las legiones sabían muy bien lo que se había decidido en Nikea y la censura impuesta por el Emperador sobre cualquier intento de utilizar los poderes infernales de la disformidad o el uso de la hechicería. El ultramarine se volvió hacia la vicealmirante Kaminska.

—¿Qué hay de las demás naves de escolta?

—El capitán Ulargo a bordo de la *Espada Llameante* dirige el ataque. De momento no ha habido problemas.

Cestus asintió mientras meditaba sobre todo lo que estaba ocurriendo en el puente de mando.

—Que la *Iracundo* y la *Luna Menguante* mantengan las andanadas de lanzas de energía. Capitán Vorlov, añada la potencia de fuego de la *Inagotable*, pero manténgase a distancia. Que las naves de escolta añadan su potencia de fuego. Ninguna nave, por grande que sea, podría resistir un ataque tan concentrado.

—Como ordenéis, mi señor —respondió Vorlov.

Cestus se volvió para mirar a Kaminska, quién seguía sentada y enfurecida en su trono de mando.

—Como deseéis, capitán —le contestó ella con frialdad.

La *Espada Llameante* disparó la primera andanada de lanzas de energía contra el casco superior de la *Abismo Furioso*. No poseía la potencia de fuego de los cruceros de la flota, pero se encontraba lo suficientemente cerca como para apuntar con mayor precisión a sus objetivos, y cada lanza disparó de un modo independiente para arrancar placas de blindaje e inutilizar en sus monturas las torretas de armamento. Los cañones defensivos respondieron al ataque y los escudos de la *Espada Llameante* comenzaron a iluminarse a medida que detenían los disparos, aunque algunos llegaron a penetrar el casco de color verde oscuro de la fragata. La *Espada Llameante* pasó entre varios arcos de fuego y lanzó un torrente de proyectiles incendiarios contra los montajes de las torretas dorsales. Apareció una hilera de explosiones silenciosas que fueron absorbidas de inmediato por el vacío y dejaron atrás chorros centelleantes de restos de la nave que se asemejaban a fuentes plateadas.

El casco de la *Espada Llameante* mostraba decenas de condecoraciones y de honores de combate. Había hecho aquello mismo en multitud de ocasiones. Era una nave pequeña, pero muy ágil y con una potencia de fuego superior a la que su tamaño sugería. Detrás de ella avanzaba la *Ferox*, su nave gemela, que utilizaba las señales de fuentes de calor provocadas por los ataques de la *Espada Llameante* para lanzar bombas y descargas de láser a través de los desgarros abiertos a lo largo del casco superior.

La *Espada Llameante* finalizó su primer ataque y giró por encima de las toberas de la *Abismo Furioso* para aprovechar el chorro de calor de los motores del acorazado e incrementar la potencia de sus escudos de vacío antes de prepararse para efectuar otro ataque.

La *Feroz*, la última nave del escuadrón que quedaba después del repentino y dramático final de la Indomable, pasó por debajo de las otras dos fragatas de escolta y efectuó un ataque a lo largo de la zona ventral de la gigantesca nave y sembró la destrucción en las torretas de la zona. Las tres naves de escolta que quedaban sufrieron feroces andanadas de disparos, pero los escudos y los blindajes del casco

resistieron. Además, su gran velocidad impidió que muchas torretas defensivas apuntaran al mismo sitio y al mismo tiempo, por lo que no pudieron aunar su potencia de fuego.

El capitán Ulargo, al mando de la *Espada Llameante*, le comentó a los otros dos capitanes de las naves de escolta que daba la impresión de que la nave de los Portadores de la Palabra quería morir allí mismo.

Del costado de la *Luna Menguante* salió disparada otra andanada mientras el crucero de ataque giraba con elegancia para mantenerse a la altura de la proa de la *Abismo Furioso*. El vacío absorbía el fuego que se iniciaba en esa parte de la nave, por lo que parecía la cabeza de metal humeante de un monstruo que vomitaba llamas.

El enorme libro que constituía el mascarón de proa de la nave estaba intacto. Cada una de las dos partes que formaban aquella figura metálica empezaron a abrirse hacia fuera en silencio y con lentitud.

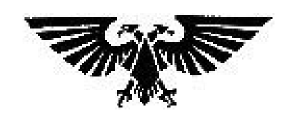
Del interior surgió la bocacha de un cañón inmenso.

El extremo del cañón tomó un brillo rojizo cuando los reactores situados cerca de la popa de la nave abrieron los conductos de plasma dirigidos hacia la proa y los capacitadores del arma se llenaron de energía. Varias llamas de color azul surcaron la superficie de la proa destrozada, que se incendió por la increíble potencia de la creciente descarga de energía.

El cañón de proa disparó. Un rayo de color blanco salió llameante de la *Abismo Furioso*. Varios retrocohetes se encendieron al mismo tiempo e hicieron girar a la nave un par de grados para abrir el ángulo de tiro del rayo.

El disparo alcanzó a la *Luna Menguante* justo delante de los compartimentos de los motores. El metal vaporizado formó una neblina blanca que se convirtió en una lluvia plateada cuando la materia se solidificó de nuevo. Varias explosiones secundarias siguieron al rayo mientras atravesaba el casco del crucero de ataque, hasta que finalmente se desvaneció en una nube de restos y de vapor cuando su energía se agotó. El cañón brillante del arma comenzó a enfriarse en el vacío.

Nuevas explosiones sacudieron la *Luna Menguante* en los segundos posteriores a aquel disparo devastador, hasta que el tercio posterior del crucero de ataque se desprendió por completo.



SEIS
EL VACÍO
RETIRADA
HÁBIL CON LAS PALABRAS

El ritmo de las batallas espaciales era lento como los glaciares. Aunque podía ver a través de las pantallas, tenían lugar a distancias extremas, y los disparos de las baterías láser tardaban varios segundos en cruzar el vacío y alcanzar sus objetivos.

Ya había transcurrido más de una hora de batalla cuando el cañón de proa de la *Abismo Furioso* efectuó su primer disparo. Las andanadas de la *Luna Menguante* habían cruzado una distancia de bastantes centenares de kilómetros antes de impactar en la proa de la nave enemiga, y eso se consideraba a quemarropa en términos de enfrentamientos navales. Las escuadrillas de cazas de la *Inagotable* habían recorrido distancias que les habrían hecho cruzar continentes enteros de la superficie de un planeta.

Cuando algo ocurría de repente, solía tratarse de un acontecimiento súbito e impactante que provocaba un cambio absoluto de la situación. El lento ballet de una batalla entre naves se veía interrumpido por la nota discordante de una alteración y había que replantearse todos los planes tras su paso. Una situación ante la que no se podía reaccionar, que empezaba y acababa con demasiada rapidez como para cambiar de rumbo o de objetivo, era una pesadilla a la que temían enfrentarse muchos capitanes.

Así pues, sin duda fue una desgracia para los capitanes de la flota imperial que la destrucción de la *Luna Menguante* se produjese con tanta rapidez.

—Por los valles de Titán —jadeó la vicealmirante Kaminska en el puente de mando de la *Iracundo*—. ¿Qué ha sido eso?

Los instrumentos del puente de mando se iluminaron de repente a la vez que una tremenda descarga de luz llenaba la pantalla frontal.

—Hemos captado una lectura colosal de energía —fue la confundida respuesta de la contramaestre Venkmyer—. El sensorium de energía ha quedado cegado.

—¿Es que la *Luna Menguante* ha sufrido un colapso de plasma crítico?

—No había señales en el control de daños que indicaran un daño catastrófico en los motores. Habían cortado la fuga del reactor número siete. ¿Quizá los ha alcanzado un disparo?

—¿Qué arma podría hacer algo semejante?

—Una lanza de plasma —contestó Cestus.

Kaminska se volvió para mirar al ultramarine, cuya expresión ceñuda delataba sus sentimientos.

—No sabía que se había forjado y montado esa clase de arma —añadió.

La sorpresa inicial de la vicealmirante se convirtió en un pragmatismo decidido.

—Mi señor, si debo arriesgar mi nave y las almas que hay a bordo, le pediría que me informara de a qué nos enfrentamos —le dijo, con no poca consternación.

—No lo sé muy bien —Cestus sin dejar de mirar a la pantalla y de analizar y valorar todos los protocolos tácticos en cuestión de nanosegundos mientras pensaba en la pregunta de Kaminska—. Los astartes no conocen los trabajos secretos del Mechanicum, vicealmirante —el ultramarine notó la actitud agresiva de Kaminska, su descontento creciente, y decidió que había que acabar con todo ello de inmediato —. Lo único que puedo decirles es que la lanza de plasma se desarrolló para que fuera un arma de disparo a corta distancia en un combate entre naves. De todas maneras, eso no importa. Sus órdenes son muy sencillas —le dijo Cestus al mismo tiempo que fijaba una mirada llena de dureza en los ojos de la vicealmirante para doblegar su ánimo levantisco—. Tenemos que destruir esa nave.

—Cestus, a bordo de esa nave hay astartes. Son nuestros hermanos de batalla —le dijo Antiges en voz baja.

El sargento se había limitado hasta ese momento a mantenerse en silencio y a guardar para sí sus pensamientos, pero se estaban produciendo una serie de acontecimientos, tanto en el puente de mando de la *Iracundo* como en el frío espacio exterior, que él no podía pasar por alto.

—Lo sé, Antiges.

—Pero capitán, condenarlos a…

—Me veo obligado a hacerlo —le contestó Cestus entre dientes. De repente, se volvió hacía Antiges—. ¡Ten muy claro cuál es tu lugar, hermano de batalla! ¡Sigo siendo tu oficial superior!

—Por supuesto, mi capitán —Antiges hizo una leve reverencia y apartó la mirada de su camarada—. Pido permiso para abandonar el puente de mando para informar a

Saphrax y al resto de la escuadra de que se preparen para una posible acción de abordaje.

En el rostro de Cestus no se movió ni un músculo.

Antiges lo miró con expresión dura e imperturbable.

—Concedido —le respondió el capitán con frialdad.

Antiges saludó, dio media vuelta y salió del puente de mando.

Kaminska no dijo nada y se limitó a prestar atención a lo que le ordenó Cestus a continuación.

—Póngame en contacto de inmediato con Mhotep.

La vicealmirante se volvió hacia el oficial de comunicaciones y le ordenó abrir un canal con la *Luna Menguante*.

—No podemos, mi señora —le contestó Kant—. El sistema de comunicaciones de la *Luna Menguante* no está operativo.

Kaminska lanzó una maldición en voz baja. Se volvió hacia la pantalla táctica con la esperanza de que la posible solución se presentaría por sí sola. Lo único que vio fue cómo la gigantesca nave enemiga maniobraba para atacar a la *Inagotable*.

—Capitán Vorlov —gritó por el comunicador—. Aquí la *Iracundo*. Se dirige hacia ustedes. Salgan inmediatamente de ahí.

Se oyó una descarga de estática antes de que llegara la contestación de Vorlov.

—¿Qué clase de monstruo se supone que estamos cazando, Kaminska?

Se produjo una breve pausa, y de repente Kaminska mostró un aspecto envejecido, como si los efectos de los muchos tratamientos de rejuvenecimiento que había recibido a lo largo de su vida se hubiesen disipado.

—No lo sé.

—Jamás creí que llegara la ocasión en la que fuera a quedarse sin palabras —comentó Vorlov—. Voy a destrabarme del combate y a colocarme a distancia de salto a la disformidad. Sugiero que hagan lo mismo.

Kaminska miró a Cestus.

—¿Nos alejarnos?

—No —respondió Cestus, quien apretó con fuerza la mandíbula mientras contemplaba cómo los restos de la *Luna Menguante* salían disparados en todas direcciones después de que el casco de la nave se partiera en dos.

—Eso pensaba. Contramaestre Venkmyer, ordene a los ingenieros que se preparen para las maniobras evasivas.

El puente de mando de la *Luna Menguante* estaba destrozado. Todos los puestos de control se habían visto afectados por un tremendo cortocircuito. Los tripulantes habían muerto cuando los torrentes de energía atravesaron los cables para llegar hasta las conexiones de la cabeza y al cerebro.

Otros estaban ardiendo en mitad de los escombros por la explosión de los cogitadores. Unos pocos habían conseguido escapar, pero no había mucho que indicara que en otras partes de la nave la situación podía ser mejor. Había humo por todos lados, y el chirrido agonizante del metal al partirse procedente de la parte posterior de la nave ahogaba cualquier otro sonido.

La espina dorsal de la nave estaba rota y ya no podía soportar su propia estructura. Su propio movimiento era más que suficiente para despedazar la nave por la inercia. Las compuertas estancas se habían doblado debido a los terribles daños y estaban bloqueadas. Mhotep había tenido que desenvainar su Cimitarra y abrirlas a tajos para poder salir del puente de mando.

La zona de máquinas había desaparecido. Simplemente ya no estaba allí. Las últimas lecturas de los aparatos que quedaban operativos del puente de mando habían monitorizado a los motores mientras se alejaban por debajo de la nave. De las grietas de la *Luna Menguante* salían chorros de plasma ardiente y cuerpos achicharrados como si fueran intestinos.

Nadie había dado la orden de abandonar la nave. A Mhotep no le había hecho falta hacerlo.

—Capitán, falla el suministro de energía por toda la nave —gritó el oficial Ramket para hacerse oír por encima del estruendo provocado por las explosiones internas que se sucedían en las cubiertas inferiores.

—Ya no podernos salvar la nave, Ramket. Diríjase de inmediato a las cápsulas de salvamento de estribor —contestó Mhotep mientras se fijaba en el tremendo corte que el oficial había sufrido en la frente al recibir el golpe de alguno de los restos de las explosiones.

Ramket saludó, y estaba a punto de darse la vuelta para marcharse cuando un grueso chorro de fuego recorrió el pasillo alimentado por el oxígeno que quedaba a bordo de la *Luna Menguante*. Pasó rodeando a Mhotep como una ola abrasadora y chocó contra su armadura, que la repelió.

Varias runas de advertencia se iluminaron en el visor del casco e indicaron el elevado nivel de calor. Ramket no disponía de semejante protección y su grito murió en la garganta, achicharrada al mismo tiempo que el calor le arrancaba la piel del cuerpo. Sumergido bajo las llamas como si se estuviera ahogando, el cuerpo de Ramket cayó sobre el suelo del puente de mando convertido en huesos ennegrecidos y en carne derretida.

Mhotep se abrió paso a través del portal de acceso más cercano y luego cerró la compuerta para aislar el chorro abrasador. El fuego había prendido en algunos de los sellos de aislamiento de la armadura y tuvo que apagarlos con varias palmadas del guantelete. Había salido a una de las salas de evaluación de heridos de la nave, donde habían llevado a los tripulantes afectados por el impacto de los torpedos en la

cubierta de armamento. Los heridos seguían tumbados en las camillas, conectados a los respiradores y a los cogitadores de soporte vital. Los enfermeros se habían marchado, ya que las ordenanzas de la nave no contemplaban el transporte de inválidos cuando se ordenaba su abandono.

Habían entregado sus vidas por los Mil Hijos. Sabían que morirían en acto de servicio, de un modo u otro. Mhotep hizo caso omiso de ellos y siguió avanzando.

Después de aquella sala se encontraban los alojamientos de la tripulación. Hombres y mujeres corrían por todas partes y en todas las direcciones. Normalmente, en otro tipo de situación, habrían sabido exactamente hacia dónde dirigirse en caso de tener que abandonar la nave, pero la estructura de la *Luna Menguante* se estaba viniendo abajo por momentos, y las cápsulas de salvamento más cercanas habían quedado destruidas. Algunos tripulantes de aquella zona ya habían muerto aplastados por los trozos de metal que caían desde el techo o desaparecidos a través de las tremendas grietas que se abrían en el suelo. A pesar de toda aquella confusión, se echaban a un lado de un modo instintivo para dejar paso libre a Mhotep. Era su señor, y un astartes, por lo que su vida valía mucho más que la de cualquiera de ellos.

—Capitán, las cápsulas de salvamento de estribor siguen operativas —le comunicó un oficial.

Mhotep se acordó de él. Se llamaba Lothek. Era una más de las muchas miles de almas que estaban a punto de arder en el vacío.

El astartes le hizo un gesto de asentimiento. La armadura seguía humeante, y notó un par de fuertes pinchazos en las junturas del codo y de la rodilla, pero no les prestó atención.

De repente, todo el sector se partió en dos. Uno de los trozos se alzó súbitamente acompañado del chirrido del metal al retorcerse. Lothek, que estaba justamente encima, acabó aplastado contra el techo, donde se convirtió en una pasta rojiza antes de que ni siquiera tuviera tiempo de gritar de terror.

Una gigantesca sección de la estructura de la *Luna Menguante* había cedido y se había colapsado. La inercia desgarró la panza de la nave y el aire salió aullando por las grietas abiertas. Mhotep se tambaleó debido a aquella ruptura inesperada y tuvo que agarrarse al quicio de una puerta cuando el aire pasó con la fuerza de un huracán a su lado. Vio a los tripulantes arrancados del suelo de la cubierta y lanzados contra las placas desgarradas que se doblaban hacia fuera como dientes rotos e irregulares. El barullo de cables, planchas y equipo que tenía delante cedió y salió dando tumbos al vacío junto con una docena de tripulantes que gritaron en silencio mientras caían. Tenían los ojos abiertos por el pánico mientras se cubrían de hielo. Dejaron escapar la respiración, o la contuvieron demasiado tiempo y les reventaron los pulmones mientras expulsaban chorros irregulares de sangre. Sus cuerpos se congelaron en mitad de los espasmos, con las extremidades dobladas en ángulos inverosímiles

mientras se deslizaban hacia la oscuridad salpicada de estrellas. La escena se desarrolló de forma aterradoramente tranquila mientras Mhotep la contemplaba, con aquella extensión silenciosa e interminable de vacío oscuro de fondo, donde las constelaciones lejanas brillaban con un destello apagado y la frágil luminiscencia de los soles distantes mostraba un débil resplandor en esa noche falsa.

La gravedad cedió cuando la estructura quedó destrozada.

Mhotep se mantuvo aferrado, y los dedos del guantelete se clavaron literalmente en el metal mientras las últimas turbonadas de la atmósfera interior pasaban con toda su fuerza a su alrededor. Un cuerpo llegó rodando y chocó contra él en su camino hacia el vacío. Era el cadáver del oficial Ammon, que tenía los ojos enrojecidos por las venas reventadas.

Estaban muertos. Miles. Todos muertos.

Mhotep sintió una especie de orgullo sombrío porque estaba seguro de que incluso en el caso de que la tripulación hubiera sabido que terminarían así, sus miembros habrían entregado sus vidas por Magnus y por los Mil Hijos. No tenía tiempo para distracciones, así que el astartes se dedicó a avanzar agarrado a la pared, utilizando como asideros los huecos de los mosaicos rotos. El aire había desaparecido por completo, por lo que el único sonido que le llegaba era el crujido de la nave a medida que se deshacía en pedazos. La armadura era a prueba de vacío, pero sólo le permitiría sobrevivir durante un tiempo limitado.

Era algo de lo que no podrían disfrutar los demás.

Mhotep atravesó la zona de los camarotes de la tripulación. Tras la catastrófica ruptura del casco, la *Luna Menguante* se había convertido en una tumba de metal, silenciosa e inquietante. Los conductos de energía fallaban, por lo que las luces se encendían y apagaban de un modo intermitente. La iluminación de algunos de los puentes se debía tan sólo a las chispas de los cables arrancados. Las gotas sólidas de sangre estallaban al chocar contra la armadura de Mhotep a medida que éste avanzaba. Los cuerpos congelados flotaban debido a la falta de gravedad igual que si estuvieran en mitad de un océano invisible. El astartes tuvo que echar a un lado los cadáveres con los rostros helados en expresiones de dolor mientras se dirigía a un par de compuertas estancas que tuvo que abrir a mano. El aire también había desaparecido al otro lado, y unos cuantos tripulantes más pasaron rotando por el pasillo que llevaba hasta la cubierta donde se encontraban las cápsulas de salvamento. Uno de los cuerpos agarró el brazo de Mhotep cuando pasó a su lado.

Era un tripulante que había vaciado los pulmones de aire cuando se escapó toda la atmósfera, por lo que momentáneamente había logrado sobrevivir y mantenerse consciente. Lo miró con unos ojos que no dejaban de moverse de un modo enloquecido. Mhotep lo echó a un lado y siguió avanzando.

Las cápsulas de salvamento del lado de estribor ya no estaban muy lejos, pero el

capitán de los Mil Hijos tuvo que tomar un pequeño desvío. Atravesó un último pasillo y llegó a las compuertas estancas reforzadas de su sanctum. Por increíble que pareciera, la estancia todavía contaba con suministro de energía, ya que funcionaba con un sistema independiente de la nave y muy protegido. Mhotep tecleó las runas del protocolo de acceso y la puerta se deslizó hacia un lado. El oxígeno que había quedado retenido en el interior de la cámara estanca comenzó a escaparse, y el astartes se apresuró a cruzar el umbral. La puerta se cerró a su espalda con el siseo del aire al escaparse. El lugar quedó sellado de nuevo.

El capitán hizo caso omiso de los daños que habían sufrido los diversos artefactos de enorme valor que albergaba la estancia y se dirigió hacia el sarcófago situado en la parte posterior del sanctum. Lo abrió con una impaciencia controlada y sacó la vara corta que se encontraba en su interior. Luego, guardó el objeto en uno de los compartimentos de su armadura. Mhotep se dio la vuelta para dirigirse hacia las cápsulas de salvamento, y fue entonces cuando vio la figura aplastada bajo una de las enormes vitrinas de cristal que le había caído encima. El cuerpo cubierto con una túnica del individuo estaba atravesado por los fragmentos rotos de cristal, y los gemidos de dolor se escapaban de su boca sin labios.

—¿Mi señor? —musitó Kalamar, aprovechando el poco oxígeno que quedaba en la estancia.

Mhotep se acercó a su viejo sirviente y se arrodilló a su lado.

—Por la gloria de Magnus —jadeó Kalamar cuando su señor estuvo más cerca.

Mhotep asintió.

—Has servido bien a tu señor y a esta nave, viejo amigo —le dijo el astartes. Luego, se puso en pie—. Sin embargo, tu tiempo de servicio ha acabado.

—Mi señor, ahorradme el sufrimiento.

—Lo haré —contestó Mhotep.

El capitán reunió la poca compasión que albergaba su carácter frío y metódico, desenfundó la pistola bólter y le disparó en la cabeza.

La cubierta de las cápsulas de salvamento se encontraba cerca del casco. Era una estancia semiesférica que albergaba seis cápsulas medio hundidas en el suelo. Dos ya habían despegado, y otra estaba destrozada más allá de cualquier posible reparación, ya que una viga caída del techo la había atravesado de parte a parte.

Mhotep se metió en una las cápsulas restantes. Contraviniendo la tradición, no desaparecería con su nave. Había tenido una visión en su cámara privada, justo antes de atracar en Vangelis. Se había visto en el puente de mando de la *Iracundo*.

Aquél era su destino. La mano de la providencia lo llevaría hasta allí, con un propósito que todavía desconocía.

Apretó el icono que sellaba la cápsula y ésta se cerró a su alrededor.

Había espacio para otros tres tripulantes, pero no quedaba nadie con vida para ocupar los asientos. Activó el panel de lanzamiento y varias cargas explosivas expulsaron a la cápsula de la nave.

Contempló cómo la *Luna Menguante* giraba por encima de él a medida que la cápsula se alejaba rotando sobre sí misma. La sección de popa había ardido por completo y ya no era más que un pecio ennegrecido que se esfumaba en la oscuridad del vacío. Las secciones principales de la nave se estaban deshaciendo en pedazos. La mayoría de los incendios se habían apagado al quedarse sin combustible y sin oxígeno. La *Luna Menguante* no era más que un esqueleto que se derrumbaba sobre sus propios huesos.

Desde aquella distancia se veía a la *Abismo Furioso* rodeada de miles de fogonazos, como si se encontrara en el centro de un tremendo espectáculo pirotécnico.

Mhotep era tan disciplinado como cualquier otro astartes de los Mil Hijos, y Magnus había diseñado que la parte más importante del entrenamiento de los guerreros de la legión fuese el acondicionamiento mental. El capitán era capaz de sumergirse en la mente colectiva de sus hermanos de batalla, por lo que sólo en raras ocasiones se veía afectado por emociones que no sirvieran para un propósito inmediato.

Se sentía perturbado. Ansiaba mucho cobrarse venganza por el odio que sentía contra la *Abismo Furioso*. Quería destrozarla con sus propias manos.

«Es posible», se dijo Mhotep. Si tenía paciencia, encontraría el modo de hacerlo.

Los cazas habían aparecido de la nada.

Tras la destrucción violenta de la *Luna Menguante*, las naves de escolta *Ferox* y *Espada Llameante* estaban trabadas en un duelo mortífero con la gigantesca nave enemiga. Incluso con el apoyo de la *Inagotable* y con la *Iracundo* dirigiéndose hacia allí para ayudarlos, no duraría mucho frente al acorazado de los Portadores de la Palabra. Las fragatas tendrían que utilizar su velocidad para sobrevivir mientras les llegaba la ayuda. Pero perdieron esa ventaja de repente con la aparición de las cuadrillas de cazas con alas carmesíes que salieron del vientre de la *Abismo Furioso* como un enjambre enfurecido.

Era imposible que una nave como aquélla, a pesar de su impresionante tamaño, dispusiera de cubiertas para el lanzamiento de cazas al mismo tiempo que disponía de los sistemas de armas que habían destruido a la *Luna Menguante*. Aquella imposibilidad había conformado todos los escenarios estudiados por los capitanes como posibles respuestas del enemigo a sus ataques. Sin embargo, la *Abismo Furioso* no era una nave normal.

La destrucción de la *Luna Menguante*, por muy desastrosa que fuera, al menos

había dado a las fragatas la certeza de que el acorazado de los Portadores de la Palabra no disponía de naves de ataque. Eso fue antes de que los hangares de lanzamiento se abrieran como agallas de acero a lo largo de los costados de la nave y los parpadeantes dardos de color rojo sangre salieran formando largas columnas.

El capitán Ulargo estaba de pie rodeado por una corona de luz en mitad del puente de mando de la *Espada Llameante*. El resto del puente estaba envuelto en la oscuridad, y sólo la imagen granulosa de las consolas de control interrumpía la penumbra. Tenía las manos cruzadas a la espalda, y en las pantallas tácticas y en los comunicadores que estaban a su alrededor lanzando chasquidos se desarrollaba la terrible coreografía de la guerra con una inevitabilidad repulsiva.

—¡*Ferox* bajo ataque! —advirtió el capitán Lo Thulaga—. ¡Enemigos múltiples! Naves de ataque rápido. Sufrimos impactos. Cierro el reactor número dos.

—¡Protege los motores, por Terra! —gritó Ulargo mientras contemplaba el ominoso espectáculo por la ventana frontal.

—¿Y qué te crees que estoy haciendo? —le replicó Lo Thulaga—. Tengo cazas a proa, a popa y en las dos amuras. Están por todas partes.

La *Ferox* se alejó en espiral de su vector de ataque contra la panza de la nave enemiga, pero la persiguió un enjambre de cazas vengativos. En la parte posterior de la fragata aparecieron una serie de hileras de explosiones diminutas que hicieron saltar motas de restos ennegrecidos de las toberas de los motores. Las torretas defensivas respondieron desde la panza y los costados de la *Ferox*, pero por cada caza que acababa convertido en una bola de residuos de plasma había otros dos que seguían disparando.

La imagen era semejante a la de un depredador acosado por un enjambre de insectos con aguijón. La *Ferox* era muchísimo más grande que cualquiera de los cazas, que tenían forma de "V" invertida y las alas estabilizadoras orientadas hacia delante. Cada una de las torretas de la fragata podría haber apuntado y vaporizado a cualquiera de los cazas antes de que ni siquiera se acercaran lo suficiente como para disparar, pero había más de cincuenta naves enemigas en total.

—¡No logro repelerlas! —rugió el capitán Vorgas, de la *Feroz*. Su voz llegó entrecortada a través del comunicador.

—¡Están acabando con nosotros! —gritó Lo Thulaga. Su voz quedo distorsionada por las explosiones secundarias que se produjeron en los motores de la fragata.

El rostro de Ulargo mostraba una expresión de disgusto. Jamás había abandonado un combate. Era nativo de Argonan, un mundo militarista del Segmentum Tempestus, y su carácter no se inclinaba precisamente por la capitulación. Cerró los puños y dio una orden.

—¡Escuadrón, retirada!

La *Espada Llameante* se apartó de la *Abismo Furioso* y la *Feroz* la siguió. La

Feroz también intentó destrabarse del combate, pero los cazas la persiguieron y se metieron en la estela de sus motores, donde se arriesgaron a una destrucción inmediata por volar a ciegas, y siguieron machacando con disparos láser las cubiertas de motores.

Uno de los reactores de la fragata acosada se colapsó, y toda la parte de popa quedó inundada de plasma. Los compartimentos de proa se sellaron con la rapidez como para salvar a la tripulación, pero la nave quedó a la deriva en el vacío. Tan sólo el impulso que llevaba permitió que siguiera alejándose del casco superior de la *Abismo Furioso*. Los cazas la rodearon por completo y volaron en círculos amplios alrededor de la nave muerta mientras la seguían castigando incesantemente con sus armas. Las cubiertas de la tripulación sufrieron brechas y perdieron atmósfera. Lo Thulaga dio la orden de abandonar la nave, y las cápsulas de desembarco comenzaron a salir de inmediato.

La *Abismo Furioso* envió de inmediato a varios cazas para que destruyeran las cápsulas de salvamento que se alejaban de la destrozada *Ferox*.

La *Feroz* efectuó un viraje muy brusco para pasar por debajo del acorazado enemigo y así evadir a los cazas que ya se estaban preparando para efectuar sus ataques. Aquella maniobra la puso a tiro de las torreras ventrales de la *Abismo Furioso*, y un par de disparos afortunados abrieron brechas en la parte superior de la fragata de las que salieron columnas de aire. Los cazas se acercaron y se centraron en aquellas brechas, contra las que dispararon andanadas de rayos láser.

El puente de mando resultó alcanzado en algún momento de aquel torbellino enloquecido, y todos los tripulantes murieron abrasados por los chorros de metal fundido o congelados y ahogados cuando el vacío penetró en esa parte de la nave.

El resto de torretas de la *Abismo Furioso* apuntaron contra la *Espada Llameante* fugitiva, la última nave del escuadrón de escolta. Sin embargo, la mayor parte de la atención del acorazado estaba centrada en otra parte, ya que la fragata no suponía más que una simple molestia. Su ira vengativa se concentró por completo en la *Inagotable*.

—La *Ferox* y la *Feroz* han sido destruidas —informó Kaminska con voz átona cuando vio que los iconos que las representaban desaparecían de la pantalla táctica—. Por Titán, ¿cómo es posible que esa nave sea capaz de albergar escuadrillas de cazas?

—Del mismo modo que dispone de una lanza de plasma en estado operativo —le contestó Cestus con gesto ceñudo—. El Mechanicum es capaz de lograr muchas más cosas de las que está dispuesto a compartir, y seguro que están haciendo caso omiso de las prohibiciones imperiales.

—En nombre de Terra, ¿qué está ocurriendo? —se preguntó Kaminska en voz alta al ver que el acorazado enemigo centraba sus armas en la *Inagotable*.

El ultramarine creyó detectar por primera vez un atisbo de miedo en la voz de la vicealmirante.

—No podemos ganar esta batalla. No de este modo —le dijo—. Haga que regrese la *Inagotable*. Tenemos que reagruparnos.

Kaminska estudió la pantalla táctica.

—Ya es demasiado tarde para eso —dijo con voz entrecortada.

—¡Maldita sea! —exclamó Cestus antes de propinar un puñetazo al guardamanos del puente de mando, que se dobló. Tras un momento, habló de nuevo—. Contacte con su astrópata y descubra qué es lo que está retrasando ese mensaje. Debo avisar a lord Guilliman de inmediato.

Kaminska se puso en contacto con el sanctum astropático por el comunicador interno mientras la contramaestre Venkmyer transmitía los protocolos para las maniobras de retirada a la sala de máquinas.

Se oyó la voz profunda del astrópata jefe Korbad Heth por todo el puente de mando.

—Todos nuestros esfuerzos por ponernos en contacto con Terra o con los Ultramarines han fracasado —les comunicó con una voz que sonaba tranquila.

—Por orden de los astartes del Emperador, siga intentándolo, tiene que conseguirlo —le contestó Cestus.

—Mi señor —empezó a replicarle Heth, que no parecía afectado por el tono amenazante del ultramarine—, la situación tiene un aspecto fundamental que no apreciáis. Cuando digo que nuestros esfuerzos han fracasado, quiero decir que han fracasado por completo. El Astronomicón ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido? Eso es imposible. ¿Cómo puede haber desaparecido?

—Lo desconozco, mi señor. Detectamos tormentas de disformidad que quizá estén interfiriendo. Redoblaré nuestros esfuerzos, pero me temo que será en vano.

El comunicador quedó en silencio: Heth había regresado a sus tareas.

El regreso de Antiges al puente de mando rompió el silencio.

—Debemos regresar a Terra, Cestus. Hay que avisar al Emperador.

—¿Y qué hay de Calth y de Macragge? Nuestra legión está allí, lo mismo que nuestro primarca. Son ellos los que se encuentran en un peligro inmediato y a los que hay que avisar. No tengo dudas sobre la fuerza de nuestros hermanos de batalla, y la flota que defiende Macragge es formidable, lo mismo que las defensas terrestres, pero hay algo en esa nave… ¿Qué pasa si no es más que la portadora de algo mucho peor, algo que pueda ser una verdadera amenaza para Guilliman?

—Nuestro primarca siempre nos ha enseñado a ser pragmáticos ante la adversidad —dijo Antiges con un tono de voz tranquilo al mismo tiempo que se le acercaba—. En cuanto lleguemos a Terra, podremos enviarle un mensaje a la legión.

—¡Un mensaje que nunca llegará, Antiges! —replicó Cestus, enfurecido—. No.

Somos la última esperanza de la legión.

—Hermano capitán, estás dejando que tus emociones y tu arrogancia te nublen el buen juicio —insistió Antiges a la vez que daba otro paso hacia él.

—¿Dónde está tu lealtad, hermano?

Antiges se enfureció por aquella ofensa, pero mantuvo la compostura.

—¿De qué serviría sacrificarnos en el altar de esa lealtad? —refutó—. Al menos, de este modo tenemos una oportunidad de salvar a nuestros hermanos.

—No —replicó Cestus con un tono de voz que implicaba que su decisión era definitiva—. Sólo los condenaríamos a una muerte segura. Coraje y honor, Antiges.

El sargento vio la pasión en los ojos de Cestus y recordó lo convencido que estaba de que alguna clase de peligro terrible se dirigía acechante hacia Macragge y hacia la legión. El hermano capitán había acertado en todo hasta ese momento, y Antiges se sintió de repente avergonzado por ese pragmatismo cerril que tanto lo había cegado ante aquella verdad.

—Coraje y honor —contestó, y le puso una mano en el hombro a Cestus en un gesto de disculpa.

—Así pues, los seguimos por la disformidad —los interrumpió Kaminska, que había asumido que el asunto ya estaba zanjado—. Fingimos huir y nos ponemos a su cola en cuanto se prepare para meterse en el Tránsito del Núcleo Terciario —añadió.

Cestus estaba a punto de confirmárselo cuando el oficial Kant transmitió un informe desde el sensorium.

—Impactos en la *Inagotable*.

La *Inagotable* tardó más en morir que la *Luna Menguante*.

La *Abismo Furioso* disparó otra andanada de torpedos, aunque esta vez volaban en formación progresivamente cerrada, igual que una manada de depredadores que se echaran encima de una presa.

Los torpedos de la vanguardia de la andanada tenían cabezas de combate explosivas. Atravesaron los escudos y sufrieron las primeras oleadas de disparos de las torretas defensivas de la *Inagotable*.

El grueso de los torpedos era del mismo tipo de munición perforante que había alcanzado al *Luna Menguante*. Unos cuantos torpedos de pulso magnético también formaban parte de la salva. En cuanto entraron en el radio de acción de los sensores de la *Inagotable*, los cegaron. Ya no había necesidad de ocultar todo el arsenal del que disponía la *Abismo Furioso*.

Varias explosiones en racimo estallaron como flores de fuego a lo largo de un costado de la *Inagotable*. Las ondas de choque cruzaron los hangares de las naves de ataque y sacudieron a los cazas hasta derribarlos, igual que si se encontraran en un bote azotado por las olas. Los depósitos de repostaje explotaron, pero las bolas de

fuego que generaron quedaron perdidas en la tormenta de llamas que siguió a los primeros impactos.

Las dotaciones de las naves de ataque supervivientes a la locura que había destrozado a las escuadrillas acabaron destrozadas por la metralla o abrasadas por el fuego. Todo el flanco de la *Inagotable* se fue despegando como si estuviera envejeciendo y pudriéndose a un ritmo imposible.

Se abrieron numerosos agujeros, y a su alrededor el metal se ennegrecía y retorcía hasta desprenderse como carne desecada.

Los torpedos de la última oleada tenían una cabeza de combate simple que impulsó unos enormes proyectiles forjados con metales alienígenas a una velocidad increíble. Salieron disparados como lanzas de energía de las carcasas delanteras de los torpedos y atravesaron aullando a la *Inagotable* para acabar saliendo por el otro lado, dejando a su paso explosiones secundarias por la ignición del combustible derramado y del oxígeno que se escapaba por doquier. Los disparos atravesaron la nave igual que si fueran lanzas de luz.

Por último, la *Abismo Furioso* tomó posición a media distancia de la nave imperial. Se detuvo allí como si estuviera observando a la nave dañada, como si estuviera estudiando a su presa antes de lanzarse al ataque final.

La lanza de plasma salió de nuevo. La energía se acumuló en el cañón, que empezó a brillar otra vez. La tripulación superviviente de la *Inagotable* ya sabía lo que sucedería a continuación, pero todos sus sistemas de control estaban destrozados. Unos cuantos retrorreactores de maniobra rugieron cuando la *Inagotable* intentó a la desesperada apartarse de su futuro verdugo, pero el transporte de naves de ataque era demasiado grande y estaba demasiado averiado.

La lanza de plasma disparó. El rayo impactó en la zona central de la *Inagotable* con el ángulo suficiente como para atravesar los reactores de plasma. Toda la nave empezó a brillar cuando el calor del plasma fundido se extendió por la estructura y el casco.

Luego, el plasma se derramó por todos lados y la *Inagotable*, ensartada como una presa en el rayo sólido de la luz de la lanza de plasma, estalló en mil pedazos.

Zadkiel contempló desde su posición privilegiada en el puente de mando de la *Abismo Furioso* cómo los restos ardientes de la nave se esparcían hasta apagarse en la negrura sin vida.

—Gloria a Lorgar —dijo Reskiel, que estaba de pie a su lado.

—Así está escrito —respondió Zadkiel.

—Quedan dos naves, mi señor —le apuntó con tono obsequioso su segundo.

Zadkiel estudió la pantalla táctica. El único crucero que quedaba estaba intacto, y la fragata, a la que perseguían las escuadrillas de cazas lanzadas por la *Abismo*

Furioso, probablemente sobreviviría.

—Para cuando consigan llegar a Terra ya será demasiado tarde. El aviso no servirá de nada —explicó Zadkiel lleno de confianza—. La disformidad está de nuestra parte. Arriesgamos mucho más si nos quedamos aquí para perseguirlos.

—Le comunicaré al navegante Esthemya que nos disponemos a entrar en la disformidad.

—Hazlo de inmediato —le confirmó Zadkiel mientras pensaba en todo lo que había ocurrido y en su próxima entrada en el empíreo.

Reskiel asintió y activó los altavoces de la nave para transmitir las órdenes de Zadkiel a la sala de motores y a las cubiertas de armamento.

—Tripulación, preparados para la entrada en la disformidad.

—Reskiel, que el maestre Malforian prepare las cargas psiónicas —añadió Zadkiel como si se le hubiera ocurrido de repente—. Una vez entremos en la disformidad, tendrás el mando del puente. Voy a efectuar una inspección a los suplicantes de las cubiertas inferiores. Asegúrate de que el novicio Ultis esté presente.

—Como ordenéis, mi señor —respondió Reskiel al mismo tiempo que hacía una profunda reverencia—. ¿Qué hago si los Ultramarines nos siguen?

—Encomienda sus almas a la disformidad —fue la fría respuesta de Zadkiel.

La *Iracundo* quedó casi a oscuras para simular el desvío de la mayor parte de la energía a los motores y así fingir que querían escapar. El puente de mando quedó sumido en la penumbra. Todos los miembros de la tripulación se quedaron aturdidos, en completo silencio y, durante una fracción de segundo, absolutamente inmóviles, mientras se esforzaban por aceptar lo que acababan de presenciar.

Kaminska estaba tan en silencio como la propia nave. Se aferró con fuerza a los reposabrazos del trono de mando, ya que Vorlov había sido un buen amigo suyo.

—Vicealmirante, capto una cápsula de salvamento lanzada desde la *Luna Menguante* antes de su destrucción —anunció la contramaestre Venkmyer desde el control del sensorium, lo que rompió el silencio.

—¿Sabe quién va a bordo? —quiso saber Cestus, que seguía de pie al lado de la vicealmirante mientras contemplaba con impotencia como la nave de los Portadores de la Palabra se alejaba más y más a medida que la *Iracundo* efectuaba su retirada fingida.

—Es lord Mhotep, mi señor —le contestó Venkmyer—. Se dirige hacia nosotros. He dado orden a la tripulación para que lo reciba cuando llegue.

—Antiges, que Laeradis se reúna con esos tripulantes en el muelle de atraque. Es posible que Mhotep este herido y necesite un apotecario.

—De inmediato, hermano capitán.

Antiges se dio media vuelta, y estaba a punto de salir cuando Cestus le dio una nueva orden.

—Que los grupos de abordaje se disuelvan y luego vuelve al puente de mando. Que Brynngar haga lo mismo, bajo mi autoridad. También trae contigo a Saphrax y a los capitanes de las legiones.

El sargento asintió y se dispuso a cumplir las órdenes.

Saphrax llegó al puente de mando con Antiges, tal y como le habían ordenado. Brynngar y Skraal se reunieron con ellos, y la agresividad primitiva y la ira desenfrenada incrementaron la tremenda tensión que existía en el lugar.

Con tantos astartes presentes, el puente de mando de la *Iracundo* pareció haber empequeñecido de repente. Saphrax llevaba puesta su armadura ceremonial de la guardia de honor, y el dorado de las placas blindadas relucía con un brillo apagado. En cambio, Skraal apenas mostraba detalles decorativos en su armadura. Cestus no pudo evitar fijarse en las marcas de enemigos muertos que mostraba en el hacha sierra, la pistola bólter y en las placas de la armadura. Todo ello era una declaración de su carácter feroz. Matar era una cuestión de orgullo para los Devoradores de Mundos, y Skraal tenía grabados bastantes nombres en una de las hombreras alrededor del estilizado símbolo de su legión: un planeta a punto de ser devorado.

—Hermanos de batalla, camaradas capitanes —empezó diciendo Cestus mientras los astartes se iban colocando alrededor de la mesa táctica, ya apagada—. Estamos a punto de entrar en el empíreo y de emprender la persecución de los Portadores de la Palabra. Nuestros navegantes han calculado que están siguiendo una ruta estable por la disformidad. Seguirles el rastro no será ningún problema.

—Aunque enfrentarse a ellos si que lo será —apuntó Saphrax, como siempre, la voz de la razón—. Esa nave ha destruido a dos cruceros y al mismo número de fragatas en la misma acción. ¿Qué plan tenemos para superar tamaña desventaja?

No era una objeción. Saphrax no acostumbraba a cuestionar las decisiones de sus superiores. Para él, la jerarquía del mando era absoluta y al igual que muchas de las actitudes de los Ultramarines, algo inquebrantable.

—Si regresamos a Terra, podríamos intentar dar la alarma —respondió Cestus—. Si la disformidad se aquietase, podríamos enviar un mensaje a Macragge y advertir a la legión.

Cestus se dio cuenta de que aquellas palabras no mostraban convicción alguna apenas las hubo pronunciado.

—Tú ya has decidido que eso no es lo adecuado, ¿verdad, muchacho? —dijo el venerable Brynngar.

—Es cierto.

El viejo lobo sonrió, lo que dejó a la vista sus colmillos afilados como navajas.

Había algo estoico y poderoso en el gris acerado de su barba y melena leonina, una implacabilidad en el glóbulo lechoso de su ojo destrozado y en las cicatrices irregulares de batallas anteriores. Sin embargo, a pesar de todos los oropeles guerreros, del salvajismo evidente y de la obvia valía como guerrero, también había sabiduría.

—Cuando los hijos de Russ marchan a la guerra, no cejan hasta que se acaba la batalla —le dijo con una convicción absoluta—. Perseguiremos a esos malnacidos hasta el mismo centro de la disformidad si es necesario, y devoraremos sus corazones traidores.

—Los Devoradores de Mundos no huyen cuando un enemigo se les enfrenta —añadió Skraal con los ojos llenos de un ansia sanguinaria—. Los perseguiremos y los mataremos. Así es mi legión.

Cestus asintió y valoró con enorme respeto a los valientes guerreros que tenía ante él.

—Quiero que lo tengamos claro: estamos en guerra —les advirtió por último el ultramarine—. Estamos en guerra contra nuestros propios hermanos, y debemos librar esta batalla con todas nuestras fuerzas y convicción, lo mismo que haríamos contra cualquier enemigo de la humanidad. Lo haremos en nombre del Emperador.

—En nombre del Emperador —gruñó Skraal.

—Sí, por el Trono —añadió Brynngar.

Cestus hizo una profunda reverencia.

—Vuestra lealtad me honra. Preparad a vuestros hermanos de batalla para lo que se avecina. Convocaré un consejo de guerra en cuanto el capitán Mhotep esté a bordo de la Iracundo.

Cestus captó el gruñido de descontento que apareció en el rostro de Brynngar cuando dijo aquello, pero el gesto desapareció con rapidez en cuanto los astartes se pusieron en pie para reunirse con sus guerreros.

—Vicealmirante Kaminska —la llamó el capitán ultramarine después de que los demás astartes se hubieran marchado.

Kaminska levantó la cabeza y lo miró. Alrededor de los ojos le habían aparecido unos círculos negros de agotamiento.

—Tengo que preparar al navegante Orcadus. Podremos seguir al enemigo en cuanto su nave haya desaparecido. —Apretó una runa de comunicación situada en uno de los reposabrazos del trono de mando—. Capitán Ulargo, informe.

—La mayor parte de los daños son superficiales. Sólo tenernos una fuga seria en una de las cubiertas —contestó Ulargo desde la Espada Llameante.

—Prepare la nave. Vamos a seguirlos —le informó Kaminska.

—¿Hacia el Abismo?

—Sí. ¿Tiene alguna objeción?

—¿Se trata de una orden del capitán Cestus?

—Así es.

—Entonces, los seguiremos de cerca, vicealmirante. Para que quede anotado, no creo que una persecución por la disformidad sea la decisión más sensata dada la situación actual.

—Queda anotado. Colóquese en posición para seguimos.

—A la orden, vicealmirante —respondió Ulargo.

Cuando la comunicación se cortó, Kaminska se hundió en el trono de mando, como si la batalla y los amigos que había perdido le pesaran de repente.

—Vicealmirante, ¿está en condiciones de seguir con la misión? —le preguntó Cestus al percatarse de su incomodidad.

Kaminska se volvió en redondo hacia el ultramarine, al que miró con expresión feroz y con la espalda totalmente recta de nuevo.

—Quizá no posea la resistencia legendaria de los astartes, pero llegaré hasta el final en esto, capitán, para bien o para mal.

—Entonces, confío plenamente en usted —le contestó Cestus.

La voz de la contramaestre Venkmyer desde el sensorium ayudó a relajar la tensión.

—La cápsula de desembarco del capitán Mhotep ha fijado su baliza en nuestra nave —comunicó—. La *Espada Llameante* ha recogido a unos cuantos supervivientes más de la *Luna Menguante*.

—¿Qué hay de la tripulación de la *Inagotable*?

—Lo siento, vicealmirante. No hubo supervivientes.

Kaminska se quedó contemplando la situación táctica en la pantalla que tenía sobre la cabeza cuando el icono parpadeante que representaba a la *Abismo Furioso* titiló, desapareció y dejó atrás un rastro de partículas extrañas.

—Rumbo a ese punto de salto. Motores de disformidad en marcha —ordenó con voz cansada, y Venkmyer se apresuró a transmitir las órdenes a los tripulantes pertinentes de la nave.

—El capitán Mhotep ya se encuentra a bordo, vicealmirante —dijo Venkmyer tras unos minutos.

—Vamos allá.

Las estancias de los suplicantes a bordo de la *Abismo Furioso* eran oscuras y dentro hacía un calor infernal. El aire estaba tan cargado de compuestos químicos que cualquiera que no fuera un astartes tendría que entrar con una máscara respiratoria si quería sobrevivir.

Los suplicantes, dieciséis en total, estaban arrodillados a lo largo de las paredes de las estancias en penumbra. Tenían la cabeza inclinada sobre el pecho, pero la

oscuridad no lograba ocultar sus cráneos hinchados y el modo en que se les habían deformado los rasgos debido a ese aumento de capacidad craneal para que fueran capaces de contener sus cerebros grotescos. De la garganta y de la nariz les salían unos tubos gruesos que los conectaban a las unidades de soporte vital que estaban instaladas en la pared por encima de ellos. Se veían los diversos cables que tenían conectados a unos dispositivos insertados en el cráneo. Iban vestidos de forma adecuada y con la librea de los Portadores de la Palabra, ya que incluso en ese estado comatoso eran servidores de la Palabra, lo mismo que el resto de los tripulantes.

Tres de los suplicantes habían muerto. Sus esfuerzos por atacar psíquicamente a las escuadrillas de cazas imperiales los habían llevado a la destrucción.

El cráneo de uno de ellos se había desgarrado, y de la abertura había salido un chorro de corteza de color gris pálido que le había manchado el pecho y el estómago. Al parecer, otro había ardido en una combustión espontánea, ya que su piel ennegrecida todavía humeaba. El tercero estaba tumbado de espaldas en su estancia, con el cuerpo echado hacia un lado.

Zadkiel entró en la estancia. El sonido de sus pasos y los de su acompañante interrumpieron el zumbido de los sistemas de soporte vital.

—Es la primera vez que ves a los suplicantes, ¿verdad? —preguntó Zadkiel.

—Así es, mi señor —contestó Ultis, aunque no era necesario que hubiera respondido.

Zadkiel se volvió hacia el novicio.

—Dime, Ultis, ¿qué impresión te dan?

—Ninguna —respondió el novicio con frialdad—. Son fieles siervos de Lorgar, lo mismo que todos nosotros. Se sacrifican por una causa sagrada para aumentar la gloria del primarca y de la Palabra.

Zadkiel sonrió al oír aquella respuesta tan pragmática. Tanta pasión, un fervor tan exaltado… Ultis mostraba su ambición con el mismo orgullo que llevaría una medalla de honor sobre el pecho. Eso significaba que era peligroso.

—Bien dicho —admitió Zadkiel—. ¿Ha sido un sacrificio digno? —añadió para comprobar la intensidad del deseo del novicio por ascender sin que éste se diera cuenta de la prueba a la que lo sometía.

—Jamás nadie sirvió a la Palabra sin saber que acabaría entregando la vida por ella —contestó Ultis con un tono de voz cauteloso.

«Sabe que lo estoy poniendo a prueba. Es más peligroso de lo que pensaba».

—Muy cierto —dijo Zadkiel en voz alta—. A pesar de ello, habrá algunos que encuentren este espectáculo desagradable.

—Entonces, ésos no merecen servir.

—Siempre contestas con una enorme convicción, Ultis. ¿Tan seguro estás de tus creencias?

Ultis se volvió para mirar directamente a su señor. Ninguno de los dos llevaba puesto el casco, por lo que sus miradas se trabaron en un desafío mudo.

—Tengo fe en la Palabra. Es tanta que no debo dudar. Sólo debo hablar y actuar.

Zadkiel le sostuvo la mirada un momento más antes de apartarla y arrodillarse al lado del suplicante muerto. El portador de la palabra le levantó un poco la cabeza para que se le vieran bien los ojos quemados en sus cuencas.

—Esto es convicción, Ultis. Esto es fe en el credo de Lorgar —le dijo Zadkiel.

—La Palabra de Lorgar es poderosa —afirmó Ultis—. Ninguno de sus fieles la abandonará jamás.

—Quizá, pero piensa un poco en ello. Muchos de los guerreros de nuestra legión tienen un modo muy convincente de hablar. Nos mostramos enfervorizados con nuestro señor primarca y con sus enseñanzas. Mostramos un gran talento en propagarlas a otros. ¿No podría decirse que eso ciega a los humanos inferiores? ¿Que cegarlos con tanto fervor para que cumplan nuestros deseos no es diferente a esclavizarlos?

—Incluso si se pudiera decir algo semejante, eso no significa que nos equivoquemos —contestó Ultis con prudencia—. Quizá haya personas que sean más de utilidad a la galaxia como esclavos que como seres libres que sólo siguen sus instintos más básicos.

—Y estos individuos, ¿eran adecuados para ser esclavos? —quiso saber Zadkiel, señalando a los suplicantes.

—Sí. Los psíquicos son muy peligrosos si se los deja a su libre albedrío. La Palabra tenía otro propósito para ellos en la vida.

—Entonces, ¿esclavizarías a otros para que obedecieran la voluntad de Lorgar?

Ultis se quedó pensando en ello. El novicio no era estúpido, y sabía muy bien que Zadkiel estaba valorando todas y cada una de las palabras que decía, pero también sabía que no contestar nada era la peor de las respuestas.

—Es mejor que humanos inferiores como éstos pierdan su libertad a que la Palabra quede sin propagarse —acabó diciendo—. Incluso si lo que hacemos es esclavizar, incluso si nuestro fervor es una cadena que los mantiene prisioneros, todo eso es un precio pequeño que pagar por lograr que la Palabra de Lorgar se cumpla.

Zadkiel se puso en pie.

—Estos suplicantes necesitan un poco de tiempo para recuperarse. Sus esfuerzos psíquicos los han dejado agotados. Afortunadamente los más débiles han muerto. La disformidad no será agradable para ellos. Has mostrado una tolerancia muy loable, novicio Ultis. Muchos astartes, incluso algunos de nuestra propia legión, se horrorizarían ante el uso que hacemos de estos suplicantes.

—Ésos son los extremos a los que debemos llegar para cumplir la Palabra —declaró Ultis.

«Sí, es muy ambicioso», pensó Zadkiel.

—¿Hasta dónde llegarías, hermano Ultis?

—Hasta el final.

«También es decidido».

Zadkiel sonrió levemente.

«Es peligroso».

—Entonces tengo muy poco que enseñarte ya —le comunicó el capitán de los Portadores de la Palabra.

El comunicador insertado en la gorguera de Zadkiel emitió un chasquido.

—El maestre de armas Malforian comunica que ya está preparado —comunicó el contramaestre Sarkorov.

«¿Ya le estás dando órdenes a Sarkorov, Reskiel?», pensó Zadkiel, que veía rivales y usurpadores potenciales en cada conversación, en cada reverencia obsequiosa.

—Que las despliegue de inmediato —ordenó Zadkiel.

—Sí, mi señor.

—¿Nos están persiguiendo todavía? —inquirió Ultis.

—Era de esperar —le contestó Zadkiel—. Sin duda, los impulsa alguna clase de sentido del deber. No tardarán en darse cuenta de la estupidez de esa emoción.

—Por favor, mi señor, ilumíname.

Zadkiel observó detenidamente mientras éste le hacía una profunda reverencia.

—Acompáñame al puente, hermano Ultis —le dijo finalmente—, pero limítate a observar.

La disformidad era la locura hecha realidad. Se trataba de otra dimensión, donde las reglas de la realidad no se aplicaban. La mente humana no había evolucionado lo suficiente para ser capaz de comprenderla, ya que no tenía límites o normas que la definieran. Sólo los navegantes, una forma muy especializada de mutante estable, podían contemplarla y no enloquecer de inmediato. Sólo ellos hacían posible el viaje de una nave a través de las rutas estables de la disformidad, a pesar de lo fugaces que eran, y luego salir indemnes al otro lado. Viajar por una ruta inestable, incluso con la guía de un navegante, implicaba que la nave quedara a merced de las mareas caprichosas del empíreo.

La *Abismo Furioso* se había adentrado en ese océano. Se mantenía intacta por la envoltura de campos Geller que se solapaban entre sí, ya que sin ellos se desintegraría cuando sus átomos básicos perdieran toda razón para mantenerse unidos y seguir formando los metales del casco.

De la cubierta de armamento surgió una mina psiónica de gran tamaño, envuelta en su propio campo complementario, que giró con rapidez sobre sí misma a medida

que se alejaba de la nave de los Portadores de la Palabra. Aunque no se veía desde el exterior, en el núcleo central de la mina había encerrado un grupo de psíquicos aullantes que habían enloquecido debido a un gas venenoso que habían inyectado allí antes de cerrarlo herméticamente. Su grito de muerte combinado enviaría una descarga psiónica por todo el empíreo. La mina y su contenido demente estallaron y se produjo un destello luminoso que se convirtió en emociones que la disformidad absorbió.

La disformidad se estremeció, el amor y el odio hirvieron y fluyeron juntos igual que pintura. La agonía de billones de años se resquebrajó y se movió como el hielo en primavera. Las montañas de esperanza se derrumbaron y los océanos de lujuria se secaron hasta convertirse en una nada de angustia.

Con un sonido semejante al coro de todos los gritos que alguna vez se profirieron, el Tránsito del Núcleo Terciario se colapsó.



SIETE

FANTASMAS EN LA DISFORMIDAD
DIRECTOS AL INFIERNO
EL LEGADO DE MAGNUS

—¡Ulargo! —gritó Kaminska—. Te estás separando. Apenas logro oírte. ¡Mantente con los escudos alzados y detrás de nosotros!

La *Iracundo*, seguido de la *Espada Llameante*, había entrado en el infinito de la disformidad. Las interferencias de aquel océano siempre rugiente dificultaban hasta hacer casi imposible la comunicación, que perdió por completo cuando los últimos vestigios del espacio real desaparecieron del todo. Los últimos mensajes de la fragata estaban cargados de pánico y de desesperación debido a unas dificultades inesperadas que la *Espada Llameante* se encontró al entrar.

La voz de Ulargo sonó muy distorsionada cuando llegó el mensaje inconexo, y las palabras se disolvieron en una serie de chasquidos interminables.

Unas extrañas oleadas de estática resonaron en los altavoces del puente de mando de la *Iracundo*. La corta distancia existente entre ambas naves la ocupaban las geometrías imposibles de la disformidad.

Entrar en la disformidad por una ruta estable, incluso guiados por un navegante, seguía siendo algo peligroso. Hacerlo después de que la ruta se hubiera colapsado y sin la señal de baliza del Astronomicón era algo casi suicida.

La vicealmirante Kaminska soltó una maldición en voz baja y dio un puñetazo al reposabrazos del trono de mando en un gesto de frustración.

—Se ha cortado la comunicación —musitó con un tono de voz ominoso.

—Vicealmirante, no nos podremos volver a poner en contacto con la *Espada Llameante* hasta que abandonemos el espacio disforme —le comunicó Venkmyer.

Kaminska y la tripulación estaban en el puente de mando. El capitán Cestus y los demás astartes se habían dirigido a una de las numerosas salas de reuniones de la nave para recibir al capitán Mhotep y así enterarse de lo que sabía, a partir de lo cual formularían alguna clase de plan.

El ambiente era sombrío debido al viaje por la disformidad, y el desconocimiento sobre lo que le había podido ocurrir a la *Espada Llameante* no ayudaba a aliviar la tensión que invadía todo el puente de mando.

—Lo sé, contramaestre —le respondió Kaminska con voz resignada.

La *Iracundo* se estremeció. Varias luces de advertencia se encendieron a lo largo del puente de mando y en las cubiertas inferiores empezaron a sonar las sirenas de emergencia.

—Nos encontramos en protocolo de colisión —les informó el oficial Kant.

—Bien. Manténganos en él —respondió Kaminska.

Todo el puente de mando se desplazó hacia un lado, lo que provocó que se esparcieran los manuales tácticos y los instrumentos de navegación. Kant tuvo que agarrarse al borde de una mesa de mapas para mantener el equilibrio en mitad de aquella repentina turbulencia de la disformidad.

—A la orden —contestó.

Kaminska se recostó, exhausta, contra el respaldo del trono de mando. Finalmente se enfrentaba a un problema que no podía solucionar su agudeza táctica o su audacia. El capitán astartes de los Ultramarines era quien la había puesto en aquella situación, y a pesar de su inquebrantable lealtad al Imperio y de la mayor gloria de la humanidad, se sentía resentida con él por ello. Lo Thulaga, Vargas, Abrax Vann de la *Intrépida*… y ahora Ulargo. Todos muertos. Vorlov, de la *Inagotable*, era su amigo, y también había muerto de un modo ignominioso al enfrentarse a un enemigo invencible por las órdenes de un imprudente ángel del Emperador.

En ese momento, en las garras de la disformidad y llena de impotencia, confiada en que su navegante los llevaría a la salvación, la rabia de Kaminska se había incrementado.

—Oficial, póngame con el oficial Huntsman de la Guardia —ordenó llena de decisión.

—Vicealmirante —dijo la voz de Huntsman por el comunicador a los pocos momentos.

—Reúna a sus mejores hombres y que patrullen las distintas cubiertas. No quiero ninguna clase de sorpresa o de accidentes imprevistos durante el tránsito —le ordenó —. Cualquier señal de problemas, cualquiera en absoluto, ya sabe lo que debe hacer.

—Cumpliré mi deber con una diligencia presta y letal, vicealmirante —contestó Huntsman.

Huntsman cortó la comunicación y se volvió hacia los tres soldados, que lo

esperaban con paciencia en los barracones de la cubierta superior. Estaban armados con pistolas y mazas de energía, además de equipados con chaquetas blindadas ligeras.

Los cuatro se mantenían formando un pequeño grupo, con el rostro envuelto en sombras debido a la escasa luz, que era lo normal mientras la *Iracundo* permanecía en la disformidad. El resto de la cubierta de barracones, totalmente metálica, con paredes desnudas y camastros sencillos estaba vacía.

—Cuatro grupos, desde la cubierta tres hasta la dieciocho —ordenó Huntsman con precisión y sobriedad—. Quiero informes a intervalos regulares de los supervisores de las cubiertas inferiores. Cada media hora.

Los tres soldados asintieron y se marcharon para reunir a los miembros de los grupos.

Huntsman era el oficial superior de la Guardia, y su misión era asegurarse de que a bordo de la nave se mantuvieran el orden y la disciplina. Era brutal en el cumplimiento de ese deber, un agente inquebrantable que no soportaba la más mínima insubordinación. Había matado a muchos tripulantes en sus años al mando, y no sentía remordimiento alguno al respecto.

La psicosis de combate podía afectar a cualquiera, e incluso Huntsman, que poseía una voluntad más fuerte que la mayoría de los demás, notaba su presencia a pesar de la protección que ofrecían los campos Geller que rodeaban la nave y que actuaban como barrera frente al empíreo. Había visto a muchos sufrir aquella dolencia, que tomaba muchas formas. Se podían presentar anormalidades tanto físicas como mentales. Las pérdidas de cabello, los balbuceos, la catatonia, incluso la locura homicida, eran habituales. Huntsman tenía la cura precisa para cada uno de aquellos males guardada en la pistolera que llevaba al cinto.

Se pasó una mano por el cabello cortado a cepillo, comprobó el cargador de la pistola y esperó pacientemente el regreso de sus hombres.

Cestus, Antiges y los demás capitanes astartes estaban sentados alrededor de la mesa hexagonal de una de las salas de reuniones de la *Iracundo*. La estancia estaba decorada con paneles de madera, lo que le proporcionaba una sensación de calidez, aunque falsa debido a la obvia austeridad militar. De las paredes colgaban placas donde se describían las gestas de muchos comandantes, capitanes y almirantes de renombre que habían servido en la Flota Saturnina. Kaminska se encontraba entre ellos. Su lista de distinciones era larga.

También había unos cuantos artefactos más sobre las paredes: sables cruzados, una pistola de manufactura antigua y otros objetos clásicos en desuso. Todo aquello estaba presidido por un símbolo que indicaba la llegada de una nueva época. El águila imperial era la insignia del Emperador desde las guerras de Unificación, y también el

emblema de la unión entre Marte y Terra. Era un recordatorio escueto de aquello por lo que estaban luchando y de lo frágil que era.

—En cuanto salgamos de la disformidad deberíamos colocarnos a su popa y lanzar los torpedos de abordaje. ¡Que la furia del lobo destripe al enemigo desde dentro! —rugió Brynngar.

A diferencia de los demás, el guardia del lobo se había quedado de pie y caminaba arriba y abajo por la estancia.

—Acabarían con los torpedos antes de que atravesáramos sus escudos —lo contradijo Mhotep. El capitán de los Mil Hijos había recibido el visto bueno del apotecario Laeradis y estaba ansioso por participar en el consejo tras la destrucción de su nave—. Y si no lo hacen —añadió antes de que el lobo espacial pudiera insistir —, no sabemos a qué tipo de blindaje nos enfrentamos o las fuerzas de las que disponen a bordo. No. Debemos esperar hasta que la *Abismo Furioso* sea vulnerable.

El debate sobre el mejor modo de detener a los Portadores de la Palabra duraba ya más de una hora. Mhotep había revelado en ese tiempo lo poco que sabía: el nombre de la nave, el de su comandante, los sistemas de armas que habían acabado con su propia nave y la herejía a la que se habían entregado los Portadores de la Palabra. No incluyó la oferta de alianza que Zadkiel le había hecho, algo que prefirió guardarse para sí. A pesar de todas las ideas y discusiones, había muy poco en lo que se hubieran puesto de acuerdo, aparte de que todos estaban decididos a seguir adelante y de que un ataque frontal contra la *Abismo Furioso* era poco menos que un suicidio.

—¡Bah! Es típico de los hijos de Magnus aconsejar precaución ante la posibilidad de combatir —espetó rugiente el lobo espacial, que mostró una agresividad contra el capitán de los Mil Hijos tan evidente y directa como su actitud.

—Estoy de acuerdo con el lobo —terció Skraal—. No soporto, esperar en la oscuridad. Si tenemos que sacrificar la vida para asegurarnos la destrucción de nuestro enemigo, que así sea.

—¡Eso es! —exclamó, procurando aprovechar al máximo aquel apoyo—. Cualquier otra decisión parecería algo cobarde.

Mhotep frunció el entrecejo ante aquel insulto y miró fijamente la sonrisa feroz que apareció en el rostro salvaje del lobo espacial, pero no cayó en la provocación.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —los interrumpió Cestus—. Estamos seguros de que los astartes que van a bordo de esa nave se han convertido en unos traidores. No sé en qué afecta eso al resto de la XVII legión. Es evidente que el Mechanicum construyó esa nave, y eso también abre más interrogantes sobre la naturaleza de su construcción. El hecho de que se mantuviera en secreto sugiere una complicidad por su parte, al menos en cierto grado.

Cestus se quedó callado unos momentos antes de seguir hablando.

—Hay algo muy inquietante en todo esto. Estoy convencido de que los Portadores

de la Palabra pretenden destruir a mi legión, y que al hacerlo también quieren destruir al Emperador. Disponen de seguidores en el Mechanicum, porque, ¿cómo si no iba a construirse una nave semejante sin que ninguno de nosotros se enterase?

Al oír aquello, todos los astartes presentes se sintieron unidos por una causa común. Lo que los Portadores de la Palabra habían cometido era un acto de guerra en todos los sentidos, pero se intuía algo más. Aunque tenían sus diferencias entre ellos, los hijos del Emperador eran hermanos en cierto sentido. Lucharían y morirían juntos contra un enemigo común. Los Portadores de la Palabra se habían convertido en un oponente de esa clase.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Brynngar.

Su humor rabioso se aplacó un poco, aunque lanzó una mirada malintencionada al capitán de los Mil Hijos, que estaba sentado frente a él.

Cestus captó la mirada del lobo espacial, pero la dejó pasar por el momento.

—Debemos encontrar un modo de inutilizar la nave. Atacarla cuando sea vulnerable —les dijo el capitán de Ultramarines—. Al menos, todos estamos de acuerdo en que los Portadores de la Palabra ya no son nuestros hermanos. Serán aniquilados por esta traición, pero no antes de descubrir hasta dónde alcanza. El señor de la guerra debe saber a qué enemigos se enfrenta. Así pues, y de momento, seguiremos a esa nave y esperaremos a tener nuestra oportunidad.

—A mí me sigue sonando a cobardía —gruñó Brynngar al mismo tiempo que se sentaba y se recostaba contra el respaldo del asiento.

Cestus se puso en pie de inmediato y miró fijamente al lobo espacial con una expresión furibunda.

—Deja ya de deshonrarme a mí y a tu legión —le advirtió.

El guardia del lobo le sostuvo la mirada, pero luego la apartó y murmuró un gruñido de asentimiento.

Mhotep se mantuvo en silencio. Como siempre, procuraba mantener oculto lo que pensaba.

Cestus se sentó de nuevo y repasó con acritud la enemistad existente entre sus hermanos astartes. La Gran Cruzada había unido a las legiones con un propósito común. Había luchado en muchas ocasiones junto a los hijos de Russ y a los de Magnus. Era cierto que ambos primarcas tenían sus diferencias, y esas diferencias las hacían suyas sus legiones respectivas, y aunque reñían como hermanos, seguían siendo una sola entidad. No era capaz de creer que los cimientos del lazo que las unía, y que unía a todas las legiones, fuese tan frágil que simplemente por situar a dos astartes en la misma estancia se declarara un combate abierto. Lo que habían hecho los Portadores de la Palabra era una aberración. Era la excepción, no la regla general.

Las paredes de la sala de conferencias se estremecieron con fuerza, lo que interrumpió el ensimismamiento de Cestus.

Brynngar olisqueó el aire.

—El hedor a disformidad es muy fuerte —gruñó, y no pudo evitar mirar a Mhotep.

Otro estremecimiento sacudió la estancia con tal fuerza que hizo que los astartes se tambalearan. Las sirenas de alarma comenzaron a sonar en el pasillo y en las cubiertas inferiores.

Mhotep se quedó mirando la superficie reflectante de la mesa de conferencias, y luego a Cestus.

—Nuestro viaje por el empíreo se encuentra en peligro —le dijo.

El ultramarine le sostuvo la mirada durante un momento.

—Antiges —dijo al cabo de un instante sin apartar la mirada de los ojos del capitán de los Mil Hijos—, acompáñame al puente de mando. —Luego, se volvió hacia el resto de los reunidos—. Esto no se ha acabado. Lo retomaremos en cuanto salgamos del espacio disforme.

Se oyó un murmullo generalizado de asentimiento, y Cestus y Antiges se encaminaron hacia el puente de mando.

—Supongo que han venido para saber por qué el viaje no está siendo precisamente tranquilo, mi señor —le dijo la vicealmirante Kaminska, que estaba de pie al lado del trono de mando.

Se encontraba revisando los datos tácticos recogidos durante el desastroso combate que habían librado contra la nave enemiga y valorándolos con la contramaestre Venkmyer cuando Cestus llegó al puente de mando. Al lado de la pantalla estratégica se veían las fluctuaciones repentinas en las lecturas exteriores de la disformidad.

—Su intuición es correcta, vicealmirante —contestó Cestus.

A pesar de la experiencia de combate que habían compartido al enfrentarse a la *Abismo Furioso* y que era obvio que Cestus había tenido razón al emprender aquella misión, la acritud de Kaminska respecto al ultramarine seguía siendo fría y hostil. Cestus había albergado la esperanza de que aquel comportamiento cambiaría un poco al luchar juntos contra un enemigo común, pero lo cierto era que le había arrebatado la nave a pesar de la experiencia y de los conocimientos de la vicealmirante. Aunque Cestus era comandante de flota y su capacidad táctica naval era muy superior a la de Kaminska, dado que era un astartes, había pasado por encima de su autoridad sin contemplaciones. Aquello no era algo que le gustara, pero la situación lo había exigido. Estaba en juego Macragge, quizá incluso algo más, Cestus lo presentía, y esa carga debía reposar sobre sus hombros. Eso significaba tomar el mando de la misión. Si eso también significaba que tenía que sacar de sus casillas a una vicealmirante muy pagada de sí misma, que así fuera.

—Estoy a punto de reunirme con el navegante jefe para que me explique la situación. Si quiere acompañarme…

El intento de ser cordial por parte de Kaminska fue algo muy forzado. Se bajó del estrado donde se encontraba el trono de mando y los dos ultramarines se dispusieron a seguirla, pero ella los detuvo.

—El sanctum del navegante es bastante pequeño, capitán. Sólo hay sitio para uno de ustedes.

Cestus se volvió hacia Antiges, que asintió para mostrar que lo comprendía y se dispuso a permanecer de guardia en el puente de mando.

Cestus se percató como nunca del volumen que representaba su servoarmadura en el estrecho confín del sanctum del navegante. La diminuta cámara de aislamiento se encontraba por encima del puente de mando, donde Orcadus y sus subordinados vivían mientras duraba el viaje por la disformidad, y carecía de la ornamentación casi ostentosa que decoraba toda la nave. La estancia de paredes desnudas de color metálico albergaba un trío de cápsulas semejantes a vainas de superficie translúcida, dentro de las cuales los navegantes alcanzaban la comunión con el Astronomicón y atravesaban los flujos y las mareas caprichosas del espacio disforme.

Kaminska, que tenía un aspecto menos digno de lo habitual al estar al lado del astartes en un espacio tan reducido, llamó a su navegante jefe.

—Orcadus.

Nada se movió durante unos momentos, y después, una cara arrugada y medio cubierta por una capucha apareció en la vaina central, aunque se veía borrosa debido a la superficie translúcida. Se adivinaban una serie de cables y de circuitos que bajaban colgando desde un cogitador oculto instalado en el techo abovedado de la vaina.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Kaminska.

La vaina central se abrió como los pétalos de una flor entre un siseo de mecanismos hidráulicos y Orcadus surgió del interior envuelto en una nube de vapor, igual que si saliera de un pozo.

—Mis saludos, vicealmirante —dijo Orcadus en voz baja y con un tono que sonaba áspero fuera de la vaina, como si tuviera que esforzarse por hablar. La piel del navegante tenía una tonalidad grisácea y estaba cubierta de sudor. Jadeaba al respirar—. Mientras me estaba preparando para entrar en la disformidad y atravesar el Tránsito del Núcleo Terciario, tal como me ordenó, el océano del empíreo se agitó y se partió.

—Por favor, navegante, quiero explicaciones breves. Me necesitan en el puente de mando —le urgió Kaminska.

Cestus se alegró al ver que su rabia no iba dirigida sólo contra los astartes que se

habían apoderado de su nave.

Aunque Orcadus tenía la mayor parte del rostro cubierto por la capucha, Cestus captó un leve temblor de consternación en el labio del navegante. Todos los navegantes poseían un tercer ojo, y era precisamente esa mutación la que les permitía trazar un rumbo a través de la disformidad. Mirar aquel ojo haría enloquecer a cualquier persona normal.

—El Tránsito del Núcleo Terciario ya no existe —le explicó con palabras sencillas—. Ya había detectado un empeoramiento de la integridad abisal previo al colapso, pero ya estábamos demasiado adentrados en la disformidad como para dar la vuelta.

—¿Cómo es posible? —le preguntó Cestus—. ¿Cómo ha logrado el enemigo destruir el pasillo?

Orcadus centró por primera vez en toda la conversación la atención en el astartes. Si le molestaba la presencia del ultramarine en su sanctum, no dio muestras de ello.

—Han utilizado algún tipo de mina psiónica —le aclaró Orcadus—. El efecto lo detectaron nuestros astrópatas. Ahora mismo estamos atravesando el abismo sin ayuda de ningún tipo —le comunicó antes de centrar la atención de nuevo en Kaminska—. ¿Cuáles son sus órdenes, vicealmirante?

Kaminska no logró ocultar la preocupación que sentía. Quedar a la deriva en la disformidad era una sentencia de muerte, algo respecto a lo que ella nada podía hacer.

—Seguiremos a la nave enemiga y permaneceremos en su mismo rumbo mientras podamos —decidió Cestus de forma abrupta—. Se dirigen a Macragge.

—¿Desde el Segmentum Solar hasta Ultramar, y fuera de rutas estables?

—Sí.

—Las probabilidades de lograrlo son mínimas, mi señor —le advirtió Orcadus sin mostrar emoción alguna.

—Aun así, ése será nuestro rumbo.

Orcadus se quedó pensativo unos momentos antes de contestar.

—Puedo utilizar su nave como punto de referencia, igual que una baliza, y seguirlo, pero no puedo asegurar el comportamiento de la disformidad. Si el abismo decide devorarnos o convertirnos en su presa, eso es algo que está fuera de mi control.

—Muy bien, navegante jefe. Puede regresar a sus obligaciones —le indicó Cestus.

Orcadus hizo una reverencia casi imperceptible y volvió a ocupar su puesto, pero antes de entrar, se paró un momento.

—Existen entidades en el empíreo, las criaturas nativas del abismo. Toda una bandada de ellas sigue a la nave enemiga. La disformidad que las rodea está agitada, como lo ha estado el abismo estos últimos meses. No es buena señal.

Cestus no le contestó. Había actuado como comandante de flota, por lo que conocía muy bien la existencia de las criaturas que acechaban en la disformidad.

No sabía con exactitud cuál era su naturaleza, pero las había visto con anterioridad, y lo que sí sabía era que se trataba de seres muy peligrosos.

Estaba seguro de que Kaminska también era consciente de a qué se enfrentaban.

Ambos intercambiaron una mirada de entendimiento y salieron del sanctum. Empezaron a cruzar un túnel que corría bajo la cubierta en dirección al puente de mando. Llevaban caminando varios minutos cuando el ultramarine decidió romper el silencio tenso que los acompañaba.

—He tomado nota de su actitud hacia mí y hacia la misión, vicealmirante.

Kaminska inspiró profundamente, como si quisiera controlar sus emociones, antes de volverse hacia él.

—Me arrebató la nave y el mando. ¿Cómo se sentiría usted? —le contestó.

—Sirve al Emperador, vicealmirante —le replicó Cestus en tono de advertencia —. Haría bien en recordarlo.

—No soy una traidora, capitán Cestus —contestó ella furiosa al mismo tiempo que se plantaba delante del enorme astartes a pesar de la evidente diferencia de altura y corpulencia—. Soy una fiel servidora del Imperio, pero ha pasado sin respeto alguno por encima de mi autoridad para apoderarse de mi nave y ponerse a cazar sombras en una misión que nos puede llevar a la muerte. Sacrificaré mi vida en el altar de la victoria si es necesario, pero no lo haré por algo inútil y sin la más mínima consideración.

El rostro de Cestus no mostró emoción alguna mientras ponderaba las palabras de la vicealmirante.

—Tiene razón, vicealmirante. No ha demostrado otra cosa que coraje y honor en todas las situaciones, y yo le he respondido con ignorancia y con desprecio. No es un comportamiento propio de un miembro de mi legión, y le presento mis más humildes disculpas.

Aquello tomó completamente por sorpresa a Kaminska, que mantuvo la expresión de desafío, pero al cabo de un momento su rostro se relajó y dejó salir la furia con un largo suspiro.

—Gracias, mi señor —dijo al fin en voz baja.

Cestus hizo una lenta reverencia para responder a la gratitud de la vicealmirante.

—Me reuniré con usted en el puente de mando más tarde —dijo el astartes, y se marchó.

Kaminska se dio cuenta, una vez que Cestus se hubo marchado, de que estaba temblando. La distrajo el comunicador, que se encendió con un chasquido.

—Vicealmirante —dijo la voz de la contramaestre Venkmyer por la unidad montada en la pared.

—Adelante —respondió Kaminska tras recuperar la compostura.

—Hemos recuperado el contacto con la *Espada Llameante*.

Las cubiertas de proa de la tres a las seis de la *Iracundo* estaban despejadas. La mayor parte de los tripulantes que no eran esenciales estaban encerrados en celdas de aislamiento por su propio bien. Para Huntsman y el pequeño grupo de tres hombres armados que lo acompañaban, la patrulla era igual que explorar los pasillos de una nave fantasma.

—Escuadra Barbarus, informe.

La voz de Huntsman rompió el silencio propio de un cementerio mientras pasaba el haz de luz de la linterna que llevaba en la mano de un lado a otro del pasillo. Las sombras retrocedían bajo el chorro de luz y remarcaban los ángulos de las arcadas y los nichos laterales.

Huntsman sintió la tensión que atenazaba a sus hombres, que estaban desplegados en formación de cuña a su espalda, a medida que el silencio del comunicador persistía.

—Escuadra Barbarus, informe —repitió al mismo tiempo que procuraba acomodar mejor la empuñadura de la pistola entre sus dedos en un acto reflejo. Llevaba el brazo del arma extendido, y ésta al lado de la linterna. Huntsman estaba a punto de enviar a dos de los miembros de su equipo a que buscaran a la escuadra perdida cuando el comunicador emitió un chasquido.

—Aquí la… dra Barbarus. Infor… sufrimos interferen… Todo despejado.

La respuesta inconexa llegó cargada de estática, pero Huntsman se dio por satisfecho.

Estaba exhalando un suspiro de alivio cuando una figura pasó corriendo por un cruce que tenía delante y la luz la atrapó por un momento.

—¿Quién va? —preguntó Huntsman con severidad—. ¡Identifíquese de inmediato!

El oficial se acercó con rapidez al cruce, aunque con precaución, e indicó con gestos de combate a los demás miembros del grupo que se desplegaran y le cubrieran los flancos.

Llegó al cruce y miró hacia la izquierda moviendo la linterna con cierta prisa.

—Señor, lo veo. Por allí —dijo uno de los guardias, señalando en dirección opuesta.

Huntsman se volvió a tiempo de ver como la figura desaparecía por otro pasillo. Le pareció que llevaba el uniforme de trabajo de un miembro de la tripulación de cubierta, aunque no mostraba los colores propios de la *Iracundo*.

—Esta área se encuentra bajo situación restringida —gritó Huntsman con el corazón acelerado—. Ya no habrá más avisos. Salga a la vista de inmediato.

La única respuesta fue un silencio burlón.

—Preparad las armas —ordenó Huntsman, y comenzó a recorrer el pasillo con los guardias a su espalda.

Mhotep se había marchado después del desastroso consejo de guerra en la sala de conferencias y se había apartado de los demás astartes para retirarse a una de las celdas de aislamiento de la *Iracundo*. Quería permanecer meditando el resto del tránsito por la disformidad. Lo cierto era que su enfrentamiento con el lobo espacial lo había irritado, sobre todo por la pérdida de control que había sufrido ante los insultos de Brynngar, por lo que buscó en la soledad la fuerza para reunir toda su determinación.

El capitán de los Mil Hijos abrió uno de los compartimentos de su armadura y sacó la vara que había rescatado de la *Luna Menguante*. Comprobó que el objeto estaba intacto, y murmuró un agradecimiento a su primarca. La contempló mientras seguía sentado en el banco de la celda, el único mobiliario de una celda por lo demás muy austera. Sobre todo se fijó en el speculum plateado que tenía en la punta, y observó sus profundidades.

Mhotep concentró sus pensamientos y entró en un trance meditativo mientras repasaba lo que había ocurrido utilizando toda la agudeza mental por la que era famosa su legión.

Un parpadeo anómalo, algo inconsistente e intangible, apareció en la existencia de un modo repentino para desaparecer de inmediato.

«El campo Geller».

Mhotep se dio cuenta de qué había sido. Lo que había sentido era la suave caricia de la disformidad sin trabas, tan breve, tan infinitesimal, que tan sólo uno de los descendientes de Magnus, con una capacidad psíquica tan desarrollada podía haberla detectado.

«Hay algo más…».

Esto último, sin embargo, se escurrió entre los tentáculos mentales de Mhotep igual que los zarcillos de humo entre los dedos de la mano.

El capitán de los Mil Hijos interrumpió de inmediato el trance mental y volvió a guardar la vara en el mismo compartimento de la armadura. Luego se puso el casco y se dirigió al hangar principal de la *Iracundo*.

El capitán Ulargo estaba sentado en su trono de mando cuando la disformidad atravesó las compuertas de seguridad de la parte posterior del puente de mando de la *Espada Llameante*. Todo lo que lo rodeaba era un caos. La tripulación, indefensa, aullaba y manoteaba en el aire presa del terror a medida que la disformidad les

destrozaba la mente. Algunos ya habían muerto acribillados por los restos que volaban por doquier o simplemente destrozados cuando la disformidad desahogó su rabia con ellos. La calma que mostraba Ulargo ante aquel desastre era inquietante teniendo en cuenta que los trozos de metal del casco estaban desapareciendo en la nada a medida que el puente de mando se iba deshaciendo. Todo el lugar estaba iluminado por un resplandor fantasmagórico, y un vendaval fuerte y espectral azotaba tanto al capitán como a la tripulación.

—Sigue y sigue… y sigue para siempre —dijo con un tono de voz a caballo entre el miedo y el asombro—. Veo a mi padre, a mis hermanos. Los oigo… llamarme.

Había entrado en el empíreo siguiendo la estela de la *Iracundo* en cumplimiento de la orden de la vicealmirante Kaminska, pero tras el colapso del Tránsito del Núcleo Terciario, sus campos Geller habían sufrido un fallo catastrófico, lo que los había dejado indefensos ante las emociones puras del espacio disforme.

Aquello había cambiado por completo el lugar. En el puente de mando relucían los cielos de Io y los cañones de Mimas, los sitios donde Ulargo se había criado y se había entrenado para ser piloto de la Flota Saturnina. Los cadáveres de los tripulantes encargados de la navegación, que estaban tirados sobre la mesa de mapas, se habían convertido en manglares de Ganímedes. Sus raíces retorcidas atravesaban el suelo de acero del puente de mando, que a su vez había quedado completamente cubierto de hierba ribereña. Varias cascadas destellaban de forma fantasmal sobre la realidad, y los bancos de peces saltaban a través de la portilla de observación destrozada. Ulargo ansiaba mucho estar allí, de regreso a los lugares que existían sólo en sus recuerdos, de vuelta al tiempo en que él no era más que un muchacho y el universo le parecía infinito y lleno de maravillas.

Alargó las manos y sintió que rozaban los juncos que crecían en la orilla del río Scamandros, en Io. Los pájaros reptilianos revoloteaban por el cielo que, de algún modo, se veía a través del techo destrozado del puente de mando, como si el metal desgarrado y los tramos de cables cortados estuvieran en otra dimensión y la realidad existente en su cabeza se estuviese escurriendo hacia fuera.

Dio un paso hacia delante. El resto de la tripulación ya había muerto, pero eso ya no significaba nada para él. También eran fantasmas.

La esencia de la disformidad se coló por las compuertas estancas y atrapó a Ulargo con un torbellino de emociones en estado puro. Lo embargó el remordimiento, luego el miedo, luego el amor, y cada sentimiento fue tan fuerte que se convirtió simplemente en un hilo conductor para ellos, un individuo vacío que la disformidad podía sacudir a su antojo. El modo en que los ojos de su padre se llenaron de orgullo cuando recibió su primer puesto en la flota. La pena en los ojos de su madre, ya que sabía que muchas madres habían perdido a sus hijos en el vacío. La furia del espacio, el infinito sediento, el universo insaciable, que siempre supo que lo terminaría

devorando algún día. En la disformidad había ideas que eran tan reales como las montañas de Enceladus.

Un lado del puente de mando desapareció por completo. El aire salió con un estallido y arrastró consigo los cadáveres de la tripulación. Uno de ellos todavía no había muerto, y Ulargo se dio cuenta en lo más profundo de su mente de que había otro ser humano muriéndose.

Luego vio la disformidad que se extendía más allá de la *Espada Llameante*.

Las titánicas masas de emociones seguían extendiéndose. Lo vio no con los ojos, sino con la mente. Eran montañas inacabables de pasión, un océano de lamentos que flotaba por el infinito a través de las cavernas de la angustia, que goteaban con el veneno de la rabia.

El odio era un cielo lejano que se alzaba pesado y asfixiante sobre la disformidad. El amor era un sol. Los vientos que azotaban y deshacían el casco de la *Espada Llameante* eran los dedos de la malicia.

Era algo asombroso. Ulargo se sentía sobrepasado por aquella visión. No, no por aquella visión, sino por aquella experiencia, ya que la disformidad no se componía de luz, sino de emociones, y experimentarla era dejar hablar a las partes más básicas de su alma.

El cielo de odio se abrió y una enorme boca apareció sobre el alma de Ulargo. Unos dientes de cólera la festoneaban. Al otro lado se extendía una masa negra que bullía como un pozo repleto de alimañas. Era el terror.

Por todos lados se abrían bocas. Criaturas sin mente, semejantes a tiburones creados a partir de una alegría malvada, se deslizaban entre los cumulonimbos de pasión. Se dedicaron a morder las manchas luminosas que eran las almas de los tripulantes de la *Espada Llameante*, y los dientes como cuchillos atravesaron lo que quedaba de sus mentes.

Incluso el amor los atacó al llenar sus últimos momentos de existencia con un ansia increíble por todo aquello que ya jamás llegarían a tener, y una angustia inconsolable por todo lo que habían conseguido pero que nunca volverían a ver.

Las fauces se abalanzaron contra Ulargo. Los dientes se cerraron sobre él y una frialdad abrumadora lo atravesó, y de inmediato comprendió que era la pureza de la muerte.

La masa rugiente burbujeó. Los últimos vestigios de su existencia física retrocedieron como gusanos obligados a entrar en una boca y en una nariz que ya no existían.

La disformidad se volvió negra, y Ulargo se ahogó en el miedo.

La vicealmirante Kaminska llegó al puente de mando, donde se encontró a una tripulación con el rostro ceniciento. Cestus también acababa de llegar, con una

expresión pensativa y ceñuda en la cara. La señal de socorro enviada por la *Espada Llameante* resonó de nuevo en el comunicador.

—Aquí… Ulargo… *Espada Llameante*… dañada en tránsito… solicito permiso para… y efectuar reparaciones.

—Es imposible —exclamó Kaminska, que sintió como se ponía pálida al oír la voz del camarada que ella creía muerto—. No se puede efectuar comunicación alguna entre naves mientras se encuentran en tránsito por la disformidad.

—Vicealmirante, la *Espada Llameante* dice que se encuentra de proa por nuestro lado de babor —la informó el oficial Kant, que seguía atento a las comunicaciones.

Kaminska miró de forma instintiva hacia la portilla de observación por donde, a pesar de la interferencia reluciente del campo Geller, se veía la nave de Ulargo, un poco dañada por el combate librado contra la *Abismo Furioso*, pero intacta por lo demás.

El sentido común luchó contra las emociones en su fuero interno. Ulargo era su camarada de armas. Kaminska pensaba que había muerto pero ahí tenía la oportunidad de salvarlo.

—Dele las indicaciones pertinentes para que atraque a nuestro costado de inmediato.

Huntsman había seguido a la esquiva silueta hasta un pasillo sin salida en la cubierta de proa tres de la *Iracundo*. Las puertas salpicaban a intervalos regulares los corredores aparentemente interminables que llevaban a más estancias y a alguna que otra celda de aislamiento.

Cuando se acercó con lentitud, pasó la luz de la linterna por todo el cuerpo del desconocido, y se dio cuenta de que estaba de cara a la pared. También vio con mayor claridad el mono de trabajo que llevaba puesto. Era el uniforme de un tripulante de cubierta de la *Espada Llameante*.

—Quieto —ordenó con voz amenazadora a la figura, y echó un rápido vistazo atrás para comprobar que sus guardias seguían cubriéndolo.

Llegó a la conclusión de que se trataba de un hombre por su aspecto. Se trataba de un individuo desaliñado, sin duda, con un cabello sucio que parecía un manojo de cables y que desprendía un mal olor que sugería una falta de higiene de varios días.

Huntsman activó su comunicador.

—Puente, aquí el oficial Huntsman. He detenido a un individuo en la cubierta de proa tres. Por lo que parece, lleva un uniforme de la *Espada Llameante*.

La respuesta del oficial Kant llegó cargada de estática.

—Repita. ¿Dijo la *Espada Llameante*?

—Afirmativo. Un tripulante de cubierta de la *Espada Llameante* —contestó Huntsman mientras se acercaba un poco más.

—Eso es imposible. La *Espada Llameante* acaba de atracarse ahora mismo a nosotros.

Huntsman sintió que un escalofrío le recorría la espalda cuando la figura comenzó a darse la vuelta.

Por alguna razón, la luz de la linterna no era capaz de iluminar las sombras que ocultaban la parte superior de la cabeza del individuo, pero Huntsman le vio con claridad la boca. El tripulante sonrió de oreja a oreja en un gesto más parecido a un tajo en la cara, con unos labios podridos cubiertos de una costra de sangre seca.

—En nombre de Terra —jadeó Huntsman cuando la mandíbula del individuo siguió abriéndose hasta lo imposible y dejó a la vista docenas de colmillos semejantes a agujas.

Los dedos se alargaron hasta convertirse en garras, con las uñas empapadas en sangre y afiladas como navajas. Los ojos destellaron con un brillo rojo en mitad de la oscuridad, igual que unos orbes cargados de odio. Huntsman disparó.

A los aullidos y los disparos que se oyeron en el comunicador del puente de mando les siguió una tremenda descarga de estática que acabó en un silencio absoluto.

—¡Póngame de inmediato con el oficial de la guardia! —ordenó Kaminska.

Kant pulsó varios mandos de la consola, pero levantó la vista tras unos momentos.

—No hay respuesta, vicealmirante.

Kaminska soltó un bufido, pulsó con el puño un icono del trono mando y abrió otro canal de comunicación.

—¡Muelle principal, responda! ¡Aquí la vicealmirante Kaminska, desengánchese de inmediato de la *Espada Llameante*! —ordenó a voz en grito. Nada. Las comunicaciones estaban interrumpidas.

Una sirena de alarma comenzó a sonar en el puente de mando. Segundos más tarde, la *Iracundo* se estremeció debido a unas explosiones externas.

—¡Vicealmirante! —gritó la contramaestre Venkmyer—. Capto señales de daños en el blindaje del lado de babor, en las cubiertas superiores. ¿Cómo es posible?

—La *Espada Llameante* nos está disparando con sus torretas dorsales —contestó la vicealmirante con voz lúgubre.

—Por lo que parece, la nave de Ulargo sobrevivió después de todo —dijo Cestus mientras se ponía el casco. Antiges hizo lo mismo—. Aunque no haya sido del modo en que nosotros esperábamos. Atención todos los astartes —ordenó por el comunicador del casco, que por suerte no parecía afectado por los problemas que afectaban a los de la nave—. Acudan a la cubierta de proa tres, muelle principal, de inmediato.

Un largo aullido resonó por toda la *Iracundo* y vibró a lo largo del casco, y a ese primer aullido se le unió otro, y otro más, hasta que todo un coro de ellos se oyó por toda la nave. Sonaba igual que los gritos de agonía de cientos de personas aterrorizadas.

Mhotep bajó el humeante bólter en cuanto acabó de enviar a la criatura de regreso al éter. Había llegado demasiado tarde para salvar a Huntsman y a sus guardias, que yacían destripados en el suelo, con algunas de sus partes pegadas y esparcidas por las paredes chorreantes de sangre.

Era evidente que la criatura era un engendro de la disformidad, uno que había utilizado la forma de uno de los tripulantes de la *Espada Llameante* en vez de habitar directamente un cuerpo. La brecha momentánea en el campo Geller de la *Iracundo* había permitido que subiera a bordo de la nave. El instinto de Mhotep le decía que no era más que un enviado, así que se dirigió con rapidez al muelle principal.

Los tripulantes corrían por los pasillos de la *Iracundo* y se esforzaban por esquivar al astartes de armadura voluminosa mientras intentaba alcanzar su objetivo. Los compartimentos de motores comenzaban a popa de la cubierta de las lanzaderas, y la nave estaba acumulando toda la energía posible para las maniobras de evasión.

Mhotep se abrió paso entre los tripulantes atemorizados y vio que había otra figura que le impedía el paso, pero ésta era de carne y hueso, y se alzaba como un peñasco con su servoarmadura de color gris.

—Brynngar —dijo Mhotep con voz neutral al ver al lobo espacial, que acababa de salir de un pasillo adyacente.

El devorador de mundos Skraal, con dos de sus hermanos, aparecieron de repente por el pasillo de enfrente y se colocaron a su lado. Allí en medio, en la intersección de los pasillos, se produjo una sensación extraña de punto muerto antes de que el lobo espacial lanzara un gruñido y se diera la vuelta para dirigirse hacia el muelle principal.

Los cinco astartes se dieron de bruces con el caos.

Los tripulantes de la *Iracundo* huían en todas las direcciones, chillando de miedo. Algunos blandían armas, mientras que otros buscaban ponerse a salvo, sólo para ser despedazados y asesinados. La sangre cubría el suelo de la cubierta con una capa de varios dedos de espesor debido a la matanza que se estaba produciendo entre los tripulantes de la *Iracundo* bajo las garras de las apariciones malignas surgidas de la *Espada Llameante* y vestidas con sus uniformes. La tripulación de la fragata perdida había cambiado. Sus bocas se habían alargado, como si hubieran quedado fijadas en una expresión de sonrisa sádica perpetua. Tales fauces estaban repletas de colmillos puntiagudos como agujas, muy semejantes a los del extinto tiburón de Terra, y con sus dedos alargados rematados por garras arrancaron la piel, la carne y los huesos.

Caían sobre los tripulantes humanos con un desenfreno escalofriante, y luego los devoraban. Los rostros podridos y ensangrentados de aquellos repugnantes depredadores mostraban una tremenda alegría.

—En el nombre de Russ —musitó Brynngar al ver que por las escotillas que mantenían unidas a las dos naves surgía una horda innumerable de tripulantes mutados de la *Espada Llameante*.

—¡Son engendros de la disformidad! —exclamo Mhotep al mismo tiempo que desenvainaba su cimitarra—. Han invadido los cuerpos de nuestros antiguos camaradas, cuyas almas están ahora sometidas al infierno y perdidas en el empíreo. ¡Destruidlos!

Brynngar echó la cabeza hacia atrás y soltó un rugido. El sonido resonó de forma extraña e inquietante dentro de su propio casco de combate. Se lanzó a la carga con *Colmillo infernal* en una mano y una pistola bólter en la otra.

Skraal y los demás devoradores de mundos lo siguieron blandiendo las hachas sierra y aullando el nombre de Angron.

Tres de los engendros de disformidad semejantes a vampiros cayeron bajo los disparos del bólter de Mhotep mientras éste seguía avanzando por el muelle principal pisoteando los charcos de vísceras que tenía a los pies. El fuerte olor a cobre de la sangre ya habría hecho vomitar a una persona normal, pero el capitán de los Mil Hijos no se vio afectado y cargó contra el enemigo.

El estampido de los disparos del bólter sonó como un eco lejano a través del casco cuando acribilló a un engendro de la disformidad que se había lanzado a por él. Le partió el esternón con los proyectiles y luego lo decapitó con un mandoble de la cimitarra. Los miembros de la horda estaban por todas partes, de modo que no tardaron en rodearlo. El destello estroboscópico de los fogonazos del arma al disparar iluminaban la destrucción que causaba con intermitencias centelleantes, y el chirrido penetrante de su cimitarra añadía un contrapunto agudo al estruendo de las explosiones de los disparos.

Sintió que algo se esforzaba por rebasar los límites de su mente para poner a prueba sus defensas psíquicas con una especie de sondas mentales. Avanzó como pudo a través de aquella horda despreciable y se sintió atraído hacia la fuente de aquel poder, del mismo modo que aquel poder se sintió atraído hacia él. Notó como la presión contra su cordura aumentaba.

Brynngar se quitó de encima con una sacudida a una criatura que se le había agarrado al brazo y la machacó con *Colmillo infernal*. El hacha rúnica le atravesó los débiles huesos con la misma facilidad que cruzaba el aire. Le clavó la pistola bólter en el pecho a otra y aprovechó el impulso de su carga para levantarla del suelo. Apretó el gatillo y el engendro se deshizo en una lluvia de huesos y vísceras. Luego, el lobo

espacial le propinó un cabezazo a una tercera y casi le reventó el cráneo podrido con el casco. La sangre y la materia cerebral le entorpecieron la visión, y tuvo que limpiarse el visor con el dorso del guantelete.

Por lo que parecía, tras la destrucción de su cuerpo físico, los engendros de la disformidad perdían su asidero en el plano material y se disipaban. Eran presas fáciles. Brynngar se había enfrentado a enemigos mucho peores, aunque el número de ellos empezaba a pesarle. Incluso su musculatura potenciada genéticamente comenzaba a resentirse por lo arduo del combate. Por cada tres enemigos que mataba el guardia del lobo, aparecían otros seis que salían de las escotillas de atraque como hormigas putrefactas.

Mientras abatía a otro engendro, Brynngar se dio cuenta, para su sorpresa y consternación, de que, poco a poco, lo estaban haciendo retroceder.

Captó la presencia de Skraal al otro lado de la barahúnda del combate.

El devorador de mundos también estaba acosado del mismo modo, aunque lo rodeaba una permanente neblina rojiza debido a los destrozos que provocaba su hacha sierra en los cuerpos de sus oponentes. No vio a los camaradas de Skraal. Brynngar supuso que habían sido engullidos por la horda.

Un repentino crujido del metal, acompañado por el sonido de almas torturadas, atravesó el aire, y Brynngar notó que el suelo de la cubierta se movía bajo sus pies, como si quisiera retorcerse sobre sí mismo.

Los campos de integridad, que mantenían el muelle presurizado cuando se abrían las escotillas de atraque, parpadearon un momento, pero se mantuvieron. La estructura física no lo logró. Un enorme trozo de una altura de tres cubiertas fue arrancado de su lugar, igual que si lo hubieran mordido unas fauces invisibles. Los escombros comenzaron a caer hacia el éter. Brynngar apartó la mirada, ya que no hacerlo habría supuesto enfrentarse cara a cara con la disformidad al desnudo y acabar en brazos de la locura.

Algo se movió al otro lado de la brecha, en el infinito. Brynngar lo sintió al mismo tiempo que se le erizaban los pelos de la nuca, y la naturaleza feroz de su legión de repente se vio incrementada. El lobo espacial deseó por un breve instante quitarse de un tirón el casco y los guanteletes y ponerse a devorar la carne como una bestia salvaje. Aplacó ese tremendo deseo y se dio cuenta de que había algo primigenio y terrible con ellos en el muelle.

Mhotep se había abierto camino hasta los portales de atraque a través de una horda de engendros de la disformidad. Tenía la armadura abollada y arañada por las garras de sus oponentes, y jadeaba de agotamiento. No sería su capacidad física la que los salvaría, sino la disciplina mental necesaria para resistir.

Él también había sentido la misma presencia que Brynngar. Se quedó de pie

delante del portal y lo contempló con su ojo mental. Era algo oscuro y furioso: un depredador puro.

—Me ha visto —dijo con voz tranquila por el comunicador del casco. Los engendros de disformidad se apartaron de repente de él y se quedaron mirándolo del mismo modo que un halcón torrero de Prospero miraba a su presa—. Ya no puedo ocultarme de él.

Brynngar ya casi estaba espalda contra espalda con Skraal. Los dos astartes habían luchado por llegar hasta las compuertas blindadas, y allí oyeron a Mhotep.

—¿Qué es lo que te ha visto? —bufó el lobo espacial, quien destripó a un engendro de la disformidad al mismo tiempo que Skraal le arrancaba el brazo a otro.

—No podéis vencer aquí —oyó decir a Mhotep—. Marchaos y sellad las compuertas. Yo me quedaré y activaré la secuencia e autodestrucción del muelle.

Muchas naves de la flota imperial disponían de medidas preventivas semejantes incorporadas a sus estructuras por el Mechanicum. Estaban pensadas para ser utilizadas como último recurso si una nave era abordada y estaba a punto de ser tomada. Si la nave no podía defenderse o no podía recuperarse de manos del enemigo, se le negaría por completo su posesión. Sin embargo, en este caso Mhotep no destruiría toda la nave, sino que tan sólo derrotaría al enemigo que los atacaba.

—¡Hacedlo! —los conminó el capitán de los Mil Hijos.

Brynngar lo había perdido de vista, aunque su campo de visión se había visto reducido al tener la mirada apartada de la brecha por la que se veía la disformidad al otro lado. Aunque no era de su agrado el lobo espacial tuvo que admitir que estaban luchando por una causa perdida.

—Venga, nos marchamos —le dijo a Skraal, que daba tajos a diestro y siniestro con furia asesina.

—Los hijos de Angron no huyen ante el enemigo —le replicó Skraal, enfurecido.

—Aun así —respondió Brynngar al mismo tiempo que lanzaba a un lado a un engendro con un golpe de su arma.

Luego esquivó un mandoble enloquecido del hacha sierra de Skraal y le propinó un golpe en el pecho al devorador de mundos con la palma de la mano. El aturdido astartes salió despedido hacia atrás y atravesó el umbral de las compuertas blindadas abiertas. Brynngar siguió al prostrado Skraal abriéndose paso a mandobles a través de la horda.

Unos pocos engendros de la disformidad habían conseguido llegar al otro lado de las compuertas que daban al muelle principal. Brynngar estaba a punto de ir a por ellos cuando una andanada de disparos de bólter los segó como si fueran trigo.

El lobo espacial sonrió en el interior de su casco de combate cuando vio las armaduras de los Ultramarines.

—¡Abajo! —le gritó Cestus, que encabezaba el grupo.

Brynngar se tiró al suelo un momento antes de que una nueva andanada le pasara por encima.

El lobo espacial arqueó un poco el cuello y vio los cuerpos humeantes de más engendros caer los unos sobre los otros para formar una pila delante de las compuertas. Alzó una mano y apretó con el puño el icono del portal. Las compuertas blindadas se cerraron deslizándose acompañadas por el siseo de la presión hidráulica.

—Debemos sellar las compuertas —gruñó mientras se tumbaba de espaldas y Antiges, Morar y Lexinal pasaban corriendo a su lado para proteger el paso.

Mhotep discriminó las apariencias de la tripulación formada por engendros de la disformidad y se dio cuenta de que no eran en absoluto entidades separadas. No eran más que prolongaciones de una emoción consciente y en estado puro que había adquirido forma. Unos tentáculos surgían de tres fauces enormes festoneadas de dientes que antes habían ido los portales de atraque, y unos sacos de carne semejantes a marionetas se movían a lo largo de ellos.

Dio un paso adelante y blandió la cimitarra, una espada de energía sobre la que habían grabado jeroglíficos en la antigua lengua de Prospero. Mhotep se dio perfecta cuenta de que las compuertas blindadas se habían cerrado a su espalda aunque el sonido le llegaba de muy lejos, como sí se hubiera producido en una dimensión distinta a la que en ese momento se encontraba. Se dio cuenta de que se había quedado solo y recurrió al poder innato de su legión, la mutación psíquica común a todos los hijos e hijas de Prospero que le había costado a Magnus la condena de Nikea. El poder de Mhotep, como el de todos los astartes de su legión, estaba tan afilado como la punta de un florete, y cuando se lo canalizaba de un modo adecuado, podía ser letal. Los temerosos negacionistas de Nikea habían estado en lo cierto al temerlo.

Mhotep enfundó el bólter, ya que no le serviría de nada en aquella situación, y sacó la vara. Pulsó una secuencia rúnica establecida por las joyas que se encontraban en la superficie y el objeto se alargó hasta tomar la extensión de un bastón. El capitán levantó el arma hasta colocarla delante de la lente del visor del casco y miró a través del speculum que había en la punta. El pequeño espejo plateado se volvió transparente y Mhotep vio a través de él la verdadera identidad del enemigo.

La disformidad había sido cruel. Había tomado a la nave y a su tripulación y los había transformado en algo horrible y repugnante. Unos diminutos ojos negros cubrían el caparazón blindado, y los cuerpos de la tripulación se retorcían por toda la superficie de la nave, atrapados en el interior de una membrana translúcida que la envolvía como un tejido vivo. Estaban deformados, todos fusionados entre sí, con unos rostros de expresión torturada que se alargaban como si se estuvieran

derritiendo. Eran las almas de la tripulación de la *Espada Llameante*, y se habían perdido para siempre en la disformidad.

La parte de la nave de escolta que había penetrado en el muelle de carga sobresalía de la panza de la *Iracundo* como un cordón umbilical y los tentáculos que surgían serpenteantes de las fauces situadas en su extremo resultaron ser lenguas. El sonido que emitían era atroz. La disformidad gritaba desde la garganta de la *Espada Llameante*. Era un vendaval aullante que parecía estar a punto de hacer salir volando a Mhotep. Sin embargo, el capitán consiguió mantenerse en pie, y de cubrió lo que estaba buscando en el casco parcialmente etéreo de la antaño nave imperial.

El capitán de los Mil Hijos pronunció varias palabras de poder y un elipse de luz apareció, ardiente, en el suelo del muelle. Los jeroglíficos de la vara relucieron con un destello rojo. Mhotep hizo girar la vara alargada y encajó el pomo de la cimitarra en la punta, con lo que creó una lanza.

—¡Vuelve al abismo! —aulló el hijo de Magnus mientras apuntaba el arma hacia el núcleo repugnante del ente de la disformidad—. ¡Aquí no obtendrás festín alguno, criatura muerta! ¡Por las Torres de Plata y el Ojo Siempre Ardiente, yo te expulso!

Mhotep arrojó la lanza al mismo tiempo que los tentáculos se abalanzaban sobre él, y la trayectoria psíquica dejó tras de sí una estela de luz carmesí. El arma acertó a la *Espada Llameante* en el corazón de sus fauces centrales, y en su interior estalló una gran explosión de luz. Un chorro de sangre espectral saltó de la herida, y los tentáculos que lo amenazaban se resecaron y ardieron.

La luz aumentó de potencia y salió radiante del interior de las fauces, hasta el punto de que Mhotep se vio obligado a apartar la mirada ante el tremendo brillo. El hedor a humo acre le llegó al olfato tras penetrar incluso los filtros del casco, y unas llamas abrasadoras le rodearon los sentidos junto al aullido primordial de algo que moría en el éter infinito.

Las placas del techo del pasillo que se extendía más allá del muelle principal cayeron como gotas de lluvia cuando las paredes de la *Iracundo* se estremecieron con una fuerza increíble. Cestus y Antiges se esforzaron por llegar hasta las compuertas blindadas mientras los temblores azotaban el pasillo. Las ondas de choque procedían del muelle principal.

Cestus logró mantenerse en pie. Desenvainó la espada de energía, y estaba a punto de llamar a un grupo de ingenieros que se había mantenido detrás de ellos para que abrieran las compuertas con lanzas térmicas, cuando el horrible estruendo procedente del otro lado cesó por completo. A través de las grietas se colaban volutas de humo y una débil luz blanca.

Todo quedó tranquilo y en silencio durante unos momentos.

—¿Dónde está Mhotep? —quiso saber el ultramarine mientras envainaba la

espada.

Cestus había estado siguiendo las transmisiones entre los astartes y sabía que el capitán de los Mil Hijos había acudido al muelle principal. Se habían producido numerosos combates por toda la *Iracundo* durante el accidente con la disformidad, y los muelles secundario y terciario también habían sido atacados. Los informes que iban sonando en el comunicador del casco de Cestus indicaban que la actividad de los engendros de la disformidad había desaparecido por completo y de repente sin que se supieran las causas, y que se habían disuelto de regreso al éter.

Skraal seguía enfurecido y no dejaba de balbucear en un delirio colérico, así que Cestus se volvió hacia Brynngar para tener una respuesta.

—Ha realizado un noble sacrificio —le comunicó el lobo espacial mientras se ponía en pie.

—Eso casi suena a respeto —le comentó Cestus con la voz teñida de amargura.

—Así es —gruñó Brynngar—. Ha entregado su vida por salvar a la nave, y al hacerlo nos ha salvado a todos. Por ello tendrá la eterna gratitud de Russ. No me siento muy orgulloso, pero he de admitir que me equivoqué con él.

El sonido de los servomotores al activarse y de la presión al ser liberada hicieron que el lobo espacial se volviera con la pistola bólter en la mano. Las compuertas blindadas se abrieron. Cestus y los demás astartes se unieron a él y apuntaron con sus armas a la oscuridad parpadeante que había al otro lado.

Mhotep surgió de los restos humeantes del muelle principal, tambaleándose, pero vivo. Le salían volutas de humo de la superficie de la armadura, que estaba cubierta por unos restos viscosos y translúcidos. A pesar de su aspecto, y de las heridas que obviamente había sufrido, conservaba el aspecto noble y arrogante tan propio de los hijos de Prospero.

—No es posible —musitó Brynngar al mismo tiempo que daba un paso atrás, como si Mhotep fuese una aparición procedente de una de las sagas de Fenris—. Nadie podría haber sobrevivido a esa explosión.

Cestus bajó el bólter con cautela y luego indicó con un gesto a los demás astartes que hicieran lo mismo.

—Creímos que habías muerto.

Mhotep soltó los cierres del casco, se lo quitó e inspiró profundamente una bocanada de aire reciclado. Sus ojos no eran más que dos orbes negros, y tenia el rostro cubierto de una trama de venillas violáceas que estaban desapareciendo lentamente.

—Lo… mismo que… yo —contestó jadeante el hijo de Magnus antes de que el casco cayera al suelo repiqueteando cuando sus dedos sin fuerza no lograron sostenerlo por más tiempo.

Cestus logró tomar en los brazos a su camarada mientras caía hacia delante y lo

dejó con suavidad en el suelo, medio acunado en sus brazos.

—Que Laeradis venga ahora mismo —le ordenó a Antiges, que aún permaneció inmóvil por la sorpresa un momento más antes de recuperarse y marcharse en busca del apotecario ultramarine—. Sigue vivo —añadió al notar la respiración enfebrecida de Mhotep.

—Sí, pero sólo hay un modo de que lo haya logrado —respondió Brynngar con voz sombría tras sobreponerse a su carácter supersticioso. Frunció el labio superior en un gesto de profundo asco—: La hechicería.



OCHO

NIKEA
VENTAJA
BAKKA TRIUMVERON

Zadkiel se encontraba en sus aposentos privados, contemplando con interés la pantalla pictográfica que tenía delante. La estancia estaba iluminada por una luz sepulcral, y en el borde de las sombras se atisbaban a duras penas las siluetas de ídolos y de iconos impíos. Zadkiel tenía el rostro bañado por el resplandor frío y duro de la luz de la pantalla, lo que le daba un aspecto enjuto y casi muerto.

En la pantalla se sucedían los escenarios de distintas batallas posibles.

En ese momento, un cuerpo astral del tamaño de una luna explotaba momentos después de recibir el impacto de una andanada de misiles. Los escombros resultantes se esparcieron en un arco amplio y acribillaron un planeta cercano con una lluvia de meteoros ardientes. Un icono del escenario representaba a una nave, la *Abismo Furioso*, mientras se movía a través del campo de escombros espaciales. Aparecieron varios marcadores de trayectorias, con distancias incluidas al lado, que tenían su origen en la nave y acababan en la superficie del planeta. La imagen se detuvo un momento y luego regresó al comienzo de nuevo.

Zadkiel fijó su atención en una columna de tres pantallas suplementarias conectadas a la pantalla pictográfica principal. La superior mostraba una serie continuada de datos que llevaban el sello del Mechanicum. Eran cálculos relativos a las tolerancias del blindaje, a la potencia proyectada de las armas orbitales y tiempos de resistencia extrapolados basados en las primeras estadísticas comparadas con el resto de lecturas. Se estudiaban con todo detalle los ángulos y la intensidad de la potencia de fuego posible y los índices de los escudos. La pantalla central mostraba

cuatro imágenes donde aparecían minuto a minuto los efectos de un virus concreto en seres humanos. El cronómetro digital situado en la esquina inferior derecha indicaba el tiempo, 00:01:30.

La última pantalla mostraba los índices de bajas calculados. Las defensas orbitales de Macragge: 49%. La flota orbital de Macragge: 75%. La población de Macragge: 93%. Kor Phaeron y el resto de la flota de los Portadores de la Palabra se encargarían de lo demás. Zadkiel sonrió. De un solo golpe, arrasarían el planeta natal de los Ultramarines y la legión que albergaba.

—Lo vi en persona, con este mismo ojo —gruñó Brynngar a la vez que se señalaba al globo ocular sano—. El rey kolobita no me dejó tan ciego como para no ver lo que tengo delante de la cara.

Brynngar se había reunido con Cestus, con Skraal y con Antiges en una de las salas de espera adyacentes al recinto médico donde Laeradis estaba atendiendo a Mhotep después de su pérdida de conocimiento. El guardia del lobo caminaba arriba y abajo por la pequeña estancia sanitaria, de superficies de azulejo blanco y luz intensa. Esperaba impaciente el regreso del capitán de los Mil Hijos.

—Nadie, ni siquiera un astartes, habría sido capaz de enfrentarse a esa horda y haber sobrevivido —añadió Skraal—, aunque yo habría entregado gustoso mi vida con tal de enviarlos de vuelta al infierno de la disformidad.

El devorador de mundos hablaba enfurecido. El ansia de sangre le nublaba la visión debido a la *Inagotable* necesidad de violencia y matanzas que lo acosaba. Momentos antes había confesado que recordaba muy poco del enfrentamiento, ya que estaba sumido en la furia del combate y sólo salió de ella cuando se encontró en el pasillo que daba al muelle principal. Brynngar había decidido no contarle nada de lo ocurrido, ya que prefería no enfrentarse a la ira del devorador de mundos.

—Sí, y sólo se me ocurre un modo en que hubiera podido lograrlo —dijo Brynngar antes de sentarse por fin.

—Te refieres a la brujería, lobo espacial —le replicó Antiges al mismo tiempo que miraba ceñudo a Cestus.

El capitán de los Ultramarines se había mantenido en silencio hasta ese momento. Si lo que decía Brynngar era verdad, aquello tenía consecuencias. De lo que no cabía duda alguna era de que Mhotep había conseguido salvar la Iracundo de una destrucción segura. Sin embargo, los edictos que el Emperador había proclamado en Nikea eran estrictos y no daban margen alguno para la flexibilidad. Algo así no se podía pasar por alto. Hacerlo suponía condenarse, tanto como lo habían hecho los Portadores de la Palabra. Cestus no aceptaría un destino semejante, por muy racional que pareciese.

—No sabemos con certeza que Mhotep empleara métodos semejantes, tan sólo

que sobrevivió donde otros quizá no lo habrían logrado.

—¿Y eso no es prueba suficiente? —exclamó Brynngar—. Una cosa son los actos traicioneros de Zadkiel, esa alimaña, pero otra muy distinta es tener a bordo un hereje. Déjame que le saque la verdad. Le…

—¿Qué me harás, hermano? —le preguntó Mhotep desde la entrada a la sala de espera.

Como los demás, no llevaba puesto el casco, pero tampoco la servoarmadura. Iba vestido con una sencilla túnica.

Laeradis estaba detrás de Mhotep. Lo acompañaba uno de los guardias de honor, Amryx, que actuaba como refuerzo de seguridad. El apotecario estaba recogiendo su instrumental mientras los servidores encorvados de la legión se afanaban a su alrededor para recoger todas las piezas de la armadura que se había quitado el capitán de los Mil Hijos.

Brynngar se quedó mirando a Mhotep con los puños apretados. La cara se le enrojeció y dejó a la vista los colmillos.

—¿Y bien, Laeradis? —preguntó Cestus, interponiéndose entre los dos antagonistas para aliviar la tensión.

El apotecario acababa de salir de la sala de curas. Amryx se mantuvo en silencio a su lado.

—No existen heridas graves que su propio metabolismo no pueda curar —le informó Laeradis.

—Bien. Reúnete con tus hermanos de batalla en los barracones.

—Sí, mi capitán.

El apotecario se marchó junto a Amryx, y en su fuero interno se sintió agradecido de poder dejar atrás el ambiente tan enrarecido de la sala de espera. Los servidores de la legión lo siguieron.

—¿Qué ocurrió en el muelle? —quiso saber Skraal, poniéndose del lado de Brynngar—. Yo perdí a dos hermanos de la legión en ese combate. ¿Cómo es posible que tú sobrevivieras?

Habían encontrado los cuerpos de los dos devoradores de mundos más tarde. Los habían recuperado unos servidores ciegos antes de que el muelle fuera sellado de forma permanente y las compuertas estancas se cerraran. Los desafortunados astartes habían sido empalados por las garras afiladas de los engendros de la disformidad y habían muerto vomitando sangre. Sus restos calcinados se encontraban en esos momentos en uno de los mausoleos de la Iracundo a la espera de una ceremonia funeraria apropiada.

—Cuando llegué a la consola de autodestrucción, descubrí que los protocolos de activación habían quedado interrumpidos —les explicó Mhotep con un rostro indescifrable—. Pero tuve suerte, lo mismo que durante el combate, porque uno de

los tubos de repostaje conectados a las escotillas de atraque se había soltado y pude hacer que se incendiara el combustible. Me abrí paso hasta un lugar donde quedé a cubierto de la explosión y la deflagración destruyó a las entidades con su fuego purificador.

—Esa labia tuya está cargada de mentiras —lo acusó Brynngar al mismo tiempo que daba un paso hacia él—. El aire está cargado con el olor a falsedad.

Mhotep clavó su mirada pétrea en el lobo espacial.

—Hijo de Russ, te puedo asegurar que, sea cual sea el olor que estás captando, no procede de mí. Quizás deberías buscar su origen más cerca de tu propio ser desaliñado.

Brynngar soltó un rugido, se lanzó contra Mhotep y lo derribó al suelo con su tremendo peso.

—Retira esas palabras, brujo —le gruñó el guardia del lobo, empujándole la cabeza contra el suelo de baldosas. Un chorro de saliva cayó en el rostro contraído de Mhotep mientras se esforzaba por luchar contra la fuerza superior del lobo espacial.

Cestus utilizó todo su peso y se lanzó contra el costado de Brynngar para quitárselo de encima. El lobo rugió de nuevo cuando lo derribó apartándolo del hijo de Magnus.

Skraal se dispuso a intervenir en el enfrentamiento, pero Antiges le cortó el paso. El ultramarine colocó con toda la intención una mano en el pomo de la espada corta que llevaba al cinto.

—Mantente al margen, hermano —le advirtió Antiges.

Skraal se llevó la mano al hacha sierra, pero luego soltó un bufido levemente despectivo y acabó apartándola. Aquél no era el tipo de combate que él buscaba.

Brynngar rodó por el suelo tras el empujón de Cestus y se puso en pie con rapidez. El capitán ultramarine se apresuró a interponerse entre el lobo espacial y Mhotep, y adoptó una postura semiagachada, listo para el combate.

—Échate a un lado, Cestus —le dijo Brynngar con un gruñido.

Cestus no se movió, y mantuvo la mirada fija en los ojos del lobo espacial.

—Hazlo, ya —le advirtió de nuevo Brynngar con la voz baja y cargada de amenaza.

—Así no nos comportamos los astartes —le dijo Cestus con voz calmada por toda respuesta.

Mhotep se puso en pie detrás de Cestus. Estaba un poco aturdido, pero seguía mostrándose desafiante ante su agresor.

—No, lo que quieres decir es que así no os comportáis en la legión de Guilliman —replicó Brynngar.

—Incluso si fuera así, soy yo quien está al mando de esta nave y de esta misión —insistió Cestus—. Si tienes algún problema con mis órdenes, tendrás que

enfrentarte a mí.

—¡Ha incumplido uno de los edictos del Emperador, y a pesar de ello lo defiendes! —aulló Brynngar, y dio otro paso adelante.

Se detuvo en seco al darse cuenta de que el ultramarine le había colocado la punta de la espada corta en la garganta.

—Si Mhotep tiene que responder a alguna acusación, lo hará por una orden mía y en un juicio apropiado —le replicó Cestus, sin que la mano que sostenía la espada le temblara lo más mínimo—. Las leyes salvajes de Fenris no tienen cabida en esta nave, hermano de batalla.

Brynngar gruñó de nuevo, como si estuviera sopesando sus distintas posibilidades, pero al final, cedió.

—No eres mi hermano —le dijo al cabo de un momento, y luego salió de la estancia.

Skraal lo siguió con una leve sonrisa en los labios.

—No ha ido mal —comentó Antiges tras dejar escapar un suspiro de alivio.

Al sargento no lo atraía nada la idea de tener que enfrentarse a uno de los guerreros de la legión de Angron, y tampoco sentía deseos de ver cómo su capitán se enfrentaba a Brynngar.

—El sarcasmo no te sienta bien, Antiges —le contestó Cestus.

Brynngar era su amigo. Habían luchado juntos en incontables campañas. Le debía la vida a aquel viejo lobo, y Antiges le había salvado la vida en más de una ocasión. Sin embargo, Cestus lo había desafiado cara a cara, y al hacerlo, había manchado su honor.

A pesar de todo, ¿cómo podía no darle a Mhotep el beneficio de la duda sin tener pruebas de su presunto delito? Cestus tuvo que admitir que quizá la experiencia que había tenido en el núcleo del reactor de Vangelis la visión que había tenido de Macragge, estaba afectando a sus decisiones.

—Te lo agradezco, Cestus —le dijo Mhotep mientras se alisaba la túnica después del trato que había sufrido a manos de Brynngar.

—No me des las gracias —le replicó Cestus con sequedad, furioso consigo mismo por sus dudas. Se volvió hacia el capitán de los Mil Hijos con una mirada fría e inmisercorde—. Esto no se ha acabado, y tampoco yo estoy satisfecho con las explicaciones sobre lo que ha ocurrido en el muelle. Permanecerás en tus aposentos hasta que salgamos de la disformidad y tenga tiempo de decidir qué debemos hacer.

»Antiges —añadió Cestus—. Que la vicealmirante Kaminska envíe a un nuevo oficial de la guardia y una escuadra de guardias para escoltar al capitán Mhotep hasta sus aposentos.

Antiges hizo un rápido gesto de asentimiento y se marchó en dirección al puente de mando.

—Podría acabar con ese simple grupo de hombres armados y desobedecer esa orden —comentó Mhotep, que respondió a la mirada acerada de Cestus con la suya propia.

—Sí, podrías. Pero no lo harás.

—Que no se diga que la disformidad carece de imaginación —murmuró Zadkiel.

Delante del almirante Zadkiel, que había abandonado sus estancias privadas para dirigirse a la catedral de la *Abismo Furioso*, se encontraban las filas y filas de Portadores de la Palabra. Su presencia en la cámara abovedada era un eco de lo que había presenciado el día de la partida de Thule. Era un espectáculo que llenaba a Zadkiel de una agradable sensación de poder.

Los guerreros representaban a la séptima compañía del capítulo Plumagénitos, uno de los que componían la Legión de los Portadores de la Palabra. Cada capítulo poseía sus propias tradiciones y tenía su propia función en la Palabra de Lorgar. Los Plumagénitos recibían ese nombre porque sus tradiciones enfatizaban sus orígenes, ya que habían sido creados en los laboratorios y apotecarions de Colchis. Eran escritos de vida, nacidos como sílabas de la Palabra. El capítulo era una formación naval, auténticos marines, entrenados para la lucha de abordaje entre naves, completamente acostumbrados a abrirse paso combatiendo a través de la estrecha estructura de una nave estelar. A su cabeza se encontraba el capitán de asalto Baelanos, el comandante en funciones de la compañía, aunque Zadkiel era su señor principal.

—El fantasma de una de sus propias naves los ha retrasado —continuó diciendo Zadkiel con voz cada vez más alta—. Se nos prometió que en la disformidad encontraríamos aliados. El destino que están sufriendo nuestros perseguidores a bordo de la Iracundo nos demuestra que esa promesa se está cumpliendo.

Baelanos dio un paso adelante.

—¿Quién escuchará la Palabra? —aulló.

Los cien Portadores de la Palabra alzaron los bólters al unísono y entonaron un cántico por respuesta.

—Nos perseguirán hasta Macragge —siguió diciendo el capitán de asalto. Su beligerancia era un contraste con la confianza autoritaria de Zadkiel—. ¡Y morirán por ello! Quizá la disformidad nos los envíe al final, ¡y podremos demostrarles cómo tratamos a los ciegos en el espacio real!

Los Portadores de la Palabra rugieron. Zadkiel vio a Ultis entre ellos, y sintió un cierto nerviosismo por su presencia en la hueste.

«Su destino ya está escrito», pensó Zadkiel.

—La disformidad sigue siendo un lugar desconocido para nosotros —les explicó Zadkiel—. Aunque no alberga nada que nos deba hacer temer, ya que Lorgar la conoce mejor que ninguna otra mente. Pero aun así, os veréis rodeados de misterios.

Es posible que soñéis aquello que vuestra propia mente os ha ocultado. Así es la disformidad. Recordad siempre la Palabra de Lorgar, y ella os llevará de regreso a la cordura. Si perdéis de vista la Palabra, es posible que vuestra mente se vea arrastrada por unas corrientes de las que nunca pueda salir. No os equivoquéis: la disformidad es peligrosa. Es la Palabra, y sólo la Palabra, la que nos permite navegar por sus aguas.

»Pronto atracaremos. La batalla que hemos librado nos ha costado más cara de lo que habíamos pensado. La estación de paso de Bakka Triumveron es nuestro siguiente destino.

Zadkiel no les dijo que había sido su exceso de confianza lo que había provocado los daños que los obligaban a desviarse del rumbo inicial.

El impacto afortunado de una de las lanzas de la *Luna Menguante* había cortado el paso a la tripulación hacia los depósitos de combustible de la *Abismo Furioso*, además de reventar la conducción refrigeradora principal. Sin un suministro regular no podían funcionar en condiciones, por lo que era absolutamente necesario que se repararan esos daños para que la tripulación pudiera acceder a esas zonas, y eso sólo se podía hacer en un muelle.

—Después no tardaremos en llegar a Macragge —añadió Zadkiel—. Será entonces cuando nuestro capítulo de la Palabra quede completo. Regresad a vuestras tareas, Portadores de la Palabra. Podéis retiraros.

Los Portadores de la Palabra fueron saliendo de la catedral, y la mayoría de ellos se dirigieron a sus celdas de aislamiento.

Baelanos se acercó al púlpito donde se encontraba Zadkiel.

—No estaremos mucho tiempo en Bakka. ¿Qué ordenes tenéis para el coro astropático?

—Necesito ponerme en contacto con lord Kor Phaeron para informarlo del progreso de nuestra misión.

—¿Qué hay de Wsoric? —preguntó Baelanos, y Zadkiel captó un leve estremecimiento en su porte decidido al mencionar aquel nombre.

—Se agita. Tan sólo tenemos que confirmar nuestro pacto con el empíreo con sangre, y entonces actuará.

—Los perros falderos del Emperador son muy tenaces, mi señor.

—Pronto nos los quitaremos de encima, pero de momento, esperaremos —le respondió Zadkiel—. Pedirle demasiados favores a la disformidad nos podría causar problemas.

—Como ordenéis, mi señor —respondió Baelanos con una pequeña reverencia, pero su reticencia era evidente.

—Baelanos, ten confianza en que cumpliré mis deberes para con la Palabra, lo mismo que yo confío en ti.

—Sí, mi almirante —replicó el capitán de asalto.

Baelanos saludó y se dirigió a la cubierta de motores.

Zadkiel se quedó en la catedral unos momentos más, sumido en sus pensamientos. Era muy fácil perder de vista la Palabra, dejarse llevar por la sensación de poder. Le hubiera resultado muy sencillo olvidarse de quién era y de cuál era su misión en la galaxia.

Ése era el motivo por el que Lorgar lo había elegido para cumplir aquella tarea. No había siervo más entregado a la Palabra, salvo el propio Lorgar. Zadkiel se arrodilló delante del altar, murmuró unas cuantas plegarias y luego se encaminó de regreso al puente de mando.

—¿Capitán Cestus?

La voz de la vicealmirante Kaminska resonó en el interior del casco del capitán. Los servidores ingenieros de la Iracundo habían conseguido restablecer las comunicaciones internas de la nave.

—Al habla —contestó con un tono de voz más irritado de lo que pretendía.

El enfrentamiento con Brynngar en la sala de espera de la cubierta médica le seguía pesando. Eso y lo que quiera que fuese que Mhotep les estuviese ocultando tras esa máscara de indiferencia.

—Reúnase conmigo en el puente de mando de inmediato.

Cestus suspiró profundamente al oír la seca respuesta de la vicealmirante. Había planificado una patrulla por las cubiertas inferiores de popa acompañado de Antiges. Debido a la muerte del oficial de la guardia y de todos los guardias más experimentados, la nave se había quedado corta de tripulantes en ese aspecto. El capitán astartes se había propuesto compensar esa carencia y asegurarse de que no se produjeran más dificultades inesperadas durante el tiempo que quedara de viaje por la disformidad.

Sin embargo, dado el tono de la respuesta de Kaminska, la patrulla tendría que esperar por lo que Cestus y Antiges se encaminaron hacia el puente de mando.

Kaminska mantenía una tripulación mínima en el puente de mando cuando no se encontraba en combate. Los únicos tripulantes presentes eran los de los puestos de máquinas, sensorium y navegación. La vicealmirante se encontraba delante de una mesa iluminada por un mapa estelar holográfico. Cestus, cuando se acercó a ella, vio que tenía un aspecto cansado, con unas profundas ojeras oscuras y un tono pálido de piel.

Cestus no pudo evitar pensar en cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que Kaminska había podido dormir. Un astartes podía pasar varios días sin dormir sin ningún problema, pero ella no era más que una simple humana. Se preguntó cuánto

tiempo más podría aguantar despierta.

—Mi señor —le dijo a modo de saludo al enorme astartes.

—Vicealmirante. ¿Para qué quería verme?

Kaminska le señaló el mapa estelar que tenía delante de ella. Mostraba el sector de la galaxia que se encontraba alrededor del denso núcleo galáctico. El núcleo era imposible de cruzar, por lo que la mayor parte del mapa mostraba un espacio en blanco. En los márgenes se veían anotaciones y cálculos. Además del mapa, había una hoja impresa procedente de la pantalla de uno de los pictógrafos del sensorium. Se trataba de una imagen del casco de la *Abismo Furioso*.

—¿Ve esto? —le dijo Kaminska, señalándole una columna de color blanco que salía de uno de los costados de la nave de los Portadores de la Palabra. La resolución granulosa sugería que era un chorro de gas escapando al exterior.

—¿Tienen una fuga de aire?

—Es mejor que eso —respondió Kaminska—. Es un escape provocado por daños en los conductos de refrigeración. Si utilizan al máximo la potencia de los motores, los reactores de plasma se sobrecargarán, y saben que los estamos persiguiendo, por lo que si quieren mantenerse por delante de nosotros, tendrán que poner al máximo esos motores.

Cestus sonrió con ferocidad ante aquel repentino cambio de suerte. Era una pequeña compensación por todo lo que habían perdido.

—Así pues, la *Abismo Furioso* tendrá que atracar para llevar a cabo las reparaciones —supuso el ultramarine.

—Exacto. También aprovecharán para recargar munición y para revisar los cazas después de la batalla en el Tránsito del Núcleo Terciario.

—Muéstreme el lugar, vicealmirante —le pidió Cestus, que supuso que Kaminska ya habría planeado su estrategia, al menos en parte.

La vicealmirante señaló un punto del mapa holográfico en un gesto de triunfo.

—Fuera del Sistema Solar no existen muchos muelles orbitales capaces de albergar una nave de semejante tamaño.

El sistema Bakka ya estaba rodeado por un círculo en el mapa.

—Bakka —musitó Cestus—. Mi legión se agrupó allí antes de la cruzada de Karanthas. Es el punto de partida del Ejército Imperial para todas las operaciones en la mitad del hemisferio sur galáctico.

—Es el único sistema entre el núcleo galáctico y Macragge con los muelles suficientemente grandes para permitir el atraque de la *Abismo Furioso* —le informó Kaminska—. Me apostaría el mando a que se dirigen hacia allí.

Cestus se quedó pensativo unos momentos mientras diseñaba mentalmente un plan.

—¿Cuánto tiempo falta antes de que salgamos de la disformidad?

—Bastantes horas, todavía, pero no podemos vencer a la *Abismo Furioso* en un combate directo, vaya o no retrasado.

—Vicealmirante, dígame una cosa —le pidió Cestus, mirándola directamente a los ojos—. ¿Cuándo es más vulnerable una nave?

Kaminska sonrió a pesar del agotamiento que sentía.

—Cuando está anclada.

Cestus asintió. Se apartó un momento de la vicealmirante y se puso en contacto con los demás capitanes astartes por el comunicador para decirles que se reunieran con él en la sala de conferencias de inmediato.

—¿Qué nuevas tienes, hermano Zadkiel? —le dijo el suplicante. La criatura movió los labios de modo que formaran las palabras de una manera que evocara a la perfección la autoconfianza y el carácter impaciente de Kor Phaeron.

—Estamos en camino, mi señor —le contestó Zadkiel con una reverencia.

Kor Phaeron era uno de los archicomandantes de la legión, el más allegado a Lorgar. Era el paladín del primarca, y era él, veterano guerrero de incontables batallas, el comandante de las fuerzas que atacarían Calth, donde Guilliman estaba reuniendo a sus tropas, y donde destruiría por completo a los Ultramarines. Era todo un honor encontrarse en presencia de Kor Phaeron, aunque fuera a través del infinito del espacio disforme, y Zadkiel se sintió humilde ante aquella experiencia, aunque no era una emoción con la que se sintiera cómodo.

La cámara de suplicantes de la *Abismo Furioso* estaba prácticamente a oscuras, pero la presencia del coro astropático a espalda del suplicante era lo suficientemente poderosa como para hacer innecesaria cualquier luz. El coro lo componían ocho astrópatas, pero la cohorte astral de la *Abismo Furioso* era diferente a la de cualquier nave imperial. El hecho de que fueran ocho indicaba una cierta inestabilidad. La ruta de la *Abismo Furioso* a través de la disformidad y las fuerzas que lo acompañaban desgastaban la mente de los astrópatas a una velocidad desesperante. Aunque todos los miembros estaban ciegos, no mostraban los gruesos cables que partiendo de las Cuencas oculares normalmente los unirían al artefacto macabro que el suplicante tenía ensamblado sobre el cráneo hinchado.

—¿Cómo avanza el plan? —le preguntó el poderoso comandante de los Portadores de la Palabra.

—Estaremos medio día más en la disformidad hasta que lleguemos al borde del núcleo galáctico. Debemos efectuar unas reparaciones de importancia vital antes de marchar directamente hacia Macragge.

—No recuerdo esa desviación del plan de la misión, Zadkiel.

Sin duda alguna, Kor Phaeron se encontraba a bordo de la barcaza de combate Infidus Imperator, en una comunión profunda con su propio coro astropático y

hablando a través de una marioneta de carne, pero a pesar de ello, su tono y su actitud seguían siendo peligrosos.

—Sufrimos algunos daños durante un combate contra una flota de naves imperiales, y no podemos pasar por alto su importancia, mi señor —le explicó Zadkiel con voz más apresurada de lo que le hubiera gustado.

—¿Una batalla? —El desdén de Kor Phaeron fue más que evidente—. ¿Sobrevivió alguna de las naves enemigas?

—Un crucero es lo único que nos sigue por la disformidad, mi señor.

—Así que no intentan advertir a Terra —musitó el paladín de Lorgar. El tono pensativo de las palabras contrastaba con el rostro de mandíbula caída, desde donde caía un chorro de saliva, del suplicante—. Es una pena. Sospecho que Sor Talgron está impaciente por liberarse de las cadenas de traidor.

—Estoy seguro de que el hermano Talgron habrá cumplido su tarea con distinción, mi señor Phaeron.

Zadkiel en realidad opinaba que la misión de Sor Talgron no era en absoluto apetecible. El comandante general debía permanecer en Terra, y sus cuatro compañías, en teoría, estaban protegiendo Terra, y todo ello para mantener la impostura de que estaba del lado del Emperador, cuando, de hecho, él había sido una pieza clave en la deserción del señor de la guerra.

—De todas maneras, eso no importa, mi señor. La posibilidad de que llegue a Terra alguna noticia sobre nosotros no debería preocuparnos. Las turbulencias en la disformidad impedirían que llegase algún mensaje a Macragge.

—No estoy de acuerdo. —El suplicante soltó un bufido en un eco del gesto típico de Kor Phaeron—. Cualquier desviación del plan tal y como está escrito puede ser potencialmente un desastre. ¡Toda la Palabra podría acabar siendo desobedecida!

—Sólo estaremos en Bakka unas pocas horas, venerado señor —respondió Zadkiel con voz algo acongojada, temeroso de la ira de su superior—. Después, nos pondremos en marcha de inmediato. Si nuestro perseguidor nos alcanza, será destruido, como le ocurrió al resto de sus naves hermanas. En cualquier caso, no llegaremos tarde. Nuestro viaje por la disformidad ha sido veloz. Pero ¿qué ha sido de vos, mi señor?

—Nos hemos reunido con los demás elementos de la legión y todo se está cumpliendo como estaba escrito.

—Calth no tiene salvación.

—Ninguna, hermano.

La cabeza del suplicante cayó hacia atrás y de la boca le salieron varios hilos de sangre. El coro astropático quedó en silencio, y tan sólo su respiración jadeante indicaba el enorme esfuerzo que había sido necesario para mantener la conexión a través del Immaterium.

Zadkiel se quedó contemplando al suplicante muerto con un interés ausente. Le llamaba la atención ver la tremenda facilidad con que sus formas físicas quedaban destruidas cuando sus mentes eran tan poderosas. Pensó que le gustaría poner a prueba esta teoría.

—¿Va todo bien, mi señor? —le preguntó Ultis.

El novicio se mantenía a la espalda de Zadkiel.

—Todo va bien, novicio —respondió Zadkiel—. Te unirás a Baelanos en Bakka. Llévate a la Cábala Erudita. Ellos sabrán obedecerte.

Ultis saludó.

—Será un honor, almirante.

—Un honor que te has ganado. Y ahora, márchate a cumplir las tareas encomendadas.

Ultis dio media vuelta con presteza y se dirigió a la cubierta de celdas, donde la Cábala Erudita estaría realizando su entrenamiento de doctrina y meditación. Zadkiel observó cómo se alejaba y sonrió con una mueca siniestra. Tanto potencial, tanta ambición irrefrenable. El insolente pronto aprendería la estupidez que suponía aspirar a más de lo que debía.

«Pronto —se dijo Zadkiel, obligándose a sí mismo a sofocar la emoción—. Dentro de poco, Guilliman arderá y Lorgar gobernará las estrellas».

Zadkiel notaba como el momento se acercaba. Esa nueva era estaba en sus comienzos, pero tan sólo hacía falta un poco de tiempo para que diera sus frutos. Zadkiel lo sabía con tanta certeza como jamás había tenido en nada, porque estaba escrito.

La *Iracundo* salió de la disformidad y casi dejó escapar un suspiro de alivio cuando regresó al espacio real.

El casco de la nave estaba desgarrado y quemado, y algunas partes de las carcasas de los motores estaban arrancadas. Los vientos de la disformidad habían tallado unos extraños dibujos en las placas de blindaje de la proa y de toda la parte inferior del casco. Unas garras habían abierto grandes surcos en la parte superior y habían arrancado de cuajo varias torretas de sus monturas.

La vicealmirante Kaminska, sentada en su trono de mando, miró por la portilla de observación y vio que la Iracundo no había salido sola de la disformidad.

La *Espada Llameante* emergió a la realidad a su lado, con el casco agujereado y oxidado, de un color verde leproso y con las escotillas repletas de enfermedad.

Era una nave maldita, con las miles de almas que todavía quedaban a bordo condenadas a un olvido de tortura interminable.

No se podía permitir que algo así continuase existiendo.

Kaminska dio la orden de que las baterías láser apuntaran contra aquella nave

decrépita. Se produjo una pausa de unos cuantos segundos antes de que la Iracundo disparase una andanada de disparos abrasadores. Al no disponer de los escudos, la *Espada Llameante* se deshizo bajo el ataque. Tras unos pocos segundos más, la nave de escolta condenada se convirtió en un pecio quemado y una lluvia de restos espaciales.

A Kaminska no le supuso ninguna satisfacción cumplir aquel deber, aunque fuera absolutamente necesario, lo mismo que el lanzamiento al exterior de sus propios muertos. Traía mala suerte mantener a los muertos a bordo, por no decir que no era algo muy higiénico. Los cadáveres jamás regresaban a su puerto de origen de la Flota Saturnina. Lo que el espacio mataba, se lo quedaba.

Las chispas diminutas y relucientes que se alejaban de la Iracundo eran los cadáveres envueltos en bolsas de iluminación que reflejaban la luz de la estrella Bakka, que ardía como una bengala de magnesio a pocas horas luz de allí. Mucho más cerca estaba Bakka Triumveron, una nube de gas gigantesca, de un tamaño mucho mayor que el Júpiter del Sistema Solar, un coloso de color amarillo con manchas alargadas de color violeta y rodeado de decenas de franjas relucientes de hielo y roca. Bakka era un misterio, ya que su forma gaseosa era demasiado tormentosa y extraña como para permitir el acercamiento de naves, y sus anillos eran unas trampas mortíferas cien veces más letales que los anillos de Saturno. Sin embargo, las lunas más alejadas de Bakka eran habitables, ya que cada una de ellas era de un tamaño similar al de Terra, y todas albergaban una población numerosa. Rogelin, Santuario, Media Esperanza, Puerto Gris… Todas aquellas ciudades colmenas eran poblaciones pequeñas comparadas con los gigantescos pináculos del Sistema Solar, pero a pesar de ello, eran el hogar de miles de millones de ciudadanos imperiales. El sistema Bakka era uno de los más populosos en el segmentum, y sin duda era la mayor concentración de población humana en un punto tan cercano al núcleo galáctico.

En la decimocuarta luna de Bakka Triumveron no había ciudades, pero estaba rodeada por una telaraña negra y fina que parecía una enfermedad planetaria. En realidad, se trataba de la estructura inferior de sus muelles orbitales, que se extendían por encima de la luna para que se pudieran aprovechar sus enormes reservas de energía geotermal. El satélite no estaba habitado debido al incesante movimiento de las placas tectónicas y los cataclismos que provocaban, pero los muelles que se alzaban por encima de Triumveron 14 eran una de las principales razones por las que Bakka estaba habitada.

Tres pinzas de asalto salieron de los tubos de lanzamiento de la Iracundo. Se dirigieron a la torre de atraque más alejada de Triumveron 14 con sigilo y cautela. Era imperativo que el enemigo no descubriera su presencia. También significaba que las tropas que llevaban a bordo tendrían que recorrer un largo trayecto para llegar hasta

la *Abismo Furioso*.

Tres pinazas de asalto. Tres formaciones de combate discretas. Skraal reunió a los guerreros de su legión en una de ellas. Su ruta de acercamiento sería un pasillo central que se abría entre varias torres de amarre, donde las cubiertas partían de unas casetas que sobresalían. Los devoradores de mundos y su capitán irían en cabeza. De ese pasillo central salían dos corredores adyacentes, uno de los cuales sería tomado por los garras sangrientas bajo el mando de Brynngar, a pesar del altercado que había tenido con Cestus, y el otro por un segundo escuadrón de devoradores de mundos liderados por el único ultramarine del grupo de asalto.

Antiges estaba sentado con la espalda muy recta en uno de los asientos del escasamente iluminado compartimento de tropa de la pinaza de asalto mientras se acercaban a la masa gaseosa de Bakka Triumveron y a la luna donde atracaría la pequeña nave. Era el único ultramarine a bordo de la pinaza de asalto. Iba acompañado por las dos escuadras restantes de los devoradores de mundos de Skraal. Antiges los consideraba unos guerreros brutales que se decoraban con los trofeos de combate y alardeaban del número de enemigos que habían matado mediante marcas en la armadura, marcas que lucían como si se tratara de condecoraciones. Todos y cada uno de ellos estaba poseído por un afán asesino, un eco lejano de la rabia de combate de su primarca.

Antiges recordó con cierta dificultad, como si la extensión infinita de espacio negro que se abría entre ellos ahogase el recuerdo, la última conversación que había tenido con su capitán.

—Échate a un lado, Antiges —le había ordenado Cestus, que iba equipado con una versión sencilla de su uniforme como guardia de honor, aunque estaba preparado para el combate con su espada corta, la espada de energía y el bólter.

Cestus ajustó la vista a la penumbra de la cubierta de reunión y vio que sus hermanos de batalla iban equipados de un modo semejante.

—Ya te lo he dicho, Antiges. Los hijos de Guilliman permanecerán a bordo por si algo sale mal. Participaré en el asalto porque soy el líder y para de este modo asegurarme de que todo sale según el plan previsto.

El capitán de los Ultramarines había repasado ese plan varias veces desde que se decidiera con el resto de los capitanes en la sala de reuniones. Si querían aprovechar al máximo la situación de la *Abismo Furioso* en esos momentos, debían actuar con sigilo y en secreto. Incluso con esas precauciones, el ataque tendría que ser brutal y cuerpo a cuerpo. Los Devoradores de Mundos y los Lobos Espaciales no tenían rivales en ese sentido, a excepción de los hijos de Sanguinius, pero los Ángeles Sangrientos se encontraban en el otro extremo de la galaxia. Aquellas eran las herramientas de las que disponían. Tendría que lanzarlas contra el enemigo.

La fuerza de asalto debía infiltrarse en Bakka 14, donde habían atracado los Portadores de la Palabra. Serían tres equipos de asalto, que utilizarían la clásica maniobra de finta y ataque para conseguir acercarse lo suficiente y destruir la nave enemiga con un ataque a corta distancia. Todos llevarían cargas incendiarias, perforantes y de fusión. Era una esperanza muy débil, pero era una esperanza, al fin y al cabo, y todos la aceptaron. Incluso Brynngar había estado de acuerdo con el plan, a pesar de su humor sombrío y beligerante. Sin duda, se sentía impaciente por descargar su cólera, al igual que su camarada Skraal.

—Con el debido respeto, hermano capitán —le respondió Antiges con voz tranquila y sin apartarse—. No lo harás.

Cestus frunció el cejo en un gesto de consternación.

—No me esperaba una insubordinación por tu parte, Antiges.

—No es insubordinación, mi señor. Más bien es sentido común.

Antiges no se movió, y su rostro mostraba que no estaba dispuesto a ceder.

—Muy bien —aceptó Cestus. Estaba dispuesto a permitirle a su hermano de batalla que se explicara antes de reprenderlo por su insolencia—. Habla.

La expresión del rostro de Antiges se suavizó, casi hasta el punto de mostrar una actitud suplicante.

—Permíteme dirigir el ataque. Esta acción es muy peligrosa, y nuestra misión es demasiado importante como para que arriesgues tu vida, capitán. Sin ti, no habría misión. En este preciso instante mantenemos nuestra causa colgada de un hilo. Si te perdiéramos, también perderíamos Macragge. Sabes que es cierto.

Antiges dio un paso adelante, y la luz le bañó la cara y la armadura. El efecto fue muy similar al de un halo que le rodeara todo el cuerpo.

—Te lo ruego, mi señor, permíteme llevar a cabo esta tarea. No te fallaré.

Al principio, Cestus pensó negarse a la petición. Sin embargo, sabía que su hermano ultramarine estaba en lo cierto. El capitán era muy consciente de las otras escuadras de combate, que se estaban preparando en la cubierta, detrás de él, dispuestas para subir a bordo de las pinazas de asalto.

—Sería un gran honor para mí que actuaras como mi representante —le dijo, y le puso una mano en el hombro.

—Mi señor —le respondió su camarada ultramarine, y empezó a arrodillarse.

—No Antiges —lo interrumpió Cestus al mismo tiempo que le ponía otra mano en el hombro para interrumpirlo en mitad de la genuflexión—. Somos iguales, y tales deferencias no son necesarias.

Antiges se puso en pie y asintió.

—Coraje y honor, hermano —dijo Cestus.

—Coraje y honor, hermano —contestó Antiges, y dio media vuelta para dirigirse hacia las pinazas de asalto.

Aquellas palabras sonaban muy lejanas ya, y Antiges sofocó cualquier sentimiento para empezar a entonar los juramentos de combate.

Los devoradores de mundos estaban ocupados en algo parecido. Vio que movían los labios mientras les pedían a sus armas y equipo que no les fallaran, sino que acabaran cubiertas de gloria y que hablaran con furia justiciera.

Los guerreros de la XII Legión iban armados con hachas sierra y escudos tormenta. También llevaban pistolas al cinto, aunque Antiges sospechaba que no las utilizaban mucho. El estilo de combate de los Devoradores de Mundos era enfrentarse en una lucha cuerpo a cuerpo, donde la fuerza de la carga y el efecto causado por su ferocidad se aprovechaban al máximo.

Antiges se preparó y murmuró el nombre de Roboute Guilliman mientras la pinaza de asalto avanzaba aullante hacia su objetivo.

El jefe del muelle había exigido saber por qué no había llegado ninguna clase de notificación previa donde se avisase de la llegada de una nave tan enorme. Su actitud obstinada y autoritaria había desaparecido de inmediato cuando los astartes pusieron pie en la cubierta del muelle.

En cuanto Ultis entró en la balconada de observación, hizo que el jefe del muelle pusiera a trabajar a todos los miembros del personal de tierra para que la *Abismo Furioso* pudiera atracar. No hizo falta ejercer violencia alguna. Para los servidores y operarios de Bakka 14 seguían siendo astartes, y como tales, portadores de la autoridad del Emperador. Ningún ciudadano del Imperio se atrevería a oponerse a ellos.

Ultis vio desde la balconada de observación que daba al muelle donde se encontraba el acorazado, cómo los depósitos de automatizados refrigerantes se abrían paso a través de la estructura de agarres del atraque del muelle para dirigirse hacia la gigantesca forma de la *Abismo Furioso*. El muelle era una tormenta de actividad, donde los operarios humanos y los servidores se esforzaban yendo y viniendo en transportes cargados de inmensos contenedores de combustible y haces de tubos gruesos. Aquella escena frenética y rebosante de actividad que tenía lugar delante de los Portadores de la Palabra recordaba a un enjambre de abejas que se afanaran delante de su monumental colmena.

Era la primera vez que Ultis tenía la oportunidad de captar realmente la enormidad del tamaño de la nave. Era semejante a una ciudad amurallada, con torres y cubiertas que parecían fortalezas almenadas y empequeñecía con facilidad al muelle, hasta el punto de sobrepasar en altura sus antenas y grúas de mayor tamaño. El libro, que destacaba majestuoso sobre la proa, eclipsaba por completo el edificio de observación donde se encontraba Ultis.

—Tenemos el control de la situación —dijo éste en privado por el canal de comunicación del casco mientras el jefe del muelle seguía revisando con urgencia las consolas debido a la llegada inesperada de la enorme nave.

—Bien —le respondió Zadkiel desde la nave—. ¿Encontraste algún tipo de resistencia?

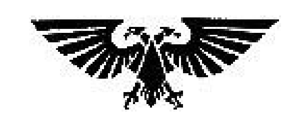
—Han aceptado la autoridad de los astartes como los perros falderos y cumplidores que son, mi señor —respondió Ultis al mismo tiempo que miraba a su alrededor, donde esperaban los miembros de la Cábala Erudita.

Aquellos guerreros de los Portadores de la Palabra bajo el mando de Zadkiel habían sido escogidos entre los que mostraban mayor adhesión a la Palabra de Lorgar. Eran reclutas recientes de la legión y nativos de Colchis, y todos eran unos eruditos con una gran dedicación a los escritos de Lorgar. No los motivaba la gloria de la Gran Cruzada, sino la ideología de los Portadores de la Palabra. Zadkiel valoraba enormemente aquel tipo de seguidores, ya que podía contar con ellos para que apoyaran los últimos planes de la legión, y que no tardarían en provocar que los Portadores de la Palabra se enfrentaran a ciertos elementos del Imperio. Ultis miró al individuo al que pronto tendría que matar, en cuanto todos los preparativos se hubieran acabado, y pensó que ya habían comenzado los primeros conflictos.

Aquel hecho no significaba absolutamente nada para él. Ultis sólo sentía lealtad por la Palabra. No había nada más en la galaxia en esos momentos, aparte de lo que estaba escrito.

El novicio sonrió.

Ese día, su destino quedaría grabado en la Palabra para toda la eternidad.



NUEVE

INFILTRACIÓN
EMBOSCADA
HIJOS DE ANGRON

Las pinazas de asalto atracaron con rapidez y sin incidente alguno. Los pilotos habían evitado el radar y los sensores de larga distancia y consiguieron desembarcar las escuadras de astartes fuera de las avenidas principales de Bakka Triumveron 14.

Antiges, equipado con la servoarmadura de color azul y oro de la guardia de honor de su legión, fue el primero en salir de la pinaza de asalto. Bajó corriendo por la rampa de desembarco y después, con la espada sierra pegada al costado y avanzando semiagachado, se movió con sigilo por un sector abierto, con el suelo de placas de acero y flanqueado por grúas inmensas y naves estacionadas a la espera de reparaciones que no eran urgentes. Los pocos servidores que deambulaban sobre las cadenas de oruga, conectados exclusivamente al sistema de transporte aéreo, hicieron caso omiso de los astartes. Trabajaban con protocolos preasignados que les dictaban los supervisores del mando, por lo que ni siquiera fueron conscientes de su presencia.

Pegado a la espalda del ultramarine estaba Hargrath, uno de los devoradores de mundos, que miró con recelo a los servidores mientras se comunicaba por el canal abierto con sus hermanos de batalla.

—No les prestéis atención —les dijo a sus subordinados con un susurro.

Hargrath asintió y continuaron la marcha hacia el gigantesco horizonte de color carmesí que tenían ante ellos, y que era visible desde el otro extremo del muelle: la *Abismo Furioso*, la nave de mayor tamaño que ninguno de ellos hubiera visto jamás.

—Manteneos a cubierto —les ordenó Antiges cuando aquel espacio abierto dio paso a un hangar de mantenimiento y repostaje semejante a un laberinto debido a los

apilamientos de barriles y a los vehículos cargadores con los que se cruzaban incesantemente. El ultramarine tuvo buen cuidado de mantener a su escuadra fuera de la vista de los operarios humanos y de otros trabajadores que estaban atareados en el muelle. Los astartes se mantuvieron pegados a las sombras, y las utilizaron como una segunda piel.

Una vez llegaran a su destino, sus objetivos serían los motores y las portillas de armamento. El ultramarine comprobó la bolsa con granadas perforantes que colgaba de su cinturón. Llevaba un puñado de granadas de fusión al otro lado, y mientras se acercaba a la *Abismo Furioso* esperó que aquello fuera suficiente.

Brynngar estaba cubierto de trofeos y de fetiches. Llevaba dientes y garras de lobos, además de un collar de piedras preciosas sin tallar sobre las que había grabado una serie de runas. Si iba a tener que enfrentarse en combate a sus hermanos astartes, lo haría con todos sus adornos. Que contemplaran la majestad y el poder salvaje de los hijos de Russ en su aspecto más feroz antes de que fueran despedazados por su traición.

El guardia del lobo estaba concentrado en el combate que se avecinaba. Había borrado por completo todo recuerdo del enfrentamiento que había tenido con Cestus. Ya habría tiempo más tarde de saldar cuentas. Era una pena que el ultramarine hubiera cedido el mando de aquel ataque para mantenerse al frente de toda la misión desde la *Iracundo*. A Brynngar le hubiera gustado pensar que era un cobarde, pero había luchado al lado de ese hijo de Guilliman muchas veces y sabía que no era así. Probablemente se trataba de una muestra de la tan famosa agudeza táctica de la XIII Legión.

La ruta de ataque del lobo espacial era un pasillo estrecho lleno de transportes averiados que se utilizaban como suministro de piezas de repuesto. Parecía una especie de almacén a cielo abierto repleto de carcasas de maquinaria apiladas las unas sobre las otras y unidas mediante cinchas para impedir que se derrumbasen una vez amontonadas. Los servidores conectados a unos cargadores zumbaban de un lado para otro entre las torres de metal oxidado igual que abejas que estuvieran construyendo un panal. Si les importaba la presencia del capitán de los Lobos Espaciales y sus garras sangrientas, armados con hachas de hoja ancha y pistolas bólter, que avanzaban en zigzag por su zona de trabajo, no dieron muestras de ello.

Brynngar sabía que derramaría sangre ese mismo día, y que sería la sangre de sus antiguos hermanos. Aquel combate no iba a ser una lucha contra unos simples humanos paganos con una fe ciega en unas creencias equivocadas, ni contra unos alienígenas dispuestos a someter a la galaxia humana bajo su yugo. No. Aquello iba a ser astartes contra astartes. No existía precedente alguno. Al recordar la devastación que ya habían causado los Portadores de la Palabra, el lobo espacial aferró con más

fuerza el mango de *Colmillo infernal* y se juró a sí mismo que aquellos traidores pagarían por sus actos.

—Están efectuando la aproximación final al muelle —comunicó en voz alta Kaminska mientras estudiaba con detenimiento la imagen de la pantalla holográfica que tenía delante del trono de mando. Después de preparar a los demás ultramarines para un posible combate y distribuirlos por la nave en función de esos planes, Cestus había regresado al puente de mando y se había colocado al lado de la vicealmirante en la mesa de la pantalla táctica.

Unas runas borrosas se movían sobre un mapa de bordes verdes que representaba Bakka Triumveron 14. Indicaban el avance de los tres grupos de ataque que se dirigían hacia la enorme mancha roja que representaba la *Abismo Furioso*.

El magos de la nave, Agantese, había conectado la *Iracundo* con uno de los canales de comunicación por satélite de la luna y lo estaba utilizando para redirigir las imágenes a la red táctica de la nave. Aparte de un breve retraso en las conexiones, era un modo excelente de seguir el rastro a sus fuerzas en tierra. A pesar de ello, Cestus se sentía impotente, ya que se veía obligado a dirigir la acción desde la seguridad relativa del espacio donde la nave se encontraba, pero fuera del alcance del radar o de los sensores.

—Antiges, informa —ordenó por el comunicador de la nave, que estaba conectado a la frecuencia del sistema de comunicación amplificado del casco de su camarada.

—El protocolo de asalto alfa avanza según lo planeado, capitán —respondió Antiges tras un retraso de unos pocos segundos.

La contestación llegó cargada de estática. Incluso con el refuerzo que los ingenieros de la *Iracundo* le habían acoplado, la tremenda distancia afectaba al comunicador del casco.

—Efectuaremos la inserción inicial en el muelle T en menos tres minutos.

—Muy bien, hermano Antiges. Mantenme informado. Si se ofrece resistencia, ya conocéis cuáles son las órdenes —le indicó Cestus.

—Cumpliré mi deber con toda la furia de mi legión —fue la respuesta de Antiges.

La comunicación se cortó.

Cestus exhaló un profundo suspiro. Le angustiaba el punto al que habían llegado. Aquello no era una incursión para meterse en la guarida de mas caudillos alienígenas o de unos adoradores de lo arcano. Esta vez, no. Aquello era hermano contra hermano.

El capitán apenas era capaz de ponerse a pensar en ello. Combatir con el espacio real de por medio era una cosa, pero enfrentarse cara a cara con aquellos que habían traicionado al Emperador, con aquellos que habían matado a unos guerreros que

antaño llamaban amigos y hermanos, y hacerlo a sangre fría, era sin duda algo angustioso. Tuvo la sensación de que aquello era el final de todo, y ese sentimiento le provocó un nudo en la garganta.

—Vicealmirante Kaminska —dijo Cestus tras unos segundos de silencio—. Ha arriesgado usted mucho en el cumplimiento de esta misión. Me ha honrado mucho, y sigue haciéndolo, con su entrega absoluta por nuestra causa.

Kaminska quedó gratamente sorprendida, y no fue capaz de ocultar su asombro al ultramarine.

—Se lo agradezco, lord astartes —respondió al mismo tiempo que hacía una leve reverencia—. Sin embargo, para ser sincera, habría aceptado de todos modos cumplir esta misión, aunque hubiera preferido hacerlo por voluntad propia —añadió con franqueza.

Cestus la miró con una expresión levemente interrogadora.

—Soy la última de una raza moribunda —le confesó. Se hundió de hombros, y no por la fatiga física—. Van a retirar del servicio activo a la flota Saturnina.

—¿De veras?

—Sí, capitán. No es conveniente incluir un anacronismo en la vanguardia del Imperio. Todos esos caballeros con pelucas empolvadas que hablan de buena crianza no indican mucha eficiencia e imparcialidad. Van a reequipar nuestras naves para una nueva armada imperial. Formo parte de esa última generación. Supongo que debería alegrarme por Vorlov, ya que al menos no va a verlo.

»Como verá, capitán, ésta va a ser mi última cabalgada, el último gran viaje de la *Iracundo* tal y como la conozco.

Cestus sonrió sin alegría. Sus ojos mostraban una expresión fría, cargada de un profundo sentido de la obligación y de remordimiento.

—Puede que así sea para todos, vicealmirante.

La fuerza de asalto de Skraal bajó por el canal central del muelle, una plataforma de carga y descarga para contenedores de combustible y de munición, sin apenas mostrar precaución alguna. La furia sanguinaria crecía en el interior del capitán de los Devoradores de Mundos, y sabía que sus hermanos de batalla estaban experimentando la misma sensación. Eran los hijos de Angron, y al igual que su señor, tenían implantado un artefacto que utilizaba una tecnología neurológica similar a la que había desatado el potencial violento de su primarca. En el momento culminante de cualquier batalla, esos guerreros astartes podían acceder a esa fuente de rabia feroz y utilizarla como un arma afilada para abatir a sus enemigos. Después de unos cuantos incidentes muy sangrientos, el Emperador había prohibido cualquier uso de esos implantes, en la falsa creencia de que convertían a los Devoradores de Mundos en unas máquinas asesinas inestables.

En su sabiduría, Angron había hecho caso omiso del edicto promulgado por el Emperador de la Humanidad y había continuado utilizándolos a pesar de la prohibición. Eran máquinas asesinas, algo que Skraal sentía en lo más profundo de su ser, pero ¿había mayor honor para los guerreros eternos de los astartes?

Aunque las órdenes del ultramarine, Antiges, lo habían prohibido de forma expresa, Skraal animó a los suyos a matar todo lo que pudieran mientras se acercaban a la *Abismo Furioso*. Un poco de derramamiento de sangre agudizaría sus sentidos ante el combate que se avecinaba. La única restricción al respecto: no dejar a nadie con vida para que avisara de su aproximación. Los devoradores de mundos cumplieron esa condición con una eficiencia brutal, y el terreno entre el punto de inserción de su pinaza de asalto y su posición en ese momento estaba cubierto de cadáveres de operarios. Sin embargo, aquella matanza sin sentido no había pasado inadvertida.

—Mi señor —dijo Ultis con un susurro por el comunicador de la plataforma de observación.

La voz de Zadkiel le respondió desde la *Abismo Furioso*.

—Me parece que no estamos solos —le informó Ultis.

El novicio al mando de la Cábala Erudita consultó un mapa holográfico que representaba todo el muelle. Con un dedo del guantelete señaló un diodo parpadeante que se encontraba cerca de una de las numerosas tuberías de repostaje.

—¿Qué hay en ese punto? —le preguntó al jefe del muelle, que seguía enfrascado en el reequipamiento y el repostaje de la enorme nave.

—El depósito de combustible Epsilón IV, mi señor —le informó el hombre que se acercó al ver la luz roja parpadeante—. Es una alarma de emergencia.

El jefe de muelle se dirigió a otra parte de la consola y encendió una pantalla pictográfica. Unos guerreros con servoarmaduras azul y blanco aparecieron con una resolución bastante pobre de imagen. Estaban cruzando el depósito de combustible, y a sus espaldas se veían unos cuerpos vestidos con los monos de trabajo de los operarios del lugar tumbados en el suelo. Todos yacían sobre unos charcos de color oscuro.

—¡Por Terra! —musitó el jefe del muelle. Se volvió hacia Ultis—. Son astartes.

El novicio se volvió hacia él y le disparó a la cara a quemarropa con la pistola bólter. La cabeza estalló convertida en una lluvia de huesos astillados y de restos sanguinolentos. Luego, el cuerpo exánime se desplomó.

El resto de los miembros del equipo de la plataforma de observación ni siquiera lograron reaccionar ante aquello antes de que el resto de la Cábala Erudita siguiera el ejemplo de Ultis y los acribillaran.

—Los astartes nos han localizado y se acercan a la *Abismo Furioso* en estos

mismos momentos —informó Ultis por el comunicador—. He eliminado a todo el personal de la plataforma para evitar cualquier posible interferencia.

—Muy bien, hermano Ultis. Ya conoces tus órdenes —le respondió la voz de Zadkiel.

Ultis miró a través de las ventanas de la plataforma, a la zona de muelle que se abría debajo. Allí estaba montando guardia la escuadra de asalto de Baelanos.

—Les mostraré qué destino ha sido escrito para ellos —respondió Ultis al mismo tiempo que desenvainaba la espada.

—Ilumínalos —replicó Zadkiel.

A Skraal le pareció que el muelle donde estaba atracada la nave de los Portadores de la Palabra era un laberinto enrevesado de metal mientras avanzaba con sus hombres. Más allá se encontraba la enorme silueta de la *Abismo Furioso*, que se alzaba amenazante como un gigantesco depredador que estuviera descansando.

El hedor a sangre procedente de la matanza anterior todavía impregnaba el aire que filtraba el respirador de rejilla del casco del capitán de los Devoradores de Mundos. Siguió a la carrera hacia el final del corredor y el terreno abierto que había al otro lado. El lugar se fue estrechando poco a poco, lo que hizo que los devoradores de mundos tuvieran que agruparse mientras avanzaban. Skraal ya estaba casi convencido de que no los habían descubierto cuando un grupo de Portadores de la Palabra con sus armaduras rojas aparecieron delante de ellos y les cortaron el paso.

Los disparos de bólter acribillaron el pasillo e iluminaron la penumbra del lugar con los fogonazos de las bocas de los cañones de las armas. Kellock, el guerrero que estaba al lado de Skraal, recibió una ráfaga en mitad del pecho y los proyectiles le perforaron la armadura. De los agujeros comenzó a salir sangre y el astartes cayó al suelo, con el corazón primario y el secundario destrozados.

Las escuadras de combate se vieron inmovilizadas a ambos lados por barriles de combustible apoyados contra las paredes de unos almacenes. Los operarios y los servidores sin mente, alertados por la conmoción, se cruzaron en su camino en un intento de huir, y los devoradores de mundos los derribaron a mandobles y a golpes de escudo mientras se esforzaban por entrar en combate cuerpo a cuerpo con el enemigo y recuperar la ventaja. Uno de los barriles sufrió el impacto de un proyectil perdido y estalló convertido en una cegadora bola de fuego amarillento. Una columna de llamas se elevó perezosamente en el aire, como la tinta en el agua, y un servidor destrozado acabó arrojado como una muñeca rota hasta el borde mismo de la onda expansiva. Tres devoradores de mundos salieron despedidos por la misma onda expansiva y se estrellaron contra la pared metálica de uno de los almacenes. La pared no cedió bajo el impacto repentino de músculo y ceramita, por lo que los guerreros quedaron aplastados.

Skraal sintió el calor de la explosión en el rostro a pesar del casco, y los sensores de alarma se activaron enloquecidos. Se tambaleó, pero logró mantenerse en pie, y ordenó a gritos que se lanzaran a la carga.

Antiges avanzaba en silencio por la zona de repostaje cuando oyó la explosión al otro lado del muelle. Vio el fuego y el humo que se elevaban por el aire. Ya estaban muy cerca. La *Abismo Furioso*, convertida en una enorme pared oscura, llenaba prácticamente todo su campo de visión.

—Antiges, informa —dijo la voz de Cestus por el comunicador.

Era obvio que la pantalla táctica les había mostrado aquella repentina descarga de calor.

—Una explosión en el pasillo central. Me temo que nos han descubierto, hermano capitán.

—Acércate a ese punto, reúne las fuerzas y ábrete paso hasta la *Abismo Furioso*.

—A tus órdenes, capitán —contestó.

Antiges ordenó a sus escuadras de combate que comenzaran a cruzar el laberinto de pasajes que llevaban al pasillo central, donde sabía que se encontraban Skraal y su grupo de combate. Cuando avanzaron de nuevo, con él a la cabeza, una sombra llamó su atención. Era la plataforma de observación del muelle. Miró hacia arriba por puro instinto y vio la fila de guerreros con armaduras carmesíes que los estaban apuntando con bólters y rifles de plasma.

La muerte cayó sobre ellos en forma de una lluvia de proyectiles y de descargas de plasma. Antiges se tiró a un lado rodando hasta ponerse a cubierto debajo de una agarradera de atraque. Hargrath estaba distraído y actuó una fracción de segundo más tarde. Pagó por su descuido, ya que un rayo de plasma abrasador le abrió un agujero en la placa pectoral de la armadura e incineró al devorador de mundos en su interior. Cayó en medio de un fuerte estrépito metálico, con la herida cauterizada antes de llegar al suelo. Varios de sus compañeros se inclinaron hacia él, pero más por ponerse a cubierto que por respeto a su camarada muerto.

Antiges respondió al fuego enemigo con disparos de su bólter, aunque tan sólo distinguía a medias los objetivos debido a la lluvia de trozos de plasticemento y de restos de acero que los proyectiles enemigos arrancaban de la abrazadera de atraque que lo protegía.

El resto de los devoradores de mundos siguió su ejemplo y dejaron a un lado los escudos de tormenta para desenfundar las pistolas bólter y añadir su potencia de fuego a la del ultramarine.

Los operarios, que habían echado a correr al comienzo del ataque y se hallaban en la zona de combate, quedaron atrapados en mitad del fuego cruzado. El rugido de los disparos y el chirrido de la metralla se unieron al sonido de sus gritos.

Antiges se mantuvo pegado a la agarradera de atraque y miró a su alrededor para estudiar el tramo de terreno que los llevaría hasta la *Abismo Furioso*. Los muelles formaban un entramado de pasillos estrechos entre agarraderas y depósitos de combustible. Por encima de todo ello se alzaba la plataforma de observación, sobre unos pilares de acero, y más allá, los anillos de acero que sostenían los tubos de repostaje, las torretas de defensa y las torres de aparatos sensores.

El ultramarine se echó hacia atrás y pegó la espalda al acero de la agarradera de atraque mientras los disparos de bólter los mantenían inmovilizados.

—¡Capitán, hemos sufrido una emboscada! —gritó por el comunicador para hacerse oír.

A pesar de todo, el tono de voz del ultramarine era calmado. Se dedicó a pensar en todos los posibles protocolos de combate aplicables que había aprendido a lo largo de su entrenamiento.

Se produjo una pausa momentánea mientras el mensaje llegaba a su destino y su capitán evaluaba las opciones de que disponía.

—La ayuda está en camino. Estad preparados —fue la escueta contestación.

Tras una segunda descarga de fuego de respuesta, una cadena de pequeñas explosiones sacudió la plataforma de observación y provocó una lluvia de metralla.

Más allá de esa destrucción, al otro lado del muelle, las escotillas de embarque de un lado de la *Abismo Furioso* se abrieron.

Antiges ya se había puesto de pie y estaba dando órdenes antes de que el humo de las explosiones comenzara a despejarse.

—¡No les deis tiempo a recuperarse! ¡Atacadlos! ¡Atacadlos con fuerza!

Los astartes salieron a la carrera de sus posiciones a cubierto y se lanzaron a la carga dejando atrás a los muertos.

Doscientos hombres armados con el uniforme carmesí de los Portadores de la Palabra surgieron de la *Abismo Furioso* y se lanzaron también a la carga.

—¡Fuego! —gritó Antiges.

El ultramarine sintió de inmediato la onda de presión cuando los devoradores de mundos lo obedecieron y comenzaron a disparar.

El efecto fue brutal. Filas enteras de los lacayos de los Portadores de la Palabra, que disponían de unas armaduras muy primitivas, cayeron bajo la avalancha de disparos. Los cuerpos sin vida se estrellaban contra sus camaradas cuando salían despedidos por el aire al recibir el impacto de los proyectiles. Los chorros de sangre saltaron en todas las direcciones y los cadáveres se apilaron como hileras de sacos de arena, haciendo que los individuos que los seguían tropezaran y cayeran. Sólo hubo tiempo para una andanada antes de que los disciplinados astartes enfundaran las pistolas y chocaran con los primeros elementos de la carne de cañón de la *Abismo*

Furioso.

Un individuo de aspecto brutal, con cicatrices y tatuajes semejantes a los de un pandillero, se abalanzó contra Antiges blandiendo un hacha. El ultramarine se enfrentó a su rugido bestial con el chirrido de su espada sierra, que le clavó en mitad del pecho. El individuo, al caer, arrastró consigo el arma, que arrancó de manos de Antiges. El astartes no se detuvo y empujó a un lado al miserable. Lo hizo con tanta fuerza que el cadáver giró en el aire antes de estrellarse contra uno de sus repugnantes camaradas. El astartes desenvainó su espada corta, empuñó el escudo de duelo y abatió a un segundo atacante con un mandoble bajo y profundo.

Rorgath, un sargento de los Devoradores de Mundos, se colocó al lado de Antiges y se entregó con un desenfreno brutal a la matanza. Los miembros volaron por doquier cuando masacró a sus oponentes, con el rostro al descubierto convertido en una máscara de odio.

Antiges vio por el rabillo del ojo como uno de los guerreros de Rorgath decapitaba a un oficial de la cohorte enemiga que intentaba organizar la carga y exhortaba a los suyos para que atacaran con mayor fervor. Otros desaparecieron en mitad de una neblina rojiza acompañados por el terrible chirrido de las hachas sierra al cortar los huesos. Sin embargo, a pesar de la tremenda matanza que se estaba produciendo entre ellos, los combatientes enemigos se negaron a retirarse y la zona del enfrentamiento quedó anegada de sangre.

—Son fanáticos —gruñó Rorgath mientras le hundía el hacha en la cara a otro atacante.

—¡Hacedlos retroceder! —ordenó Antiges con los dientes apretados al mismo tiempo que mataba a su oponente con un golpe seco de su escudo de duelo.

El ultramarine estaba a punto de redoblar sus esfuerzos cuando cayó hacia atrás debido al peso de los dos o tres cuerpos que le cayeron encima. Se le escapó la espada corta, pero mientras la buscaba entre el mar de cuerpos encontró el pomo de la espada sierra. Liberó el arma de un tirón y se abrió paso entre la carne y el hueso. Unas manos lo agarraban para derribarlo, y mientras se esforzaba por soltarse, lo alcanzaron unas cuantas balas, que rebotaron contra la armadura. Uno de los devoradores de mundos lanzó un rugido de rabia y de dolor. La *Abismo Furioso* desapareció de la vista cuando una nueva oleada de tripulantes se lanzó a por ellos.

Así no era como combatían los humanos. Muy pocos alienígenas se contentaban con morir sin más, aunque tuvieran algo que ganar con su muerte. Por eso los astartes eran un enemigo tan mortífero. Eran el arma definitiva contra cualquier enemigo que poseyera el defecto de una cobardía natural, ya que todos los marines espaciales eran capaces de controlar y de anular su propio miedo. Los Portadores de la Palabra habían creado otro tipo de enemigo, uno que ni siquiera los marines espaciales eran capaces de hacer retroceder.

—Malditos seáis —masculló Antiges al mismo tiempo que se quitaba otro oponente de encima y quedaba cubierto de sangre cuando Rorgath destripaba a otro —. Tendremos que mataros a todos.

El ultramarine siguió avanzando, pero sintió un tremendo dolor en el costado cuando una hoja afilada o una bala le atravesaron la armadura. Trastabilló, y aquello proporcionó a sus oponentes la ocasión que estaban buscando. Un alud repentino de enemigos se abalanzó contra el astartes herido. El peso de tantos atacantes lo derribó. Sus gritos de muerte y el olor de sus cuerpos destrozados le inundaron los sentidos.

Brynngar lanzó su último cinto de granadas de fragmentación contra la plataforma de observación. Una serie de explosiones sacudieron la superficie ya agujereada y arrancaron trozos de ferrocemento y metal humeante. El asalto había conseguido el efecto deseado, ya que había obligado a los atacantes emboscados que tenían inmovilizado a Antiges y a los suyos, y a los que los lobos espaciales no podían ver desde el pasillo por el que se habían lanzado a la carga, a retroceder durante unos momentos, lo que desvió su atención.

Una nueva andanada de disparos surgió de la plataforma antes incluso de que la última de las granadas hubiera estallado. Sin embargo, en esta ocasión, el objetivo de los disparos eran el guardia del lobo y su escuadra. Los sentidos animales de Brynngar, tremendamente agudos, captaron el hedor de la cordita y la sangre, además del tableteo esporádico de las armas de fuego, por lo que supuso que su hermano ultramarine estaba ocupado en otras cuestiones, y de ahí la repentina popularidad tanto de él como de su escuadra.

Rujveld se puso a cubierto al lado de su venerable líder mientras éste estudiaba con atención las posiciones de los atacantes que les estaban disparando. Las ráfagas procedían de la balconada del observatorio y les impedían unirse al combate que se estaba librando al otro lado.

—Sabían que estábamos aquí —gruñó Brynngar ante el garra sangrienta, que se mantuvo imperturbable.

—¿Qué ordenáis, guardia del lobo?

Brynngar fijó su mirada feroz en su hermano de manada.

—Vamos a hacerlos caer —explicó con una sonrisa que dejó al descubierto sus grandes colmillos—. ¡Yorl! ¡Borund! —aulló, y dos de sus hombres abandonaron las posiciones en las que se encontraban y se acercaron a su líder.

»Granadas de fusión —les explicó Brynngar—. Todas en uno de esos pilares —añadió, señalando lo que mantenía en alto la plataforma de observación.

Yorl y Borund asintieron al unísono y activaron las granadas antes de disponerse a cruzar el trozo de terreno abierto que llevaba hasta la estructura. Una tremenda lluvia de disparos acertó al primer garra sangrienta en cuanto avanzó unos pocos

pasos. Los impactos lo derribaron y lo hicieron girar en el aire antes de que cayera al suelo convertido en un montón sangrante.

Borund tuvo más suerte, y lanzó un aullido feroz cuando consiguió llegar hasta la base de la plataforma. Colocó la granada sobre uno de los pilares, y en ese momento recibió un impacto en el hombro. Otro disparo le atravesó el pecho cuando los Portadores de la Palabra desplegados cerca de la base se dieron cuenta de lo que estaba intentando. Borund apretó el botón detonador antes de que pudieran detenerlo. La granada estalló al mismo tiempo que lanzaba un rugido de desafío, y la explosión lo vaporizó en mitad de un destello de compuestos químicos a una temperatura elevadísima.

La plataforma resistió.

Brynngar estaba a punto de cruzar el terreno para acabar el trabajo, cuando tras la primera explosión se produjo otra. El capitán de los Lobos Espaciales apartó la mirada del repentino estallido y un fuerte olor acre le asaltó el olfato cuando se volvió para mirar de nuevo. A la segunda explosión le siguió el chirrido del metal al doblarse, y la plataforma de observación se derrumbó por fin, levantando una terrible cortina de polvo y de ferrocemento. La estructura era robusta, y los astartes eran capaces de sobrevivir a daños peores. Habría supervivientes.

A Brynngar no le preocupó de dónde procedía aquella segunda explosión. Se puso en pie y lanzó un aullido de triunfo. Luego echó a correr por el terreno abierto en dirección a la masa destrozada de metal retorcido y ferrocemento resquebrajado. Blandió con fuerza el hacha rúnica, preparándose para el combate que se iba a producir. Sabía que sus garras sangrientas corrían justo detrás de él.

El rostro de Cestus, que seguía a bordo de la *Iracundo*, mostraba una expresión angustiada mientras revisaba la situación que mostraba la pantalla táctica. Por el comunicador de la nave no dejaban de llegar conversaciones frenéticas, pero eran confusas e imposibles de entender.

Los tres iconos que representaban a los grupos de ataque se habían quedado inmóviles. Un icono plateado, que representaba a los guerreros de Brynngar, comenzaba a moverse en ese momento hacia una zona oscurecida por una repentina cortina de humo provocada por un destello fulgurante que le cegó la visión. A juzgar por los mapas, se trataba de la plataforma de observación.

Cestus supuso que el ataque habría tenido éxito.

En un punto del pasillo cercano brillaba un icono de color azul que representaba a Antiges, y mostraba que se encontraba trabado en un combate cuerpo a cuerpo brutal contra una masa ingente de enemigos. La gran pieza de color rojo representaba a la *Abismo Furioso*, que no estaba ya muy lejos de ese combate, pero no daba la impresión de que el ultramarine estuviera consiguiendo avanzar hacia allí. Todos los

intentos que había realizado para ponerse en contacto con Antiges habían fracasado. Un tercer icono, de color blanco, se dirigió hacia la posición de Antiges.

Cestus vio con desesperación que no estaban solos.



DIEZ

EN LAS ENTRAÑAS DE LA BESTIA
SACRIFICIO
MI FUTURO ESTÁ ESCRITO

El chirrido de las hachas sierra hizo recobrar el sentido a Antiges. El gemido de sus dientes rodantes se convirtió en un zumbido aplastante cuando mordieron carne y hueso.

Antiges vio una armadura blanca con rebordes azules, generosamente manchada de carmesí, y las insignias de un capitán de legión.

Skraal arrastró al ultramarine fuera de la masa de cuerpos. Los tripulantes de la *Abismo Furioso* estaban siendo aplastados contra el suelo o arrojados por los aires mientras la escuadra de devoradores de mundos decoraba todas las superficies con entrañas. Antiges se tomó un instante para centrarse, tan poderosa había sido la segunda carga de Skraal de los Devoradores de Mundos.

El capitán de la XII Legión estaba degollando a un hombre caído en el suelo. Tal despreocupado entusiasmo asesino era incomprensible para los Ultramarines, y Antiges controló el impulso de detenerlo. El campo de batalla no era el lugar adecuado para las recriminaciones. En vez de ello, el ultramarine recorrió el muelle con la mirada; la breve pausa en la lucha provocada por la repentina aparición de las fuerzas de Skraal le permitió hacerse cargo de la situación. Un montón de cadáveres con armadura carmesí yacían al final del pasillo central, víctimas de la ferocidad de los Devoradores de Mundos. También vio a Brynngar dirigiendo a sus garras sangrientas, atrapado en una tormenta de fuego de corto alcance por una escuadra de Portadores de la Palabra que estaban saliendo de entre las ruinas de una plataforma de observación destruida. La lucha era feroz y no parecía probable que los hijos de Russ

fueran a retroceder.

Skraal decapitó a un moribundo en el suelo y lo partió por la mitad a la altura de la cintura con un corte de su hacha sierra. Eso captó la atención de Antiges.

—¡Capitán! —gritó el ultramarine al ver un hueco entre las filas de la horda enemiga por primera vez—. Entra en la nave, ¡ahora!

Skraal lo miró. Por un breve instante, la cara del devorador de mundos no mostró más que odio, nada que sugiriera que consideraba a Antiges como otra cosa que un enemigo más.

El instante pasó y los ojos que miraban al ultramarine volvieron a pertenecer a Skraal. El devorador de mundos recogió su escudo del suelo, abandonado en su ferocidad asesina, movió la cabeza para eliminar la mayor parte de la sangre que le cubría los ojos, y ordenó a su escuadra que lo siguiera.

—¡Formad junto a mí, y seguid moviéndoos! —gritó Antiges, señalando hacia la *Abismo Furioso* con su hacha sierra.

Un portador de la palabra salió trastabillando de entre los restos de la plataforma mientras disparaba salvajemente su bólter, Brynngar se apartó de su zona de fuego y decapitó al astartes con un tajo de *Colmillo infernal*. Lo siguió un segundo portador, y el lobo espacial saltó hacia delante y enterró su hacha en el cráneo del legionario. Un tercero se vio arrastrado fuera del edificio colapsado, medio aturdido, por Rujveld, quien lo ejecutó con una ráfaga de su pistola bólter.

Sin embargo, tras la masacre inicial, los Portadores de la Palabra lograron ofrecer más resistencia. Envuelto en plasma sobrecalentado, Elfyarl cayó aullando y Vorik fue despedazado por una andanada de proyectiles bólter.

Brynngar gruñó ante las bajas al mismo tiempo que golpeaba a otro portador de la palabra, que se desplomó desde el borde de las ruinas, antes de agacharse para desgarrarle el cuello con sus colmillos. Aullando de furia, el guardia del lobo estaba a punto de seguir avanzando cuando una demoledora ráfaga de bólter acribilló los restos de ferrocemento a su alrededor. Sorprendido por el repentino asalto, el venerable lobo no pudo hacer más que mirar mientras un chorro de sangre manaba de la coraza de Svornfeld. Éste se dio la vuelta y cayó muerto.

Una segunda escuadra de Portadores de la Palabra avanzaba hacia ellos, sin que los hubieran detectado desde la ruta original de ataque.

Brynngar sacó su bólter ante la nueva amenaza e hizo volar la placa facial del casco de un portador de la palabra y arrancó un trozo de hombrera de otro mientras se acercaban.

—¡A por ellos! —rugió a la vez que disparaba salvajemente su arma y cargaba contra el enemigo.

El aullido de respuesta de los restantes garras sangrientas fue un coro salvaje que

acompañó al brutal sonido de los bólters.

Antiges atravesó con su espada sierra el pecho del portador de la palabra.

Cuando se acercaron a la *Abismo Furioso*, con la horda enemiga convertida en un simple rastro sanguinolento a su paso, apareció otra línea de defensores: camaradas astartes, sus antiguos hermanos Portadores de la Palabra. Ataviados con armaduras carmesíes cubiertas de corrompidos dibujos y harapientos pergaminos, eran una oscura sombra de los orgullosos guerreros que Antiges recordaba.

El portador de la palabra hizo un movimiento brusco para librarse de la gimiente hoja que lo había empalado, pero entonces ésta pasó junto a su columna vertebral y todo lo que pudo hacer fue vomitar un chorro de sangre.

De repente, todo aquello era real.

Esos Portadores de la Palabra, astartes y hermanos de todos los marines espaciales, eran el enemigo. Antiges se dio cuenta en ese momento de que realmente no lo había creído hasta entonces. No había tiempo para considerarlo más detenidamente, pues un segundo portador de la palabra se le acercaba con una maza de energía. Antiges bloqueó el arma justo antes de que le golpeara en la cara y dio un rodillazo en el estómago del astartes, pese a lo cual su enemigo siguió trabado con él. Tras el visor del casco del portador de la palabra, el ultramarine pudo ver tan sólo un ojo entrecerrado por el odio. No había nada de hermandad en él.

Convertido en un repentino torbellino de metal quemado y rabia, Skraal apartó al portador de la palabra de Antiges y lo partió con su hacha sierra. El devorador de mundos terminó con rapidez su desagradable trabajo y luego miró de reojo a su hermano de batalla.

—¿Demasiado intenso para ti, ultramarine?

El codo de un portador de la palabra golpeó a Brynngar en la cabeza y el lobo espacial cayó hacia atrás. Rodó sobre sí mismo para evitar un segundo ataque, levantó el bólter y, con una sola mano, vació el cargador en el estómago del atacante. Sin embargo, el portador de la palabra siguió con vida, por lo que Rujveld avanzó, desenvainó el cuchillo que llevaba al cinto, y lo clavó en un hueco de la gorguera del traidor herido.

Brynngar gruñó un agradecimiento al garra sangrienta y se dirigió hacia la escuadra de Portadores de la Palabra que los había atacado. Éstos, unidos a los que habían sobrevivido a la destrucción de la plataforma, habían puesto a los lobos espaciales en un apuro. Sin embargo, el guardia del lobo estaba decidido a dirigir con el ejemplo, y atravesó otra ceramita carmesí con la ensangrentada *Colmillo infernal* fuertemente sujeta.

Tras acabar con otro enemigo astartes de un rápido tajo en diagonal que le atravesó el cuello y el pecho, Brynngar apartó a un lado al portador de la palabra para enfrentarse a un nuevo oponente. De repente, el ritmo de la batalla cambió. La furia y la ferocidad explosiva a su alrededor se atenuaron y apaciguaron al encontrarse frente a un hermano capitán. Ése era, claramente, su líder, sin duda un veterano si los destrozos y posteriores recomposiciones de su cara servían de medida de cálculo. Blandía una espada de energía a dos manos tan fácilmente como si de una maza se tratara. Tres garras sangrientas yacían a los pies del guerrero. Habían muerto por esa espada, con los cuerpos partidos por la mitad y sus órganos internos cubriendo el suelo del muelle.

—Ahora tendrás que enfrentarte a mí —gruñó el guardia del lobo mientras sostenía con más fuerza a *Colmillo infernal* a modo de salvaje reto.

El capitán de los Portadores de la Palabra se lanzó contra el lobo espacial utilizando su cuerpo como un ariete, espada en ristre. La carga fue rápida, demasiado rápida para que Brynngar pudiera apartarse a tiempo, por lo que recibió un leve golpe en el hombro. Un ardiente dolor lo asaltó, pero el guardia del lobo controló el dolor rápidamente y respondió con su propio ataque, aprovechando su impulso para clavar a *Colmillo infernal* en la espalda de su oponente.

El portador de la palabra rugió y se giró sobre sus talones, lanzó la espada a dos manos como si se tratara de una lanza para desequilibrar al lobo espacial y, a continuación, golpeó con ella, usándola como un garrote, para matarlo. Un salvaje tajo impactó con el borde plano del arma contra el extendido brazo de Brynngar. El bólter se le cayó de los entumecidos dedos al machacar el arma un músculo, incluso a través de la protección de su servoarmadura.

Brynngar desvió la brutal embestida de la espada cuando ésta trató de golpear de nuevo, y aprovechó su impulso hacia delante para penetrar la guardia de su adversario. Presionó una runa en la empuñadura de *Colmillo infernal* y una larga púa surgió del extremo superior del hacha. Brynngar rugió con salvaje júbilo mientas la hundía profundamente en el bíceps del portador de la palabra y la retorcía. El brazo de su enemigo quedó desgarrado, dejando a la vista músculos y venas. En su cara no se reflejó dolor alguno mientras saltaba hacia Brynngar tratando de hacerle perder el equilibrio y poderlo golpear nuevamente con su espada.

Aprovechando el impulso de su adversario, Brynngar levantó al portador de la palabra por los aires y lo lanzó con fuerza contra el suelo. Tiró nuevamente del capitán enemigo cogiéndolo por la gorguera y le sujetó la cabeza por la mandíbula. Luego emitió un terrible rugido que arrojó sangre y saliva a la cara del enemigo y le atravesó la garganta con la púa de *Colmillo infernal*.

El ojo bueno del portador de la palabra casi se le salió de la órbita mientras trataba de controlar el terrible dolor de su inminente muerte. Tosió sangre, lo que

manchó la pared delantera de su armadura con una nueva capa carmesí.

Brynngar le escupió en la cara y dejó que el portador de la palabra cayera a sus pies.

Varios proyectiles de bólter impactaron en el suelo frente a él cuando más Portadores de la Palabra convergieron sobre ellos. Brynngar y lo que quedaba de los garras sangrientas devolvieron el fuego mientras buscaban coberturas entre las que retirarse. El ataque no duró demasiado, pues los astartes enemigos se limitaron a arrastrar el cadáver de su capitán antes de retirarse también.

Varios disparos esporádicos e indiscriminados mantuvieron a los lobos espaciales a distancia mientras el resto de Portadores de la Palabra se retiraba. Agazapado tras los restos de un antiguo transporte de combustible, Brynngar recorrió el campo de batalla con la mirada. Skraal y Antiges estaban avanzando hacia la *Abismo Furioso* con una pequeña escuadra de combate de devoradores de mundos, y eliminaban a los tripulantes del acorazado a medida que avanzaban.

Brynngar los envidiaba. Incluso antes que los motores de plasma del poderoso acorazado de los Portadores de la Palabra empezaran a activarse, supo que el enemigo estaba marchándose. El fuego de supresión de los asaltantes en retirada era cada vez menor, y por todo el muelle los astartes enemigos estaban dirigiéndose hacia las escotillas de embarque del casco de la gigantesca nave.

Pensó con una siniestra recriminación que le habría gustado destripar a la bestia desde su interior como una orca, y aulló su lamento. Varias gotas de sangre salieron despedidas de la barba y del pelo cuando echó hacia atrás la cabeza y la larga y hueca nota salió rugiendo de su garganta.

Respondiendo a su llamada, sus garras sangrientas alzaron los cuellos y se unieron a su aullido.

La lluvia de disparos cayó sobre los astartes, y rebotaron en el metal haciendo saltar chispas.

El capitán de los Devoradores de Mundos había llegado a la *Abismo Furioso* junto al ultramarine Antiges y tres de sus hermanos de batalla. Entraron en las entrañas de la bestia por una de las escotillas de embarque y se dirigieron hacia abajo. Su avance se había visto inevitablemente frenado cuando las patrullas de a bordo los descubrieron en la intersección de unos conductos de refrigeración. Los disparos procedían de un extremo del corredor, donde unas figuras distantes y sombrías avanzaban apresuradamente por las amplias curvas de los tubos. Los soportes metálicos proporcionaban una cierta cobertura, pero los astartes podían considerarse muertos si no se ponían rápidamente en movimiento.

Skraal detuvo parte de la andanada con su escudo de tormenta, y a su pies cayó una lluvia de proyectiles de cobre: munición bólter.

Las sombras se movían entre los destellos de los disparos. Eran unos gigantescos cuerpos acorazados, con cascos y hombreras: astartes Portadores de la Palabra.

Uno de los guerreros de Skraal, Orlak, abrió un agujero en el techo con su hacha sierra. El trozo de metal cayó estrepitosamente al suelo y él se izó rápidamente por la brecha. Rorgath se mantuvo en vanguardia mientras seguían adentrándose. Tras haber perdido sus dos armas en el brutal combate cuerpo a cuerpo en el exterior de la nave, disparó el fuego rápido el bólter que había recogido, acribilló el conducto y abrió unos grandes agujeros en el metal. Los otros devoradores de mundos se unieron a él disparando las pistolas bólter para mantener a raya al enemigo.

La mitad de los devoradores de mundos ya habían salido por el agujero antes de que los Portadores de la Palabra pudieran devolver el fuego. Sólo quedaban Antiges y Skraal. El ultramarine ocupó la posición de Rorgath mientras preparaba algunas granadas de fragmentación y las tiraba por el conducto. Skraal saltó por el agujero mientras los disparos de respuesta de los bólters pasaban junto a él. Antiges siguió al capitán de los Devoradores de Mundos, que lo ayudó a subir mientras las primeras explosiones arrasaban el conducto, destrozando las paredes y haciéndole ganar tiempo.

—Por las montañas de Macragge —jadeó Antiges.

La sala de motores de la *Abismo Furioso* era como una catedral de la maquinaria. Era gigantesca. Las costillas que sostenían el techo abovedado apenas se veían entre la penumbra. Las inmensas masas de las salas cilíndricas de refrigeración estaban decoradas con remaches y pergaminos metálicos, y recubiertas de textos en alto gótico en toda su longitud. Los múltiples niveles eran definidos por las pasarelas y el entramado de caminos elevados. Los estandartes de los Portadores de la Palabra colgaban de la telaraña de hierro que se levantaba sobre sus cabezas mostrando los símbolos de los diferentes capítulos de la legión: una pluma con una gota de sangre en la punta, una mano abierta con un ojo en la palma, un libro en llamas, y un cetro coronado con una calavera. El zumbido metálico de los motores era como el monstruoso latir del corazón de la nave.

El conducto en la laberíntica nave había llevado a los astartes hasta ese lugar, y aunque los sonidos de la persecución todavía eran distantes, el enemigo no podía estar demasiado lejos.

—Encontrad algo que destruir —ordenó Skraal—. Id hasta los reactores si hace falta.

Antiges trató de hacerse una idea de la enormidad de la sala de máquinas. A pesar de la munición que tenían a su disposición, y el hecho de que eran astartes, era muy difícil que pudieran hacer nada que dañara realmente a la *Abismo Furioso*.

—No —dijo Antiges—, seguiremos adelante. Buscad depósitos de munición o cogitadores. No podemos sabotear esta nave actuando a ciegas.

Skraal miró hacia su escuadra. El último estaba saliendo por la escotilla. La tubería de refrigeración que los había llevado hasta allí era una de las muchas que formaban la red de tuberías y conexiones que rodeaban las salas de refrigeración. Entre las cañerías sólo había oscuridad, y nada que les diera a entender hasta dónde descendía.

—No encontraremos el camino de…

—No vamos a regresar —le espetó Antiges.

Skraal asintió.

—Hacia delante, entonces.

Antiges dirigió a los astartes hacia la pasarela más cercana por encima de las salas de refrigeración. Las inmensas siluetas de los generadores se distinguían a popa de la nave, conectados a los aún mayores reactores de plasma que había en algún nivel inferior. Por encima de ellos, la pasarela se sumergía en un bosque de acero oscuro formado por gigantescos pistones. En una pasarela por encima de él iban reuniéndose las sombras, ocultas por el sólido metal de una sala de control. Era como si a los sirvientes de ingeniería les hubieran ordenado salir de la sala, lo que significaba que los Portadores de la Palabra habían planeado detenerlos allí.

—¡A cubierto! —gritó Skraal, pero poco pudieron hacer cuando los disparos de bólter procedentes de los Portadores de la Palabra volaron hacia ellos.

Rorgath devolvió el fuego con el bólter que había recogido, pero los demás poco podían hacer con sus pistolas y armas de combate cuerpo a cuerpo. Uno de los hermanos de batalla de Skraal fue alcanzado en medio del pecho y salió despedido por encima de la barandilla. Cayó en el bloque del motor que había debajo de ellos y fue aplastado por un martilleante pistón. El brazo de Orlak desapareció en medio de un chorro de sangre y cayó a la pasarela. Antiges lo puso en pie y lo arrastró entre los disparos que procedían de arriba.

—¡A por ellos! —gritó Skraal, viendo una pausa en el fuego graneado que los había clavado en la posición.

Se puso en pie inmediatamente y corrió hacia una cobertura en el otro extremo del bloque del motor, donde la pasarela conducía a una gran pared repleta de maquinaria. Incluso apremiado por Antiges, Orlak se quedó rezagado y resultó acribillado por los proyectiles de bólter de asalto. De su generador dorsal surgió humo mezclado con sangre.

Skraal había mandado a Orlak en docenas de campos de batalla. Era un hermano, como lo eran todos.

El capitán de los Devoradores de Mundos tomó ese profundo dolor y lo guardó profundamente bajo su consciencia, donde se mezcló con el pozo de rabia al que recurriría de nuevo cuando llegara el momento adecuado.

Skraal llegó a la cobertura. La *Abismo Furioso* se cerró a su alrededor. Estaba en

una sala de herramientas, con las paredes cubiertas de taladros hidráulicos, llaves inglesas y martillos. Los tripulantes humanos huyeron presas del pánico mientras los devoradores de mundos entraban en la sala seguidos por Antiges. Sólo quedaban tres. No eran precisamente la fuerza de asalto adecuada para poner de rodillas a la gigantesca nave.

Skraal vio algo inscrito en el techo de la sala.

CONSTRUYE EL MUNDO DE LORGAR CON ESTE ACERO. VIVE COMO ESTÁ ESCRITO.

—¡Muévete, muévete! ¡Vienen detrás de nosotros! —gritó Antiges, llamándole la atención.

—Tenemos que detenerlos aquí. No hay forma de que podamos evitar el fuego de los bólter y averiar la nave a la vez —dijo Skraal, cerrando de golpe el portal y utilizando una gran llave inglesa para atrancarlo.

—Son al menos tres escuadras —le replicó Antiges, respirando fuertemente pero con mesura—. No hay forma de que podamos derrotarlos.

—Yo los detendré —dijo Rorgath, afianzando los pies y comprobando la munición de su bólter.

Antiges miró al devorador de mundos. El blanco y azul de su armadura estaba mellado por los impactos de bala y quemado por las explosiones de plasma.

—Tu sacrificio será recordado —dijo reverencialmente Antiges.

Ese sentimiento no era evidente en la cara del capitán de los Devoradores de Mundos, que lanzó su pistola bólter a Rorgath.

—No les des cuartel —gruñó, y se dio la vuelta repentinamente para encabezar lo que quedaba de su grupo de asalto a través de una maraña de antesalas y corredores. Los gritos de sus perseguidores dirigiéndose hacia su posición los persiguieron como vacíos susurros de fantasmas, y el golpear de los pies acorazados en el suelo sonó reverberante a su paso.

Juntos, Antiges y Skraal se movieron rápidamente por las entrañas de la sala de máquinas y salieron a través de una compuerta en una mampara. No mucho después de haber abandonado la sala, el furioso ladrido de los disparos de bólter rugió a su espalda.

No duró mucho tiempo, y un letal silencio reinó durante unos instantes hasta que pudieron volver a oír, a sus infatigables perseguidores. Entremezclado con la cacofonía de voces emitidas por el sistema de comunicadores de la nave, se hizo evidente que se había iniciado una búsqueda general. Los guerreros de la *Abismo Furioso* estaban convergiendo sobre los astartes. Se acercaban más a cada segundo que pasaba.

Skraal atravesó una sala de almacenaje vacía y abrió de una patada una puerta que daba a otro corredor. El aire estaba cargado y caliente, y las paredes iluminadas con

antorchas. La visión era totalmente incongruente entre los puentes y las entrañas de una nave espacial, pero también conducía hacia abajo y hacia la proa, en la dirección en que los astartes creían que debía de estar el principal almacén de municiones.

—¿Qué han construido aquí? —susurró Antiges, dando voz a sus pensamientos mientras descendían por el corredor. El ultramarine obtuvo su respuesta en cuanto emergieron por el otro extremo del túnel.

Una gigantesca plaza se extendía ante ellos. Los muros estaban cubiertos de estatuas barrocas de acero rojo oscuro que llegaban hasta el techo abovedado. La cúspide de la bóveda de la enorme sala estaba cubierta por el humo del incienso y soportada por columnas. Había oraciones inscritas en las losas del suelo. En el otro extremo de la nave central se veían un altar y un púlpito. Sólo existía una palabra para describirlo: era una catedral. En la supuesta era de la iluminación, cuando todas las supersticiones y religiones habían de ser expurgadas de la galaxia para ser sustituida por la ciencia y el raciocinio, toco lo que había decretado el Emperador había quedado deshonrado por la mera existencia de esa sala.

Antiges notó como le quedaba un regusto amargo en la boca, y se sintió capaz de destruir las efigies y arrasar ese templo a la falsa idolatría hasta sus cimientos con sus manos desnudas, cuando una voz resonó en la penumbra circundante.

—No hay escapatoria.

El ultramarine vio como Skraal se parapetaba tras una columna. Antiges adoptó rápidamente una posición en cuclillas, con la pistola bólter sujetada con ambas manos mientras escudriñaba la oscuridad. Apenas logró distinguir la armadura carmesí en el otro extremo de la catedral. Quién había hablado, con un tono fantasmagóricamente tranquilo y educado, estaba protegiéndose tras el altar. El portador de la palabra no estaba solo.

Las botas que resonaron sobre el suelo de piedra por detrás de los astartes confirmaron la amenaza. Antiges y el devorador de mundos estaban rodeados desde ambos extremos de la sala.

—Soy el sargento-comandante Reskiel de los Portadores de la Palabra —dijo el marine, identificándose—. Tirad vuestras armas y rendíos inmediatamente —advirtió, dejando atrás cualquier vestigio de educación.

—¿Después que nos hayáis disparado y matado a nuestros hermanos? —rugió Skraal.

—No hay necesidad de verter más sangre —añadió Reskiel.

Antiges sintió como el enemigo convergía hacia ellos, oyó el ligero roce de la ceramita contra la piedra a medida que se acercaban.

—¿Qué es este lugar, portador de la palabra? —le preguntó el ultramarine, enfocando su atención primero hacia el púlpito y, después, más allá, hasta haber escaneado toda la penumbra que los rodeaba—. Esta religiosidad no está permitida

por el Emperador. Habéis desafiado abiertamente su voluntad. ¿Habéis retrocedido hasta las primitivas creencias y supersticiones? —insistió, tratando de provocarlo y ganar tiempo para idear un plan que dejara al descubierto una debilidad—. ¿Todo Colchis es así ahora?

—No hay nada primitivo sobre la visión de nuestro primarca en su mundo natal —replicó Reskiel con frialdad, claramente consciente de la estratagema del ultramarine. El sargento-comandante salió de detrás del altar y permitió que la difusa luz de las antorchas lo bañara con su brillo.

Era joven, pero muy condecorado a juzgar por las marcas de honor y las medallas que lucía sobre su armadura carmesí. Eran símbolos de heroísmo y de gloria en combate junto con tiras de pergamino y hojas de vellón inscritas con horripilantes versos.

Una escuadra de Portadores de la Palabra entró en la catedral detrás de él con los bólters apuntando a las sombras en que Antiges y Skraal estaban parapetados.

—Mostraos y hablemos de hermano a hermano —los invito Reskiel, dejando que sus guardias se colocaran delante de él.

—¡Tú no eres mi hermano! —gritó Skraal.

—Prepárate —le susurró Antiges a su aliado cuando Reskiel levantó una mano.

El ultramarine supo, con su innato instinto de guerrero, que estaba a punto de dar la orden de abrir fuego. Apuntó su pistola bólter hacia un grupo de Portadores de la Palabra al frente de los guardias que avanzaban.

Skraal lanzó un rugido al salir de su cobertura al mismo tiempo que arrojaba su hacha sierra. Apretó la runa de activación en cuanto se soltó de su mano y el arma gimió mientras atravesaba el aire. Con un aullido de ceramita contra metal, el hacha sobrepasó a los guardias y cortó limpiamente la muñeca de Reskiel, clavándose después profundamente en el altar. Con el escudo levantado y un grito de guerra en los labios, el devorador de mundos se lanzó a la carga.

Antiges maldijo la imprudente ansia de batalla del hijo de Angron y disparó con la pistola bólter. Comenzó a correr en cuanto los fogonazos indicaron su posición. Varios proyectiles bólter alcanzaron a los Portadores de la Palabra que avanzaban, y tres de los guerreros cayeron ante la ferocidad de sus disparos.

La catedral se sumergió en un caos. Skraal cubrió la distancia que lo separaba del enemigo tan rápidamente, que ninguno de los apresurados disparos de bólter de sus oponentes lo alcanzó.

Antiges lo siguió, plenamente consciente de que tenían enemigos a sus espaldas además de enfrente. Un disparo afortunado lo alcanzó en la hombrera, y otro astilló la protección de la rodilla haciéndolo trastabillar levemente, aunque siguió corriendo hacia el combate con el nombre de Guilliman grabado en su corazón enfurecido.

—¡Esto es terreno sagrado! —aulló Reskiel, taponándose el muñón de su brazo

mientras la sangre manaba fluidamente de él.

Skraal pateó a los Portadores de la Palabra que se interpusieron en su camino y cuando llegó junto al sargento-comandante, lo golpeó en la cara con el escudo como réplica a sus palabras mientras arrancaba el hacha del altar. Se volvió y golpeó en la cabeza a un guerrero de armadura carmesí que cargaba contra él. El portador de la palabra salió despedido, y recorrió una buena distancia sobre su espalda, con la cara convertida en un enrojecido amasijo de huesos y trozos de ceramita.

Los enemigos situados detrás de los dos astartes entraron en el combate.

Skraal luchó como si estuviera poseído por el espíritu de Angron, matando a diestro y siniestro mientras una terrible rabia se apoderaba de él. Abrazó gustoso el caldero de furia que bullía en su interior y lo utilizó para matar y hacer caso omiso del dolor. Los Portadores de la Palabra cayeron horriblemente mutilados ante su violencia, tan brutal que los más próximos al asalto cedieron terreno y se retiraron hacia la puerta de la catedral. El que se había presentado como Reskiel fue arrastrado por uno de sus hermanos de batalla mientras se desangraba por el muñón de su muñeca y gritaba su cólera.

Los disparos de bólter estaban alejándose hacia la parte posterior de la catedral. Antiges podía oírlos resonando con fuerza en el interior de su casco mientras Skraal se apartaba de la masacre que había causado para mirarlo.

Una línea de dolor se abrió paso por la espalda del ultramarine, que se dio cuenta de que había sido alcanzado. Esta vez el proyectil había atravesado su armadura. Algo cálido se acumulaba en su pecho, y Antiges miró hacia abajo, viendo un gran agujero irregular en medio de la placa pectoral. Como si su mente hubiera sido repentinamente consciente de la relación con lo que su cuerpo ya sabía, se desplomó contra un pilar vomitando sangre. Los pulmones le pesaban. Trató de obligar a su cuerpo potenciado a seguir en movimiento y poner un nuevo cargador en su pistola bólter. Con una mano tapándose la herida mientras con la otra disparaba el bólter, Antiges decidió caer luchando. En la distancia, con la visión enturbiada, vio caer una sombra.

Unos agudos destellos de dolor le centellearon en los ojos mientras se volvía para mirar a Skraal en medio del baño de sangre del altar.

—Vete —jadeó Antiges.

El devorador de mundos se detuvo un segundo, dispuesto a volver corriendo para rescatar al ultramarine. Una granada explotó cerca del pilar, y el mundo de Antiges acabó en una nube de humo y metralla.

Skraal no esperó a ver si el ultramarine había sobrevivido. De una forma u otra, Antiges estaba perdido. En vez de ello, salió corriendo de la catedral con el escudo de tormenta protegiéndolo de lo peor de los proyectiles bólter que lo perseguían desde la

catedral.

Mientas huía hacia la oscuridad infinita, el eco del casco de la nave cambió, como si estuviera mostrando su desencanto, e hizo que un pensamiento se fijara sólidamente en su mente pese al furor del combate.

Estaba solo.

Zadkiel observó la batalla que estaba teniendo lugar a través de los pictógrafos montados a lo largo del casco de la *Abismo Furioso*.

Baelanos había caído, pero su cuerpo inerte había sido recuperado y yacía en el laboratorio del magos Gureod.

Seguiría sirviendo a la Palabra.

La dedicación de Baelanos a la Palabra era la de un soldado a su comandante, y nunca había apreciado las implicaciones más intelectuales de las creencias de Lorgar. Sin embargo, era un elemento leal y útil. Zadkiel no iba a malgastado inútilmente.

Ultis, sin duda, estaba enterrado bajo las ruinas de Bakka Triumveron 14. Con ello, Baelanos también había servido bien a Zadkiel. Era otra espina eliminada de su costado, un potencial usurpador eliminado.

«Sí, por este hecho recibirás un servicio eterno en la legión».

—Hemos sido abordados —la voz del sargento-comandante Reskiel resonó en el comunicador desde las entrañas de la nave, donde los motores entraban en contacto con el cuerpo principal de la nave de guerra.

—¿Cuántos?

—Sólo queda uno, mi señor —replicó Reskiel—. Entraron a través de una de las escotillas de los tubos de refrigeración que estaba abierta para reabastecernos.

—Persíguelo con mi bendición, sargento-comandante —ordenó Zadkiel—, pero has de saber que vas a llevar a cabo esta persecución en condiciones de despegue.

«Otra espina clavada», pensó Zadkiel.

—Señor, todavía hay guerreros de la legión luchando en el muelle —contestó Reskiel ante la noticia del inminente despegue.

—No podemos demorarnos. Cada segundo que sigamos luchando es un segundo menos para que la *Iracundo* llegue a distancia de tiro o para que nuestro polizón dañe algo que no pueda ser reemplazado, sin mencionar el hecho de que las defensas del muelle pueden acabar volviéndose contra nosotros. Sacrificio, Reskiel, es una lección que debe aprenderse por la vía dura. Y ahora, encuentra al intruso y acaba con ese problema.

—A sus órdenes, almirante. Ahora mismo estoy dirigiéndome hacia los sistemas de refrigeración.

Zadkiel cortó la comunicación y observó las pantallas situadas encima de su trono de mando. Un mapa táctico mostraba a la *Abismo Furioso* y la compleja estructura

del puerto espacial que lo rodeaba. Iconos carmesíes representaban a las fuerzas de los Portadores de la Palabra que seguían luchando y muriendo por su causa.

Zadkiel conectó el comunicador y dio la orden de despegar.

Ultis observó desde los restos de la plataforma de observación derruida como la *Abismo Furioso* empezaba a elevarse.

Los motores del acorazado lanzaron chorros ardientes sobre los muelles. Los anclajes de aterrizaje y los hangares de suministros se fundieron en masas informes de chatarra. Las pasarelas ardieron y los depósitos de combustible explotaron, lanzando proyecciones blanquecinas en medio de la tormenta de fuego. Fuertes vientos huracanados recorrieron la plaza abierta, asando cohortes y astartes por igual en medio de la expansiva conflagración que recorría Bakka Triumveron 14. Unos chorros de aire abrasador le azotaron la cara a través de los retorcidos fragmentos de ferrocemento. Vio la pintura carmesí de su armadura agrietándose ante el intenso calor.

La tormenta engulló los cuerpos de aquellos que luchaban en el exterior, convirtiéndolos en sombras y cenizas ante él, como si estuviera congelado en el tiempo, eternamente en guerra.

No era el futuro que había pensado para sí mientras veía como la *Abismo Furioso* se elevaba más y más, alejándose del muelle con un rugido de los reactores ventrales.

Había sido traicionado. No por la Palabra, sino por alguien a bordo de la nave.

Una sombra eclipsó al portador de la palabra atrapado entre las ruinas.

—Tus amigos te han abandonado, rata traidora —dijo una voz desde arriba. Era una voz vieja y curtida.

Ultis giró el cuello para ver de dónde provenía, levemente consciente de la sangre que había perdido.

Un gigantesco astartes con la armadura de la legión de Leman Russ se alzaba sobre él como una lápida de acero. Cubierto de trofeos, pieles y fetiches hechos con colmillos, era hasta la última fracción de su ser el salvaje que Ultis creía que un lobo espacial debía ser.

—Sirvo a la Palabra —dijo desafiante a través de sus labios cubiertos de sangre seca.

El lobo espacial se sacudió la sangre que manchaba su pelo mugriento y le sonrió para mostrarle los colmillos.

—La Palabra está condenada —gruñó.

El puño enguantado del lobo espacial fue lo último que Ultis vio antes de que todos sus sentidos se desvanecieran y su mundo se volviera negro.



ONCE

SUPERVIVIENTES

DESPUÉS DE LA BATALLA

VOY A DOBLEGARLO

Azotadas por las corrientes de aire caliente generadas por la *Abismo Furioso*, lo que quedaba de las pinazas de asalto que habían transportado la fuerza de ataque astartes escaparon de Bakka Triumveron 14 para regresar a la *Iracundo*, que se mantenía en órbita alrededor de la luna.

Cestus estaba esperando a las naves atmosféricas en la cubierta de aterrizaje terciaria, cuando una única nave aterrizó. El casco exterior estaba seriamente chamuscado y sus motores prácticamente fundidos cuando se detuvo un poco aparatosamente en el muelle de metal.

«Una pinaza de asalto —pensó el capitán ultramarine, que esperaba junto a Saphrax y Laeradis, el apotecario preparado con su narthecium—. ¿Cuántas bajas habremos sufrido?».

Los subalternos de ingeniería corrían arriba y abajo, cubriendo las zonas sobrecalentadas de la nave con una espuma refrigerante y empuñando herramientas para empezar inmediatamente las reparaciones. Uno de los oficiales se mantenía a distancia con una placa de datos en la mano, realizando el informe preliminar de daños.

Cestus no se fijó en ninguno de ellos. Su mirada estaba concentrada en la rampa de embarque mientras ésta se abría lentamente con un silbido de aire. Brynngar y sus garras sangrientas salieron del compartimento.

El ultramarine los saludó de forma cordial.

—Bien hecho, hijo de Russ.

Brynngar gruñó una respuesta con una actitud todavía hostil y se volvió hacia uno de sus hombres.

—Rujveld, tráelo aquí.

Uno de los garras sangrientas, un joven con el pelo de color naranja brillante cortado en forma de cresta y con una barba corta decorada con fetiches lobunos, asintió y regresó al compartimento de la tripulación. Al regresar, no iba solo. Un guerrero con la tez pálida estaba con él. Llevaba las manos y los antebrazos sujetos por esposas unidas por una cadena de adamantium. Tenía la cara cubierta de cortes, así como un enorme morado púrpura negruzco del tamaño del puño de Brynngar en un ojo. Encorvado y obviamente débil, aún mostraba un aire desafiante. Llevaba la armadura de la XV Legión, la armadura de los Portadores de la Palabra.

—Tenemos un prisionero —gruñó Brynngar, mirando más allá del trío de ultramarines sin dar explicación alguna y seguido de cerca por los garras sangrientas y su presa—. Encontradme una celda de aislamiento —oyó Cestus que el guardia del lobo decía a uno de sus hermanos de batalla—. Pienso descubrir todo lo que sabe.

Cestus mantuvo los ojos mirando hacia delante durante un instante, tratando de controlar su rabia.

—¿Señor? —se aventuró a decir Saphrax. El portaestandarte había notado claramente el malestar de su capitán.

—Hijo de Russ —dijo Cestus sin levantar la voz, sabiendo perfectamente que lo podía oír.

El sonido de los lobos espaciales al marcharse resonando por todo el muelle fue la única respuesta.

—¡Hijo de Russ! —gritó esta vez mientras se daba la vuelta, su rostro parecía haber sido tallado en piedra.

Brynngar casi había llegado a la entrada del muelle cuando se detuvo.

—Quiero escuchar tu informe, hermano —dijo Cestus con tranquilidad—, y quiero escucharlo ahora.

El guardia del lobo se volvió lentamente, obligando con su enorme masa a que el garra sangrienta más cercano se apartara. La rabia y la hostilidad se reflejaban en su cara tan claramente como los símbolos de la legión en su armadura.

—El asalto falló —gruñó—. La *Abismo Furioso* sigue intacta. Ése es mi informe.

Cestus luchó por mantener su voz calmada y sin ningún rastro de emoción.

—¿Qué hay de Antiges y Skraal?

Brynngar estaba respirando pesadamente, ardiendo de rabia, pero al mencionar a los dos capitanes, especialmente a Antiges, su expresión se calmó por un instante.

—Somos los únicos supervivientes —replicó, y se fue por el portal hacia los corredores que iban a conducirlo finalmente a las celdas de aislamiento.

Cestus permaneció inmóvil dejando que la información calara en su alma.

Antiges había sido su hermano de batalla durante casi veinte años. Habían luchado juntos en infinidad de ocasiones. Habían llevado la luz del Emperador a innumerables mundos en los límites más siniestros de la galaxia conocida.

—¿Cuáles son sus órdenes, capitán? —le preguntó Saphrax, siempre pragmático.

Cestus hizo a un lado su sentimiento de pena rápidamente. No tenía ninguna utilidad en esas circunstancias.

—Avisad a la vicealmirante Kaminska. Decidle que persiga la *Abismo Furioso* a máxima velocidad.

—A sus órdenes, mi señor.

—Saphrax se cuadró con contundencia y abandonó el muelle en dirección al puente.

El plan de Cestus había fallado catastróficamente. Más del sesenta por ciento de bajas era inaceptable. Eso le dejaba únicamente a la guardia de honor de los Ultramarines, aún estacionada a bordo de la nave por si surgía alguna contingencia, y los garras sangrientas de Brynngar. El constante desafío del lobo espacial estaba convirtiéndose en abierta hostilidad. Algo se estaba gestando. Incluso sin los instintos animales de los hijos de Russ, Cestus podía sentirlo. Se preguntaba cuánto tiempo faltaba para que la inevitable tormenta estallara.

Aquí estaban en guerra con sus legiones hermanas. Sólo Guilliman sabía cuán profunda era la traición, cuántas legiones más se habían rebelado contra el Emperador. En esos momentos era desesperadamente vital que las legiones leales se unieran, no que lucharan por disputas internas entre ellas en nombre de insignificantes desavenencias. En el momento decisivo, ¿de qué parte estarían Brynngar y su legión? Guilliman y sus Ultramarines eran dogmáticos en su lealtad al Emperador, ¿podría decirse lo mismo de Russ?

Cestus dejó atrás esos siniestros pensamientos por el momento, sabedor de que pensar en ello no lo ayudaría en su misión. En vez de eso, su mente recordó brevemente a Antiges. Con toda probabilidad estaba muerto. Su hermano, su mejor amigo, muerto en lo que había resultado ser una causa perdida. Cestus se maldijo a sí mismo por permitir que Antiges ocupara su lugar. Saphrax era un ayudante muy eficaz, su dedicación a las enseñanzas de Guilliman era inquebrantable, pero no era el confidente que Antiges había sido.

Cestus apretó el puño.

«Lo sucedido no quedará sin venganza».

—Laeradis, conmigo —dijo el capitán ultramarine, marchando en la dirección que había tomado Brynngar.

El apotecario lo siguió de cerca.

—¿Adónde vamos, capitán?

—Quiero saber lo que sucedió en Bakka Triumveron, y quiero descubrir lo que

nuestro portador de la palabra sabe acerca de la nave de su legión y su misión en Macragge.

Cuando Cestus y Laeradis llegaron a las celdas de aislamiento, Brynngar ya estaba en el interior, con la puerta sellada y Rujveld montando guardia.

Las celdas de aislamiento estaban localizadas en los puentes inferiores, donde el calor y el ruido de los motores podía escucharse y sentirse de forma palpable. Por debajo de ellos los tripulantes trabajaban duro, cantando heroicos himnos navales para ayudarlos en su trabajo, y su resonante cántico viajaba a través del metal. Era un coro apagado que había guiado a Cestus y a Laeradis a través de los penumbrosos pasadizos que los habían conducido hasta allí.

—Hazte a un lado, garra sangrienta —le ordenó Cestus sin preámbulo alguno.

Al principio pareció como si Rujveld fuera a desobedecer al ultramarine, pero Cestus era un capitán, aunque fuera de otra legión, y esa posición imponía respeto. El garra sangrienta bajó la mirada, mostrando su obediencia, y se apartó.

Cestus activó el icono de apertura de la puerta de la celda. El panel de metal desnudo se deslizó a un lado, dejando escapar dos pequeños chorros de vapor al hacerlo.

Lo recibió una sala oscurecida, apenas iluminada por la media luz de los globos lumínicos en posición de baja emisión. Una voluminosa silueta estaba de pie ante él, con dos enclenques formas encapuchadas a su lado. Brynngar se había quitado la armadura ayudado por dos siervos auxiliares de la legión. Los siervos mantenían la cabeza baja y la lengua quieta. El guardia del lobo estaba desnudo de cintura para arriba, y llevaba únicamente unos pantalones de combate de color gris. Tenía el torso cubierto de antiguas heridas, y las cicatrices y las marcas descoloridas creaban un tapiz histórico de dolor y batalla.

De pie sin su armadura, su inmensa musculatura resultaba intimidante, y con su gran masa de pelo colgando, Brynngar le recordó a los bárbaros de la antigua Terra, como los que había visto reflejados en frescos de algunos de los más importantes antiquitariums.

El guardia del lobo se dio la vuelta ante la interrupción. La sombra de otra figura retenida por una estructura metálica fue parcialmente visible antes de que la corpulencia del lobo espacial volviera a ocultarla.

—¿Qué quieres, Cestus? Estoy seguro de que puedes ver que estoy ocupado —los nudillos de Brynngar se endurecieron y pusieron blancos al apretar los puños.

Cuando había salido del muelle terciario tras el lobo espacial y sus hermanos de batalla, Cestus tenía la intención de intervenir, pues la idea de torturar a alguien de una legión hermana le repugnaba. Ahora, de pie en la entrada de la sala de aislamiento, se dio cuenta de lo desesperada que su difícil situación se había vuelto, y

que la victoria requería llegar a un compromiso.

Lo lejos que ese compromiso llegara y hasta dónde pudiera conducirlos, Cestus no se atrevía a aventurarlo. Era lo que era. Estaban en esta senda, y en esos momentos los Portadores de la Palabra eran un enemigo como cualquier otro. No habían dudado ni un instante en destruir a la *Luna Menguante*, ni se habían parado a considerar sus otras acciones durante la matanza en Bakka Triumveron 14.

—Quiero hablar otra vez contigo, Brynngar —dijo el capitán ultramarine—, cuando hayas acabado. Quiero saber todos los detalles de lo sucedido en Bakka.

—Está bien —asintió el lobo espacial, con un poco de su comunicatividad regresando brevemente a su rostro.

Cestus miró a la figura yaciente de su prisionero mientras Brynngar se daba la vuelta para regresar a su "tarea".

—Haz sólo lo que sea menester —lo avisó el ultramarine—, y hazlo rápido. Voy a dejarte a Laeradis aquí… para ayudarte, si puede.

El apotecario se movió, incómodo, junto a Cestus, aunque el capitán ultramarine no podía aventurar si era por la idea de tomar parte en la tortura o por la perspectiva de quedarse a solas con Brynngar.

Brynngar lo miró por encima del hombro cuando Cestus ya estaba a punto de salir.

—Lo haré hablar —dijo con un brillo depredador en la mirada.

—Nos ocultamos detrás de Bakka Triumveron para evitar que la *Abismo Furioso* nos disparara con torpedos. Estamos dirigiéndonos al vector de salto disforme mientras hablamos.

Kaminska estaba, como siempre, en su puesto en el trono de mando del puente. Saphrax también estaba allí, firme y adusto como siempre. Cestus se había dirigido solo al puente, tras dejar a Laeradis con Brynngar en la sala de aislamiento. Por el escueto informe que había recibido de la vicealmirante en relación a la información recogida del piloto de la nave de asalto, Cestus había sabido un poco más de lo sucedido en Bakka. Habían perdido las otras dos naves de asalto durante la extracción, engullidas por el fuego de los motores de la *Abismo Furioso*, que habían convertido gran parte de Bakka Triumveron 14 en un desierto humeante de metales retorcidos y quemados. Las lecturas tácticas a bordo de la nave habían revelado muy poco, excepto que era caótico y no planeado. Uno de los edictos de sabiduría de Guilliman era que cualquier plan, por meticulosamente que hubiera sido trazado, apenas sobrevive al contacto con el enemigo. El primarca había hablado, evidentemente, de la importancia de la flexibilidad y la adaptación en la guerra. Cestus pensó que debía haber prestado más atención a esas palabras. También parecía evidente que los Portadores de la Palabra habían sido alertados del ataque de los

astartes, un hecho que tenía que comprobar hasta sus últimas consecuencias. Consideró brevemente la posibilidad de un traidor entre sus filas a bordo de la *Iracundo*, pero lo apartó rápidamente de su mente, en parte porque su mero planteamiento habría generado únicamente sospechas y paranoia, y también porque hacerlo habría implicado a los capitanes astartes o a Kaminska.

—¿Qué hay de nuestro prisionero, capitán Cestus? —quiso saber Kaminska, tras consultar la batería de pantallas que tenía ante ella y comprobar satisfecha que todos los preparativos necesarios estaban siguiendo su curso para continuar la persecución.

—Está descansando poco confortablemente con Brynngar —replicó el ultramarine con la mirada clavada en el ventanal de proa.

—¿Cree que sabe algo sobre la nave que pueda ser utilizado para que logremos alguna ventaja?

La respuesta de Cestus fue taciturna al pensar en el camino que se abría ante ellos y cómo se reducían sus opciones como un pergamino en llamas.

—Esperemos que sí.

Kaminska se permitió un instante de pausa antes de volver a hablar.

—Lo siento por Antiges. Sé que era su amigo.

Cestus se volvió hacia ella.

—Era mi hermano.

El comunicador de Kaminska sonó, interrumpiendo por un instante la conversación.

—Hemos llegado al punto de salto, capitán —dijo—. Si saltamos ahora mismo a la disformidad, Orcadus tendrá otra posibilidad de detectar a la *Abismo Furioso*.

—Conecte los motores disformes —dijo Cestus.

Kaminska dio la orden y, tras unos minutos, la *Iracundo* se estremeció al levantarse los campos estructurales, preparados para reentrar en la disformidad.

Zadkiel rezó por los cuerpos que yacían ante él.

El portador de la palabra estaba arrodillado en una de las numerosas capillas de los puentes inferiores de la *Abismo Furioso*. Era una sala modesta y relativamente poco decorada con un simple altar recubierto con las escrituras de Lorgar e iluminado con velas votivas colocadas en candelabros de diseño barroco. La sala, además de servir de depósito de cadáveres de la nave, también ofrecía solaz y la oportunidad de considerar la divinidad de la Palabra del primarca, de sus enseñanzas y del poder de la fe y la disformidad.

La oración era algo complicado. En su nivel más tosco y material no era más que una serie de palabras pronunciadas por un hombre. No era extraño que los conquistadores imperiales, sin un entendimiento de lo que era la verdadera fe, consideraran las oraciones de los pueblos primitivos como una peligrosa superstición

y un obstáculo a la verdadera iluminación. Éstos, al descubrir los libros y lugares sagrados, los adscribieron, no a la fe o a un entendimiento superior, sino a la estupidez, la ceguera y la adhesión a unas tradiciones divisoras e irrelevantes. Enseñaron la Verdad Imperial en vez de esas religiones simples, eliminando cualquier evidencia de fe que anteriormente hubiera existido en esos mundos. A veces esta eliminación se había logrado con balas y llamas, aunque lo más habitual había sido utilizar a los iteradores, los diplomáticos y los filósofos brillantes, capaces de reeducar a poblaciones enteras.

Las creencias de Zadkiel, la base de su convicción, era que el Trono de Terra debía ser derribado, no por la fuerza de las armas empuñadas por el señor de la guerra, ni siquiera por los habitantes de la disformidad, sino por la fe, simple e indisoluble, la pureza de la cual ardería a través del Imperio como una lanza sagrada, quemando a los descreídos y sus efigies de ciencia y falsas ilusiones empíricas.

Zadkiel se movió levemente sobre las rodillas, repentinamente consciente de otra presencia en la capilla junto a él.

—Habla —dijo con total tranquilidad sin abrir los ojos.

—Mi señor, soy yo, Reskiel —anunció el sargento-comandante.

Zadkiel oyó los crujidos de su armadura al hacer éste una reverencia, a pesar de que no podía verlo.

—Quiero conocer el destino del capitán Baelanos, mi señor —prosiguió Reskiel tras unos instantes de pausa—. ¿Ha sido recuperado?

Sin duda, ese perro ambicioso trataba de suplantar la posición del caído capitán de asalto en la jerarquía de mando de Zadkiel, o realizar alguna maniobra para lograr mayor poder e influencia en la flota. Esto no preocupaba al almirante de los Portadores de la Palabra. Reskiel era fácil de manipular. Su ambición sobrepasaba en mucho a sus habilidades, un hecho que era fácilmente explotable y controlable. Al contrario que Ultis, cuyo juvenil idealismo y temeridad lo amenazaban, Zadkiel era optimista respecto a las posibilidades de promoción de Reskiel.

—Aunque mortalmente herido, el buen capitán se recuperará —le dijo Zadkiel—. Su cuerpo ha entrado en estado catatónico para poder recuperarse. —Tras ese comentario, Zadkiel se volvió para mirar al sargento-comandante a los ojos—. Baelanos estará incapacitado durante un cierto tiempo, capitán. Esto refuerza tu posición en mi cadena de mando.

—Mi señor, mi intención no era implicar …

—No, evidentemente no, Reskiel —le interrumpió Zadkiel con una sonrisa irónica—, pero has sufrido por nuestra causa y tal sacrificio no puede ser pasado por alto. Asumirás las funciones de Baelanos.

Reskiel asintió. Al portador de la palabra le habían roto los huesos parietales de la cabeza y su cara había sido reforzada con una red metálica sujeta a la mandíbula y la

mejilla.

—Hemos perdido muchos hermanos en este día —dijo, señalando a los cadáveres de los astartes que yacían ante su señor.

—No se han perdido —replicó Zadkiel. Cada uno de los Portadores de la Palabra muertos estaban situados sobre una losa mortuoria, listos para quitarles las armaduras y recuperar sus semillas genéticas. Uno de ellos yacía con los ojos mirando sin ver hacia el techo. Zadkiel se los cerró reverentemente—. Únicamente si la Palabra no tuviera un lugar para ellos podríamos considerar que se han perdido.

—¿Qué ha sucedido con Ultis?

Zadkiel observó los cadáveres.

—Cayó en Bakka —mintió—, y la Cábala Erudita con él.

Reskiel rechinó los dientes de rabia.

—Malditos sean.

—Nosotros no maldecimos a nadie, Reskiel —dijo Zadkiel abruptamente—, ni siquiera lo hace Lorgar. Los perros lacayos del Emperador se maldicen a sí mismos.

—Deberíamos dar media vuelta y hacerlos desaparecer del espacio real.

—Tú, sargento-comandante, no estás en posición de decir qué debe y qué no debe hacer esta nave. En la presencia de estos leales hermanos no te rebajes a olvidar tu misión. —Zadkiel no tuvo que levantar la voz para mostrar su total enfado.

—Por favor, perdonadme, almirante. He perdido… he perdido hermanos.

—Todos hemos perdido algo. Está escrito que habremos de perder mucho antes de salir victoriosos. No debemos esperar otra cosa. No atacaremos a la *Iracundo* porque eso requeriría un tiempo del que no podemos prescindir, pues nuestra misión depende en gran medida de su precisión. Kor Phaeron no llegará tarde, y nosotros tampoco. Además, tenemos otras opciones para encargarnos de la *Iracundo*.

—¿Os referís a Wsoric?

Zadkiel apretó el puño en un instante de emoción imposible de reprimir.

—No es adecuado que su nombre sea pronunciado en este lugar. Prepara la catedral para recibirlo.

—Inmediatamente —dijo Reskiel—. ¿Y sobre el astartes superviviente?

—Cázalo y mátalo —le ordenó Zadkiel.

Reskiel saludó y salió de la capilla.

Tras asegurarse de que el sargento-comandante se hubiera marchado, Zadkiel hizo un gesto hacia las sombras, de entre las que surgió un huésped clandestino.

El magos Gureod penetró en la luz de las velas votivas con sus mecadendritas chasqueando como unas garras insectívoras.

—¿Habéis recibido a Baelanos? —preguntó el almirante.

El magos asintió.

—Todo está preparado, mi señor.

—Entonces inicia inmediatamente su renacimiento.

Gureod se inclinó y abandonó la sala.

Finalmente solo, Zadkiel miró a los cadáveres que yacían alineados ante él. En otra sala, junto a muchos de los tripulantes de la *Abismo Furioso* que habían muerto, se encontraban los astartes enemigos eliminados en la sala de máquinas y la catedral. Éstos no recibirían bendición alguna. Había renunciado a tal honor, aunque hubiera podido serles concedido, pues no comprendían el significado de la oración y la fe. Jamás lograrían un lugar en la Palabra. La habían abandonado.

Esos astartes, los declarados enemigos de Lorgar, eran lo que realmente se había perdido.

Una hora después de que la *Iracundo* entrara en la disformidad, Cestus se dirigió a la sala de aislamiento. Al llegar encontró a Rujveld aún ocupando diligentemente su posición. Sin embargo, esta vez el garra sangrienta se apartó antes de que se lo ordenaran y sin ofrecer resistencia alguna. Quedó muy claro que el ultramarine no iba a necesitar hacerlo más.

La penumbra de la sala de aislamiento e interrogación era la que Cestus recordaba, aunque en esta ocasión el aire olía a cobre y a sudor.

—¿Qué progresos habéis logrado? —le preguntó el capitán ultramarine a Laeradis, que permanecía en pie al borde de la sala. La cara del apotecario estaba cenicienta cuando miró a su hermano capitán y saludó.

—Ninguno —susurró.

—¿Ninguno? —inquirió Cestus, poco complacido—. ¿No nos ha dado ninguna información en absoluto?

—No, mi señor.

—Brynngar…

—Tu apotecario lo ha resumido bien —gruñó el lobo espacial, de espaldas a Cestus. Jadeaba fuertemente por el obvio esfuerzo del interrogatorio. Cuando se dio la vuelta, Brynngar tenía la cara demacrada y la barba y buena parte del torso manchado de sangre. Mantenía los puños, con los nudillos ya despellejados, apretados con un gesto de furia.

—¿Sigue vivo? —quiso saber Cestus con una cierta preocupación en la voz, no por el destino de su prisionero, sino ante la perspectiva de haber perdido su única opción de obtener alguna información.

—Vive —respondió Brynngar—. Pero, por los océanos de Fenris, tiene los labios sellados. Ni siquiera nos ha dicho su nombre.

Cestus sintió que su espíritu flaqueaba durante un instante. El tiempo se estaba acabando. ¿Cuántos saltos disformes más quedaban antes de llegar a Macragge? ¿Cuántas oportunidades más tendrían de detener a los Portadores de la Palabra? Era

irracional pretender que una nave, incluso una como la *Abismo Furioso* pudiera llegar a amenazar Macragge y su legión. Sin duda, incluso la mera presencia de la flota orbital del mundo natal de los Ultramarines sería suficiente para detenerlo, sin contar con que Guilliman y su legión se estaban reuniendo en la cercana Calth. Sin embargo, estaba sucediendo algo más, unos acontecimientos de los que, de momento, Cestus no tenía ni un indicio cierto. La *Abismo Furioso* era una pieza dentro de un plan mucho mayor, podía sentirlo, un plan que representaba el verdadero peligro. Era preciso doblegar al portador de palabra, y hacerlo rápido, descubrir lo que sabía y una forma de detener la nave y su inexorable avance.

Brynngar era posiblemente el astartes más físicamente intimidante que había conocido jamás, aparte de la gloriosa majestuosidad del noble primarca. Si él, con toda su fuerza y salvajismo no podía doblegar al traidor, ¿quién sería capaz de hacerlo?

—Sólo nos queda una posibilidad —dijo Cestus, repentinamente consciente de la respuesta, aunque se tratara de una solución empañada por un gran compromiso.

Brynngar sostuvo la mirada de Cestus con los ojos entrecerrados tratando de discernir el significado de las palabras del ultramarine.

—Habla —dijo.

—Liberaremos a Mhotep —respondió simplemente Cestus.

Brynngar rugió su disconformidad.

Mhotep estaba sentado en tranquila contemplación de las habitaciones preparadas para él a bordo de la *Iracundo*. Como se le había ordenado, no había abandonado la relativamente espartana cámara desde su encarcelamiento tras derrotar a la *Espada Llameante*. Estaba sentado en profunda meditación, sin su armadura, vestido con ropas que le habían proporcionado los siervos de la legión que lo atendían y que hacía mucho se habían marchado. Su mirada estaba centrada en la superficie del único ojo de buey de la habitación, que mostraba la inabarcable profundidad del espacio psíquico.

Cuando la puerta de su celda se abrió, Mhotep no se sorprendió. Había seguido las hebras del destino y comprendido la telaraña de posibilidades que lo habían conducido a ese punto, a esa reunión.

—Capitán Cestus —murmuró el capitán de los Mil Hijos con un aire de presciencia desde debajo de su capucha de piel.

—Mhotep —lo saludó Cestus, tomado un poco por sorpresa por la actitud del capitán.

El ultramarine no estaba solo; había llevado con él a Excelinor, Amryx y Laeradis.

—El asalto a Bakka Triumveron falló, ¿no es así? —dijo Mhotep.

—Es evidente que el enemigo fue advertido de nuestras intenciones. Es en parte por eso que he venido a verte.

—¿Crees que puedo proporcionarte algunas respuestas a esta adivinanza?

—Sí, lo creo —replicó Cestus.

—Es sencillo —dijo Mhotep—. Los Portadores de la Palabra han realizado un pacto con los habitantes de la disformidad. Éstos les advirtieron de vuestro ataque.

—¿Existe vida inteligente en el empíreo? —preguntó, incrédulo, el ultramarine—. ¿Cómo es posible que no lo supiéramos? ¿Los primarcas tienen conocimiento de ello? ¿Lo tiene el Emperador?

—Eso yo no lo sé. Todo lo que puedo decir es que la disformidad está más allá de tu comprensión o de la mía, y que existen cosas en sus insondables profundidades que son más antiguas que el tiempo como nosotros lo conocemos. —Mhotep se detuvo un instante, como si hubiera entrado repentinamente en estado contemplativo—. ¿Tú los ves, hijo de Guilliman? —inquirió aún en su postura de meditación—. ¡Qué belleza!

Cestus siguió la mirada del capitán de los Mil Hijos hacia la claraboya y no vio nada fuera del brillo de los campos estructurales y el extraño y ondulante paisaje de la disformidad.

—No me hagas lamentar lo que estoy a punto de hacer, Mhotep —le advirtió, satisfecho de contar con la presencia de sus hermanos de batalla detrás de él.

El capitán ultramarine ya había ordenado a los hombres armados que vigilaban la puerta que se fueran, una orden que obedecieron con gran alivio. Era un gesto discutible, realmente. Mhotep podría haber salido en cualquier momento, indiferente a su presencia. El que no lo hubiera hecho, de alguna forma mitigaba lo que Cestus estaba a punto de decir.

Pero Mhotep se le adelantó.

—Voy a ser liberado —dijo, y no era una pregunta.

—Sí —afirmó Cestus con cautela—. Tenemos un prisionero a bordo y muy poco tiempo para descubrir lo que sabe.

—¿He de asumir que los métodos convencionales han fallado?

—Sí.

—No es de extrañar —dijo Mhotep—. De todos los hijos del Emperador, la XVII Legión es la más ferviente y apasionada. La simple tortura no triunfará ante su ardiente fanatismo y celo.

—Necesitarnos una táctica distinta, una a la que no quiero recurrir, pero que me veo obligado a utilizar.

Mhotep se levantó, se apartó la capucha y miró a la cara de Cestus.

—Ultramarine, no hay necesidad de mostrar tu reticencia ante mí. Estoy seguro de que los informes de este día, si jamás llega a transcribirse nuestra conversación,

afirmarán que has actuado bajo la más profunda coacción —apuntó suavemente, con una ligera sonrisa en los labios que se perdió rápidamente en una máscara de indiferencia.

—No conozco los poderes que posees, hermano —dijo Cestus—. Había pensado llevarte a juicio y obligarte a contestar esta pregunta por mi. Sin embargo, parece que los acontecimientos nos dominan.

—Así es —respondió Mhotep—. Estoy obligado por mi deber tanto como tú, ultramarine. Si soy liberado, lucharé tan duramente como cualquiera y consagraré mi fuerza a la causa.

Cestus asintió. Su torva expresión no mostraba las conflictivas emociones que bullían en su interior, la aversión a desobedecer abiertamente el decreto del Emperador en vista de las necesidades de la situación.

—Coge tu armadura —ordenó—. Los hermanos Excelinor y Amryx te acompañarán a la celda de aislamiento. —Cestus se dio la vuelta y empezó a alejarse con Laeradis cuando Mhotep volvió a hablar.

—¿Qué pasa con el hijo de Russ? ¿Qué opina él de mi emancipación?

La aullante y violenta protesta de Brynngar todavía rugía en los oídos del ultramarine.

—Deja que yo me preocupe por eso.

Cestus y Laeradis ya estaban esperando cuando Mhotep, con Excelinor y Amryx siguiéndolo de cerca, llegaron a la celda de aislamiento. Brynngar y Rujveld ya se habían marchado tras la explosiva manifestación de disconformidad del lobo espacial.

Cestus saludó a sus hermanos de batalla mientras se aproximaban. Los dos ultramarines devolvieron el gesto y se quedaron atrás, junto a su capitán.

—El prisionero está en el interior —dijo el capitán ultramarine a Mhotep, quien había llegado hasta la puerta y permanecía tranquilamente en pie ante ella—. ¿Necesitas la ayuda de Laeradis? —añadió.

—Puedes dejar que tu cirujano regrese a sus habitaciones —le replicó Mhotep con la mirada fijada en el portal sellado, como si pudiera ver a través de él.

Cestus hizo una señal al apotecario, indicándole que su trabajo había concluido.

Si Laeradis pensó alguna cosa sobre lo que Mhotep había dicho, no dio muestras de ello. Hizo un estricto saludo a su capitán y se dirigió hacia sus habitaciones.

Mhotep pulsó el icono de activación y el portal se abrió mostrando la celda en penumbra.

—Una vez empiece, no debe entrar nadie. —Mhotep se volvió para mirar al ultramarine—. No importa lo que escuches o veas, no entres —le advirtió, y toda evidencia de superioridad se desvaneció de su rostro.

—Esperaremos aquí —dijo Cestus. Excelinor y Amryx seguían con el rostro serio

junto a su capitán—, observando todo lo que hagas, Mhotep —el capitán ultramarine señaló un ventanuco que permitía observar el interior de la celda de aislamiento—. Si veo alguna cosa que no me gusta, estarás muerto antes de poder pronunciar otra palabra.

—Evidentemente —dijo Mhotep, imperturbable, mientras entraba en la sala. La puerta se cerró tras él.

Mhotep se adentró cuidadosamente en la penumbra, observando lo que lo rodeaba a medida que avanzaba. Algunas salpicaduras oscuras manchaban el suelo y las paredes, y ni siquiera el techo estaba libre de las evidencias de la tortura. Una armadura había sido arrojada a una esquina, junto con el mono corporal que se colocaba debajo. Eso no podía considerarse hacer desnudar por un grupo de acólitos. No, era algo demencial, una manera de llegar a la débil carne desnuda y causar dolor y un profundo sufrimiento. La expresión de Mhotep se endureció ante tal barbarismo. Algunos utensilios, toscos y brutales a ojos del capitán de los Mil Hijos, yacían en desorden sobre una bandeja de plata, también manchada de sangre. Algunos de ellos incluso mostraban restos de carne, sin duda arrancados del infortunado sujeto cuando su lengua no quiso soltarse bajo los puños del lobo espacial. Los métodos del cirujano habían sido igualmente ineficaces.

—Eres bastante tenaz —dijo Mhotep.

Había un vestigio de amenaza en su calmada inflexión mientras se aproximaba a la estructura metálica en forma de cruz a la que estaba sujeto el prisionero. El capitán procuró no fijarse en las brutales contusiones, los cortes, desgarros y laceraciones que cubrían el cuerpo del sujeto torturado. En vez de ello, se concentró en sus ojos. Éstos seguían siendo desafiantes, a pesar de estar ligeramente enturbiados por el castigo que el prisionero había recibido.

—Qué compromiso nos has obligado a adoptar —susurró para sí mismo, y acercó la cara hasta casi tocar la del sujeto—. Dime, ¿qué secretos posees?

La respuesta llegó tartamudeante entre los labios cubiertos de costras.

—Yo… sirvo… únicamente… a… la… Palabra.

Mhotep cogió el pendiente en forma de escarabajo y se lo quitó. Manipuló el pequeño objeto con los dedos índice y pulgar y se lo colocó sobre la frente, donde se mantuvo fijo tomando la forma de un ojo dorado, el símbolo de Magnus.

—No pienses —le advirtió, colocando los dedos contra el cráneo del prisionero y presionando con fuerza— que puedes esconderte de mí.

Cuando los dedos de Mhotep penetraron en la carne, empezaron los gritos.



DOCE

SIRENAS
GRITOS Y SILENCIO
AQUÍ HAY MONSTRUOS

Los dientes de Cestus rechinaron ante los horripilantes sonidos que surgían del interior de la sala de aislamiento. Excelinor y Amryx siguieron el ejemplo de su capitán y soportaron estoicamente los ruidos de la tortura psíquica, secretamente agradecidos de no ser los sujetos de la atención de Mhotep.

A través del ventanuco, la celda de aislamiento estaba envuelta en sombras. Cestus podía ver a Mhotep únicamente de espaldas. El capitán de los Mil Hijos se movía casi imperceptiblemente mientras permanecía en pie junto al prisionero, quien, en contraste, se debatía espasmódicamente de forma intermitente mientras su mente era escudriñada.

En diversas ocasiones, cuando los gritos estaban en su mayor apogeo, Cestus había pensado en entrar y acabar con todo, horrorizado por el daño mental que estaba siendo infligido al que antes había sido su hermano astartes, pero cada una de esas veces se obligó a quedarse quieto, advirtiendo incluso a Excelinor y Amryx de que no hicieran nada. En vez de ello, los dos hermanos de batalla se habían apartado del ventanuco, dejando solo a Cestus para observar los imaginados horrores de la tortura del portador de la palabra.

Ya había advertido furiosamente en dos ocasiones que se marcharan a los soldados de armas que habían acudido a investigar el ruido temiendo un nuevo ataque de la disformidad mientras patrullaban los puentes.

Cuando el comunicador de la nave crepitó para avisar de un peligro inminente, demostró que, en cierto modo, tenían razón.

—Capitán Cestus, acuda inmediatamente al puente. ¡Estamos siendo atacados!

Por mucho que le repeliera la idea de dejar solo a Mhotep, aunque en realidad se quedara con Excelinor y Amryx, Cestus no tenía otra opción que hacer lo que se le pedía. Llegó rápidamente al puente y Saphrax lo informó en seguida de la situación.

La alerta había saltado cuando varios proyectiles desconocidos habían sido lanzados desde la vecindad de la *Abismo Furioso* y se dirigían a través de la disformidad hacia la *Iracundo*. Al principio se pensó que los proyectiles eran torpedos lanzados en un intento de disuadirlos de su persecución. La suposición había sido desmentida en cuanto la contramaestre de Kaminska, Venkmyer, había identificado su errática trayectoria y la verdad había sido revelada.

—Sirenas —musitó Kaminska, observando la pantalla táctica que había delante de ella y que mostraba el inexorable avance de las criaturas.

Una siniestra atmósfera parecía dominar el puente, y la vicealmirante parecía incómoda a causa de ello. Su uniforme estaba ligeramente desarreglado —era evidente que había sido despertada en sus habitaciones cuando se activó la alerta—, y eso únicamente aumentaba su aparente sentido de malestar.

—Pensaba que esas cosas no eran más que mitos nacidos de la disformidad.

—Son los habitantes del empíreo —le dijo Cestus, al que su inquieto humor lo afectaba menos profundamente. Algo iba mal. El capitán ultramarine se dio cuenta de la razón de la repentina aparición de las bestias de la disformidad—. ¿Puede evitarlas, vicealmirante?

La cara de Kaminska se puso seria mientras consideraba la ruta de las criaturas disformes en la pantalla táctica situada frente a su trono de mando.

—¡Vicealmirante! —la llamó con voz severa Cestus, sacando a Kaminska del sombrío humor que repentinamente se había apoderado de ella.

—¿Si, capitán? —jadeó con la cara pálida y vacilante en su trono de mando.

—¿Orcadus es capaz de encontrar un camino para evitar a esas criaturas?

Kaminska negó con la cabeza.

—Estamos en ruta de colisión.

Cestus se volvió hacia Saphrax.

—Apresta a la guardia de honor y ordena que se dirijan inmediatamente al puente de reunión; Amryx y Excelinor también. —No quería dejar a Mhotep solo, pero las criaturas de la disformidad amenazaban la seguridad de la nave y necesitaba a todos sus hermanos de batalla para defenderla. En su conjunto, era un riesgo que valía la pena correr.

—Capitán —lo llamó Kaminska mientras el ultramarine se marchaba.

Cestus se dio la vuelta y la miró, dándose cuenta de que la contramaestre Venkmyer se había levantado para ayudarla. Kaminska alejó a su segunda al mando

con una mirada.

—¿Qué sucede, vicealmirante? —le preguntó Cestus.

—Si esas criaturas son realmente nativas de la disformidad, ¿cómo vamos a detenerlas?

—No lo sé —respondió el astartes mientras abandonaba el puente.

A qué se parecía la disformidad era una pregunta que probablemente jamás podría responderse.

La mente humana no estaba preparada para entenderlo, lo que era el motivo por el que sólo mutantes especializados como Orcadus pudieran mirar en su interior, e incluso con su tercer ojo, realmente no lo percibían en su totalidad, y filtraban únicamente algunas partes, ya que de lo contrario se habrían vuelto locos.

Ciertamente, había algo de ofidio o de tiburón en las criaturas que se acercaban a la *Iracundo*. En realidad, éstas ni los interceptaban ni los seguían, sino que los acechaban desde todas direcciones a la vez, arrastrándose desde el pasado y planeando hacia el futuro para converger en un punto del frágil espacio-tiempo que mantenía a la *Iracundo* en su burbuja.

Tenían ojos, montones de ojos. Sus cuerpos eran temblorosas tiras de no-materia capaz de adoptar cualquier forma, pues no tenían ninguna forma verdadera, pero siempre tenían ojos. También tenían alas, así como garras y colmillos, y bamboleantes masas de sebo que los mantenían calientes ante el frío nuclear de las tormentas disformes. Ardían y brillaban con colores ácidos, y poseían escamas afiladas como dagas de hielo. Habían nacido en el abismo, y jamás habían sido obligadas a adoptar forma alguna por la tiranía de la realidad. Mantener su forma durante más de un instante era una idea tan alienígena para ellas como la disformidad lo era para la mente humana.

Abriendo unas bocas de lamprea, los depredadores se hicieron coextensivos con la *Iracundo*, obligándose a adoptar formas poco lógicas para evitar ser aniquilados por los campos de energía protectora que rodeaban la nave.

Las mentes de su interior estaban rebosantes de potencial para la locura, una deliciosa demencia en la que sumirse. Los depredadores se alimentaban normalmente de restos: instantes de emoción o agonía lo suficientemente poderosos como para reflejarse en la disformidad para ser consumidos. Allí había vidas enteras rebosantes de sensaciones dispuestas a ser devoradas, suficientes para que cualquiera de esos espectros se volviera sanguinario y terrible, como una ballena flotando en medio de un abismo lo suficientemente grande para alimentarse de su propia especie.

Miles de luces brillantes parpadeaban en la nave, y cada una de ellas era un potencial festín, y una puerta para los predadores no físicos.

Uno de ellos encontró una mente desprotegida y, penetrando dolorosamente en las

reglas de la realidad, se abrió paso.

Los gritos fueron los primeros indicios de que algo iba mal en el puente de lanzas.

Las lanzas, unos inmensos cañones láser conectados a los reactores de plasma de la popa de la nave, habían permanecido en silencio desde el duelo con la *Abismo Furioso* en el exterior del sistema solar. Las dotaciones de los cañones seguían atentas, pues los láseres eran temperamentales, especialmente cuando habían de conducir los titánicos niveles de energía que podían vomitar las lanzas, por lo que sus dotaciones estaban constantemente ocupadas arreglando imperfecciones en las lentes focalizadoras y limpiando los conductos láser, que podían explotar si algún componente refractaba demasiada energía en la dirección equivocada.

Un miembro de la dotación cayó desde su posición en el interior de lo más alto del casco, donde había estado alineando uno de los gigantescos espejos. Chocó contra el suelo con un crujido que indicó al oficial al mando que, sin duda, estaba muerto. Era un sonido que había oído demasiadas veces en su vida.

El oficial no se dio prisa en ver lo que le había sucedido al caído. Las muertes siempre implicaban problemas. La dotación tendría un hombre menos, por lo que alguien debería ser trasladado de otra posición en la nave, y la *Iracundo* ya había sufrido demasiadas bajas, además de encontrarse en esos momentos en el abismo.

Para un hombre, morir en el abismo era tener mala suerte. Algunos decían que si morías en la disformidad, jamás salías de ella, e incluso con la supresión de las religiones en la flota, no podían evitarse supersticiones nacidas del vacío como ésta.

Sin embargo, el hombre muerto no estaba muerto. Cuando el oficial llegó junto al cuerpo, vio que maullaba como un animal ahogándose, arqueándosele la espalda y con las muñecas y tobillos temblando como si tratara de ponerse en pie.

El oficial mostró su malestar porque el hombre siguiera vivo, pues sin duda moriría pronto, y trasladarlo a la enfermería era otro inconveniente que las dotaciones de los cañones no necesitaban.

El cuerpo del moribundo se distendió con un crujido de costillas rotas. Una parte de su cuerpo se separó del resto, y los órganos se vertieron al suelo por la pelvis rota. Su esternón se liberó y las costillas flotantes toparon con la cubierta del láser. El cuerpo se le arqueó en el suelo formando un tembloroso y pulsante arco de carne y hueso que derramaba sangre sobre el suelo de metal. La cabeza del tripulante colgaba a un lado, con la mandíbula desencajada en un ángulo extraño y los ojos aún abiertos.

La zona alrededor de la arcada se deformó y oscureció. El depredador forzó su paso vertiéndose en el suelo entre los contenidos de las entrañas creando unos ojos ciegos que parpadearon al verse envueltos en la luz.

Entonces empezaron los gritos.

En el puente de lanzas estaba teniendo lugar una masacre, una absoluta matanza.

Las alarmas se habían activado por toda la nave, potenciadas por las frenéticas advertencias sobre monstruos y muertos volviendo a la vida, antes de quedarse ominosamente en silencio. Al frente de sus hermanos de batalla en el puente de reunión, Cestus había conducido a la guardia de honor, totalmente equipada, hacia el puente de lanzas, y allí estaban para ser testigos del horror.

El capitán ultramarine se preguntó por un instante si se había equivocado desde el principio, si la Verdad Imperial no era tal y si los infiernos de las antiguas creencias realmente existían para tomar forma en los puentes de lanzas. Desestimó sus dudas como heréticas, aplastándolas bajo su resolución férrea y su lealtad a Roboute Guilliman. Aun así, lo que vio entraba en conflicto directo con lo que trataba desesperadamente de creer. Diversos cuerpos estaban colgados de la pared hechos jirones de piel y músculo. Las caras de los tripulantes estaban deformadas por expresiones de horror, mirando desde pilas de extremidades arrancadas. La carne y las vísceras estaban colgadas por doquier como guirnaldas, o adornando las pesadas estructuras de las lanzas. Los espejos y lentes de focalización estaban manchados de sangre. Los vivos se estremecían en una única masa, envueltos totalmente en entrañas, clavándose los dientes unos a otros.

Unas espectrales tiras negro brillante envolvían las columnas vertebrales de los aparentemente vivos. Las tiras conducían hasta el techo del puente de lanzas, donde había una titánica masa de oscuridad, una temblorosa masa de ojos y bocas que balbuceaban y reían mientras manipulaban a la dotación del puente de lanzas hacia niveles superiores de sufrimiento.

Cestus era un astartes. Había visto cosas extraordinarias, cosas horripilantes, alienígenas amorfos que devoraban a los suyos para prepararse para la batalla, seres parecidos a insectos que formaban enjambres de temblorosos horrores depredadores, mundos enteros infectados o moribundos, estrellas ardiendo ante la muerte de una especie, pero jamás había visto nada como aquello.

—Fuego a discreción —ordenó.

El brutal coro de los proyectiles bólter se inició a su orden, acribillando la masa de carne y explotando en su interior. Thestor apuntó su bólter pesado y añadió su propio castigo de fuego a la andanada.

Un terrible chirrido llenó el atestado espacio y resonó en su casco de combate. Los limitadores auditivos trataron de modular la horrible intensidad de los chillidos de los condenados.

Las hebras colgantes movidas por la criatura de la disformidad empezaron a caer una tras otra a medida que la munición de los astartes las alcanzaba y detonaba con furia. La criatura gruñó su rabia, mostrando varias filas de colmillos afilados como agujas y una húmeda lengua espectral que parecía catar su esencia. En un ataque

relámpago, la lengua salió disparada y alcanzó a Thestor, atravesándole la coraza. Éste aulló de dolor, y disparó pesados proyectiles bólter al accionar el arma con los estertores de sus dedos muertos. La guardia de honor se dispersó cuando los proyectiles erráticos ametrallaron el puente, y Thestor tembló y se convulsionó mientras era levantado por los aires, empalado por la lengua del engendro de la disformidad.

—¡Quemadlo! —gritó desesperadamente Cestus—. ¡Quemadlo todo!

Morar avanzó con su lanzallamas e inundó el túnel con el rugiente e incandescente promethium. Thestor y la hipnotizante lengua de la criatura quedaron inmolados por el fuego purificador. La criatura de la disformidad retrocedió, gritando de rabia mientras se alejaba de las llamas. Morar movió el chorro de intenso calor hacia abajo, incinerando la informe masa de cosas muertas.

Mientras la criatura de la disformidad cedía terreno, Cestus se fijó en el rastro de fluido corrupto que manchaba el suelo a su paso.

«Si sangra, puede morir», pensó.

—Avanzad junto a mí —gritó el capitán ultramarine—. ¡Coraje y honor!

—¡Coraje y honor! —gritaron sus hermanos de batalla en respuesta.

Brynngar estaba meditando en la cámara temporalmente asignada a los Lobos Espaciales a bordo de la *Iracundo* cuando oyó los gritos de alerta por toda la nave, y se apresuró a reunir a sus guerreros.

Siguió la conmoción hasta los niveles inferiores de las lanzas, pero ni él ni sus garras sangrientas estaban preparados para la visión de la que fueron testigos al entrar en la penumbra. Era un matadero. Las paredes estaban revestidas con los cuerpos destripados y la sangre cubría todo el suelo. Numerosos huesos enrojecidos por la sangre yacían en grandes apilamientos. Los gritos habían quedado grabados en los rostros de los muertos, congelados en su último instante de agonía.

Sin embargo, la sanguinaria masacre no fue lo que hizo detenerse al capitán de los Lobos Espaciales. Fue la criatura de pesadilla que estaba desgarrando grandes bocados de carne con sus dientes. Al aproximarse, la bestia, un luminoso horror con forma de tiburón, se volvió. Su mandíbula sin labios rezumaba sangre, y su repugnante tripa estaba henchida.

—¡Monstruos! —exclamó Brynngar, quien notó el estremecimiento de una sensación nada familiar, una emoción extraña que le recorrió la médula espinal.

Recuperó rápidamente su coraje y mostró los colmillos al lanzar un aullido.

Los lobos espaciales se lanzaron contra la criatura, espadas en mano.

Mhotep salió trastabillando de la sala de aislamiento, sin sorprenderse al ver que

estaba solo. Había doblegado al traidor, pero no había sido fácil. Notaba el sudor producto de sus esfuerzos bajo el casco, y respiraba pesadamente mientras se adentraba por el corredor. Del sujeto conocido como Ultis, pues éste le había revelado su nombre antes del fin, quedaba realmente muy poco, tan sólo una babeante masa de carne y huesos. Sus defensas, grabadas por años de fanático adoctrinamiento, habían sido difíciles de romper, pero como resultado de ello, cuando habían caído, lo habían hecho de la forma más dura. Únicamente quedaba la carcasa, un balbuceante amasijo incapaz de ofrecer ya resistencia alguna, incapaz de hacer nada.

Exhausto como estaba, Mhotep gimió al detectar la presencia ajena en la nave. Reunió las reservas de fuerza que le quedaban y se dirigió al puente de lanzas.

Morar había muerto. Su cuerpo yacía en dos mitades en el suelo. Amryx estaba gravemente herido, pero vivo. Se desplomó sobre la columna de una arcada de metal después de que un trozo de carne le fuera arrancado del torso.

Una masa oscura bullía corredor abajo detrás de Cestus. Mientras el guardia de honor rechazaba al primer depredador de la disformidad, torrentes de carne semilíquida penetraban como una inundación por las entradas. Unos ojos se materializaron en la masa, centrándose en el astartes.

El ultramarine giró el cuerpo y lanzó una advertencia antes de que su bólter cobrara vida e iluminara con sus fogonazos la oscuridad que lo rodeaba. Una larga lengua de musculosa oscuridad golpeó ciegamente hacia él desde la gigantesca boca de la criatura, y Cestus se apartó de su camino. Laeradis, que trataba desesperadamente de curar las heridas de Amryx, no tuvo tanta suerte. La membrana lo laceró, enviando aguijones de dolor por todo su cuerpo. El apotecario gritó cuando su carne repentinamente se secó y se cuarteó, lanzando semillas del tamaño de puños de su fibroso interior.

Las semillas cobraron vida, desplegando pequeñas y zumbantes alas a través de sus caparazones y abriendo largas y afiladas mandíbulas. Laeradis quedó destripado en medio de una ensangrentada tormenta de fragmentos de carne, hueso y armadura.

Cestus gritó y apuntó con su pistola bólter, Acabó con las criaturas insectoides con disparos muy precisos mientras éstas zumbaban hacia él, que respiraba pausadamente para mejorar su puntería. Atrapó a la última con su mano libre, y la aplastó contra la pared antes que pudiera abrirse paso a través de la ceramita de su guantelete.

Con las dos criaturas de la disformidad a cada lado, los Ultramarines se habían visto obligados a formar un círculo cerrado.

Mientras seguía acribillando al segundo demonio de la disformidad con su pistola bólter, pudo oír a Saphrax gritando el nombre de Roboute Guilliman, entrecortado por el rugido de su arma.

El ardiente resplandor del plasma iluminaba el lateral de su cara, y el capitán ultramarine supo que su otro especialista en armas, Pytaron, seguía con ellos. Con los destellos de sus armas sin cesar un instante, Lexinal y Excelinor seguían disparando sus bólters con constantes gritos de batalla en sus labios.

El estruendo de la batalla aumentó a medida que los depredadores de la disformidad se acercaban, oscilando y resistiendo de forma imposible lo peor del fuego de los Ultramarines, aunque gritaban y gemían siempre que eran alcanzados y forzados a retroceder. Cestus comprobó el indicador de munición de su pistola bólter. Los proyectiles que le quedaban no durarían mucho. Divididos como estaban, él y sus hermanos de batalla no serían capaces de destruir ninguna de esas criaturas. Con los pocos recursos que les quedaban, tomó una decisión.

—¡Todas las armas conmigo! —gritó—. En nombre de Guilliman, concentrad el fuego.

Sin dudarlo un instante, los Ultramarines concentraron todo su fuego combinado contra una de las criaturas de la disformidad. Al no esperar la repentina andanada, la bestia fue tomada por sorpresa. Trató desesperadamente de evitarla y de escapar de aquella letal andanada, pero quedó atrapada por una lluvia de proyectiles bólter. El plasma supercaliente le abrasó el flanco y una descarga precisa de Cestus lo alcanzó en el ojo. Un agudo aullido emanó de la terrible criatura mientras se estremecía fuera de la existencia, expulsado de la burbuja de espacio real en el interior de la *Iracundo*. Sin embargo, la victoria tuvo un elevado coste, pues la segunda criatura se adelantó sin dificultad hacia las posiciones ultramarines, repentinamente envalentonada por la presencia de tres más de los suyos.

Cestus y sus hermanos de batalla se giraron al unísono, vociferando desafiantes gritos de batalla mientras se preparaban para vender caras sus vidas.

Los desgarramientos de carne mientras sus cuerpos eran destripados, el hedor a sangre y el ruido de los huesos al partirse no llegaron a materializarse.

Congeladas con las mandíbulas abiertas, preparadas para devorar a los astartes, las criaturas de la disformidad fueron asaltadas por una ardiente luz carmesí que bañó el corredor con un fulgor incandescente.

Las bestias retrocedieron y se encogieron ante él, mordiendo vanamente el aire mientras la creciente aura las quemaba.

—¡Inmundicia creada en la disformidad! —escupió una voz cargada de poder detrás de Cestus—. Vuelve al abismo y deja este plano de existencia.

Cestus se protegió los ojos ante el brillo de la luz y vio a Mhotep avanzando hacia ellos con un cerúleo nimbo de energía psíquica recorriendo su acorazado cuerpo. En la mano extendida llevaba una lanza dorada.

—¡Abajo, ahora! —gritó, y los ultramarines se lanzaron cuerpo a tierra con un gran choque de ceramita.

La lanza pasó por encima de sus cabezas como un relámpago divino, atravesando a la primera de las bestias disformes, a la que desgarró, abriéndole el flanco y manchando el puente con sus entrañas gris oscuro.

Su aullido de muerte resonó en los confines del túnel. Un instante después, todo había acabado, dejando un hedor actínico en el aire.

Las otras criaturas se acercaron, resistiendo la furiosa energía que el capitán de los Mil Hijos había liberado, pero fueron rechazadas por Cestus y su guardia de honor, que, rodilla en tierra, dispararon una poderosa andanada.

—¡Cegadla! —gritó Mhotep mientras cogía su lanza en el aire cuando ésta regresó hacia él como si fuera atraída por su guantelete.

Los ultramarines obedecieron y apuntaron las armas contra los horribles orbes negros de los predadores con forma de tiburón. El corredor se llenó de más aullidos cuando los disparos alcanzaron sus objetivos y fracturaron los orbes cristalinos. Mhotep volvió a arrojar su lanza, y otra de las criaturas fue devuelta al Immaterium.

El último depredador se envolvió en sí mismo y cambió de forma. Le crecieron nuevos ojos, que lloraban un brillante icor. Formó una serie de tentáculos, desde lo que Cestus asumió debía de ser su cabeza, que fueron transformándose en extremidades con garras. Lenguas serpentiformes acechaban desde el interior de su boca.

Una tormenta de disparos lo alcanzó, convirtiendo el suelo en un repugnante amasijo de entrañas.

Un curioso silencio llenó el vacío tras el estallido de los bólters y la intensidad de los gritos. El brillo rojizo de las luces de emergencia volvió a dominar tras el monocromático destello de los fogonazos y la explosión psíquica.

Cestus observó a sus hermanos de batalla. Amryx yacía inmóvil contra la columna, herido pero vivo. El servicio de Laeradis y Morar, sin embargo, había finalizado. Sus últimos instantes habían sido dominados por la sangre y el dolor. El resto había sobrevivido. Un cansado asentimiento de Saphrax lo confirmó.

Cestus respiraba con dificultad, pero sintió una extraña y contenida alegría por la victoria que habían alcanzado. Se volvió para mirar a Mhotep.

El capitán de los Mil Hijos trastabilló. Su luz carmesí se había apagado.

—Se han ido —jadeó, y se desplomó pesadamente en el suelo.



TRECE

EL LEGADO DE LORGAR

PROPOSICIÓN

DUELO DE HONOR

El mundo a su alrededor se volvió cada vez más extraño a medida que se adentraba más profundamente en la *Abismo Furioso*. La nave tenía el tamaño de una ciudad y, al igual que una ciudad, tenía sus rincones ocultos y sus curiosidades, sus bellas vistas limpiamente enmarcadas y sus descorazonadores extrarradios de descomposición.

Aunque se suponía que había sido fabricada recientemente, la nave parecía muy antigua. Sus diferentes partes concomitantes habían tardado tantas décadas en ser construidas y ensambladas en las forjas de Marte, que habían adquirido su propia historia antes que la nave de combate quedara acabada, y ya no digamos botada. También poseía una presencia, una especie de inteligencia impalpable que rezumaba de sus paredes de acero y permeaba en sus corredores y conductos como hebras de la telaraña de su propio ser.

Skraal pasó bajo una viga de soporte con el hacha sierra cautelosamente extendida hacia delante, y vio la firma del constructor del Mechanicum grabada en código binario. El corredor de acero parecía una avenida en lo más alto de una colmena opulenta, con el techo bajo soportado por cariátides y columnas. Un nido de barracas, posiblemente los habitáculos de los siervos que antiguamente trabajaron en la construcción de la nave, permanecía abandonado entre dos generatorium. Sin duda la nave era intrincada e inmensa. El devorador de mundos vio salas que únicamente podían identificarse como lugares de adoración: con altares e hileras de libros de rezos grabados con la Palabra de Lorgar. Un templo, medio construido en piedra y

simbólicamente fundido en metal rojo oscuro, estaba situado en un gigantesco falso anfiteatro, cuya entrada con columnas y su esculpido frontispicio le proporcionaban un aire medieval. La ampulosa entrada estaba iluminada por braseros de fuego violeta. Skraal pensó que había visto algo moviéndose en su interior, por lo que tuvo cuidado de evitarlo.

El devorador de mundos no tenía tiempo para distracciones. Los moradores de la *Abismo Furioso* lo estaban persiguiendo, e incluso en una nave tan grande como ésa la caza no iba a durar eternamente. Las bombas de fusión y las ristras de granadas perforantes repiqueteaban contra su armadura al moverse, recordándole su presencia y la urgencia con que era preciso utilizarlas.

Durante un fugaz instante en que Skraal hizo una pausa para tratar de orientarse, pensó en Antiges.

Los Ultramarines se creían que eran filósofos, o reyes, o miembros de la verdadera clase dominante. No apreciaban la pureza del propósito que únicamente podía encontrarse en el crisol de la guerra, como hacía la legión de Skraal. Estaban más preocupados en forjar su propio imperio alrededor de Macragge. Antiges, sin embargo, había demostrado su espíritu guerrero, combatiendo y muriendo en el caldero de la guerra, motivado únicamente por su deber.

Skraal lamentó su muerte con un instante de silencio, honrando sus heroicos actos, y en ese momento hizo la promesa de vengarlo.

Unas gigantescas puertas dobles esculpidas en madera negra lacada bloqueaban el paso del devorador de mundos. Skraal no podía retroceder ante aquella barrera, incongruente como la mayor parte de las cosas que había visto en la *Abismo Furioso*, así que abrió las puertas. Había luz en el interior, pero aun así el silencio era total, por lo que entró en lo que resultó ser una larga cámara de techo bajo. Al otro lado había una galería llena de artefactos. Las paredes estaban cubiertas de tapices que mostraban las victorias y la historia de los Portadores de la Palabra. Vio un cometa chocando con su planeta natal de Colchis y un niño dorado saliendo del cráter creado por el impacto. Vio templos con sus cúspides ocultas entre un manto de nubes rojas. Era un mundo teñido por la tragedia, de dorados palacios y catedrales deslustradas, y todas las estatuas de las pasadas dinastías religiosas tenían los brazos o los ojos rotos. En medio de este mundo caído, como único punto de esperanza, se encontraba el humeante cráter de la llegada de su salvador.

En el techo había un único fresco infinito que mostraba la conquista de Colchis por parte de Lorgar. En algún punto había un lugar corrupto purificado por el primarca, cuya imagen brillaba con la luz de la razón frente a los profetas y sacerdotes que se postraban ante él. Los ejércitos bajaban sus armas y las multitudes lo aclamaban.

En el otro extremo del museo la historia acababa con un Colchis restaurado y

Lorgar convertido en un héroe estudioso que escribía su historia y explicaba su filosofía. Este epílogo finalizaba con una verdad que Skraal conocía, la llegada del Emperador a ese mundo para encontrar a Lorgar, justo como había sucedido en el olvidado mundo natal de los Devoradores de Mundos y la instauración de Angron como primarca de la legión.

Los frescos y los tapices dejaban paso a trofeos mostrados sobre plintos y suspendidos del abovedado techo. Skraal hizo caso omiso de ellos y siguió adelante.

—Estás mirando al alma de nuestra legión, hermano —resonó repentinamente una voz a través de los comunicadores de la galería.

Skraal retrocedió hacia una pared, que estaba decorada con una imagen de Lorgar debatiendo con un grupo de ancianos eruditos en un anfiteatro colchiano.

—Soy el almirante Zadkiel de los Portadores de la Palabra —dijo la voz cuando el devorador de mundos respondió con el silencio—. Estás a bordo de mi nave.

—Traidor hijo de perra, ¿acaso toda tu legión se oculta tras las palabras? —le espetó Skraal, incapaz de controlar su rabia.

—Curioso término, devorador de mundos —le replicó la voz de Zadkiel sin hacer caso de aquel desaire—. Tú nos consideras traidores, pese a que jamás hemos sido otra cosa que leales a nuestro primarca.

—Entonces vuestro señor es también un traidor —gruñó Skraal como respuesta, escudriñando las sombras en busca de cualquier signo de movimiento, cualquier indicio de que estaba siendo observado.

—Tu propio señor, Angron, lo llama hermano. ¿Cómo es posible pues que Lorgar sea considerado un traidor?

Skraal miró a su alrededor tratando de localizar el pictógrafo desde el que lo estaban observando, o el comunicador de donde procedía la voz de Zadkiel.

—En ese caso ha traicionado a mi primarca y, a su vez, a su legión.

—Angron era un esclavo —repuso Zadkiel—. Ese mero hecho lo avergüenza. Menosprecia lo que era, y lo que otros hombres hicieron de él. Es de esa rabia de donde nace la que bulle en todos los Devoradores de Mundos.

Una vez seguro de que no había nadie más con él, Skraal empezó a moverse cuidadosamente a lo largo de la galería buscando una salida que no fueran las puertas dobles por las que había entrado. No se iba a dejar influenciar por las palabras de Zadkiel, y se concentró en la rabia que iba creciendo en su interior, utilizándola para impulsarse a actuar.

—Vi el eco de esa rabia en Bakka Triumveron —continuó Zadkiel—. Fue ejercida contra los siervos que se ahogaron en su propia sangre a manos tuyas y de tus hermanos.

Skraal se detuvo. Creía que nadie conocía la matanza que había causado en el puerto.

—Angron trató de llevar a sus hermanos lo más cerca de él en este aspecto, ¿verdad? —Zadkiel no cejaba, sus palabras eran como espadas sedosas que penetraban las defensas del devorador de mundos—. Fue la censura del Emperador lo que lo impidió, el mismo ser que os mantiene a ti y a tu primarca esclavo a su servicio. Pues, ¿qué es Angron sino un esclavo? ¿Qué elogios ha obtenido que no hayan obtenido el Ángel o Guilliman? ¿Qué recompensa ha logrado Angron que pueda compararse al imperio de Ultramar o a la defensa del Palacio Imperial otorgada a Dorn? Nada. Lucha por nada excepto para obedecer las órdenes de otro. ¿Qué puede considerarse un hombre así, sino un esclavo?

—¡No somos esclavos! ¡Jamás seremos esclavos! —gritó furioso Skraal, y clavó su hacha en una de las columnas de piedra del museo.

—Sí lo sois —persistió Zadkiel—, pero no estás solo, hermano; la tuya no es la única legión que ha sido olvidada —continuó—. Nosotros, los Portadores de la Palabra, lo adorábamos, adorábamos al Emperador como… a un… dios. Pero él se rió de nuestra veneración con reproches y reprimendas, al igual que se burla de ti.

Skraal siguió sin hacerle caso. Su fe en su legión y su primarca no podía ser fácilmente derribada. La retórica de aquel portador de la palabra no significaba nada. Deber y rabia, ésas eran las cosas en las que debía concentrarse mientras buscaba una forma de escapar de esa sala.

—Mira delante de ti, devorador de mundos. Ahí encontrarás lo que estás buscando.

A su pesar, Skraal miró.

Allí, dentro de una ornamentada vitrina de cristal, forjada en obsidiana y bronce, y antaño empuñada por la mano de Angron, había un hacha sierra. Repleta de dientes de brillante piedra negra, su mango estaba envuelto en la piel de algún tipo de lagarto monstruoso, e instintivamente supo que se trataba de *Diente de Bronce*, la antigua arma de su primarca.

El arma, magnífica en su simple brutalidad, había cercenado la cabeza de la reina de los xenos Scandrane, y destruido la horda de pielesverdes que servían al Archivándalo de Pasiphae.

Un mundo salvaje repleto de psicópatas tribales se había rebelado contra la Verdad Imperial, y ante la mera visión de *Diente de Bronce* en las manos de Angron, había acabado la rebelión y todos sus sujetos se habían arrodillado a los pies de los Devoradores de Mundos. Hasta la forja de *Desmembradora* y *Destripadora*, las dos hachas gemelas que Angron empuñaba actualmente, *Diente de Bronce* había sido todo un símbolo de la implacabilidad e independencia de Angron más que una mera arma.

—Fue un regalo para Lorgar que simboliza nuestra alianza —le dijo Zadkiel—. Angron juró voluntariamente unirse a nuestra causa, y con él todos los Devoradores

de Mundos.

Skraal observó el hacha sierra. Las venas hinchadas le martilleaban en la cabeza bajo su casco en forma de calavera, exacerbado por el calor de su impotente rabia.

—Está escrito, devorador de mundos, que tú y todos tus hermanos os uniréis a nosotros en el momento de decidir el destino de la galaxia. El Emperador está perdido. Ignora el verdadero poder del universo. Nosotros lo aceptamos.

—Portador de la Palabra —gruñó Skraal con los labios fruncidos en un gesto malevolente—, hablas demasiado.

El devorador de mundos rompió la vitrina con un golpe de guantelete y cogió a *Diente de Bronce*. Sin perder un momento, conectó la lengua de bronce del mango del hacha sierra y sus dientes empezaron a girar hambrientos.

El arma era demasiado pesada y poco equilibrada para que Skraal pudiera empuñarla; era necesaria la impresionante fuerza de Angron para poder utilizarla. Lo único que podía hacer era mantener la encabritada arma en horizontal mientras la lanzaba con todas sus fuerzas hacia la pared más cercana.

Diente de Bronce atravesó un fresco que mostraba a Lorgar como educador de los ignorantes, miles de almas bañadas por el halo de iluminación que lo rodeaba. La imagen fue destruida y el arma, libre de las manos de Skraal, se abrió paso lanzando chispas mientras mordía el metal de la pared.

—¡Estás condenado, Zadkiel! —gritó Skraal por encima del aullido del hacha sierra—. ¡El Emperador conocerá tu traición! ¡Él enviará a tus hermanos a traerte de vuelta cargado de cadenas! ¡Enviará al señor de la guerra!

El devorador de mundos se lanzó a través del agujero en la pared del museo y cayó en medio del oscuro amasijo de cables y metal que había detrás.

La risa de Zadkiel lo persiguió desde el comunicador.

Zadkiel apagó las pictopantallas que adornaban la pequeña consola de seguridad en la parte posterior del templo.

—Dime capellán, ¿está todo preparado?

Ikthalon, vestido con toda su regalía, incluidos los ropajes carmesí oscuro, asintió y señaló hacia el círculo, trazado con una pasta en la que se mezclaba tierra de Colchis y la sangre que había sido extraída del cuerpo del ultramarine Antiges.

El cuerpo inerte del astartes yacía en el centro, sin la coraza y con el pecho abierto para revelar la coagulada masa bermellón de sus órganos. En el suelo se habían dibujado símbolos utilizando su sangre. También le habían quitado el casco y la cabeza le colgaba hacia atrás, con los ojos vidriosos y la boca abierta, como si tuviera miedo del ritual que iba a permitir realizar con su muerte.

—Todo está preparado, tal y como ordenasteis —murmuró Ikthalon con un tono de voz cercano al deleite.

Zadkiel sonrió débilmente y miró en la dirección por la que unos pasos apagados se acercaban. Una anciana y encorvada figura ascendía los escalones de la entrada del templo, y las velas del suelo oscilaron hacia su cogulla al pasar entre los pilares.

—Astrópata Kyrszan —lo saludó Zadkiel.

El astrópata se levantó la capucha, revelando unas cuencas vacías en el lugar de los ojos, un daño infligido cuando decidió dedicar su alma.

—Estoy a vuestro servicio —susurró a través de sus cuarteados labios.

—¿Conocéis vuestra función en esto?

—Lo he estudiado a fondo, mi señor —replicó Kyrszan, apoyándose pesadamente en una rugosa vara de madera oscura mientras se dirigía hacia el cadáver de Antiges.

Kyrszan se arrodilló y mantuvo sus manos por encima del cuerpo. El astrópata sonrió levemente al notar las últimas emanaciones de calor surgiendo de él.

—Un astartes —murmuró.

—Así es —añadió Ikthalon—. Comprobaréis que su cuero cabelludo ha sido retirado.

—Entonces podemos empezar.

—Necesitaré lo que quede de él una vez hayamos acabado —añadió Ikthalon.

—No os preocupéis, capellán —dijo Zadkiel—. Tendréis su cuerpo para vuestra cirugía. Kyrszan —añadió, dirigiendo su mirada hacia el astrópata—, podéis proceder.

Zadkiel tiró un libro delante de él. Kyrszan recorrió con los dedos el encuadernado, el antiguo pergamino de sus páginas y aspiró profundamente su almizcle cargado de poder. Sus dedos, entrenados tras una vida entera de ceguera, recorrieron la tinta y leyeron con facilidad. La escritura era característica y bien conocida por él.

—Qué… qué secretos —susurró con terror—. Esto está escrito por vuestra mano, almirante. ¿Quién os lo dictó?

—Su nombre —respondió Zadkiel—, es Wsoric, y estamos a punto de honrar el pacto que había hecho con nosotros.

En las horas siguientes la disformidad mostró su rabia. Había sido herida. Sangraba emociones medio formadas: odio escasamente focalizado para ser puro, amor sin un objeto y deseos de olvido sin forma.

Temblaba. Destruía como si fuera obligada a hacer algo contra su voluntad, o tratara de mantener algo que le era muy querido. La *Iracundo* fue sacudida por terribles olas que centelleaban a través de las ondas de realidad, amenazando con romper la tenue línea de razón que mantenía la nave intacta.

Los temblores fueron calmándose. Los depredadores que se habían acercado a la perturbación habían olido los cadáveres de los tiburones de la disformidad que habían

atacado a la *Iracundo*, y rápidamente retrocedieron hacia el abismo. La nave siguió su camino en pos de las semillas dejadas a su paso por la *Abismo Furioso*.

—¿Se ha producido algún cambio? —preguntó Cestus al aproximarse a Saphrax.

El portaestandarte permanecía en pie en el exterior de la enfermería, observando la figura tumbada de Mhotep, que parecía dormir sobre una losa de metal.

—Ninguno, mi señor. Ni se ha movido desde que se derrumbó tras la batalla.

El capitán ultramarine había sido atendido hacía poco por el personal médico de la *Iracundo* de una herida sufrida en el brazo de la que no había sido consciente hasta que fue a ayudar a Mhotep. En ausencia de Laeradis, el tratamiento había sido rudimentario, pero satisfactorio. Los cuerpos de los astartes o lo que quedaba de ellos, incluidos dos garras sangrientas, habían sido trasladados al depósito de cadáveres de la nave.

La mente de Cestus todavía estaba conmocionada por lo que había visto en el puente de lanzas y por los poderes liberados por el capitán de los Mil Hijos. Cierto, no había duda alguna sobre sus prácticas psiónicas. Esto en sí mismo implicaba otra pregunta totalmente diferente y mucho más apremiante: Brynngar.

El guardia del lobo también había estado en el puente de lanzas, aunque Cestus no fue consciente de ello hasta después de la batalla, y había destruido tres criaturas de la disformidad al lado de sus garras sangrientas. La habilidad de los sacerdotes rúnicos fenrisianos al construir a *Colmillo infernal* era en gran parte la responsable. Por una vez, reunidos en el centro del puente, Brynngar había descrito escuetamente cómo las criaturas morían con facilidad bajo el filo del arma, y cómo habían huido de la furia de los Lobos Espaciales. El ultramarine creía que parte del relato había sido adornado, de forma que fuera digno de formar parte de una saga, pero no dudaba de la veracidad de la base de las palabras de Brynngar.

Eso no importaba. Fuera lo que fuese lo que el guardia del lobo pretendiera hacer respecto a Mhotep y, de hecho, respecto a Cestus, lo haría igualmente. En esos instantes, el capitán ultramarine tenía cosas más importantes de que preocuparse. Concretamente, que un traidor había sido doblegado, pues Saphrax había encontrado su cuerpo destrozado en la sala de aislamiento, pero los secretos que hubiera divulgado no podían ser revelados mientras Mhotep siguiera incapacitado. Era una cruel ironía.

—¿Sabes qué hacemos con los brujos en Fenris, ultramarine?

Cestus se volvió hacia la voz y vio a Brynngar de pie detrás de él, observando a través del cristal a Mhotep.

—Les cortamos los tendones de brazos y piernas. Luego los tiramos al mar para que reciban la piedad de la Madre Fenris.

Cestus se cruzó en el camino del lobo espacial.

—Esto no es Fenris, hermano.

Brynngar sonrió sin alegría alguna, como si reviviera un recuerdo borroso.

—No, no lo es —dijo, sosteniendo la mirada de Cestus—. Tú diste permiso a este amigo de la disformidad, y al hacerlo has mancillado dos veces mi honor. No dejaré que su presencia mancille esta nave, ni dejaré que estos hechos queden sin castigo.

El lobo espacial se arrancó un amuleto que le colgaba de la coraza y lo tiró a los pies del ultramarine.

Cestus le echó un vistazo y luego miró directamente a los ojos de guardia del lobo.

—Desafío aceptado —dijo.

Brynngar esperó en el pozo de duelos de los niveles inferiores de la *Iracundo*. El viejo lobo estaba desnudo de cintura para arriba y llevaba unos pantalones grises de entrenamiento, así como botas negras como el carbón. Mientras esperaba a su oponente flexionaba los músculos y hacía girar los hombros como calentamiento.

Dispuestos alrededor de la arena de entrenamiento, generalmente utilizada para practicar maniobras de combates sin armas, estaba todo lo que quedaba de los astartes: la guardia de honor de los Ultramarines a excepción de Amryx, que todavía estaba recuperándose de sus heridas y un puñado de garras sangrientas. La vicealmirante Kaminska, como comandante de la nave, era la única persona no astartes que podía estar presente. Ella había prohibido que los otros miembros de la tripulación fueran testigos del duelo. La noticia de que los astartes de la flota se estaban enfrentando unos a otros era un presagio de muy mal agüero, y no quería descubrir los efectos que eso podría tener en la moral si era presenciado de primera mano.

La vicealmirante observó como Cestus entraba en la arena, descendiendo una serie de escalones de metal que se ocultaron en la pared una vez hubo llegado al pozo de duelos. El ultramarine estaba ataviado de forma similar a Brynngar, aunque sus pantalones de entrenamiento eran azules, como el color de la legión.

Ante la aparición de su oponente, Brynngar blandió la espada sierra ansiosamente.

Los astartes reunidos estaban en absoluto silencio; hasta los habitualmente bulliciosos Garras Sangrientas tenían la boca cerrada y sólo observaban.

—Esto es una locura —susurró Kaminska, reprimiendo su rabia.

—No, vicealmirante —dijo Saphrax, que estaba, inmensamente más alto, de pie junto a ella—, es determinación.

El portaestandarte de los Ultramarines dio un paso al frente. Como el siguiente astartes de mayor rango, era su misión anunciar el duelo y poner de manifiesto las reglas.

—Este duelo de honor es entre Lysimachus Cestus, de la Legión de los Ultramarines, y Brynngar Sturmdreng, de la Legión de los Lobos Espaciales —gritó Saphrax con una voz parecida a la de los clarines—. El arma elegida es la espada sierra y el duelo es a sangre en el torso o incapacitación. La pérdida de extremidades o de un ojo se consideran como tal, así como un corte en la parte delantera del cuello. No se utilizarán armaduras ni armas de fuego.

Saphrax se tomó un breve respiro para asegurarse de que ambos astartes estaban preparados. Vio a su hermano capitán probando el peso de la espada sierra y ajustando su sujeción. Brynngar no hacía ningún preparativo y estaba en tensión esperando la señal.

—La causa de la disputa es el destino del capitán Mhotep de la Legión de los Mil Hijos. ¡Armas!

Los astartes se saludaron y colocaron las espadas sierra en sus respectivas posiciones de lucha: Brynngar con las dos manos y ligeramente descentrada, Cestus baja y apuntando hacia el suelo.

—¡Empezad!

Brynngar se lanzó contra Cestus con un rugido, canalizando toda su rabia en una carga con el hombro. Cestus giró sobre los tobillos para evitar la carga, pero todavía estaba un poco atontado de la anterior batalla y recibió el golpe en el costado. Una oleada de dolor entumeció su cuerpo, resonándole a través de los huesos y el cráneo, aunque el ultramarine se mantuvo en pie.

Los golpes llovieron como martillazos sobre la posición defensiva de Cestus; su espada sierra gemía al golpear en el arma de Brynngar. Los dientes de la sierra se mellaron y saltaron violentas chispas a cada impacto. Usándola a dos manos, el ultramarine logró sostenerla, pero se vio obligado a doblar una rodilla al utilizar el lobo espacial su mayor corpulencia.

—Ahora no estamos en la sala de reunión —gruñó—. No voy a darte cuartel.

—Ni yo lo pediría. —Cestus empujó y evitó el bloqueo de las armas, utilizando el impulso de Brynngar para desequilibrar al lobo espacial.

El ultramarine se movió rápidamente para aprovechar la ventaja con un golpe bajo, tratando de rasgar el torso de Brynngar, hacerle sangre, y finalizar el duelo. Pero el viejo lobo era astuto, y paró el golpe con un movimiento de su espada antes de lanzarse a otra carga con el hombro. Le faltó el repentino impulso y la furia del primero, pero sacudió igualmente el cuerpo de Cestus. El ultramarine trastabilló y Brynngar movió su arma en un brutal arco que habría separado la cabeza de Cestus de sus hombros, pero éste rodó por el suelo y los dientes del arma se incrustaron en el suelo de metal del pozo de duelos, partiendo las manchas de sangre seca dejadas por el duelo anterior de los Devoradores de Mundos.

Cestus dejó de rodar y se puso en pie. Había poca distancia entre los dos gladiadores astartes mientras daban vueltas cautelosamente uno alrededor del otro, estimando sus respectivas fuerzas y buscando una abertura.

Brynngar no esperó demasiado y, aullando, se lanzó con toda su masa contra el ultramarine haciendo girar la espada sierra.

Cestus bloqueó el ataque y las dos armas se partieron por la fuerza del impacto.

Brynngar tiró el destrozado mango de su espada sierra a un lado y lanzó un poderoso gancho que casi le rompió la mandíbula al ultramarine. Un segundo puñetazo lo alcanzó como un pistón en plena oreja. Un tercero lo levanté del suelo tras clavarse en el estómago de Cestus. El sonido de sus gruñidos al encajar los golpes se volvió apagado y distante, como si estuviera bajo el agua, mientras luchaba por tratar de recuperar los sentidos.

Fue vagamente consciente de caer y tuvo la ligera percepción de coger algo con la mano mientras golpeaba contra el suelo metálico del pozo de duelos.

De repente, a Cestus le costó respirar, y se dio cuenta de que Brynngar estaba estrangulándolo. Extrañamente, el ultramarine creyó oír algo como un llanto. Con un parpadeo volvió a la lucidez y golpeó con sus puños los antebrazos de Brynngar a la vez que le lanzaba una patada contra el esternón. Eso fue suficiente para que el lobo espacial soltara su presa. Cestus le dio un cabezazo en la nariz y un chorro de sangre y moco fluyó libremente tras el impacto.

Sintiendo nuevamente el suelo bajo él, Cestus evitó un salvaje golpe y atacó por debajo de la guardia de Brynngar. El ultramarine no fue suficientemente rápido para evitar un golpe de revés que recibió en el parietal. Estaba tambaleándose una vez más, y unas manchas negras ante sus ojos le nublaron la visión, augurando que le faltaba poco para caer inconsciente.

—Ríndete —jadeó, y cayó de rodillas mientras señalaba el torso del lobo espacial con el diente de espada sierra que tenía fuertemente sujeto en la mano.

Brynngar se detuvo con los puños crispados y la respiración dificultosa. Miró hacia abajo, hacia donde Cestus estaba señalando.

Una línea carmesí causada por la pequeña hoja de la mano de su oponente le atravesaba el estómago.

—Sangre en el torso —anunció Saphrax con un levemente velado suspiro—. Cestus gana.



CATORCE

CAZADO
UN SOLO GOLPE
ESTAMOS PERDIDOS

El tiempo tiene poco sentido en la disformidad. Las semanas se vuelven días, los días se vuelven horas y las horas se vuelven minutos. Puede expandirse o contraerse, invertirse e incluso dejar de existir en las insondables profundidades de la nada infinita, del todo infinito.

Skraal había huido hacia la más negra oscuridad tras dejar atrás la galería y el eco de la risa de Zadkiel.

Agazapado en las sombras con los gemidos de la *Abismo Furioso* como única compañía, se sintió como si hubieran pasado años, aunque podría haber permanecido allí durante semanas, o no más de una hora. Cambiando, resonando, aullando, respirando, la nave era como una bestia primigenia mientras surcaba las olas del empíreo. La inteligencia rezumaba por cada superficie: la humedad del metal, la sangre, el aceite y el hollín del aire. El calor de los generadores se convertía en aliento, fuego procedente del odio y la rabia de los hornos; el crujido del casco, apagados gemidos de placer y preocupación. Tal vez esta percepción siempre había existido y tan sólo le hacía falta cobrar forma para ser tangible. Tal vez el esqueleto que los adeptos de Marte habían forjado no era más que un armazón para un huésped inteligente.

El devorador de mundos decidió que esos pensamientos eran heraldo de la locura por haber sido perseguido durante tanto tiempo, y que las finas garras de la paranoia le estaban arañando el cerebro e infectando su mente con visiones.

Tras su descubrimiento en la galería había llegado al suelo, bajando entre los

circuitos y conductos interiores de la *Abismo Furioso* en un intento de preservación. No era la cobardía lo que lo empujaba, pues algo así era anatema para el astartes, un devorador de mundos era incapaz de sentir esa emoción. El miedo simplemente no tenía ningún significado para ellos. No, era un deseo de retomar la situación, de planear, de decidir alguna forma de destrucción que no fuera insignificante, que tuviera una cierta importancia. Adentrándose en el calor y el fuego había atravesado arcos de acero, vastos motores retumbantes y bosques de cables tan gruesos que había tenido que cortarlos con su hacha sierra para poder pasar. Era en ese intrincado infierno donde había encontrado refugio.

Había huesos en los niveles inferiores, convertidos en polvo por los pistones, aunque algunos seguían intactos. Eran los muertos olvidados con el nacimiento de la *Abismo Furioso*, atrapados en la maquinaria o simplemente perdidos y abandonados para que murieran de hambre o de sed en las laberínticas profundidades de la nave.

Durante su huida hacia esa caldera, Skraal había visto cosas. La oscuridad había jugado con él; el calor también, así como el incesante ruido de las máquinas. Unos ojos brillantes que observaban al devorador de mundos y que simplemente se fundían con las paredes. Un paisaje se había abierto ante él, con los bordes enmarcados en oscuridad. Era una gran tierra de ensangrentadas costillas y palacios de hueso, con montañas de cartílago y laberintos excavados en llanuras de músculos tensos. Unas formas humanoides danzaban en ríos de sangre mientras el mundo entero se hinchaba y respiraba con un antiguo aliento.

Y de repente desapareció, reemplazado por la oscuridad, y así había seguido.

Allí, en las ardientes entrañas, había encontrado un cierto respiro.

Podían haber pasado días sumido en su solitaria meditación, escuchando los sonidos de la nave, ordenando sus pensamientos y su determinación para no acabar volviéndose loco. Allí abajo, en la estígia penumbra, Skraal no podía oír los comunicadores, no podía detectar las patrullas que lo perseguían, por lo que ni siquiera sabía si todavía estaba siendo perseguido.

Refugiado en un pequeño espacio, apenas lo suficientemente grande para acomodar la forma de su servoarmadura dentro de un racimo de tuberías y de cables, el devorador de mundos recuperó repentinamente sus sentidos. Desactivó el nódulo cataléptico que le permitía adoptar una forma de sueño consciente cuando captó la presencia de una sombra que se acercaba por el conducto superior. No estaba solo.

El paso de los siervos no era raro, aunque infrecuente. Skraal había escuchado sus patéticos lamentos mientras realizaban a disgusto el mantenimiento y las reparaciones de la nave. ¡Esos desgraciados! Había necesitado de toda su determinación para no salir de su escondrijo y degollados a todos como el ganado que eran. Pero eso habría hecho saltar la alarma y la cacería habría vuelto a comenzar. Necesitaba pensar, decidir su siguiente paso. No poseía el instinto táctico de los hijos de Guilliman o

Dorn. Skraal era un puro instrumento de combate, brutal y efectivo. Pero aun así, en esos momentos necesitaba una estrategia, y para ello necesitaba tiempo. Primero sobrevivir, después sabotear. Ése era su mantra.

Esa doctrina se disolvió en el éter junto con la sombra. Ése no era un siervo, no se quejaba ni protestaba o lloraba, estaba callado. Era alguien más.

Unas pesadas pisadas resonaban contra el metal a cada paso, y estaba buscándolo. Skraal salió del confinado espacio y se fundió en la oscuridad, fijando la mirada en la creciente claridad que había dejado atrás, avanzando hacia el interior de la *Abismo Furioso*.

—Están siguiéndonos de forma muy obstinada, mi señor —dijo Reskiel al considerar los informes del navegante Esthemya, que sujetaba en su guantelete.

Zadkiel parecía sentirse tranquilo ante el hecho de que la *Iracundo* siguiera persiguiéndolos en la disformidad mientras observaba los garabatos en el muro de la celda de uno de los coros astropáticos de la nave.

Era una sala espartana con pocos elementos que la distinguieran. Un estrecho catre servía de cama, un simple plinto como lugar para escribir. Allí la funcionalidad era lo más importante.

—Wsoric está con nosotros —dijo, suficientemente envalentonado por la seguridad de que había sellado un pacto con la antigua criatura como para decir su nombre en voz alta—, y una vez revele su presencia, los peones del Falso Emperador comprenderán la estupidez de su persecución. Los horrores que han soportado hasta ahora no serán nada comparado con la tortura que les espera.

—Sí, mi señor —asintió humildemente Reskiel.

—Estamos destinados a cumplir nuestra misión, Reskiel —prosiguió Zadkiel—, igual que ésta estaba destinada a morir por ella.

El almirante giró el cadáver de la astrópata muerta. Estaba tendida en el centro de la celda, en medio de un charco de su propia sangre. La cara era la de una mujer, pero estaba deformada por un rictus de miedo y dolor tan pronunciados que era difícil de decir. Sus negras y vacías cuencas miraban desde unas órbitas como cráteres.

Las comunicaciones eran difíciles, incluso para aquellos que afirmaban que la disformidad era su aliada, y los mensajes del coro astropático de la *Abismo Furioso* estaban demostrando ser aún más elusivos y difíciles de interpretar. Sin embargo, Zadkiel tenía una cierta habilidad adivinatoria, y había reconstruido cuidadosamente los matices del significado, las sutiles variaciones de sentido y contexto en los símbolos trazados por la astrópata muerta.

—¿Hay algo? —le preguntó Reskiel.

—Tal vez —respondió Zadkiel, percibiendo la desesperada cadencia en la voz del sargento-comandame—. En cuanto lleguemos al sistema Macragge, no los

necesitaremos más —añadió—. No debes temer porque nos sumerjamos a ciegas en el Immaterium, Reskiel.

—No le temo a nada, mi señor —afirmó Reskiel, manteniéndose firme y con la expresión seria.

—Claro que no —le respondió rápidamente Zadkiel—, excepto, quizá, a nuestro intruso. ¿Es que los hijos de Angron despiertan un temor interior en ti, sargento-comandante? ¿Es que recuerdas demasiado vívidamente el pinchazo de la rabia de nuestro antiguo hermano?

Reskiel levantó casi inconscientemente el guantelete hacia las toscas reparaciones de su cara y mejilla, pero la retiró rápidamente, como si se hubiera quemado.

—¿Es ésa la razón por la que nuestro intruso todavía sigue libre por la nave? —insistió Zadkiel.

—Está controlado —gruñó Reskiel—. Si vuelve a aparecer, lo sabré, ¡y yo mismo en persona clavaré su cabeza en una pica!

Zadkiel resiguió la forma de la apretada escritura en las paredes, sin hacer caso de forma deliberada del apasionado exabrupto del sargento-comandante.

—Aquí —susurró tras encontrar finalmente el significado que había estado buscando.

La astrópata había escrito el mensaje con sus fluidos vitales, las páginas de pergamino con su símbolo habían quedado saturadas con datos carmesíes y estaban esparcidas por el suelo de la celda como hojas ensangrentadas.

—La corona es Colchis —dijo Zadkiel, señalando un icono manchado—. Estas marcas complementarias indican que el dictado procede de un comandante de la legión —añadió con un movimiento del guantelete que seguía una línea de símbolos que Reskiel no podía entender.

Los astrópatas raramente podían permitirse el lujo de comunicarse por medio de palabras o frases. En vez de ello, poseían un extenso catálogo de símbolos, que eran muchísimo más fáciles de transmitir psíquicamente. Cada símbolo tenía un significado, que se volvía considerablemente más complejo a medida que se añadían nuevos símbolos. La flota de los Portadores de la Palabra poseía su propio código, en el que la corona había sido modificada en base a la Corona de Colchis, y representaba tanto al mundo natal de la legión como al liderazgo de la misma.

—Dos ojos, uno ciego —continuó Zadkiel—. Ha de tratarse del capítulo de Kor Phaeron.

—¿Quieren algo de nosotros? —inquirió Reskiel.

Zadkiel distinguió otro símbolo en medio del miasma, la mayor parte de la cual eran restos eidéticos que le llegaban a la mente en forma de imágenes inconscientes y sutiles desvaríos. Era una serpiente enroscada, el código geométrico abstracto para el sistema Calth.

—Sus exploradores han confirmado que los Ultramarines se están reuniendo en Calth —respondió Zadkiel—. Todos ellos. Tan sólo unos pocos guardias de honor no estarán presentes.

—Entonces debemos atacarlos con un solo golpe —dijo confiadamente el sargento-comandante.

—Como está escrito, hermano —le replicó Zadkiel, levantando la mirada de la escritura y ofreciéndole una triste sonrisa. Acabó de examinar el mensaje de la astrópata y se limpió los restos de sangre seca de sus guanteletes.

»Todo está preparado —dijo para sí mismo, imaginándose la gloria de su triunfo y la aclamación que él, Zadkiel, iba a lograr—. Que se cumpla la Palabra.

Cestus llenó su tiempo con un régimen de entrenamiento y meditación, en parte para ocupar la mente mientras la *Iracundo* atravesaba la disformidad, pero también para reacondicionar su cuerpo tras el brutal duelo con Brynngar.

Algo había poseído al lobo espacial durante la lucha. Cestus lo había sentido en cada golpe y lo había escuchado en cada grito de batalla del guardia del lobo. No era un cambio en el sentido que los depredadores de la disformidad habían tomado la forma de la tripulación de la *Espada Llameante*. No, era algo menos efímero y más intrínseco que eso, como si parte del código genético que constituía la estructura cigótica de la legión de Leman Russ hubiera quedado de alguna forma expuesta y se le hubiera dado rienda suelta.

Puro salvajismo, así es como Cestus lo definiría, una predilección animal que se mostraba únicamente ante los enemigos de los Lobos Espaciales. ¿Era la disformidad la causa de esta pérdida de determinación? Cestus podía notar su presencia constantemente. Y era evidente que la tripulación también la notaba, aunque ésta parecía verse más fuertemente afectada. Las patrullas de hombres armados se habían doblado con el paso de las semanas. Las rotaciones de estas patrullas también se habían incrementado, y la prolongada exposición a la disformidad, incluso dentro de la burbuja protectora de los campos estructurales de la *Iracundo*, se estaba cobrando su precio.

Se habían producido diecisiete muertes relacionadas con la disformidad después del ataque en el puente de lanzas, el cual había sido sellado por fusión ante los horrores perpetrados en él. En cualquier caso, los daños sufridos durante la batalla contra la nave de los Portadores de la Palabra habían dejado los sistemas de armamento inoperativos, y nadie a bordo de la *Iracundo* deseaba volver a pisar esas zonas de nuevo. Los suicidios y los accidentes aparentes eran comunes, incluso uno de los tripulantes había sido asesinado por un perpetrador que seguía libre, todo ello como producto de la psicosis inducida por la disformidad que dejaba sentir su presencia.

De la *Abismo Furioso* apenas había novedades. Seguía viajando a través del empíreo, dejando que la *Iracundo* la siguiera. A Cestus no le gustaba la calma, pues era invariablemente seguida de problemas.

Un agudo dolor se apoderó del parietal del capitán ultramarine, que hizo una mueca de dolor.

—Parecéis preocupado, mi señor —dijo Saphrax, de pie enfrente de él, con una postura de combate. Hizo girar el bastón de duelo entre sus manos con la precisión de un experto mientras daba vueltas alrededor de su capitán.

Los dos astartes estaban uno frente al otro en uno de los gymnasia de la nave. Vestían calzones y una túnica amplia, y estaban practicando el ritual diario de sus katas de entrenamiento. La rutina dictaba que el bastón de duelo debía ser el arma utilizada en esa sesión.

El cuerpo de Cestus estaba magullado y entumecido por la docena o más de golpes precisos asestados por su portaestandarte. Saphrax tenía razón; su mente estaba en otra parte, seguía en el pozo de duelos enfrentándose a Brynngar.

—¿Tal vez deberíamos cambiar al rudius? —ofreció Saphrax, indicando un par de espadas cortas de madera sostenidas por el servidor de armas. No eran más que dos de las muy numerosas armas ubicadas en el caparazón frontal de la criatura.

Cestus negó con la cabeza, e hizo el signo de batalla indicativo de que ya había tenido suficiente.

—Esto será todo por hoy —dijo, bajando el bastón y recogiendo la toalla que le ofrecía un siervo de la legión para secarse los desnudos brazos y cuello—. No me gusta esto, Saphrax —confesó, devolviendo el arma de duelo al servidor cuando éste se aproximó.

—¿El plan de entrenamiento no es satisfactorio? —le preguntó el portaestandarte, que, al contrario que Antiges, era incapaz de penetrar en el sentido oculto de las palabras de su capitán.

—No, hermano, es esta tranquilidad lo que me saca de quicio. Hemos visto muy poca actividad por parte de la *Abismo Furioso* para intentar disuadimos en casi dos semanas, o al menos cerca de dos semanas, por lo que puedo aventurar en este maldito empíreo.

—¿Eso no es más una bendición que una causa de inquietud? —apuntó Saphrax mientras iniciaba una serie de ejercicios de estiramiento para relajar los músculos después del combate.

—No, no lo creo. Macragge está cada vez más cerca, y aun así, parece que estamos cada vez más lejos de encontrar una forma de detener a los Portadores de la Palabra. Ni siquiera conocemos su plan. ¡Maldito sea Mhotep y su estado comatoso! —Cestus dejó lo que estaba haciendo y miró a Saphrax a los ojos—. Estoy perdiendo la esperanza, hermano. Una parte de mí cree que la razón por la que han cejado en sus

intentos de destruirnos es porque no les hace falta, que nosotros ya no representamos ninguna amenaza seria para su misión, si es que alguna vez lo fuimos.

—Poned vuestra fe en la fuerza del Emperador, capitán. Creed en ello y venceremos —dijo vehemente el portaestandarte.

Cestus suspiró profundamente, sintiendo un gran peso sobre sus espaldas.

—Tienes razón —dijo el capitán ultramarine. Saphrax podía no poseer los instintos y la empatía de Antiges, pero su adusto pragmatismo era una roca inquebrantable en un mar de dudas—. Gracias, Saphrax —añadió, y puso su mano en el hombro del portaestandarte, quien asintió como respuesta.

Cestus se quitó la ropa, empapado de sudor, y se colocó una túnica nueva mientras atravesaba el gimnasio en dirección a la antesala donde los siervos artificieros de la legión lo esperaban.

—Si no me necesitáis, capitán, continuaré la tabla diaria en vuestra ausencia —dijo el portaestandarte.

—Está bien, Saphrax —le replicó Cestus con sus pensamientos aún ensombrecidos—. Hay otra persona a la que necesito ver —añadió en un murmullo para sí mismo.

Brynngar se desplomó desesperado en las habitaciones asignadas para él por la vicealmirante Kaminska. Estaba solo, rodeado por una gran cantidad de barriles de cerveza vacíos, con sus garras sangrientas aislados en los barracones, y eructó estridentemente. Había ido allí tras perder el duelo de honor. No quiso hablar con nadie ni atender a razón alguna, por conciliadora que fuera, de sus hermanos Lobos Espaciales. El comportamiento del viejo lobo dejaba bien claro que deseaba estar solo. No todo el mundo había captado el mensaje.

Brynngar lo miró a través de su adusta melancolía cuando vio a Cestus entrar en su penumbrosa habitación.

—La cerveza del lobo se ha acabado —dijo, arrastrando las palabras, totalmente borracho a pesar de la actividad del preomnor y el hígado oolítico del lobo espacial.

La bebida, nativa de Fenris, era fabricada con la expresa intención de proporcionar una intoxicación capaz de superar incluso los procesos de la potenciada fisiología de los astartes, aunque fuera temporalmente.

—La retienes toda tú, amigo mío —le replicó Cestus con una genialidad burlesca, pese a la situación.

Brynngar gruñó, y pateó su jarra vacía al tratar de levantarse. El viejo lobo no llevaba la armadura, tan sólo una amalgama de pieles y ropas gruesas y grises.

Los amuletos y los talismanes rúnicos repiqueteaban sobre su hirsuto pecho, donde aún podía apreciarse la marca del corte realizado con el diente de sierra, aunque había sanado totalmente.

—Pareces totalmente recuperado, ultramarine —refunfuñó el guardia del lobo con voz irascible. La beligerancia de Brynngar no había disminuido ni un ápice con el paso del tiempo en la disformidad.

De hecho, Cestus todavía sentía el dolor en la mandíbula y el estómago a pesar de que las células Larraman de su cuerpo habían acelerado el proceso de curación exponencialmente. El ultramarine simplemente asintió, sin ninguna intención de mostrar su malestar.

—Ahora ya está hecho —dijo—. Eres un guerrero honorable, Brynngar. Es más, eres mi amigo. Sé que acatarás el resultado del duelo.

El lobo espacial fijó su ojo bueno en él, deteniéndose un instante para buscar algo más de cerveza para engullir. Gruñó y, por un instante, Cestus pensó que podría tratar de instigar otra pelea, pero se relajó y dejó escapar un áspero suspiro.

—Vale, lo acataré, pero te aviso, Lysimachus Cestus, no mantendré ningún trato con amigos de la disformidad. Mantenlo alejado de mí o le enseñaré el filo de mi arma a su lengua de hechicero —prometió, acercándose. El crujido de su barba era la única señal de que los labios del lobo espacial estuvieran moviéndose—. Si vuelves a cruzarte en mi camino, no será un duelo de honor el que decida su destino.

Cestus lo pensó durante un instante, igualando la intensidad de Brynngar con una expresión adusta.

—Muy bien —admitió el ultramarine, ya continuación añadió—. Te necesito en esta lucha, Brynngar. Necesito la fuerza de tu brazo y el acero de tu coraje.

El viejo lobo se sorbió la nariz desdeñosamente.

—Pero no mi consejo, ¿verdad?

Cestus estaba a punto de replicarle cuando Brynngar continuó.

—Tienes mi brazo a tu disposición, y también mi valor. Es suficiente —dijo, e indicó a Cestus que se largara con una mano que parecía tener garras—. Ahora déjame. Estoy seguro de que hay más bebida en alguna parte.

Cestus inspiró profundamente y se dio la vuelta para marcharse. Sí, Brynngar seguía en la lucha, el ultramarine había conseguido al menos eso, pero había perdido algo mucho más valioso: un amigo.

Cestus no tuvo mucho tiempo para lamentar el final de la amistad de Brynngar mientras se dirigía al puente. En uno de los corredores de acceso de la *Iracundo* recibió una transmisión de voz que crepitó en el nodo receptor de su gorguera.

—Capitán Cestus —dijo la voz de la vicealmirante Kaminska.

—Hable, vicealmirante, aquí Cestus.

—Preséntese inmediatamente en las salas de aislamiento —dijo ella.

—¿Cuál es la razón, vicealmirante? —preguntó Cestus, mostrando su preocupación por la brevedad del mensaje.

—Lord Mhotep ha despertado.

Una vez Cestus se hubo marchado, Brynngar encontró un último barril de cerveza del lobo y la engulló, manchándose la barba de espuma y líquido. Poco le importaba la recuperación del capitán de los Mil Hijos, y volvió a sumirse en la melancolía, viéndose afectado por el paso por la disformidad mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Una bruma limitó su visión, y pudo oler el aroma del frío y escuchar el batir de los océanos fenrisianos.

Brynngar se frotó los ojos con el dorso de la mano y recordó haber estado en pie en lo alto de un serrado glaciar con nada más que un cuchillo de pedernal y un taparrabos para cubrir su dignidad.

Eso no había sido un castigo, recordó, reconociendo el lugar de su pasado, había sido una recompensa. Únicamente los jóvenes fenrisianos más duros eran considerados aptos para realizar esa prueba. Se la denominaba la Llamada de la Sangre, pero un lobo espacial hablaba tan raramente de ella, que apenas requería un nombre.

Enfrentado a la monótona pesadilla blanca del invierno fenrisiano, Brynngar había encontrado el hueso de un depredador del hielo muerto hacía mucho, y había fijado su cuchillo a él para utilizarlo como lanza. Había aguardado pacientemente, siguiendo los rastros más recientes de las presas a través del hielo y la tundra.

Cuando la mató, había tenido lugar una lucha titánica pues incluso la criatura fenrisiana más dócil era un terrible monstruo. Tras consumir su carne, la había despellejado, y luego usó su piel como capa, como si parte de la esencia de la bestia viviera en su interior. Sin su piel y su carne habría muerto durante la primera noche. Entonces afiló los huesos para hacer más armas, por si perdía su cuchillo. Tejió una cuerda con sus tendones y fabricó un gancho con un hueso pequeño del oído interno, utilizándolo para pescar peces en el mar. Partió su quijada en dos y la utilizó como porra.

Brynngar recorrió el camino de vuelta a El Colmillo, utilizando los pocos rayos del sol invernal para descubrir la forma de descender del glaciar. Sobre un lugar escabroso de fragmentos afilados como cuchillas, el hielo se rompió y lo arrojó a una madriguera de dientes de guadaña. Se abrió paso entre esos escamosos depredadores con su garrote de quijada. Siguió avanzando, y un lince del hielo lo emboscó, pero logró derribar al escurridizo felino contra el suelo y morderle la yugular, bañándose en su sangre. El viaje fue largo. Había matado a un halcón garra del cielo arrojándole un cuchillo de hueso. Había escalado montañas.

Cuando finalmente vio las puertas de El Colmillo ante él, Brynngar comprendió la lección que la Llamada de la Sangre se suponía que tenía que enseñarle. No se

trataba de la supervivencia, ni de la lucha, ni siquiera de la determinación requerida a un astartes. Cualquier lobo espacial que realizaba la Llamada de la Sangre demostraba que poseía esas habilidades y cualidades. El mensaje de la Llamada de la Sangre era mucho más difícil de aprender.

—Todos estamos solos —murmuró Brynngar tras haberse bebido hasta la última gota de la cerveza del lobo.

Brevemente, su mente vagó nuevamente a la Llamada de la Sangre. Recordaba que un enorme y lanudo lobo negro había aparecido en un risco que dominaba el camino que debía tomar. Lo había vigilado durante mucho tiempo y descubrió que era un wulfen, los casi míticos depredadores que se decía que nacían de la tierra de Fenris para acabar con los débiles.

El wulfen no se le había acercado, pero Brynngar había sentido sus ojos observándolo durante días. Se preguntaba si la mirada de la criatura había dejado de mirarlo alguna vez.

El mismo wulfen estaba ahora sentado delante de él, observando a Brynngar con sus ojos negros. El guardia del lobo le devolvió la mirada y vio su cara reflejada en las pupilas de la bestia.

—Estás solo —le dijo—. Todos nosotros somos animales de manada, pero eso no es más que… no es más que una fachada. Nos aferramos a la manada porque de otro modo no existiría la legión. Estamos todos solos, todos nosotros. Es como si no hubiera nadie más a bordo de esta maldita nave.

El wulfen no respondió.

—Sólo tú y yo —dijo Brynngar roncamente.

El wulfen se sacudió, como un perro escurriéndose el agua del pelo.

Gruñó con fuerza y se levantó sobre sus cuatro patas. Tenía el tamaño de un caballo, y la cabeza llegaba a la altura de la del lobo espacial.

El wulfen se inclinó y cogió algo del suelo con sus mandíbulas. Con un leve movimiento de cabeza, lo arrojó a los pies de Brynngar.

Era su pistola bólter. El mango estaba cubierto de fragmentos del cuchillo de hueso que Brynngar empuñaba cuando llegó a El Colmillo tras la Llamada de la Sangre. Su anzuelo para pescar colgaba de la culata del arma por medio de un cordel hecho con tendones de animales. Las garras del halcón garra del cielo y los dientes de un lince del hielo decoraban la carcasa del arma, formando un intrincado mosaico que mostraba a un lobo negro contra la blancura del invierno fenrisiano.

—¡Ah! —dijo el guardia del lobo, recogiendo el arma—, aquí es donde estaba.

El destino es un entramado de hebras interconectadas de realidades potenciales y futuros posibles. Las eventualidades fluyen por las bifurcaciones y las paradojas. El destino no está fijado, simplemente existen una serie de resultados, e incluso la

acción más infinitesimal tiene consecuencias y resonancias.

Mhotep observó la miríada de hebras del destino en su mente. Centrándose en el silencio y el solaz de la celda de aislamiento, las visiones acudieron libremente a su mente. Unas gloriosas montañas de poder se levantaron ante él. Galaxias enteras se desvanecieron en la distancia como puntos de luz ardiente en un infinito cielo plateado. Las infinitas capas de realidad cayeron, cada una de ellas bullendo de vida. Los conceptos de Mhotep acerca de la historia y la humanidad vieron como infinidad de ciudades crecían como la hierba y se marchitaban para ser nuevamente reemplazadas por torres más grandes que las de Prospero. Los recuerdos de Mhotep brillaron contra el cielo y se convirtieron en mundos enteros.

Sumido completamente en su estado de trance meditativo, vio la magnificencia del Palacio Imperial, sus muros dorados resplandeciendo bajo el sol terrano. Vio la delicada y dorada gloria destruida, obras de arte y mosaicos reemplazados por el acero y el metal de las armas. El palacio convertido en una fortaleza, cañones como dedos negros apuntando a un enemigo que caía envuelto en llamas del cielo. Terra conducida hacia oleadas de sangre que empañaban su gloria. Hermanos luchando contra hermanos en sus legiones y desafiando bestias que surgían de la oscuridad siguiendo las órdenes de sus amos infernales.

Las máquinas de guerra flotaban, ocultando con su titánica presencia el sol cubierto por las nubes de humo. Los rayos resonaban y los relámpagos cercenaban el cielo teñido de sangre mientras sus armas hablaban. Una risa desconchaba los cielos y el Emperador de la Humanidad observaba el firmamento, donde una sombra ennegrecía el horizonte carmesí. La luz, tan brillante que quemaba los iris de Mhotep, ardía como el brillo de una estrella al explotar.

Cuando volvió a mirar hacia abajo, el campo de batalla había desaparecido, el Emperador había desaparecido. Sólo quedaba la sala de aislamiento y la fugaz resonancia de un propósito que se alejaba de la conciencia de Mhotep.

—Saludos, Cestus —dijo al notar la presencia del ultramarine en la sala mientras se sacudía de encima la desorientación y las molestias que sintió al abandonar su trance sobre el destino.

—Me alegro de volver a tenerte entre nosotros, hermano —dijo Cestus, que había permanecido en el umbral, pero ahora entró en la sala para plantarse delante de su hermano astartes.

Mhotep se volvió para mirar al ultramarine e inclinó levemente la cabeza.

—Veo que aún no consideras adecuado ofrecerme un mejor alojamiento.

Antes de la recuperación del capitán de los Mil Hijos, Cestus había ordenado que en cuanto despertara y sus signos vitales fueran confirmados, Mhotep debía ser trasladado inmediatamente a una sala de aislamiento. No existía duda alguna acerca de sus habilidades. Eso significaba que había desafiado los edictos de Nikea, y eso

implicaba que poseía una conexión con la disformidad. Si ésta era una conexión que podía ser explotada o debía ser eliminada, Cestus todavía no lo sabía.

—Has venido para saber lo que le extraje al hermano Ultis —indicó Mhotep, satisfecho por dirigir la conversación.

El ultramarine encontraba su presciencia enervante.

—No te preocupes, Cestus, no te estoy sondeando la mente —añadió Mhotep al sentir el malestar de su hermano astartes—. ¿Qué otra posible razón podrías tener para haber sido convocado a mi presencia tan urgentemente?

—Ultis, ¿ése es su nombre?

—Así es —respondió Mhotep, abriendo las ropas que llevaba para sentarse en el camastro de la sala. La armadura astartes le había sido retirada cuando estaba en la enfermería. Seguía allí, con el resto de sus pertenencias. Sin embargo, Cestus notó que Mhotep todavía llevaba el pendiente del escarabajo brillando en lo más profundo de su capucha bajo la luz ambiente de la sala, y que mantenía la capucha puesta mientras hablaban.

—¿Qué más descubriste? ¿Qué planean los Portadores de la Palabra?

—Formaska es donde todo empezó —dijo simplemente Mhotep.

Cestus mostró una cara de incredulidad.

—La segunda luna de Macragge es una roca yerma. No hay nada allí.

—Al contrario, ultramarine —lo contradijo Mhotep, bajando la cabeza—. Todo está en Formaska.

—No comprendo —dijo Cestus.

Mhotep levantó la cabeza. Sus ojos estaban iluminados por un fuego carmesí.

—Entonces déjame mostrártelo —dijo mientras Cestus retrocedía y él avanzaba para colocar la palma de la mano abierta sobre la cabeza del ultramarine.



QUINCE

PROFANACIÓN
COMUNIÓN
VISIONES DE LA MUERTE

Skraal avanzó entre la oscuridad y el calor, esta vez subiendo, aprovechando conductos y tuberías y utilizando todos los medios que pudo para ocultar su ascensión a través de los puentes de la *Abismo Furioso*. Finalmente llegó, sin poder creerlo, al lugar del que semanas antes había huido dejando a Antiges moribundo. Había regresado al templo.

Skraal descubrió que Antiges seguía allí también.

Despojado de su armadura, y con el azul oscuro de la ceramita casi cubierto por el brillo rojizo de la sangre, el devorador de mundos únicamente podía suponer que era Antiges por los símbolos del capítulo. En esos momentos de él quedaba poco más que una colección de elementos corporales. Lo que yacía ante Skraal sobre un paño mortuorio, vigilado por silenciosos acólitos, apenas podía ser considerado un cadáver. La cabeza de Antiges había desaparecido.

Skraal había oído de habitantes de mundos salvajes que desmembraban a sus enemigos o sacrificaban humanos a sus dioses paganos. Los Devoradores de Mundos tenían sus propias tradiciones guerreras, la mayor parte de las cuales eran muy sanguinarias, pero nada que pudiera compararse con la mutilación religiosa que había visto entre salvajes. El ver a astartes, especialmente los hipócritamente sofisticados Portadores de la Palabra haciendo algo así, conmocionó tanto a Skraal como el momento en que la *Abismo Furioso* disparó contra la flota imperial.

La galaxia estaba cambiando muy rápidamente. Las palabras de Zadkiel, pronunciadas varios días atrás en la galería, le resonaban en la cabeza.

El devorador de mundos se ocultó más entre las sombras al ver a diversos astartes entrando en la sala. A uno lo reconoció como el guerrero con el que había luchado anteriormente en el templo durante su huida. Con no poca satisfacción reconoció la placa metálica colocada sobre la cara del portador de la palabra allí donde Skraal le había roto la barbilla y partido los huesos de la cara.

Un capellán de oscura armadura acompañaba al guerrero Reskiel. Era uno de los demagogos de la legión, que llevaba un yelmo en forma de calavera a la que había conectado un respirador que surgía de su gorguera, y portaba un crozius, el símbolo de su oficio.

Reskiel dio varias órdenes en silencio a los acólitos. Como si lo entendieran a un nivel instintivo, hicieron una breve reverencia y procedieron a trasladar los restos de Antiges utilizando un sudario metálico. Entre todos lo levantaron por encima de los hombros y, con el capellán al frente, abandonaron la sala.

Reskiel se quedó un poco retrasado, escudriñando las sombras, y por un breve instante Skraal pensó que había sido descubierto, pero el portador de la palabra se dio la vuelta finalmente para seguir la macabra procesión.

Aflojando la presión con que sujetaba el hacha, el devorador de mundos marchó tras ellos.

Skraal siguió al enemigo a una cierta distancia y fue conducido por un pasadizo flanqueado por estatuas que se dirigía hacia lo que él asumía debía ser la proa de la nave. Anteriormente había evitado las secciones delanteras de la nave, prefiriendo ocultarse entre los amasijos industriales de los puentes de maquinaria en popa, pero para lograr un mayor conocimiento del enemigo valía la pena correr el riesgo. Prosiguiendo su persecución, el devorador de mundos se vio envuelto en la oscuridad, iluminada tan sólo por velas colocadas en hornacinas.

El capitán de los Devoradores de Mundos se fijó, al observar con más atención, que los portadores del sudario pronunciaban una oración al llegar ante unas compuertas antes de continuar hacia el interior de la débilmente iluminada sala que había tras ellas. Las palabras eran indiscernibles, pero su reverencia era obvia.

Utilizando las sombras como una capa de camuflaje, Skraal entró en la habitación. A medida que penetraba en ella se dio cuenta que era un anfiteatro anatómico. Una mesa de cirujano dominaba el centro de la habitación, rodeada de filas circulares de asientos, aunque éstos no estaban ocupados. Fuera cual fuese el ritual o experimento que iba a realizarse allí, era clandestino.

El capellán, que sobre la armadura vestía ropajes con un fleco negro, indicó con un gesto a los acólitos que avanzaran.

Las degeneradas criaturas, jorobadas y vestidas con casullas, se dirigieron rápidamente hacia la mesa. Unas sibilantes emanaciones rasgaron suavemente el silencio mientras tomaban las diversas secciones del cadáver de Antiges y las dejaban

sobre la mesa. Obsceno y profano. El cuello de Skraal se hinchó y su rabia creció al ver ese acto. Al margen de ello, era como si Antiges no fuera más que una máquina que había sido desmontada o carne despiezada en la mesa del carnicero.

La frialdad templó la rabia y la bilis que corroían a Skraal, como si su sangre hubiera sido sustituida por hielo. Era como si una capa de suciedad los cubriera y los ahogara a todos a la vez.

Skraal había realizado cosas terribles. En el saqueo de Scholamgrad y el incendio de la flota de Ethellion habían muerto inocentes. Incluso en Bakka Triumveron había matado a sangre fría por el ánimo de saciar su sed de sangre, pero eso era diferente. Era calculado y preciso, el desmembramiento sistemático y ritual de otro astartes, tan invasivo, tan fundamentalmente destructivo que su esencia se había perdido para siempre. No habría honores para él, no habría la muerte limpia sobre el campo de batalla, como debería ser para todos los guerreros, ni siquiera la dignidad de ello. No, aquello era una aberración, desalmada y terrible. Pensar que un hermano astartes era profanado de esa forma por otro de sus hermanos de batalla… Hizo falta toda la determinación de que Skraal era capaz para no descender y matarlos a todos por su profanación.

Adelantándose, el capellán se acercó a la mesa mientras los acólitos se retiraban obsequiosamente y aquél cogía uno de los brazos de Antiges para inspeccionarlo.

—¿No está la cabeza? —preguntó, dejando la extremidad sobre la mesa a la vez que se volvía hacia su hermano portador de la palabra.

—Wsoric la requirió —le replicó Reskiel.

—Ya veo, y ahora nuestro omnisciente señor quiere que reconstruyamos este cuerpo para obtener más favores de la disformidad —el tono con que el capellán pronunció estas palabras fue casi despectivo.

—Estáis hablando fuera de lugar, Ikthalon —le espetó Reskiel—. Haríais bien en recordar quién es el señor de esta nave.

—Tranquilizaos, adulador —le contestó el capellán, Ikthalon, con un gruñido—. Vuestras lealtades son bien conocidas para todos, así como vuestra ambición.

Reskiel iba a replicarle, pero fue interrumpido.

—¡Vigila tu lengua! Piensa en el destino de aquellos que fueron abandonados en Bakka Triumveron. Piensa en Ultis antes de hablar de quién es el señor. En este lugar —dijo, extendiendo los brazos para abarcar todo el macabro quirófano—, tú me suplicarás. El viejo astrópata de Zadkiel ya tuvo su ocasión y selló el pacto con Wsoric; ahora debo adivinar lo que pueda a partir de estos restos. No digas ni una palabra más. Necesito concentrarme y tú pones mi paciencia a prueba, Reskiel.

El otro portador de la Palabra, acobardado por la diatriba, se retiró hacia las sombras para dejar trabajar al capellán.

Skraal siguió observando con aberrante satisfacción, pero estaba intrigado por la

evidente disensión entre las filas de los Portadores de la Palabra.

—Manos de guerreros —dijo Ikthalon mientras los dedos de su guantelete reseguían la palma de Antiges al reiniciar su mórbido examen—, fuertes e instintivas, pero necesito más. —El capellán señaló a lo que había sido el torso del Ultramarine —. Abridlo.

Uno de los acólitos tomó un bisturí láser de debajo de una tabla y cortó la placa pectoral de Antiges. La decoración dorada se separó de la ceramita y cayó al suelo. Los Portadores de la Palabra no le hicieron caso. Cuando el acólito con el bisturí se retiró, Ikthalon hundió sus dedos en el corte. Con un gruñido de esfuerzo, dejó al descubierto el pecho del Ultramarine.

La compleja masa de los órganos astartes quedó expuesta. Skraal pudo distinguir los dos corazones y el tercer pulmón, así como el reverso de la placa torácica que quedaba tras la fusión de todas las costillas de los astartes.

El capellán hundió la mano entre las oscuras entrañas y extrajo un órgano. Parecía el hígado oolítico, o tal vez la omofágea. Ikthalon lo observó fríamente para, tras dejar el órgano a un lado, coger un puñado de entrañas que lanzó sobre la mesa y pasarse un largo periodo de tiempo observando las tiras de tejido y las manchas de sangre.

—Macragge no sospecha nada —susurró, encontrándole un sentido al acto. Recorriendo con un dedo las entrañas ensangrentadas añadió—: Aquí, ésta es nuestra ruta. Está plenamente abierta para nosotros.

—¿Qué pasa con Calth? —preguntó Reskiel desde la oscuridad.

—Eso no está claro —le replicó Ikthalon—. Kor Phaeron no tiene obstáculo alguno, excepto lo que él mismo se cree. —El capellán volvió a observar el pecho abierto de Antiges—. Hay venas en el tercer pulmón. Guilliman está representado aquí como un simple hombre. No como un primarca, sino sólo como un hombre que ignora su destino —la voz de Ikthalon rezumaba malicia.

El capellán siguió observando, y pasó la mirada por un instante sobre uno de los corazones de Antiges antes de que su cabeza se levantara de repente.

—No estamos solos —gruñó.

El bólter de Reskiel se puso en posición de disparo y ladró al transpondedor de su gorguera:

—En el anfiteatro anatómico, ¡ya!

Un grupo de cuatro Portadores de la Palabra entraron en la sala con las armas desenfundadas.

—Dispersaos —les gritó Reskiel—. ¡Encontradlo!

Skraal se retiró de la sala. Deshizo el camino que había seguido y se apartó del camino de velas, abrió de una patada una compuerta de mantenimiento y se dejó caer sobre la masa de cables y circuitos. Avanzó rápidamente, confiando en la nave para

ocultarse un poco más. Quería experimentar la rabia y sentirse confortado por ella, pero no podía alcanzarla. Se sentía insensible.

Las visiones inundaron la mente de Cestus mientras notaba como la realidad desaparecía a su alrededor. De repente se vio suspendido en las profundidades del espacio real. Formaska giraba por debajo de él. Unos torpedos argénteos impactaron repentinamente en puntos estratégicos de la superficie de la luna. Pudo distinguir pequeñas detonaciones mientras una lenta onda de choque recorría el satélite con ondas de fuerza destructiva. Cestus pudo ver pequeñas fracturas en la corteza exterior que iban ampliándose cada segundo que pasaba hasta convertirse en gigantescas fisuras que parecían bocas irregularmente cortadas. Formaska brilló y latió como si un pulsante corazón estuviera realizando sus últimos e inexorables latidos. La luna explotó.

Los restos salieron despedidos en terribles oleadas, minúsculos asteroides que ardían en la atmósfera del cercano Macragge. Una flota suspendida en la parte superior de la atmósfera fue destruida. De forma imposible, Cestus oyó los gritos de los habitantes de su mundo natal mientras los restos de la muerte de Formaska llovían sobre ellos como oleadas de rocas sobrecalentadas.

Algo se movió entre el campo de restos, oculto a los demoledores láseres de defensa de la superficie de Macragge. Acercándose más, la oscura forma entró en la atmósfera del planeta. La visión cambió a una colmena de ciudades industriales. Una nube de gas ardiente recorría las calles engullendo a la aullante población.

La imagen volvió a cambiar, mostrando como las gigantescas naves de la Cruzada en órbita alrededor de Calth eran alcanzadas por una tormenta errante de meteoros. Cestus observó horrorizado, mientras maniobraban para evitar la masacre, como la estilizada “U” de su legión era inmolada por las llamas. La lluvia de meteoritos alcanzó Calth, abriéndose paso a través de la atmósfera del planeta hasta donde sus hermanos de batalla estaban reunidos. Cestus rugió de angustia, furioso por su impotencia, gritando una desesperada advertencia que sus hermanos y su primarca jamás podrían escuchar.

La escena cambió una vez más cuando el vacío del espacio real se convirtió en metal. Como si fuera propulsado a velocidad subsónica, Cestus voló a través de los túneles y cámaras de una nave. A través de conductos, atravesando pesados generadores, más allá del fuego de los inmensos motores de plasma, finalmente llegó al puente de armamento. Allí, esperando inocuamente entre las demás municiones, había una carga letal. Aunque no podía decir cómo, sabía que era un torpedo viral que iba a representar la muerte de Macragge.

«Asesino de planetas».

Las palabras se formaron solas en la mente del ultramarine, burlándose de él,

acosándolo.

Cestus se rebeló contra ese sentimiento de desesperación, el angustioso abandono que evocaban. Gritó con todas sus fuerzas el único nombre que creía que podía dispersarlo.

—¡Guilliman!

Cestus estaba nuevamente en la sala de aislamiento. Vio a Mhotep sentado enfrente de él. El capitán de los Mil Hijos tenía la cara desencajada y cubierta de sudor.

Cestus trastabilló hacia atrás al recobrar la conciencia, desenfundó su pistola bólter con dificultad y apuntó temblorosamente a Mhotep.

—¿Qué me has hecho? —le siseó mientras sacudía la cabeza en un esfuerzo por borrar las imágenes y sensaciones residuales que le quedaban.

—Te he mostrado la verdad —jadeó Mhotep, que respiraba con dificultad mientras se recostaba contra la pared de la celda—. Te he hecho compartir mis recuerdos, los recuerdos de Ultis. No es diferente de la omofágea, aunque la absorción de memoria tiene lugar psiónicamente en vez de biológicamente —alegó.

Cestus siguió apuntándolo con el arma.

—¿Era real? —preguntó—. Lo que he visto, ¿era real? —exigió saber, dejando a un lado la pistola bólter para coger a Mhotep por el cuello.

—Sí —le espetó el capitán de los Mil Hijos entre jadeos de ahogo. Cestus siguió apretando unos instantes, pensando que podría ahogar a su hermano astartes. Con un profundo suspiro, Cestus dejó ir a Mhotep. El capitán de los Mil Hijos se dobló sobre sí mismo tosiendo mientras jadeaba en busca de aire y se masajeaba el cuello.

—Ellos no planean atacar Calth o destruir Macragge. Quieren conquistarlos a ambos y poner a la legión de rodillas, o destruirla si no se rinde —dijo Cestus, sus pensamientos y miedos aflorando como una inundación.

Mhotep levantó la mirada hacia el desesperado ultramarine y asintió.

—Y la destrucción de Formaska es donde todo empieza.

—La nave —aventuró Cestus empezando a calmarse—. Esa nave era la *Abismo Furioso*, ¿verdad? Y la carga vírica es la forma en que exterminarán la población de Macragge.

—Has visto lo que yo he visto, y es lo que Ultis sabía —confirmó Mhotep mientras recuperaba la compostura y se sentaba.

La mirada de Cestus estaba distante mientras luchaba para procesar toda la información que había obtenido y trataba de controlar la urgente necesidad de vomitar por la invasiva experiencia psíquica. Miró hacia Mhotep con una mirada de sospecha en los ojos.

—¿Por qué estás aquí, Mhotep? Quiero decir, ¿por qué estás aquí realmente?

El capitán de los Mil Hijos le devolvió la mirada por un instante y a continuación

se quitó la capucha y suspiró profundamente.

—He visto las hebras del destino, ultramarine. Sabía, mucho antes de que llegáramos a Vangelis, que mi destino estaba ligado a esta nave, que esta misión, tú misión, era importante.

»Mi legión está maldita con una mutación psíquica, pero mi señor Magnus nos ha enseñado a dominarla, a entrar en comunión con la disformidad y convenir esta comunión en auténtico poder —Mhotep ignoró la creciente repulsión en la cara de Cestus mientras hablaba del empíreo, y siguió su relato—. Nikea no fue ningún concilio, ultramarine. Fue un juicio, no sólo a mi señor Magnus, sino a toda la Legión de los Mil Hijos. El edicto del Emperador lo hirió, como la desaprobación y el castigo de un padre heriría a cualquier hijo.

»Lo que te dije en Vangelis, que trataba de mejorar la reputación de mi legión, a ojos de Guilliman ante todo, era, en parte, verdad. Tan sólo deseaba abrir tus ojos al potencial de lo psíquico, y que vieras cómo puede ser una bendición, un arma preparada para utilizar contra nuestros enemigos.

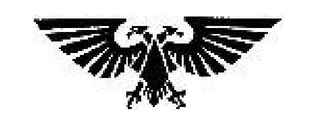
La expresión de Cestus era severa ante los apasionados argumentos de Mhotep.

—Nos salvaste a todos en el puente de lanzas —admitió el ultramarine—. Probablemente hiciste lo mismo cuando luchamos contra lo que se había convenido la *Espada Llameante*. Pero tu ambición te supera, Mhotep. He frenado la mano de Brynngar, pero a partir de este momento permanecerás aquí, en aislamiento. Si tenemos suerte y llegamos a Macragge u otra fortaleza imperial, te enfrentarás a un juicio en el que se decidirá tu destino.

Cestus se puso en pie y se dio la vuelta. Cuando estaba a punto de marcharse, se detuvo un instante.

—Si alguna otra vez invades mi mente, te ejecutaré personalmente —añadió, y abandonó la celda cerrando la compuerta detrás de él.

—Qué cerrada es tu mente —susurró Mhotep, concentrándose en el brillo reflectante del muro de la celda—. Qué ignorante de lo que se avecina.



DIECISÉIS

FLOTA

KOR PHAERON

ESTALLA UNA TORMENTA

—Eso —dijo Orcadus— es Macragge.

El navegante había recibido instrucciones de su vicealmirante de que, mientras siguieran en la disformidad, la mantuviera regularmente informada de su avance. La aparición del mundo natal de los Ultramarines, aunque fuera a través de la nebulosa lente del empíreo, era digna de mención, y por eso la había convocado.

La burbuja de observación era una sala en el mismo nivel de la *Iracundo* en que se hallaba el puente de mando, a poca distancia de él. La sala generalmente se reservaba para reuniones formales, cuando los oficiales se reunían para analizar algún trato dentro de la Flota Saturnina. Su gigantesco domo transparente permitía una visión general del espacio que proporcionaba peso a los asuntos tratados. En la disformidad, evidentemente, era una zona de acceso estrictamente restringido y su ojo permanecía constantemente cerrado.

El ojo estaba abierto en esos momentos, pero el domo estaba cubierto con potentes filtros que mantenían todas las longitudes de onda de luz, excepto las más mundanas, fuera de la sala.

La vicealmirante Kaminska apartó la mirada del navegante, dirigiéndola hacia donde miraba Orcadus, una pantalla espejo que ofrecía una nebulosa representación de lo que estaban viendo. Mirar a la disformidad, incluso a través de filtros como en ese caso, sería terriblemente peligroso para ella.

—Si pudiera ver como yo puedo —susurró Orcadus, dejando que un tono reverente matizara su voz— los portentos que hay ahí fuera, en el vacío. Existe la

belleza en la galaxia, para aquellos que son capaces de verla.

—Estoy satisfecha con ser ciega —dijo Kaminska.

La visión a través de los filtros y reflejada en la pantalla-espejo estaba profundamente distorsionada, pero podía distinguirse una masa de luz en cuarto creciente colgando por encima de la nave. Aunque no tenía ningún marco de referencia, daba la impresión de encontrarse a una enorme distancia.

—Macragge —murmuró Orcadus—. ¿Ve cómo brilla, la más brillante constelación en medio de las profundidades de este abismo? Todas esas almas trabajando duro sobre su superficie; sus chispas de vida combinadas refulgen ante mis ojos. Ultramar es el sistema más densamente poblado de todo el segmento, y las mentes de sus ciudadanos brillan llenas de esperanza. Esto es a lo que me refiero con belleza. Es un faro, un faro que brilla en medio de la malicia y la oscuridad de la ola empírea.

Kaminska siguió observando la imagen apagada del espejo de la disformidad a través de la pequeña abertura ofrecida por los filtros. Los antiguos relatos de viajeros espaciales estaban repletos de los efectos que la exposición directa a la disformidad puede tener sobre la mente humana. La locura es el destino más compasivo, decían: mutaciones, aparición espontánea de cánceres, e incluso posesión por parte de alguna presencia maligna eran mucho más habituales. Kaminska sintió una chispa de vulnerabilidad, y estaba contenta de que sólo el navegante estuviera ahí con ella.

—¿Es esto por lo que me has llamado? —preguntó, poco dispuesta o inclinada a un debate filosófico acerca del Immaterium. Tenía la mente centrada en otros asuntos, especialmente en la recuperación de Mhotep y la reunión de Cestus con el capitán de los Mil Hijos. Ella esperaba que pudiera ofrecerle buenas noticias.

—No —respondió simplemente Orcadus, rompiendo la introspección de la vicealmirante y señalando a una región diferente de la disformidad. En ella había una pequeña masa de formas brillantes, como la parte superior de unos acantilados infinitos que se perdieran en la oscuridad. Sobre esos acantilados había una franja de color rojo.

—No estoy muy versada en leer las olas del empíreo, navegante —le espetó, cansada de las excentricidades de Orcadus, pese a que eran habituales entre todas las grandes casas de navegantes—. ¿Qué es lo que estoy viendo?

—Las formaciones como estos acantilados son bastante comunes en el abismo —explicó, ajeno a la impaciencia de Kaminska—. Estamos pasando muy lejos de ellas, y estoy seguro de que nuestro objetivo ha tomado la misma ruta. La formación por encima de ella, sin embargo, es más preocupante.

—¿Tal vez otro mundo? —aventuró Kaminska—. Existen infinidad de nuevos asentamientos ahí fuera, cerca de la Franja Este.

—Eso creo, pero no es un planeta. Creo que es otra nave.

—¿Una segunda nave?

—No. Más bien creo que se trata de una flota.

—¿Y están siguiéndonos? —preguntó Kaminska, con un nudo de miedo formándosele en el estómago.

—No podría decirlo. La distancia es muy relativa ahí fuera —admitió el navegante.

—¿Podrían ser los Ultramarines? Su legión estaba dirigiéndose hacia Calth.

—Es posible. Calth puede ser su destino, supongo.

—Si no lo son, ¿cuál es la alternativa, navegante? —A Kaminska no le gustaba hacia dónde la estaba conduciendo eso. Mientras, el nudo en su estómago estaba convirtiéndose en un puño.

—Podría ser la flota de otra legión —dijo Orcadus, dejando las implicaciones colgando en el ambiente.

—Quieres decir de los Portadores de la Palabra.

—Sí —confirmó el navegante tras un instante de pausa.

Lord Kor Phaeron de los Portadores de la Palabra frunció el ceño.

—Se está retrasando —dijo.

A bordo del *Infidus Imperator* él y sus guerreros seguían su inexorable curso hacia Ultramar a bordo de la gran nave insignia que encabezaba la flota de acorazados, cruceros, naves de escolta y fragatas hacia su destino.

El archicomandante de la legión, el favorito de Lorgar, parecía inmenso con todo su equipo de combate. Sentado en un trono de hierro negro, sobresalía como un tirano todopoderoso, supervisor de todas sus letales obras. Unas cadenas votivas, adornadas con pequeñas calaveras de plata e iconos de dedicación, colgaban de sus hombreras hasta la coraza. Un halo con puntas cruzaba sus poderosos hombros y se unía al blindado generador dorsal. La resistente gorguera de metal fijada alrededor de su cuello estaba forjada formando un elevado e impresionante collar que mostraba el símbolo de la legión. Sus principios estaban ostensiblemente grabados por toda la superficie de la armadura de Kor Phaeron en forma de epístolas de Lorgar. Unos pergaminos desplegados como andrajosos estandartes cubiertos de escritos, sellos y tiras de vellón cubrían sus grebas como parches.

En los ojos del archicomandante ardía un fervor implacable que fluía hacia fuera e iluminaba la sala. Era casi como si cualquiera que cayera bajo su brillante mirada fuera a ser inmolado en el fuego de la virtud si dudaba lo más mínimo. Su voz era dominante y llena de fervor, su Palabra, el dictado del primarca. Ése iba a ser su instante de gloria, tal y como estaba escrito.

Seis maestres de capítulo de los Portadores de la Palabra estaban de pie tras Kor Phaeron, cada uno de ellos resplandeciente en su respectiva panoplia. También ellos

llenaban la inmensa sala de concilio del *Infidus Imperator* con su presencia. Por encima de ellos, del gigantesco techo abovedado, colgaban humeantes incensarios. El suelo era una pantalla gigantesca que mostraba un mapa estelar de la zona próxima a Ultramar.

—Nuestros informes más recientes indican que Zadkiel está siendo seguido —dijo Faerskarel, maestre del capítulo del Ojo Abierto—. Es posible que simplemente esté siendo cauteloso.

—¡Tiene a su disposición la *Abismo Furioso*! —rugió Kor Phaeron—. Debería haber sido capaz de acabar con cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Será mejor para Zadkiel que sea consciente de las consecuencias para todos nosotros si fallamos.

Deinos, maestre del capítulo de la Mano Ardiente, avanzó un paso.

—Lorgar otorgó a Zadkiel todos los honores —dijo. En consonancia con el nombre de su capítulo, los guanteletes de Deinos estaban permanentemente envueltos en llamas gracias a unos emisores de gas montados en los antebrazos—. Está escrito que triunfaremos.

—Pero no que lo logremos sin grandes pérdidas —le contestó Kor Phaeron con lentitud—. Calth caerá, y los Ultramarines con él, eso está decidido, pero existen multitud de posibilidades de que nuestra legión pierda muchos de nuestros hermanos, y sin duda eso es lo que sucederá si Zadkiel no cumple con su parte de la misión.

—Mi señor, sin duda Zadkiel se construye su propio destino. Debemos preocuparnos únicamente por nuestra propia flota.

El que había hablado era Ruikis, el maestre del capítulo de la Máscara Carmesí. La máscara facial de su casco estaba forjada para que pareciera una temible criatura de piel rojiza gruñendo.

—No pienso permitir que nuestro hermano nos falle —siseó Kor Phaeron, concentrado en el mapa estelar y en el aparente avance de la *Abismo Furioso*—. Habría preferido no intervenir en este asunto, pero parece que las circunstancias no me dejan otra opción. Se ha escrito mucho del éxito de Zadkiel y su relación con el nuestro. Para llevar a cabo la guerra en Calth no podemos arriesgar nada. ¿Entendido?

El silencio de los maestres de capítulo demostró su asentimiento. Skolinthos, maestre del capítulo de la Serpiente de Ébano, rompió el silencio una vez establecida su conformidad y la de sus hermanos. El esófago de Skolinthos había sido aplastado en los primeros años de la Gran Cruzada, cuando era al Emperador a quien los Portadores de la Palabra valoraban por encima de todo. Su voz crepitaba sibilinamente a través del sintetizador de voz de su pecho, que había adaptado de forma perversa el honorífico de su capítulo a su aflicción.

—¿Cómo ayudaremos pues al almirante?

—Hay palabras nuevas que aún deben ser escritas —dijo Kor Phaeron—, y que todavía desconocéis. Conciernen a la disformidad a través de la cual viajamos. Alcanzaremos a Zadkiel aunque la *Abismo Furioso* esté muchos días por delante de nosotros. ¿Maestre Tenaebron?

El maestre de capítulo Tenaebron se inclinó como un suplicante ante su señor. El capítulo del Vacío era, probablemente, el menos respetado entre los de la Legión de los Portadores de la Palabra, pues era el más pequeño. Contaba con menos de setecientos astartes. Había poca gloria en su historia, al utilizarse más como fuerza de reserva que realizaba sus misiones tras la línea del frente. Estos torvos propósitos recaían sobre el Vacío, y Tenaebron, su maestre, no se quejaba, pues sabía que la auténtica misión de su capítulo era crear y probar nuevas armas y tácticas para el resto de la legión. No le había pasado inadvertido que las órdenes más recientes de Lorgar a Tenaebron estaban relacionadas con el aprovechamiento de los recursos psíquicos de los Portadores de la Palabra.

—¿He de suponer que requiere el uso de los suplicantes? —preguntó Tenaebron.

—¿Cuántos quedan? —quiso saber Kor Phaeron, que hizo sonar las cadenas votivas al cambiar de postura sobre su trono.

—Ciento treinta, mi señor —respondió Tenaebron—. Setenta aquí, en el *Infidus Imperator*, treinta en el *Carnomancer*, y el resto están repartidos por la flota. Me he asegurado de que sean mantenidos en estado de disponibilidad. Pueden ser despertados en menos de una hora.

—Prepáralos —ordenó Kor Phaeron—. ¿Cuántos podemos permitirnos perder?

—Más de la mitad comprometería la ocultación del asalto a Calth —respondió humildemente Tenaebron.

—Entonces prepárate para perderlos.

—Entendido, mi señor. ¿Qué es lo que deben hacer?

Kor Phaeron hizo chascar sus nudillos con preocupación. No había duda de que había esperado que todo fuera tan bien como estaba planeado. La misión de Zadkiel se suponía que era sencilla. El asalto a Calth era mucho más complejo, con muchos más factores que podían ir mal. Si Zadkiel no podía cumplir con la misión que estaba escrita, los problemas en Calth podían verse terriblemente aumentados.

—Proporcióname una tormenta —le dijo el archicomandante con un tono de voz ominoso.

Tenaebron condujo a Kor Phaeron hasta la sala de los suplicantes en el *Infidus Imperator*. El archicomandante había despedido a los otros maestres para que regresaran a sus respectivas funciones, sin hacer caso de su obvia sorpresa ante tan arriesgada estratagema. El *Infidus Imperator* era una gran y poderosa nave insignia que casi rivalizaba con la inmensidad de la *Abismo Furioso*. Había sido necesario un

cierto tiempo para atravesar los campos de pruebas y las salas rituales en las que las tropas de los Portadores de la Palabra perfeccionaban sus habilidades de combate con el bólter y la espada en las diferentes arenas. Allí abajo, sobre cada superficie, la Palabra era omnipresente. Sentencias escritas en mamparos y columnas de apoyo, tomos colgados por Lorgar en los púlpitos que dominaban las salas y las capillas de los seminarios, bibliotecas de conocimientos… La nave estaba saturada de la sabiduría y el celo del primarca.

Antiguamente la nave se había denominado *Rapturous Rex*, una nave consagrada al Emperador, quien había arrancado a Lorgar de Colchis para colocarlo al mando de los Portadores de la Palabra. Ahora era un templo a otro ídolo, más dispuesto y considerado. El Falso Emperador había sido extirpado de sus corredores.

Tenaebron llegó a la estrecha sala de elevado techo, como un cañón de acero, en la que residían los suplicantes. Mantenidos en contenedores de cristal situados en las paredes, cada uno de estos contenedores servía como sistema de soporte vital, proporcionando oxígeno y nutrientes mientras los suplicantes dormían. Enroscados y desnudos, temblando por la fuerza del poder acumulado en su hinchado y lacerado cráneo, parecía que estuvieran soñando. Tenían los ojos y las bocas sellados. Algunos carecían de rasgos faciales, pues sus cuerpos habían abandonado para siempre la necesidad de respirar, comer o experimentar.

Un trío de bibliotecarios de los Portadores de la Palabra saludaron al maestre del capítulo mientras Tenaebron examinaba los signos vitales en una pictopantalla conectada a los sistemas de soporte de vida situada en el centro de la sala. Los bibliotecarios se inclinaron profundamente cuando Kor Phaeron entró en la sala, y se arrodillaron silenciosamente ante él.

—Levantaos —dijo, y los bibliotecarios obedecieron—. ¿Está todo preparado? —inquirió, dirigiéndose al maestre del capítulo.

Tenaebron consultó los datos en la pictopantalla, se volvió hacia su señor y asintió.

—Invoca la tormenta —gruñó—. Que sean destruidos por su furia.

El maestre del capítulo volvió a asentir, y procedió a ordenar a los bibliotecarios que activaran los cognitadores conectados a los receptáculos de los suplicantes. Kor Phaeron dejó que Tenaebron cumpliera sus funciones sin decir ni una palabra más.

En las paredes, los suplicantes se estremecieron, como si el sueño se hubiera convertido en una pesadilla.

Zadkiel llegó al puente cuando se desencadenó la tormenta.

La vista que se extendió ante él estaba bañada por luces estroboscópicas desatadas en forma de relámpagos. Unos complicados mapas simbólicos de la disformidad brillaban en las tres pantallas principales indicando que se trataba de un

flujo muy violento. El contramaestre Sarkorov ladraba órdenes a la tripulación del puente, que estaba inclinada sobre sus pantallas, con las caras iluminadas por el brillo verde de los datos que se mostraban.

—¡La disformidad se rebela! —siseó Zadkiel.

—Tal vez no —murmuró Ikthalon. El capellán, tras dejar a Reskiel en persecución de su polizón, había sido convocado al puente y permanecía junto al trono de mando—. Los suplicantes hace poco que han sido reanimados. Posiblemente se trate de un presagio del actual estado de agitación del empíreo. Creo que está actuando una voluntad superior. Al parecer, la confianza en nuestra habilidad para proseguir con la misión está flaqueando —Ikthalon fue cauteloso, manteniendo el anzuelo bien oculto, aunque la implicación en la ineptitud de Zadkiel seguía bien presente.

El almirante no le hizo caso. La tormenta de disformidad y su origen eran su mayor preocupación en ese momento.

—¿Kor Phaeron? —se preguntó.

—No puedo pensar en nadie más. Excepto nuestro archiseñor, ¿quién más intercedería en nuestro favor?

Zadkiel gruñó al ocurrírsele otra posibilidad.

—Sin duda se trata de Tenaebron, tratando de reclamar para el capítulo del Vacío lo que pertenece a la Pluma.

—Siempre ha sido ambicioso —asintió Ikthalon con el mismo tono de voz tranquilo.

Zadkiel ocupó su posición en el trono de mando.

—Sería descortés negarle a Tenaebron su fugaz victoria —se mofó Zadkiel—. Será totalmente eclipsada por la nuestra. Contramaestre Sarkorov —ordenó—, prosiga hacia Macragge. Dejemos que la disformidad se encargue de la *Iracundo*.

Cestus fue arrojado contra la pared cuando la *Iracundo* se vio sacudida con violencia. Estaba dirigiéndose hacia el puente para reunirse con Kaminska y los restantes astartes cuando la tormenta estalló. Algunos restos salieron volando por los corredores, las enfermerías quedaron hechas un caos, y los ayudantes se apresuraron a sujetar a los heridos. Los hombres de armas salieron despedidos contra mamparas y paredes, y los tripulantes cayeron hacia su muerte mientras la *Iracundo* aullaba y viraba. De la sección de motores llegó un terrible gemido metálico mientras la nave trataba de equilibrarse. Cestus podía notar a través del suelo cómo la estructura se combaba y tensaba, como si la nave estuviera a punto de partirse por la mitad.

El ultramarine se abrió paso a través de ese caos hasta llegar al puente de mando. Las compuertas se abrieron para dejarlo pasar. La tripulación estaba aferrada a sus puestos, y la contramaestre Venkmyer impartía órdenes frenéticas ante la inhumana

tranquilidad de los servidores que implementaban los protocolos de emergencia. Bañado por el brillo carmesí del estatus de alerta, el puente de mando parecía ensangrentado a la medialuz.

—¡Navegante Orcadus, informe! —ordenó Kaminska, sujetándose con fuerza a los brazos de su trono de mando mientras la encabritada *Iracundo* amenazaba con hacerla caer al suelo.

—Una tormenta —dijo la voz de Orcadus por el comunicador del puente, con voz preocupada—. Ha aparecido de la nada.

—Evítela —ordenó Kaminska.

—Almirante, ¡estamos de lleno en su interior! —le replicó el navegante.

—¡Control de daños, a sus puestos! —ordenó Kaminska a gritos—. Cierren las secciones del reactor y despejen los puentes de armamento.

Cestus llegó junto a la vicealmirante.

—Esto es obra de los Portadores de la Palabra —gritó por encima del sonido de las sirenas de alarma y los frenéticos informes de la tripulación.

Otra oleada alcanzó la *Iracundo*. Unas tuberías rotas vomitaron vapor y gases. Los tripulantes salieron despedidos. Una pantalla salió arrancada de sus anclajes y aterrizó en un torbellino de chispas y fragmentos de cristal en el centro del puente.

—Orcadus, ¿podemos capearía? —preguntó Kaminska con los ojos fijados en el ultramarine.

—No veo su final, vicealmirante.

—¿Capitán Cestus? —le preguntó al astartes.

—Si nos desviamos y la evitamos, la *Abismo Furioso* se nos escapará —confirmó Cestus—. No nos queda otra opción que atravesarla.

Kaminska asintió torvamente. Si fallaban, la nave quedaría destruida y perecerían más de diez mil tripulantes. Su orden los condenaría a todos a ese destino.

—¡Conecten los motores a plena potencia! —ordenó—. ¡Derrotemos a esa tormenta! —Sonrió malévolamente con fuego en los ojos—. ¡Enseñémosle a la disformidad que debe temernos!

Mhotep oía la anarquía que reinaba en el exterior desde los confines de la celda de aislamiento. No hizo caso alguno de la conmoción y se concentró en el brillo reflectante del metal pulido de las paredes. Una ventana del destino se abrió ante él al canalizar sus poderes. El pánico reinaba en la *Iracundo*. Vio fuego, hombres y mujeres ardiendo, miles de ellos sacrificados en el altar de una esperada victoria. Se convirtieron en fantasmas en el ojo de su mente, sus penitentes almas devoradas con voracidad por la disformidad y convertidas en átomos hasta no dejar residuo alguno.

La muerte aguardaba a esa nave: su muerte. La certeza de ese hecho hizo que lo invadiera la calma en vez del miedo. Su lugar entre la miríada de hebras del destino

estaba fijada.

La visión cambió, y la mente de Mhotep vagó más allá de la *Iracundo*, hacia el agitado abismo. La *Abismo Furioso* apareció en los límites de su visión al presentarse una nueva escena. La nave era inmensa, como una ciudad puesta de lado que estuviera cayendo sobre la *Iracundo*. Miles de portillas de artillería se abrieron como bocas hambrientas, mostrando los cebados cañones resplandecientes de los láseres de magma como lenguas dispuestas a rugir. La *Abismo Furioso* era totalmente horripilante, una monstruosidad de oscuro acero carmesí, y pese a ello, la belleza de su majestuosidad superaba a su ofensa estética.

Mhotep se sumergió aún más en el vacío a través de la realidad artificial. Mientras su mente se expandía, pudo catar la disformidad, los infinitos aromas, sonidos y sensaciones del abismo que lo llamaban. Unos tentáculos sensoriales lamieron su cordura y el capitán de los Mil Hijos trató de librarse de ellos. No pudo, y lo atenazó el pánico, reconociendo inmediatamente que estaba en peligro. La disformidad lo había visto y trataba de destruir su mente.

Le mostró visiones de destrucción, las torres de Prospero en llamas y su legión expulsada a la disformidad. En otra visión, se arrodillaba ante un trono de hierro negro suplicando al icono de los Portadores de la Palabra. Los gemidos saturaban sus oídos junto al aullido de los lobos.

Mhotep se agarró a un cierto simulacro de control. Creó la imagen de un ojo ciclópeo en su mente. Éste brillaba con un resplandor escarlata y, como si siguiera un faro hasta puerto seguro, Mhotep lo utilizó para alejarse de las tentaciones del empíreo. Finalmente salió victorioso, desprovisto de cualquier voluntad, de toda fuerza, y cayó desplomado en el suelo de la celda. Sentía el metal frío contra su mejilla. Aunque duro e incómodo, era el más vigorizante bálsamo que jamás había experimentado. Había resistido ante las hebras del destino que se habían abierto ante él. Mhotep sabía, mientras se sumía en la inconsciencia, de qué trataban las visiones que había tenido. No era el cebo de la locura, era algo mucho más siniestro e invasivo. Era la tentación.

—Están perdidos —dijo Zadkiel, sonriendo con maldad. Miró la pictopantalla central sin casi mostrar emoción ante los alarmantes números que aparecían junto al símbolo que representaba a la *Iracundo*. Su mirada era más pensativa que triunfante—. ¿Tenemos alguna lectura de sus motores? ¿Todavía pueden viajar por el vacío?

—Ninguna lectura —replicó Sarkorov—. La tormenta es demasiado fuerte.

—Ya he visto suficiente —decidió Zadkiel. Su respuesta fue cortante—. Prosiga a máxima velocidad.

—¿No queréis esperar a estar seguro de la destrucción de la *Iracundo*? —intervino Ikthalon ante la orden de Zadkiel, con un ligero rastro de duda evidente en

la voz.

—No, no voy a esperar —respondió el almirante—. Nuestra misión es llegar a tiempo a Macragge para el asalto de Kor Phaeron. No puedo rezagarme para comprobar lo inevitable. Hemos de salir de esta región y volver a nuestro rumbo. Volved a vuestros aposentos, capellán. Haced que los suplicantes observen los estertores de muerte de la *Iracundo*. Incluso en medio de una tormenta disforme como ésta, tantas muertes deben crear algún tipo de onda.

—Como deseéis, mi señor. —Ikthalon hizo una reverencia y abandonó el puente.

La *Abismo Furioso* volvió inmediatamente a su rumbo anterior. El plan de Kor Phaeron había funcionado a la perfección, pues ellos no se habían visto afectados por la tormenta. Si ésta había acabado con la *Iracundo* o no le traía sin cuidado al almirante.

Una criatura menos importante podría estar furiosa ante la intervención de su señor, pero Zadkiel era optimista. «Dejad que las mentes inferiores se preocupen por esas cosas. La Palabra será como ha sido escrita. Nada más importa».



DIECISIETE

ESTRATEGIA
FUERA DE LA DISFORMIDAD
FORMASKA A LA VISTA

Cestus apartó la mirada cuando la disformidad brilló a estribor de la *Iracundo*.

Su intensidad permeaba a través del casco de la nave, como si la *Iracundo* estuviera hecha de papel, transparente ante la luz del abismo. Cestus fue oyendo gritos y risas a medida que las mentes de los hombres eran destripadas. Se lanzó hacia la estructura de la entrada de un tubo lanzatorpedos, deseando no mirar. Saphrax y el hermano Excelinor estaban junto a él, y también ellos apartaron la mirada.

Cestus había abandonado el puente casi en el mismo instante de llegar. Había reunido a sus hermanos Ultramarines para patrullar los corredores, sabiendo perfectamente lo que les aguardaba a ellos ya la tripulación de la *Iracundo*. Dos equipos de lo que quedaba de la guardia de honor y de los lobos de Brynngar recorrían los puentes y corredores en un esfuerzo por reafirmar la voluntad y acabar con las manifestaciones psíquicas allí donde las encontraran.

Cestus esperaba que la presencia de los astartes fuera suficiente.

—Es como si la disformidad estuviera totalmente a su servicio —gritó Excelinor con la voz apagada a través del cono puntiagudo de su armadura modelo Corvus.

Cestus no respondió, pues sabía la terrible verdad que ocultaban las palabras de su hermano de batalla. Moviéndose desafiantemente a lo largo del corredor, la luz infernal del empíreo era escarlata a través de sus párpados. Siluetas de cuerpos se movían en la abrasadora visión; hombres y mujeres caían de rodillas, llorando y gritando; se oyó un disparo cuando un oficial se pegó un tiro con su propia arma.

Junto a él, resonaba una voz de mujer recitando párrafos de la normativa y el reglamento de la Flota Saturnina en un esfuerzo por expulsar la locura.

Las visiones se abrieron paso en la mente del ultramarine: el benéfico Emperador, poderoso en su trono dorado, y la majestuosidad del Palacio Imperial, y Terra, el faro de la iluminación en una galaxia rodeada de oscuridad. Entonces la vio ardiendo, continentes enteros resquebrajándose y ríos de magma hirviente saliendo disparados hacia el espacio.

Él era un astartes. Él era más fuerte que eso.

—No os dejéis vencer por la locura —gritó en voz alta para todos aquellos que pudieran oírlo—. Manteneos firmes pensando en la Verdad Imperial.

Por un breve instante pareció como si la disformidad los quisiera engullir, pero entonces las visiones se disolvieron y los gritos fueron apagándose hasta desaparecer. La nave volvía a estar en silencio. La *Iracundo* había emergido por el otro lado.

Cestus respiró pesadamente mientras la ardiente luz disminuía, dejando una impresión dolorosa. Se controló rápidamente y abrió los ojos para comprobar que sus hermanos todavía estaban con él. Las sombras regresaron, también, para engullir a los muertos. El ultramarine asintió lentamente a Saphrax y Excelinor, y abrió las comunicaciones a través de su gorguera mientras observaba la masacre a su alrededor.

—Vicealmirante, ¿todavía está entre nosotros?

Se produjo una pausa antes que el enlace de voz crepitara y la voz de Kaminska respondiera.

—Hemos atravesado la tormenta —dijo casi sin aliento—. Su plan ha tenido éxito.

—Se requieren equipos médicos en mi posición, así como los funerarios de la flota —le informó Cestus.

—Muy bien.

—Vicealmirante —añadió Cestus—, en cuanto la recuperación esté en marcha, requiero su presencia en la sala de conferencias.

—Desde luego, mi señor. Estaré allí dentro de un momento. Kaminska fuera.

Media hora después, cuando la tripulación empezaba a organizarse en equipos para recuperar los cuerpos y los heridos, Kaminska dejó que la contramaestre Venkmyer recorriera las zonas más afectadas de la nave e hiciera el informe de bajas.

En circunstancias normales, Kaminska lo habría hecho personalmente, demostrando a la tripulación que su líder se preocupaba por los muertos y la terrible tragedia que habían sufrido. Sin embargo, asuntos más importantes reclamaban su atención, y no podía ignorar la petición de un astartes.

Así pues, se dirigió a la sala de conferencias como se le había pedido. Allí el resto

de la fuerza astartes la esperaba.

—Bienvenida, vicealmirante —dijo Cestus, que estaba en pie junto a la mesa oval, con Saphrax a su derecha y sus otros hermanos de batalla dispuestos a su alrededor. El lobo espacial Brynngar estaba sentado en el otro extremo junto con sus guerreros, pero no dijo nada ante la llegada de la vicealmirante.

—Por favor, siéntese —dijo seriamente el capitán ultramarine, tratando de suavizar su tono con una pequeña sonrisa.

Ahora que el consejo estaba reunido, Cestus observó la habitación mirando a los ojos de todos los presentes.

—Está más allá de cualquier duda que los Portadores de la Palabra están en connivencia con la disformidad. Están irremediablemente perdidos —afirmó.

Unas caras de rasgos duros devolvieron su mirada mientras el ultramarine articulaba lo que, de hecho, todos conocían en sus corazones.

—Con estos siniestros aliados a su disposición, así como con la *Abismo Furioso*, son un oponente formidable —prosiguió Cestus—. Pero tenemos una ligera esperanza. He descubierto la naturaleza del plan de los Portadores de la Palabra y cómo va a llevarse a cabo.

Brynngar se movió nerviosamente ante esas palabras. Era evidente que el lobo espacial sabía los métodos utilizados por el ultramarine para descubrir la información que necesitaban. También estaba al corriente de la posterior recuperación de Mhotep. La ausencia del capitán de los Mil Hijos en la conferencia hablaba claramente de su opinión al respecto.

—No lo dudemos —prosiguió Cestus—. Lo que los Portadores de la Palabra están planeando es extremadamente audaz. En el asalto a Macragge existen diversos factores que cualquier enemigo tendría en consideración antes de comprometer sus fuerzas —explicó—. En primer lugar, la flota de defensa planetaria mantenida en órbita alta está formada por una flotilla de varios cruceros y naves de escolta. No será fácil para ningún enemigo, por determinado y bien armado que esté, poder atravesarla sin sufrir importantes bajas. Sin embargo, si lo lograra, el enemigo debería entonces enfrentarse a las medidas disuasorias de superficie: las baterías de defensa láser de Macragge.

—¿Y la *Abismo Furioso* se supone que ha de lograr todo eso? —se mofó Brynngar—. Imposible.

Cestus asintió en señal de conformidad.

—Si me lo hubieras preguntado hace una hora, habría dicho lo mismo —admitió el ultramarine—. La estrategia de los Portadores de la Palabra tiene dos elementos clave. Todo empezará en Formaska, a la que los Portadores de la Palabra piensan disparar con torpedos ciclónicos para destruirla.

—Conozco poco de Ultramar —gruñó el guardia del lobo—, pero Formaska es

una luna muerta. ¿Por qué no utilizar los torpedos ciclónicos directamente contra Macragge?

—Un ataque directo contra Macragge sería un suicidio. Sus defensas láser incapacitarían a la flota antes de que pudieran desembarcar, haciendo insostenible cualquier intento de someter a Guilliman —explicó—. Los restos de la destrucción de Formaska lograrán este objetivo de forma indirecta. La legión enviará fuerzas para ayudar a Macragge, fuerzas que se verán atrapadas en la tormenta de asteroides creada por la destrucción de la luna, y los Portadores de la Palabra atacarán aprovechando que las fuerzas están divididas y tomadas totalmente por sorpresa.

—Ya lo he visto anteriormente —dijo Brynngar—, en Proxus XII. Un asteroide pasó demasiado cerca y se fragmentó. Era un planeta salvaje. Los habitantes pensaban que había llegado el fin del mundo, que el fuego estaba cayendo del cielo. Cada impacto fue como una bomba atómica. No destruirá Macragge, pero matará a varios millones.

—Eso no es todo —continuó Cestus—. La *Abismo Furioso* utilizará los restos como escudo, lo que les permitirá superar las estaciones y satélites de vigilancia que rodean Macragge y acercarse lo suficiente para que su carga de torpedos víricos sea efectiva. Esa única nave es lo suficientemente poderosa para soportar la inevitable tormenta de fuego de los láseres de defensa. La muerte causada por el ataque viral será casi total. Guilliman y la legión quedarán divididos, algunas de nuestras fuerzas probablemente serán destruidas en Macragge, mientras el resto de la flota de los Portadores de la Palabra ataca. No sé cuándo nos podremos recuperar de un ataque como éste, si tiene éxito.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —preguntó con brusquedad el guardia del lobo.

—Nos estamos acercando a Macragge y pronto saldremos de la disformidad —dijo el ultramarine. Un asentimiento con la cabeza por parte de Kaminska confirmó esas palabras—. Lo mismo van a hacer nuestros enemigos. Esto requiere disciplina, astucia y una buena coordinación. —Cestus se detuvo un instante y volvió a recorrer la estancia con la mirada, acabando en Kaminska—. Pero más que otra cosa, requiere sacrificio.

El espacio se abrió y escupió la *Abismo Furioso*, fuertemente silueteada en la luz diamantina del sol de Macragge.

Unos bancos de depredadores brillaron junto a la nave, como criaturas marinas saltando junto a la proa de un barco. Atrapadas en el anatema de la realidad, se enrollaron sobre sí mismas y desaparecieron de la existencia, su esencia psíquica se disipó al carecer de disformidad que la sustentara.

La *Abismo Furioso* no parecía mucho peor que cuando abandonó Thule. El ataque

del escuadrón de naves de escolta había destruido algunas de las baterías de cañones dorsales y ventrales, y había incontables marcas en el casco causadas por los impactos de las malditas naves de ataque que habían chocado contra ella cuando sus tripulaciones habían perdido la razón. Estas cicatrices no disminuían en absoluto la majestuosidad de la gigantesca nave escarlata. Necesitó todo un minuto para salir por la fisura en que se había abierto la disformidad, y en esos instantes la disformidad estaba llena de nada excepto planchas de casco y rastros de motores penetrando en el espacio real.

Todas las estaciones de vigilancia alrededor de Macragge inmediatamente reconocieron las dimensiones de la nave y exigieron que se identificara. No se recibió ninguna respuesta.

La imagen de Macragge llenaba la pantalla central del puente de la *Abismo Furioso*. Junto a ella se mostraba la información táctica del sistema, que estaba abarrotado de estaciones de vigilancia avanzada y satélites militares.

—Ahí está —dijo Zadkiel—. ¿No es odioso? Como una piedra situándose en el camino del futuro.

El magos Gureod estaba de pie junto a Zadkiel, sus mecadendritas chasqueando como miembros insectoides y los brazos cruzados ante el pecho.

—No evoca emoción alguna —replicó neutralmente el magos.

Zadkiel soltó un bufido ante el templado desdén de la voz desapasionada del Mechanicum.

—Como símbolo no tiene igual —dijo—. La majestuosidad de un universo estancado. La ignorancia del poder. Los Ultramarines podrían haber hecho lo que hubieran querido con los mundos bajo su control, y decidieron forjar este cansino eco de un pasado que nunca fue.

Gureod permaneció impasible. Había venido para ser testigo del lanzamiento de los torpedos que acabarían con un mundo, las desatadas fuerzas destructivas reunidas por la mecano-ciencia de la devoción al Omnissiah de Marte. El magos estaba de pie en la posición que anteriormente había ocupado Baelanos, quien había caído en Bakka.

—¿Puedo deducir de vuestra presencia que mi antiguo capitán de asalto ha sido recuperado? —le espetó Zadkiel, molesto por la poca predisposición de Gureod por disfrutar de su autoatribuida gloria.

—Está soñando de forma irregular, mi señor. Cuando la membrana anssus falló y se despertó de forma inesperada, me vi forzado a tomar medidas más drásticas para retenerlo —dijo el magos.

—Asegúrate de que no vuelva a despertarse hasta que la transición se haya completado. Una vez Formaska sea destruida, nos uniremos a las fuerzas de Kor

Phaeron en tierra. Baelanos ha de formar parte de esa fuerza de invasión.

—Sí, mi señor —dijo Gureod sin demostrar miedo alguno.

Zadkiel volvió a centrar su atención en la pantalla.

Ahora todo estaba en posición. Iba a dirigir un asalto que sería recordado toda la eternidad.

Pasaron unos pocos instantes. Entonces se activó el comunicador del puente.

—Estamos esperando su señal, almirante —dijo la voz de Kor Phaeron, transmitida a través del sistema desde Calth. Incluso a esas relativamente cortas distancias, tan sólo los sistemas más avanzados permitían la comunicación entre dos naves sin necesidad de un astrópata.

—Ya casi es el momento —dijo Zadkiel, centrando su atención en otra pantalla —. Maestre Malforian —llamó, esperando la torva aparición de su maestre de armas.

La cara de pesadilla del horriblemente desfigurado portador de la palabra aguardaba impaciente.

—A vuestras órdenes, mi señor —respondió Malforian.

—Abra los tubos lanzatorpedos frontales y cargue la primera andanada de ciclónicos —ordenó Zadkiel con deleite—. Apunte a Formaska. Creemos una gran devastación como preludio a una nueva era para el hombre.

Sarkorov impartió una serie de órdenes a la tripulación del puente y envió mensajeros mientras la *Abismo Furioso* se preparaba para la batalla. La tripulación en servicio empezó a orientar la nave hacia Formaska, su proa dirigida como la mira de un francotirador apuntando a su objetivo.

La luna estaba en pantalla. Los profundos barrancos llenos de lava se abrían paso entre los continentes, separados únicamente por mares hirvientes.

—Los primitivos habitantes de la antigua Macragge creían que Formaska era el ojo de un dios, y que estaba inyectado en sangre por la rabia —dijo Zadkiel, más para sí mismo que para el impasible magos—. A veces, cuando los campos de lava se hacían más grandes, pensaban que el ojo se había abierto y miraba hacia ellos como si fueran posibles presas. Profetizaron el día en que el dios finalmente decidiría bajar y consumirlos a todos. Ese día ha llegado —concluyó.

—Almirante —la silbante voz del capellán Ikthalon llegó a través del comunicador del puente.

—¿Qué sucede, capellán? —le espetó Zadkiel.

—Los suplicantes están agitados —respondió Ikthalon—. Hay algún tipo de movimiento en la disformidad. Parece que nuestros perseguidores todavía no han abandonado la lucha.

—Asegúrese de que no interfieran —gruñó Kor Phaeron a través del comunicador de largo alcance antes que Zadkiel pudiera responder—. Estoy colocando la flota en posición de asalto. Guilliman ya sabe que estamos aquí. Cumpla su parte de la

misión, Zadkiel.

—Así está escrito —replicó Zadkiel—, y así debe ser. —Se volvió a Malforian—. ¿Estatus, maestre de armas?

—Necesito unos pocos minutos más, mi señor —replicó Malforian—. Estamos encontrando algunos problemas con las aperturas de los tubos lanzatorpedos.

—Infórmeme en cuanto estemos preparados para disparar los ciclónicos —ordenó Zadkiel con un tono que reflejaba su impaciencia ante ese retraso imprevisto.

—Mi señor —lo interrumpió el contramaestre Sarkorov—, la *Iracundo* está acercándose perpendicularmente. Están cargando armas.

Zadkiel lanzó un rugido de irritación. Debería haber extirpado esa púa de su costado hacía mucho tiempo.

—Malforian —ladró por el comunicador—, envíe todos los cálculos de disparo al puente en cuanto esos perros imperiales estén a tiro. La *Iracundo* no se merece morir como parte de nuestra historia, pero les vamos a proporcionar ese honor igualmente.

La *Iracundo* apareció en la pantalla izquierda. Había perdido la mitad de los cañones de un flanco y la seguían una cola de restos que se desprendían de sus áreas de motores y carga. Tenía el casco erosionado y marcado por las laceraciones de la disformidad, cubierto de las marcas de dientes de los depredadores del empíreo.

Zadkiel sonrió malévolamente al ver los daños de la nave. Todo ello le proporcionaba un gran placer.

—Acabemos con ellos.

La *Iracundo* salió de la disformidad y se colocó inmediatamente en situación de combate. Los propulsores posteriores dieron toda la potencia de que eran capaces, y el anteriormente poderoso navío imperial se dirigió directamente hacia la *Abismo Furioso*. Redirigiendo la energía a estribor, la gigantesca nave giró lentamente sobre su eje para orientar hacia el enemigo las baterías que todavía eran operativas.

Rayos de luz azul iluminaron el flanco de la *Iracundo*, y en pocos segundos la ardiente furia de sus lanzas fue liberada. Las explosiones sacudieron el casco blindado de la *Abismo Furioso*, junto con las inmensas detonaciones de los impactos en sus escudos. Tales heridas no eran más que picotazos en una bestia como ésa, y la nave de los Portadores de la Palabra respondió con una devastadora andanada.

Cuando la *Abismo Furioso* vomitó los rayos de luz carmesí desde la boca de sus cañones, la *Iracundo* ya estaba moviéndose, tratando de apuntar perpendicularmente a su enemigo con las lanzas de proa. Los escudos de la nave imperial se desintegraron ante el ataque, y los puentes frontales fueron arrasados por el letal fuego. Los impactos explosivos abrieron grandes agujeros en el casco por los que un gran número de tripulantes fueron vomitados al vacío. Pero aun así, la *Iracundo* resistió, alejándose de la letal andanada con su última maniobra. Los torpedos surgieron de la

proa de la nave, seguidos por una segunda andanada de lanzas. Una vez más, la *Abismo Furioso* fue alcanzada y los cañones dorsales giraron sus piezas para sumar su potencia de fuego. Los proyectiles incendiarios chocaron contra la proa de la *Iracundo*, mientras las otras descargas de proyectiles abrían grandes agujeros en el blindaje del casco.

Preocupado por la tenacidad de esa pequeña avispa, la poderosa *Abismo Furioso* viró para poder disparar con todo su armamento al agresor. Los daños sufridos por la *Iracundo* la habían frenado, pero aun así podría haber huido, de haber querido. En vez de ello, la nave imperial mantuvo su posición realizando una obstinada defensa final. Las lanzas centellearon, la *Iracundo* golpeó con todo lo que le quedaba a los Portadores de la Palabra. No fue suficiente. La *Abismo Furioso* había girado y, en esta ocasión, liberó toda su devastación incontrolada.

Zadkiel observó la corta batalla desde el puente. La *Iracundo* estaba en su punto de mira. Toda la potencia de su nave a su disposición.

—Aplastadlos —gruñó.

Malforian respondió a su orden. La luz y el fuego llenó la pantalla un instante después, cuando los cañones de la *Abismo Furioso* destruyeron la nave imperial. Sus motores murieron, y gran cantidad de fisuras se abrieron a lo largo de su casco mientras lentamente derivaba, impulsado por la gravedad de Formaska. Mientras la *Iracundo* se descomponía, diversas chispas centelleaban esporádicamente, iluminándola con una torva claridad mientras lanzaba al espacio grandes cantidades de refrigerante en forma de nubes difusas.

—Había esperado más de un hijo de Guilliman —admitió Zadkiel—. ¿Cómo llegó a pensar que un plan tan desesperado podía llegar a funcionar? Los Ultramarines se merecen su orden de aniquilación.

—Lord Zadkiel —era nuevamente Sarkorov.

Zadkiel se volvió para mirarlo.

—¿Qué sucede, piloto? —le espetó.

—Lanzaderas, mi señor —informó—. Dirigiéndose a estribor.

Zadkiel estaba desconcertado.

—¿Cuántas?

—Quince, mi señor —respondió Sarkorov—. Demasiado cerca para las lanzas.

Zadkiel hizo una pausa, todavía confuso ante esa última añagaza imperial. La respuesta llegó rápidamente.

—Están tratando de entrar a través de las aberturas de los tubos lanzatorpedos —dijo.

—¿Debo dar la orden de cerrarlas, lord Zadkiel?

—Hazlo —le espetó éste—. Y prepara los cañones dorsales. ¡Destruidlas!



DIECIOCHO

GUANTELETE

INFILTRACIÓN

SUEÑOS OSCUROS

Brynngar sonrió cuando la lanzadera tembló al ser alcanzado el casco por espirales de metralla y otras contramedidas.

Rujveld y los garras sangrientas estaban sentados en el reducido compartimento junto a él. Iban atados a sus asientos en la lanzadera, sujetos por los hombros, el pecho y la cintura. Los motores aullaban y los intermitentes destellos de las explosiones en el exterior iluminaban brevemente el interior del compartimento. La pequeña nave estaba blindada, pero no la habían diseñado para sufrir este tipo de castigo. Cada rayo y detonación afectaba a su velocidad.

—¿Oís eso, chicos? —rugió por encima del ruido, totalmente tranquilo.

Sus garras sangrientas, incluido Rujveld, lo miraron perplejos.

—Es la llamada del combate —les dijo orgullosamente—. ¡Ésas son las armas de Madre Fenris! ¡Es el abrazo de la guerra!

El guardia del lobo aulló y los garras sangrientas aullaron con él.

Más allá de los ojos de buey, ésa y otras lanzaderas atravesaban el vacío hacia la *Abismo Furioso*. Desplegadas antes del ataque suicida, la finta de la *Iracundo* les había proporcionado el tiempo necesario para acercarse a la nave enemiga. Les había proporcionado la posibilidad de alcanzar las portillas abiertas de los tubos lanzatorpedos de la nave antes de ser hechos añicos por sus cañones.

Los cañones dorsales temblaron y se estremecieron en sus torretas mientras la *Abismo*

Furioso trataba de aniquilar la fuerza de ataque. En la tercera lanzadera, Cestus vio como tres de sus naves hermanas explotaban bajo una lluvia de metralla. Quedaron hechas añicos, su desesperada velocidad bruscamente interrumpida como si fuera una barca de vela rompiéndose contra las rocas de una abrupta línea de acantilados. Los cuerpos de los hombres de armas de la armada salieron despedidos de los compartimentos de la tripulación, congelados entre espasmos de dolor al quedar expuestos al vacío.

Tres de sus hermanos de batalla estaban en la nave del capitán ultramarine: Lexinal, Pytaron y Excelinor, llenando el compartimento con sus voluminosas armaduras. Miraban impasiblemente hacia el espacio mientras los destellos de las explosiones los iluminaban a través de los ojos de buey y el casco blindado temblaba. Sus labios se movían como si estuvieran realizando silenciosos Juramentos del Momento.

Cestus hizo lo mismo, observando como tres lanzaderas más eran destruidas por el intenso fuego de las torretas.

—Vamos —urgió a través de los dientes apretados al ver las abiertas fauces de los tubos lanzatorpedos cada vez más cerca—. Vamos.

—¡Impacto en un minuto! —dijo la voz del piloto de la lanzadera.

—¡Un minuto hasta el amor de la madre! —gritó Brynngar, sujetando con fuerza a *Colmillo infernal*.

El desembarco había de ser rápido, pues podían encontrar fuerzas enemigas en posición de repeler el abordaje. Por un instante se preguntó si Cestus habría logrado pasar a través de la metralla. Apartando esa idea de su pensamiento, rugió una vez más el grito de batalla. Ya casi estaban allí.

—¡Ella nos está esperando allí dentro! ¡Madre Fenris, madre de la guerra!

—¡Madre de la guerra! —vociferaron los garras sangrientas—. ¡Madre de la guerra! ¡Madre del odio!

A pocos pasos de la abertura, un proyectil sin rumbo alcanzó el alerón izquierdo de la lanzadera, que cayó en espiral, fuera de control. Las explosiones de metralla rompieron el arco de visión frontal; el sonido del vidrio blindado al romperse pudo oírse en el compartimento de tropas. El piloto murió con un fragmento de metal ardiendo clavado en el cuello antes de que el frío del espacio los congelara a él y al desesperado copiloto en sus asientos. La lanzadera de Brynngar se precipitó abruptamente lejos de la abertura hacia otro vacío totalmente distinto.

Una lanzadera explotó, alcanzada en el morro por un proyectil disparado por los cañones de la *Abismo Furioso*. Los restos de la nave pasaron por debajo de la

superficie ventral del acorazado, atravesando rápidamente los valles y picos de la nave del tamaño de una ciudad.

Cestus vio otra nave explotar. La metralla había destruido buena parte de su arco frontal. El casco se hundió, con los motores empujando ineficazmente, y cayó hacia atrás hasta que se perdió fuera de la vista tras un bloque carmesí.

Por delante, las aberturas de los tubos lanzatorpedos se acercaban.

—¡Más velocidad! —rugió Cestus por el comunicador del casco.

Los motores de la lanzadera rugieron aún más fuerte.

Una breve mirada por el ojo de buey le mostró una tercera lanzadera maniobrando violentamente para tratar de evitar la metralla y dirigirse hacia el acorazado. Sus cohetes de frenado se activaron. No frenó lo suficientemente rápido y chocó contra el casco, junto a la abertura de los tubos lanzatorpedos. El voluminoso cuerpo metálico se arrugó por el impacto y se partió. Los cuerpos destrozados de sus ocupantes fueron arrojados al vacío. Llevaban la armadura azul de los Ultramarines.

«Saphrax y Amryx están muertos» pensó amargamente Cestus.

Girando abruptamente, la lanzadera encontró un paso a través de la abertura que iba cerrándose rápidamente. Mientras la *Abismo Furioso* los engullía, Cestus creyó oír las explosiones de las lanzaderas que los seguían al chocar contra el sellado casco.

—¡Agárrense! —gritó el piloto.

El torturado metal retumbó. Cestus fue arrojado contra las sujeciones de su asiento gravítico y sintió como se tensaban y tiraban de su coraza.

Un terrible y rechinante sonido aullante, como de un terremoto de metal, llenó los oídos del ultramarine.

—¡Umbilicales fuera! —dijo la voz del piloto.

La escotilla del techo del compartimento de pasajeros se abrió. Un vapor blanco inundó la lanzadera.

—¡Presurización! —gritó el piloto.

Cestus sabía lo que venía a continuación y golpeó el icono de su pecho para liberar el arnés. Éste se soltó rápidamente y Cestus se puso en pie. Sus hermanos de batalla se situaron junto a él. Excelinor, Pytaron y Lexinal, dos armados con bólters y el otro llevando un rifle de plasma, tenían que ser suficientes. Cestus comprobó la carga de su pistola bólter, desenvainó la espada y apretó el botón de activación, lo que provocó la aparición de unas frenéticas líneas de energía que recorrieron la hoja.

—¡Coraje y honor! —gritó, y sus hermanos de batalla repitieron el grito de batalla.

Los cierres explosivos detonaron como disparos. La segunda escotilla se abrió, y la larga y oscura garganta del tubo lanzatorpedos se abrió ante ellos.

Cestus se acercó apresuradamente al cordón umbilical y atravesó la escotilla para penetrar en el tubo. Estaba inclinado hacia arriba y era lo suficientemente ancho para

que un astartes caminara por él con la cabeza agachada. Su acanalado interior de metal estaba cubierto de hielo. La lanzadera había bombeado aire en su interior, y el vapor se había congelado instantáneamente.

—¡Moveos! —ordenó el capitán ultramarine, dirigiéndose hacia arriba.

Mientras Cestus encabezaba el avance por el tubo lanzatorpedos, el atronador sonido de los cañones y los impactos de los proyectiles resonaban débilmente a través de la estructura de la *Abismo Furioso*, proporcionándoles un terrible coro de bienvenida.

Cestus vio luz un poco más adelante: los fuegos de una forja. Con la pistola bólter por delante, siguió avanzando preparado para disparar. La luz procedía de una gruesa ventana de cristal blindado en una pesada escotilla que sellaba el extremo del tubo.

—¡Cargas! —ordenó.

Excelinor y Pytaron reaccionaron rápidamente colocando un paquete de granadas perforantes alrededor de los puntos débiles de la escotilla. Una vez colocadas las cargas, los astartes se retiraron.

—¡Ahora! —gritó Cestus cuando estuvieron a unos cuantos pasos de la entrada.

Una explosión apagada se propagó por el tubo, resonando en su cóncavo interior, y la escotilla cayó en medio de una lluvia de chispas y fuego.

Los protocolos de combate y las estratagemas aprendidas cuando era un neófito y perfeccionadas en innumerables combates durante la Gran Cruzada pasaron por la mente entrenada para la batalla de Cestus. Los ultramarines entraron de golpe en la nave y se encontraron en medio de las gigantescas estructuras de un puente de armamento: grúas para mover los torpedos, munición y tolvas de combustible; cavernosos espacios cruzados por pasarelas llenas de tripulantes y sudorosos siervos que las recorrían por doquier.

Con una gran precisión táctica, los astartes se abrieron en abanico. Cestus avanzó junto a Lexinal. La potencia de fuego del rifle de plasma de su hermano de batalla complementaría la ferocidad del capitán ultramarine en combate cuerpo a cuerpo.

Un grupo de tripulantes se les acercó armados con diversas herramientas pesadas. Cestus se agachó ante sus torpes ataques, y al levantarse atravesó a dos con un salvaje ataque cruzado y mató a un tercero de un cabezazo. Los ladridos de los disparos de su pistola bólter acabaron con dos más. Un destello actínico disparó las alertas de temperatura de su casco de batalla cuando un rayo de plasma prendió en una tolva de combustible. El fuego se elevó en llamaradas anaranjadas y blancas en medio de un espeso humo. Una escuadra de hombres de armas que corría hacia ellos fue incinerada por el calor, y la ametralladora pesada rápidamente emplazada por encima de ella quedó vaporizada.

Excelinor y Pytaron dispararon con sus bólters a izquierda y derecha, creando así un fuego cruzado mortífero que segó la vida de todos los que se atrevieron a avanzar

hacia ellos. Siguieron adelante metódicamente por el puente, deshaciéndose de todos los objetivos con brutal eficacia, pero sus adversarios no eran más que tripulantes y hombres de armas. Cestus sabía que los astartes de los Portadores de la Palabra estarían llegando. Habían de actuar rápidamente e inutilizar los ciclónicos antes de que llegara la verdadera amenaza. Sin la destrucción de Formaska, los Portadores de la Palabra no podrían cumplir su plan y acercarse lo suficiente a Macragge como para disparar las municiones víricas.

Sólo tenía en su mente el objetivo táctico a cumplir, de forma que Cestus casi obvió al oficial con la cara cubierta de cicatrices que se lanzó hacia él con una maza de energía. Éste era un astartes, aunque sólo llevaba una variante ligera de la armadura de batalla. La mayor parte de la mitad inferior de su cara estaba destruida y había sido reemplazada por una malla metálica. Unas profundas cicatrices rosáceas recorrían como venas gruesas la mandíbula y los huesos de la mejilla.

—¡Temblad ante el poder de la Palabra! —gritó con una voz metálica y resonante a través de sus potenciadores.

Cestus bloqueó el ataque de la maza con su espada de energía. Arcos de rayos en miniatura danzaron entre las dos armas, mientras estuvieron en contacto, en un breve instante de lucha pirotécnica. El ultramarine se apartó y levantó la pistola bólter, que le fue arrancada de las manos por un golpe del portador de la palabra. El dolor atenazó los dedos de Cestus pese a que su armadura absorbió lo peor del golpe y le dejó el brazo entumecido hasta el hombro.

—Lorgar nos guiará a la victoria —gruñó el portador de la palabra, dejando que su fervor reforzara sus golpes, aunque también empañaba su precisión.

Cestus esquivó el letal arco de un golpe dirigido a la cabeza con la intención de acabar con él y clavó su espada de energía en la cabeza desprotegida del portador de la palabra. Atravesando carne, hueso y, finalmente, armadura, partió al guerrero en dos. Cada mitad del cadáver cayó a un lado.

—Entérate que Guilliman es quien tiene la razón —se burló Cestus, superando el dolor para recuperar la pistola caída. Con ella en la mano, se sumergió en la tormenta de fuego, concentrado en matar.

—¿Dónde están? —exigió saber Zadkiel.

—Por todo el puente de cañones —le respondió uno de los subordinados de Malforian. En ausencia del maestre de armas, Zadkiel asumió que éste estaba muerto o, de alguna otra forma, incapacitado—. Los informes dicen que se trata de astartes.

—Vienen a por la carga de torpedos —dijo Zadkiel, principalmente para sí mismo. El almirante volvió su atención al contramaestre—. ¿Sarkorov, estamos en posición de disparo?

—Sí, mi señor, pero no podemos desplegar los torpedos mientras el puente no

esté bajo control.

Zadkiel juró por lo bajo.

—Reskiel —gruñó a través del comunicador del trono con creciente preocupación.

El sargento-comandante respondió tras una breve pausa.

—Abandonad la caza del polizón. Reúne a tus hermanos y dirígete a los puentes de armamento inmediatamente. Destruye cualquier astartes que encuentres en esos puentes. ¿Entendido?

Reskiel respondió afirmativamente y la comunicación se cortó.

—Puesto que el ataque se retrasa, volveré a mi sanctum —dijo el magos Gureod, fundiéndose ya entre las sombras.

—Haced lo que debáis —murmuró Zadkiel, obviamente agitado, su apariencia de calma cada vez menos creíble—. Ikthalon —gruñó por el comunicador mientras en su cabeza iba cobrando forma un nuevo plan.

—Mi señor —le respondió la silbante voz del capellán.

—Despertad a los suplicantes.

No había razón para reservar a los suplicantes. La *Abismo Furioso* había llegado a su destino. La misión había acabado. Su función era ayudar en las manipulaciones de la disformidad y acabar con cualquier ataque contra la nave. Las órdenes de Zadkiel implicaban utilizarlos para destruir.

Los flujos de nutrientes fueron reemplazados por drogas psicoactivas.

Las sujeciones se partieron y los estimuladores corticales crepitaron, despertando a los suplicantes de su estado comatoso a un estado a medio camino entre el sueño y la consciencia, donde las sensaciones y las pesadillas eran igualmente reales. Algunos suplicantes, aquellos cuyas bocas y gargantas todavía funcionaban, gimieron mientras se deslizaban de sus ligaduras hasta el suelo. Algunos se convulsionaron mientras unos impulsos poco familiares inundaban sus músculos. Uno o dos murieron cuando sus corazones no pudieron soportar el trauma.

Como parte de sus prendas de capellán, Ikthalon sacó su casco de batalla con una pesada capucha escarlata para evitar que la excesiva energía psíquica afectara su mente, se lo puso y se movió cuidadosamente entre los suplicantes que estaban despertándose, inspeccionando las lecturas y comprobando que no se ahogaran con sus lenguas. Uno por uno, fue apagando los circuitos inhibidores, las capas de material psicoactivo que evitaba que las mentes de los suplicantes se alimentaran de la *Abismo Furioso*. Los cogitadores se conectaron a las conciencias de las envilecidas criaturas alimentándolas con imágenes de la proa de la nave, las obras de ingeniería de las lanzas de plasma y los puentes de armamento bajo ellas.

Finalmente, el suministro de narcóticos estupefacientes y de calmantes supresores

de las ondas cerebrales fue retirado y los suplicantes recibieron sus últimas órdenes silenciosas.

Cestus roció una pasarela con fuego bólter. Los cuerpos caían y eran aplastados bajo su furia. Los ultramarines habían logrado abrirse paso en el puente principal de armamento, pero Cestus todavía no veía ni rastro de los lobos espaciales. Esperaba que no hubieran corrido el mismo destino que Saphrax. Los esquemas, tal y como los había visto en la visión despertada en él por Mhotep, estaban vívidos en su memoria eidética. Los torpedos ciclónicos destinados a Formaska estaban al final del puente, sin duda a mitad de camino de las aberturas de los tubos lanzatorpedos. La carga viral estaba guardada en una cámara de descenso en el casco. No había forma alguna de llegar a ella. Tenían que frustrar el plan de los Portadores de la Palabra en su primer paso.

El ladrido del fuego de un par de cañones emplazados en una plataforma de carga encima de sus cabezas había detenido a los ultramarines durante un instante. Los hermanos de batalla de Cestus se reagruparon bajo un par de depósitos de combustible vacíos y la estructura de una grúa para mover torpedos.

Lexinal, con el rifle de plasma fuertemente sujeto con sus guanteletes, se deslizó junto a Cestus.

—¿Y ahora qué, capitán? —preguntó mientras la barrera de fuego encima de ellos se intensificaba.

Cestus memorizó una zona abierta del puente y luego la pared metálica vertical de la proa de la *Abismo Furioso*, interrumpida por los mecanismos de carga y los tubos lanzatorpedos. Visualizó un entramado industrial en el otro lado, incluidas las gigantescas tolvas apiladas con munición y las rugientes masas de las salas de armamento en las que se guardaba la munición adicional.

—Hemos de limpiar el puente y llegar a los almacenes de munición para colocar las cargas de fusión —dijo.

—¿Y qué pasa con Brynngar? —preguntó Lexinal, aprovechando un descanso del enemigo para efectuar un breve disparo que inundó la plataforma de carga con plasma sobrecalentado. Los gritos murieron en el ardiente ruido de la batalla.

—Una vez hayamos eliminado los ciclónicos, nos uniremos a los que queden y causaremos tanto daño como sea posible —dijo Cestus cuando Lexinal volvió a ponerse a cubierto.

El ultramarine asintió para indicar que había comprendido.

Cestus dio la misma orden a través del comunicador de su casco en una frecuencia discreta, utilizando el lenguaje de batalla ultramarine para informar a Pytaron y Excelinor. Los dos hermanos de batalla flanqueaban la posición del capitán tras unas pesadas cajas de munición que estaban siendo acribilladas por el persistente

fuego.

Cestus observó a través de la cobertura. Los tripulantes de la *Abismo Furioso*, con sus monos de trabajo de color escarlata oscuro, habían sufrido mucho por la contundencia del asalto. Docenas de ellos yacían muertos alrededor de los tubos lanzatorpedos o acribillados a los pies de las pasarelas y las grúas. Los astartes habían causado un gran número de muertos, pero el enemigo estaba reagrupándose y los refuerzos suplirían sus bajas en breve.

No había tiempo que perder.

—¡Conmigo! —gritó Cestus—. Formación de batalla theta-epsilon. ¡Macragge triunfará!

Salió de la cobertura disparando la pistola bólter y con los rayos láser rebotando en su coraza, Cestus mantuvo la espada en posición de saludo, frente a la cara y con la punta hacia arriba, reflejando los rayos de energía que se dirigían hacia su cabeza. Dos bólters despertaron, entrecruzando los fogonazos, al colocarse Excelinor y Pytaron en formación de batalla a la izquierda de Cestus. Lexinal se situó en el flanco derecho, disparando su rifle de plasma con ráfagas controladas para evitar que la letal arma se sobrecalentara.

Aproximadamente al llegar a la tercera parte del puente se dispersaron, cada uno de ellos tomando un camino distinto entre la maraña de maquinaria. Grupos de soldados se habían movilizado y se dirigieron hacia Cestus con mazas de energía y cadenas con pinchos. El capitán ultramarine los abatió con el nombre de Guilliman como mantra en sus labios. En medio de la matanza se fijó en un portal que llevaba al puente de armamento y se preguntó por qué los astartes de los Portadores de la Palabra no habían llegado todavía.

—Reuníos y abríos paso hasta los ciclónicos —ordenó Cestus a través del comunicador de su casco mientras se movía entre el laberinto de municiones.

Sus hermanos de batalla obedecieron y confluyeron en el par de ciclónicos que todavía seguían sujetos a su estructura de transporte.

Los disparos procedían de las pasarelas que había sobre sus cabezas, la mayor parte eran rayos láser y munición sólida que se estrellaban en las grúas y la maquinaria de la zona. Cestus vio como un disparo afortunado rebotaba en la placa pectoral de Lexinal haciéndolo trastabillar. Una segunda descarga de un cañón pesado procedente de alguna parte por encima de ellos lo alcanzó en la greba de la pierna y cayó. Por el rabillo del ojo, Cestus vio un grupo de soldados convergiendo sobre el ultramarine caído. Un rayo láser le rozó el hombro y Cestus se agachó mientras seguía corriendo. Colocó un nuevo cargador en su pistola bólter y descargó una furiosa andanada contra los soldados. Dos de ellos desaparecieron en medio de una nube roja, otro cayó al suelo sujetándose un húmedo cráter en su estómago. Cestus no logró ver al resto. Lexinal estaba poniéndose de pie cuando un proyectil alcanzó un

depósito de combustible activo. La explosión resultante engulló al astartes en unas llamas abrasadoras, y la onda expansiva lo lanzó volando por medio puente.

El capitán ultramarine apartó la mirada murmurando un juramento de batalla y volvió a centrarse en seguir adelante.

—Desplegad incendiarias —gritó Cestus por el comunicador de su casco cuando finalmente llegaron al primer grupo de ciclónicos. Pytaron cogió una bomba de fusión de su armadura desactivando el enganche magnético que la mantenía en su lugar. Excelinor proporcionó fuego de cobertura con su bólter.

—¡Brynngar! —gritó Cestus por el comunicador, cubriéndose junto a Excelinor mientras trataba desesperadamente de establecer contacto—. Brynngar, responde.

No hubo respuesta. O bien el lobo había muerto, o estaba en otra parte de la nave desde donde no podía oírlo.

—Cargas colocadas —informó Pytaron. Mientras éste se volvía hacia su capitán, un pesado proyectil lo alcanzó en el cuello atravesándole la gorguera. Se sujetó la herida con una mano, el detonador de la bomba de fusión en la otra, y cayó sobre una rodilla mientras la sangre regaba su placa pectoral.

Las células Larraman del cuerpo de Pytaron trataron de reducir la hemorragia y acelerar la acumulación de plaquetas, pero la herida era demasiado seria. Ni siquiera la fisiología potenciada de un astartes era incapaz de salvar a su hermano de batalla.

—Cógelo —dijo Pytaron, gorgoteando sus palabras en medio de la sangre.

Cestus cogió el detonador y rodeó con las manos a Pytaron.

—Serás honrado… —la voz de Cestus se perdió mientras el aire a su alrededor de repente se enfrió a gran velocidad; los receptores de su armadura registraron un fuerte descenso de temperatura. Durante un terrible segundo, pensó que el puente se había despresurizado y que el vacío los reclamaría a todos ellos.

Con el frío llegaron los gritos de miles de voces resonando desde el interior de la cabeza de Cestus.

No era el vacío que atenazaba la nave para congelarlos. Era algo mucho peor. Unas garras afiladas lo rozaron probando sus defensas mentales como cuchillas de hielo, lo que le recordó a Cestus su anterior encuentro con Mhotep a bordo de la *Iracundo*.

—¡Psíquico! —advirtió al darse cuenta de lo que sucedía—. ¡Psíquico! —gritó esta vez para lograr la atención de Excelinor—. Nos está atacando.

Uno de los tripulantes de la *Abismo Furioso* cayó al vacío. Cogía con fuerza un cañón automático con una mano y su brazo colgaba limpiamente a su lado. Con la otra mano parecía que estuviera desgarrando su propia lengua.

Cestus disparó al hombre en el pecho. Éste se convulsionó violentamente y cayó al suelo. Entonces se volvió y vio como Excelinor levantaba poco a poco el bólter hacia su propia cabeza.

—¡No! —gritó Cestus, haciendo que su hermano de batalla recuperara los sentidos.

—Voces en mi cabeza… no puedo detenerlas —susurró Excelinor por el comunicador, todavía luchando con su bólter.

—¡Lucha! —le gruñó Cestus, sintiendo como los restos de su propia cordura eran lentamente devorados por las invisibles fuerzas de la disformidad. Tenían que salir de allí, y rápido. El capitán ultramarine cogió el brazo de Excelinor, el mundo empezó a emborronarse a su alrededor, y se lo llevó arrastrando hacia el portal de acceso.

—Vamos —jadeó Cestus mientras el suelo fluía bajo sus pies y las paredes empezaban a fundirse.

Por mucho que luchó para evitarlo, Cestus no logró evitar sumirse en la locura. La última cosa que recordaba era su puño cerrándose sobre el detonador y la explosión de fuego.

—Piensan que está viva —resolló Zadkiel, de pie ante su trono de mando—. Esta nave ha sido parte de ellos durante tanto tiempo que los suplicantes la consideran una extensión de sus propios cuerpos. No. Es un anfitrión, en el que ellos son los parásitos. No queda ni una mente intacta entre todos ellos. El enemigo se volverá loco mucho antes de que los matemos.

—¿Cuáles son sus órdenes, almirante? —La voz del sargento-comandante Reskiel a través del comunicador del trono interrumpió el monólogo de Zadkiel.

—¿Habéis llegado al área adyacente al puente de munición? —preguntó, mientras se imaginaba a los guerreros de Reskiel acechando desde las intersecciones de los corredores.

—Sí, mi señor —respondió Reskiel. Justo antes de entrar en el puente de munición, el sargento-comandante y sus guerreros habían recibido la orden de asegurar las salidas. Zadkiel no tenía ningún deseo de que sus fuerzas fueran alcanzadas por el ataque psíquico—. Aunque una gran detonación ha destruido buena parte de los puntos de acceso terciarios y, de momento, no hemos podido pasar a través de esa zona —añadió Reskiel.

—¿Es posible que los astartes hayan escapado del puente de municiones? —la irritación en la voz de Zadkiel era obvia, incluso a través de los comunicadores.

Se produjo una breve pausa mientras Reskiel consideraba su respuesta.

—Es posible, sí.

—Encuéntralos, Reskiel. Lógralo o no te molestes en volver a mi puente. —Zadkiel cortó bruscamente la comunicación.

El almirante se volvió hacia la fuerza secundaria de Portadores de la Palabra que se había reunido detrás de él.

—Asegurad el puente de municiones y los portales de acceso de estribor y babor.

Id allí y recuperad lo que quede de nuestra carga de ciclónicos.

—Sí, mi señor —dijo un coro de voces procedentes de los Portadores de la Palabra allí reunidos.

—Hacedlo, ¡ya! —rugió Zadkiel, y el ruido de los pesados pasos de las botas de los Portadores de la Palabra resonó por todo el puente mientras éstos se desplegaban.

Los infiltrados debían ser detenidos. A pesar del asalto psíquico, Zadkiel necesitaba estar seguro de que no quedaban cabos sueltos por atar. Nada debía impedir el bombardeo de Formaska. Sin eso, el resto del plan no podía llevarse a cabo. No permitiría que su alma fuera sacrificada a la ira de Kor Phaeron por su fallo. El éxito era inevitable. Había de serlo. Estaba escrito.

Los nativos de Macragge, los habitantes que lo habían poblado antes de la Gran Cruzada del Emperador, los habían redescubierto, habían creído en un infierno que era muy específico en su crueldad. Cada uno de sus círculos contenía un tipo distinto de pecador, todos ellos sufriendo castigos apropiados por sus actos. Cuanto más atroces hubieran sido los actos del muerto, más horribles y variados eran los castigos que sufría, hasta llegar al peor de todos, los traidores a los Reyes de la Batalla de Macragge y aquellos que habían traicionado a sus propias familias. Éstos estaban en el centro de una serie de tormentos que una mente viva no podía ni siquiera entender y sobre los que las propias leyendas se negaban a especular.

Estas creencias habían sobrevivido junto a la Verdad Imperial en forma de cuentos populares y alegorías. Los círculos del infierno de Macragge eran el tema de diversos versos épicos, relatos de advertencia y maldiciones coloristas.

Cestus estaba, en esos momentos, en el círculo del infierno reservado a los cobardes.

—¡Corre! —gritó el capataz—. ¡Corres por cualquier cosa! ¡Lo sacrificas todo por correr! ¡Corre, ahora, como lo has hecho toda tu vida! ¡No te detengas jamás!

Cestus estaba cegado por las lágrimas. Sus manos y pies le gritaban, hechos jirones. Detrás de él, un sol en miniatura se le acercaba, quemando la piel de la parte posterior de su torso y de sus piernas. Era implacable, no se detenía jamás, como si avanzara siguiendo un gigantesco camino circular rodeado de paredes de granito, su luz reflejándose en las estalactitas que colgaban del techo de la cueva por encima de su cabeza.

El suelo estaba cubierto de hojas afiladas, espadas abandonadas por lo soldados derrotados mientras huían del campo de batalla. Mientras la bola de fuego se acercaba, los pecadores huían, desgarrándose con las espadas para escapar del fuego. Su castigo era huir eternamente.

Cestus recordó que le habían hablado de este infierno los sargentos de instrucción en Macragge, en un tiempo medio recordado antes de que la legión de Guilliman lo

hubiera elegido entre cientos de suplicantes para convertirse en un ultramarine. Este infierno estaba a medio camino entre los diversos niveles del infierno, pues aunque los cobardes eran despreciados en Macragge, el suyo era un pecado patético, un pecado de fracaso, no comparable a la traición del asesinato, que tenía un castigo más cercano al centro del infierno. Esto agravaba el castigo, no sólo porque suponía sacrificio, no sólo porque te hacía comprender el peso del error, sino porque te recordaba que, incluso en el pecado, un cobarde era menospreciado.

Cestus tropezó y cayó. El acero mordió sus manos, sus rodillas y su pecho. Una hoja le atravesó la débil piel de los labios y probó la sangre. Tosió, desesperado por acabar con todo eso. Se sentía como si hubiera estado allí durante años, el implacable sol acercándosele.

El capataz era uno de los sargentos de instrucción de Macragge, el mismo tipo que le había ordenado marchar y luchar y esforzarse cuando era niño. Cestus recordó el miedo al fracaso, a decepcionar a los suyos. Se puso en pie y, de alguna forma, la carne seguía gritando.

—No soy un cobarde —jadeó—. Por favor…, no soy un cobarde.

El látigo del capataz restalló. Era una lengua de fuego procedente del sol, que abrió una línea negro rojiza de sufrimiento en la espalda de Cestus.

—¡Eres casi tan culpable de asesinar a tu hermano de batalla por haber temido ocupar su lugar! —le gritó el capataz—. ¡Condenaste a tus hermanos guerreros porque tenías miedo al fracaso! ¡Y ahora estás suplicando para que termine tu sufrimiento! ¿No son sino éstas las actuaciones de un cobarde? ¡Y tú osas vestir los colores de Guilliman! ¡Cuánta vergüenza has traído a tu legión!

—¡Jamás he huido! —gritó Cestus—. ¡Ni una sola vez! ¡Jamás he retrocedido! ¡Jamás he rehuido al enemigo! ¡El miedo jamás ha determinado mis acciones!

—¿Lo niegas? —le gritó el capataz.

—¡Lo niego! ¡Te niego a ti! ¡La Verdad Imperial no tiene lugar para los infiernos! ¡Los únicos infiernos son los que nosotros mismos nos creamos!

—Otra vida, Lysimachus Cestus, ¡y te darás por vencido!

El sol rugía cada vez más cerca. Lo engullía todo, furioso y ardiente.

Unas manchas oscuras centellearon en su superficie. Unas lenguas llameantes lamieron a Cestus, y le quemaron las ampollas de los pies, y la parte posterior de las piernas. Una se le enrolló alrededor de la cara, y él gimió cuando le quemó las mejillas, la nariz, las orejas. Cestus luchó para escapar, pero las espadas lo impidieron. Una pierna quedó atrapada por ganchos que se le clavaron entre los huesos, y sintió como el acero le rasgaba el mentón y le desollaba la piel y los músculos. Tenía una mano inmovilizada, también atravesada por los pinchos del filo de una lanza.

—¡No soy un cobarde! —gritó Cestus. Se liberó del suelo de espadas dejando allí

músculos y sangre—. ¡No conozco el miedo! —Se volvió y caminó sobre lo que quedaba de su pie hacia el corazón del sol.

La vicealmirante Kaminska estaba sentada en su trono de mando frente a las compuertas que conducían al puente de la *Iracundo*. Las compuertas estaban cerradas, el puente sellado ante las explosiones secundarias que estaban desgarrando su nave. Una nueva explosión gigantesca retumbó desde el generatoria, muy lejos de allí, a popa. La *Iracundo* estaba partiéndose. La débil gravedad de Formaska estaba arrastrándolos lentamente hacia una espiral de muerte. Allí, sobre la roca desnuda, acabarían de destruirse. Eso sería así, si un colapso catastrófico del reactor no destruía completamente la nave antes de que eso sucediera.

Kaminska sentía una curiosa calma mientras iban a la deriva por el vacío, totalmente a merced de la gravedad. Sin embargo, todavía quedaba un rastro de inquietud asomando en el límite de sus sentidos, como si el sentimiento que había experimentado anteriormente permaneciera, aunque ella ya se había habituado a él.

Lo supo cuando Cestus propuso el plan y habló del sacrificio que representaría su última misión. Ella estaba vestida con toda su regalía de almirante y había ordenado a toda la tripulación del puente que hiciera lo mismo. Habría un gran honor en su último acto. Habían luchado contra un gigante con la forma de la *Abismo Furioso* y habían perdido, pero como las moscas que irritan a un bisonte, tal vez habrían logrado distraerlo lo suficiente para que los Ángeles del Emperador hicieran lo que tenían que hacer.

—Contramaestre —dijo Kaminska con los ojos fijos en el ventanal delantero y el espacio mientras los restos de su propia nave pasaban lentamente por delante de su vista—, que toda la tripulación, usted incluida abandone el puente. Deben evacuar inmediatamente la *Iracundo* a bordo de las cápsulas de salvamento. Que la suerte los acompañe en el vacío.

—Lo siento, vicealmirante. No puedo hablar por el resto de la tripulación pero no pienso obedecer esta orden —le respondió Venkmyer.

Kaminska se volvió en su trono de mando y miró a su contramaestre con una mirada gélida.

—Soy su capitana, y cumplirá todas mis órdenes —insistió ella.

—Solicito permiso para permanecer a bordo de la *Iracundo* y acabar junto con la nave —le respondió Venkmyer.

Durante un instante, Kaminska la miró como si estuviera a punto de explotar por una apoplejía ante tal insubordinación, pero la decidida expresión de la cara de su contramaestre hizo que el hielo se fundiera.

Kaminska saludó a Venkmyer y al resto de la tripulación del puente.

—Me hacéis un gran honor —Kaminska estaba a punto de sonreír orgullosamente

cuando se intensificó el sentimiento de intranquilidad, y se dio cuenta de que éste emanaba de su contramaestre.

—No, vicealmirante —le replicó Venkmyer, y por el obvio comportamiento de su tripulación parecía que todos estuvieran de acuerdo con ella—. Nosotros somos los honrados.

Venkmyer levantó la mano para devolver el saludo naval cuando, de repente, se cogió el estómago. Hizo una mueca de dolor y cayó al suelo convulsionándose violentamente.

El segundo piloto, Kant, que estaba junto a ella, corrió inmediatamente en su ayuda.

—Oficial Venkmyer —gritó Kaminska, levantándose de su trono para socorrerla. Se detuvo cuando notó que la respiración se condensaba frente a ella. Un profundo frío invadió el puente como si, de repente, se hubiera convertido en un congelador de carne.

Los ojos se le desencajaron mientras Venkmyer se retorcía y se desgarraba. Desenfundó su pistola naval.

Armada o no, no importaba. Ya era demasiado tarde para todos ellos.

Mhotep estaba meditando en la sala de aislamiento, con la mirada fija en la superficie reflectante del speculum que tenía en su báculo. De repente, su vidriosa expresión se desvaneció y fue plenamente consciente una vez más.

Era el momento.

El capitán de los Mil Hijos se puso en pie. Sus carceleros le habían permitido llevar la armadura, y las pesadas botas resonaron en el suelo metálico. Se aproximó a la cerrada puerta de la celda y levantó la mano. Entonó unas palabras ancestrales en un idioma silbante y la puerta se disolvió ante la palma abierta de Mhotep, desintegrándose en sus átomos. El astartes la atravesó e, inmediatamente, se vio asaltado por una profunda sensación de vacío. Los corredores estaban totalmente desprovistos de vida. Sabía que la *Iracundo* no tenía más que una tripulación básica, pero eso era algo más: una ausencia de existencia que excedía lo ultraterreno. Mhotep se cubrió la cabeza con su capuchón psíquico, asegurándolo firmemente a las sujeciones en forma de escarabajo de la gorguera. Colocó el báculo por delante de él y lo activó. El pequeño bastón se extendió hasta convertirse una vez más en lanza, y una pequeña chispa de energía la recorrió cuan larga era, como si reaccionara ante el aire que la rodeaba. Esta nave por la que caminaba tenía un fantasma. Mhotep lo sabía a ciencia cierta.

Tranquilamente, el capitán de los Mil Hijos avanzó por los estrechos pasadizos que lo conducirían al puente, donde sabía que lo aguardaba su destino. Las hebras del destino habían sido muy especificas. Éste era el camino que había elegido, pese a los

esfuerzos de los otros para tratar de hacerlo cambiar de opinión, para tratar de sumirlo en una locura divina.

Mhotep llegó al puente de mando sin haber encontrado ni una sola alma. Era como si la tripulación hubiera sido totalmente devorada. Movió la mano con un rápido gesto cortante y las compuertas selladas se abrieron, expulsando una pequeña nube de presión.

Lo recibió una masacre en cuanto entró en el puente. Era como si el corazón sangrante de la *Iracundo* hubiera sido diseccionado en la mesa de un cirujano.

El corazón de la nave era, evidentemente, su tripulación. Su sangre y sus visceras pintaban las paredes, un descarnado retrato mostrado de forma obscena por un artista demente. La piel había sido arrancada de los huesos, y los órganos internos eviscerados.

Un extraño esqueleto cubría las paredes y el techo; sus concomitantes elementos escogidos de entre los miembros asesinados de la tripulación para convertir el puente en un macabro osario.

Mhotep hizo caso omiso del hedor a matadero que le asaltó la nariz, incluso a través de los filtros de su casco. El húmedo enrojecimiento de la sala se mostraba crudamente a causa de los intermitentes destellos de las luces de emergencia. Vio a la vicealmirante Kaminska, caída en el suelo, con una pistola en la mano.

—Sal de ella —jadeó, vomitando sangre por los labios a medida que hablaba.

De pie delante de ambos, con una demencial sonrisa grabada en la cara, estaba la contramaestre Venkmyer totalmente ensangrentada. Sus pies, inclinados hacia abajo dentro de las botas, apenas si rozaban el suelo, como si se tratara de una marioneta que hubieran dejado colgando de sus cuerdas.

—¡Fuera! —ordenó nuevamente Kaminska, tratando de levantarse mientras disparaba su pistola vacía contra la abominación que había sido su segunda al mando.

La marioneta de Venkmyer acercó su brazo extendido, como si estuviera hecha de arcilla, y desgarró la cabeza de Kaminska con sus dedos como garras. Muerta la vicealmirante, el brazo de la criatura volvió a su posición brillando con sangre fresca.

—Tú que moras en su interior —dijo tranquilamente Mhotep, avanzando un paso mientras trataba de reunir todo su poder psíquico—. Sal.

La marioneta Venkmyer le sonrió con sarcasmo.

—Soy un sirviente del ojo carmesí. Soy un vasallo de Magnus, el que todo lo sabe —dijo Mhotep, avanzando un paso más mientras reafirmaba su sujeción de la lanza—. Sal.

Un fantasmagórico silencio había descendido como un velo y los sensores de temperatura del casco de Mhotep estaban registrando lecturas bajo cero. Vio minúsculas acumulaciones de escarcha acumulándose en sus guanteletes. Una ligera pátina blanca estaba manando lentamente de su armadura a medida que avanzaba.

Aun así, la marioneta Venkmyer no respondió.

—¡Sé que estás aquí! —gritó Mhotep. Su voz resonó por todo el puente—. ¡Has estado aquí todo el tiempo! No puedes ocultarte de mí. ¡Tengo el Ojo de Magnus! —Mhotep apuntó con la lanza a Venkmyer, como si ella fuera una bestia salvaje preparada para atacar.

—Sal —le ordenó, y un muy breve signo de reconocimiento apareció en el rostro de Venkmyer, pero fue rápidamente ahogado por la agonía.

La cosa que utilizaba a la piloto abrió su boca y la mandíbula se distendió para revelar una cavidad vacía de un oscuro color rojo. Un chorro de sangre surgió hacia fuera, cubriendo a Mhotep de entrañas sanguinolientas. El capitán de los Mil Hijos no desfalleció ante el vómito carmesí y mantuvo su posición.

El sonido de huesos partiéndose llenó el aire mientras la columna vertebral de Venkmyer era arrancada de su espalda y se curvaba como la cola de un escorpión. Su cuello se partió y la mandíbula se distendió aún más, rompiendo todos los tendones. Bajo su deslustrado uniforme, las costillas temblaron como una masa que quería liberarse de la carne y los huesos de su cuerpo. Las convulsiones la recorrieron y la cabeza se desgajó en medio de una lluvia de entrañas y sangre.

Una forma de puro músculo emergió, desplegándose y abriéndose como una flor sangrienta. Las manos de Venkmyer se convirtieron en garras y la potenciada musculatura cubrió su destrozado cuerpo de forma implacable. Húmedos y sonrosados, los músculos se ampliaron hasta que un duro y negro caparazón se formó sobre ellos. Lo que anteriormente había sido Venkmyer, poco más que un medio para que algo se manifestara en este universo, creció exponencialmente hasta que tuvo que agacharse para caber en la sala. Los vestigios de unos cuernos surgieron de su bulbosa cabeza, desde la que unos ojos como pozos de alquitrán miraban maliciosamente. Una rendija recorrió su cabeza casi exenta de rasgos faciales, como si hubiera sido cortada por el escalpelo de un cirujano, y se abrió en una gran boca llena de afilados colmillos. Unas garras como cuchillas rasparon el suelo desde sus simiescos brazos distendidos. Una larga y poderosa cola le surgió de la espalda. Estaba formada por resistentes hebras musculares entretejidas y púas retorcidas.

—Aquí estás… —dijo Mhotep, observando la gigantesca abominación— Wsoric.

Era una criatura de la disformidad, un demonio hecho carne, y miraba al capitán de los Mil Hijos, que dejó que su maligna presencia lo inundara.

—Estoy saciado —gorgoteó la cosa, babeando sangre mientras su boca se deformaba para pronunciar aquellas palabras—, pero siempre hay lugar para más.

Mhotep comprendió entonces que la bestia había estado a bordo de la nave durante semanas, devorando almas para reunir fuerzas. Había sido la tentación en su cabeza la que casi lo había hecho caer en la locura. Había alimentado las llamas de la enemistad del lobo espacial contra él. Y potenció la locura que había reclamado las

vidas de muchos de los tripulantes.

Mhotep blandió su lanza y una corona de crepitante energía la recorrió.

—La hora de comer ha terminado —lo amenazó.

El séptimo círculo del infierno, dos pasos más cerca del centro de la condenación, era para los rebeldes, aquellos que habían rechazado el orden natural de las cosas, que habían desafiado a sus superiores o se habían negado a aceptar su lugar en el mundo. En épocas remotas, aquellos que se levantaron en armas contra los Reyes de la Batalla de Macragge se habían visto arrojados aquí, junto con los hijos que se habían rebelado contra sus padres, y los anormales y agitadores de cualquier tipo.

Era una máquina, un vasto, complejo e infinito amasijo de ruedas dentadas y acero que sacudían el séptimo círculo. Los rebeldes no se habían dado cuenta de que era necesario que formaran parte de un máquina más grande, y por eso el séptimo infierno tenía que enseñarles cuál era su lugar. Los pecadores formaban parte de esa maquinaria, doblados y estirados entre sus componentes. La máquina jamás los dejaba solos, siempre retorciéndoles o golpeándolos con un pistón, hasta que perdían su individualidad con la esperanza de acabar con su sufrimiento. El séptimo infierno no era sólo un castigo, era una lección, y estaba para romper la voluntad de sus discípulos con estas enseñanzas.

La columna de Cestus fue doblada hacia atrás. Unas espuelas de metal se le clavaron en las muñecas, directamente a través de los músculos de los brazos y hacia el interior de su pecho. El metal se fundió con la parte posterior de su cráneo y lo partió en pocos segundos mientras los dientes de una rueda lo golpeaban por detrás.

El círculo del infierno era oscuro y goteaba sangre. Otros pecadores podían verse por doquier, sus cuerpos habían sido tan deformados por la máquina que eran poco más que piñones o discos rotatorios de cartílago y hueso, con los rasgos faciales apenas discernibles. Unos pocos eran recién llegados y sus cuerpos todavía resistían. Éstos chillaban, con los huesos asomando a través de la piel tras haber desgarrado sus músculos.

—¡Cestus! —gritó alguien por encima de él. Él trató de mirar hacia allí, e hizo una mueca cuando el metal le atravesó la piel del cuero cabelludo.

Era Antiges. El ultramarine había sido despojado de su armadura y estaba clavado con los brazos extendidos en una rueda dentada. Sus extremidades habían sido forzadas para seguir el círculo de la rueda. Sus espinillas y antebrazos estaban doblados formando curvas y parecían a punto de romperse en cualquier momento. Otra rueda dentada, más pequeña, dentro de la anterior estaba fijada a su espalda, y le doblaba lentamente la columna vertebral. De hecho, su torso ya se había curvado hacia dentro, y su cabeza había sido forzada a doblarse sobre un hombro.

—¡Antiges! —jadeó Cestus—. Pensaba que estabas perdido.

—Lo estoy —respondió Antiges en un breve paréntesis en su sufrimiento antes de que regresara la agonía—. Al igual que lo estás tú. Padres de Macragge, este dolor… No podré resistirlo mucho más. Si tan sólo hubiera alguna… alguna nueva muerte, algún perdón.

—Éste es el infierno para los rebeldes —dijo Cestus. Notó un cierto tono de pánico en su mente mientras las espuelas de sus antebrazos empezaban a despedazarlo, arrastrando sus brazos con él—. Nosotros no somos rebeldes. ¡Siempre hemos sido leales hijos de Macragge! ¡Hemos servido a la Verdad Imperial hasta el final! No hay nada más valioso para nosotros que nuestro deber.

—Tu deber estaba en Terra —dijo Antiges—. Tomaste una nave y abandonaste tu puesto. Tú nos arrastraste a todos nosotros en tu misión a Macragge, condenándonos por ello. No había ninguna misión que te ordenara que reunieras tu flota y abandonaras Terra. Ésta era tu cruzada personal, Cestus. Ésta era tu rebelión.

—Tenía un deber para con Macragge y mis hermanos de batalla. Todo lo que hice, lo hice porque lo exigía mi legión. ¡La lealtad ha sido siempre mi única motivación!

—Lealtad, Cestus, hacia ti mismo —Antiges echó la cabeza hacia atrás y gritó.

Una pierna se le rompió partiéndose a nivel de la espinilla. La otra se había partido al nivel de la rodilla. Le siguió un hombro, que se quebró por la articulación. La piel se rasgó y el brazo de Antiges quedó sujeto únicamente por unos pocos tendones. Los ojos le giraron en las órbitas y su respiración se volvió entrecortada. Un astartes podía soportar un dolor que mataría a un hombre normal, pero incluso Antiges tenía su límite.

—¡Hermano! —aulló Cestus—. ¡Resiste! ¡No me dejes! ¡Lucha!

La parte de la maquinaria de Cestus zumbó con la energía derivada de los engranajes que traqueteaban debajo de él. Sintió como sus brazos eran tensados aún más hacia atrás así como aumentaba la presión sobre su espalda. Su cabeza también se vio forzada a echarse hacia atrás, rompiéndose aquí y allí mientras era empujado con fuerza por el extremo de la columna vertebral.

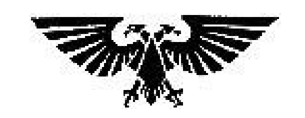
La presión en su pecho era tremenda. Las costillas de un astartes están fusionadas para formar una placa pectoral de hueso, y Cestus sintió como crujían, a punto de partirse por la mitad. El dolor creció, y el ultramarine no pudo sentir nada más, sólo la terrible inevitabilidad de su rotura.

—¡No soy un rebelde! —gritó Cestus, sacando su determinación de un resto de fuerza que desconocía que poseyera—. ¡Sólo obedezco! ¡Mi legión es mi vida! ¡No pertenezco a este infierno de Macragge, y por tanto este infierno no es real! ¡No soy un rebelde! ¡Yo os desafío a todos!

En algún lugar, el capataz giró una oxidada rueda y la máquina tembló con la inyección de energía.

El pecho de Cestus se partió. Gritó. Un aire caliente aulló entre sus órganos. Sus piernas patearon frenéticamente y ambos brazos se partieron. Su cuello se rompió, pero el dolor no cesó, y su cuerpo se vio forzado a aceptar la forma de la máquina.

—Te desafío —jadeó Cestus con su último aliento.



DIECINUEVE

MENTALIDAD DE MANADA

WSORIC

REUNIÓN

Brynngar avanzó a cuatro patas entre los cadáveres humeantes de la manada. Los había destrozado con los dientes y las garras, y tenía el morro peludo manchado con su sangre. Lo habían desafiado, y él les había demostrado que era el animal dominante. Sus ojos de mirada feroz recorrieron la helada llanura fenrisiana, un océano plateado tan inmóvil que más parecía un cristal. Olisqueó el aire y captó en la brisa fresca el olor de algo que se dirigía hacia él. Sus largas orejas de lobo percibían el más mínimo sonido producido en la tundra. Vio una sombra por encima de él que se movía con sigilo mientras escalaba por un peñasco cubierto por una capa de nieve.

Un lobo seguía con vida, y lo estaba acechando.

Brynngar lanzó un aullido lúgubre que resonó por las gigantescas montañas. Su desafío fue respondido con otro aullido.

Los pelos de la espalda de Brynngar se erizaron cuando el otro lobo quedó a la vista. Era más pequeño que él, pero también era más delgado, y muy musculoso. Su cuerpo estaba cubierto de un pellejo de color marrón rojizo, y caminaba sobre unas garras de color rojo sangre. Brynngar gruñó mientras se acercaba el lobo rojo. Fue un sonido reverberante que le resonó por todo el cuerpo. Su oponente llegó hasta la llanura y ambos empezaron a dar vueltas alrededor del otro, el lobo viejo y venerable y el joven rojizo. La muerte era el único resultado posible de aquel enfrentamiento. La única duda era saber si el duelo acabaría con los dos muertos.

De los colmillos de Brynngar todavía colgaban tiras de carne de lobo. El sabor de la sangre era embriagador, y su olor provocaba que sus sentidos salvajes se

enervaran. Soltó un rugido y se lanzó a por el otro lobo mordiendo y dando zarpazos con una despreocupación salvaje. Tan furioso fue el ataque que el lobo rojo cayó derribado al perder el equilibrio. Se retorció, atrapado como estaba por las fauces de Brynngar, y le arañó salvajemente el lomo gris al mismo tiempo que lo mordía. Los lobos se separaron, ambos ensangrentados, ambos enfurecidos. La siguiente vez fue el lobo rojo quien atacó, y lo hizo con tanta rapidez que logró rasgarle el pellejo del costado con las garras. Brynngar aulló de dolor y resbaló sobre las cuatro patas por la llanura helada antes de recuperarse y lanzarse a la carga de nuevo.

El lobo rojo le propinó un zarpazo en el morro, pero el viejo lobo gris no se iba a detener por algo así. Brynngar hizo caso omiso del dolor y cerró las fauces alrededor del cuello de su oponente para luego morder con fuerza. Las patas traseras del lobo rojo le volvieron a desgarrar el costado en un acto desesperado. Brynngar notó la respiración frenética de su oponente, la calidez que se extendía sobre su propio pellejo, el vapor que se enfriaba en el aire helado. Soltó un gruñido por el esfuerzo al partirle el cuello al lobo rojo, quien emitió un breve gañido antes de morir y quedar inerte entre las fauces de Brynngar. El viejo lobo sacudió la cabeza para echar a un lado el cadáver y aulló triunfante. La sangre le cayó a goterones de las mandíbulas entre los grandes colmillos.

El océano plateado se encontraba de nuevo ante él, y Brynngar sintió su llamada. La nieve comenzó a descender sobre su superficie pulida en grandes copos blancos. Cayó sobre el lugar donde estaba Brynngar y ocultó la sangre que habían derramado los lobos muertos. El viejo gris estaba a punto de marcharse trotando cuando una sombra se deslizó sobre la llanura helada. Levantó la mirada, pero durante unos momentos no logró ver nada debido a la espesa nevada. Luego, poco a poco, una figura se hizo discernible. Era un lobo negro, de más del doble del tamaño de Brynngar, que estaba sentado sobre las patas traseras y lo observaba con tranquilidad. No había desafío ni amenaza en su actitud. Se limitaba a observarlo. Brynngar había visto con anterioridad a aquella bestia de pellejo negro. El lobo gris se acercó lentamente hacia ella, con cautela, y se detuvo cuando el lobo negro se levantó. Lo miró directamente a los ojos y abrió las fauces como si fuera a aullar.

—Mira a tu alrededor —le dijo el lobo negro, y aunque habló con las palabras de los humanos, Brynngar, el lobo gris, lo entendía—. Mira a tu alrededor, Brynngar —repitió el enorme lobo negro—. Esto no es Fenris.

Brynngar se despertó del sueño y pasó directamente a una pesadilla. Rujveld yacía muerto a sus pies. El garra sangrienta tenía la garganta destrozada de un mordisco y sus fluidos vitales se acumulaban en un charco que rodeaba su cuerpo. El guardia del lobo notó el sabor a sangre en la boca, y supo de inmediato que había sido él quien lo había matado. Por el rabillo del ojo vio a otros cadáveres de armadura gris, y se dio cuenta de que había matado a todos sus camaradas. Cerró los ojos ante

aquel horror y deseó fervientemente que sólo fuese su imaginación, pero cuando los abrió de nuevo, vio que era real.

El guardia del lobo se puso en pie tambaleándose. Lo último que recordaba era que se estaban acercando la *Abismo Furioso*. Su lanzadera había recibido un impacto y se habían estrellado en un lugar oscuro. Del resto no recordada nada. Salió a un lugar que le pareció que era Fenris. Comprendió que aquello había sido alguna clase de mentira psíquica. Cerró los puños enfurecido al pensar que lo habían manipulado mediante la brujería. Eso les había costado la vida a sus hermanos de batalla. Había quedado condenado por ello.

Brynngar recuperó todos sus sentidos y miró en derredor. El lugar estaba casi a oscuras, pero daba la impresión de que era amplio y con un techo elevado. Parecía alguna clase de armería, y se encontró cara a cara con una armadura dreadnought. Al principio se sobresaltó y dio un paso atrás de un modo instintivo al mismo tiempo que alargaba una mano hacia la empuñadura de *Colmillo infernal*. Se tranquilizó cuando se dio cuenta de que el sarcófago de aquella poderosa máquina de guerra estaba vacío y apagado. Había otro dreadnought a su lado, dispuesto del mismo modo y preparado para recibir al guerrero que acabaría encerrado en su interior para siempre, o hasta que dejaran de poder servir a la legión.

La armería era muy amplia y estaba bien surtida. Había cajas de munición apiladas por filas. Cerca de ellas había cargadores de bólter, células de energía y cientos de granadas. Sin embargo, fue la impresionante presencia de los dreadnoughts lo que llamó la atención del lobo espacial. Al lado de la segunda máquina había otra, y al lado de ésta, otra más, y así sucesivamente. Brynngar alzó la cabeza y recorrió toda la estancia con la mirada. Su visión mejorada se ajustó a la penumbra y entonces se dio cuenta de que había al menos un centenar de dreadnoughts en la inmensa armería. Todas aquellas formas dormidas estaban dispuestas en filas y columnas. A su lado se encontraban los sistemas de armas, los grandes martillos hidráulicos, los flagelos de energía, los cañones automáticos, los bólters pesados, los lanzallamas acoplados y los lanzamisiles, a la espera de ser ensamblados en el cuerpo principal de los dreadnoughts. Brynngar se estremeció al pensar en la potencia de fuego que tenía ante sus ojos y en la posibilidad de que miles de aquellos leviatanes blindados marcharan al combate en nombre de Lorgar.

Brynngar captó algo con los oídos. Había perdido el casco de combate en algún momento, pero no recordaba cuándo. Una placa de metal se deslizó en una de las paredes y un débil rayo de luz roja apareció en el hueco abierto. Una sombra delgada y alargada estaba esperando al otro lado a que la losa se abriera del todo. Una vez quedó franqueado el paso, cruzó al otro lado y entró en la armería. Iba vestida con una túnica negra, y Brynngar captó el destello de un artefacto metálico a su espalda: un miembro del Mechanicum.

El magos se dio la vuelta cuando notó la presencia del astartes en la armería. Sin preámbulo alguno, se lanzó contra el lobo espacial y un taladro mecadendrito surgió de entre los pliegues de la túnica. Brynngar partió de un tajo el brazo metálico del arma y del miembro amputado comenzó a salir un chorro de aceite industrial como si fuera sangre. Luego rugió y le propinó un tremendo golpe con *Colmillo infernal* al indefenso magos. La criatura dejó escapar un gorgoteo mientras moría, en lo que pudo ser una expresión de dolor o de arrepentimiento. Se movió de un modo espasmódico durante unos momentos, como si el cuerpo mecánico necesitase algún tiempo para darse cuenta de que estaba muerto, antes de quedar completamente inmóvil.

La luz roja seguía entrando por el portal que el magos había dejado abierto.

Brynngar no tenía ni idea de adónde conducía, pero quizá podría encontrar por allí un lugar vulnerable de la nave y causar algún daño, con lo que conseguiría que el sacrificio de sus garras sangrientas y su propio acto terrible merecieran algo la pena. Quizá incluso era posible que el ultramarine todavía estuviera vivo y pudiera encontrarlo. El lobo espacial dio un paso hacia la salida mientras pensaba en todo aquello, pero se detuvo en seco cuando oyó un estampido metálico en la armería, al que siguió el siseo de presión de un arnés al soltarse.

Brynngar se volvió hacia el sonido. Su agudo oído le permitió localizar con exactitud su origen. No tuvo que esperar mucho antes de que la fuente de ese sonido apareciera.

—Sirvo a la legión eternamente —dijo una voz chirriante emitida por un altavoz en mitad de la oscuridad.

Unos pesados pasos metálicos, semejantes a los golpes de un martillo gigante contra un yunque, resonaron por toda la armería, y un enorme dreadnought apareció a la vista.

Aquello no era más que una abominación, ya que sólo se encontraba a mitad del proceso de ensambladura. El sarcófago blindado estaba abierto, lo que dejaba al descubierto la cápsula translúcida en cuyo interior un cuerpo desnudo flotaba en líquido amniótico. El fluido viscoso se pegaba al cuerpo, lo que hacía que la musculatura potenciada del astartes encerrado en su interior reluciera con un brillo apagado.

La máquina caminaba con pasos inseguros. Le faltaba uno de los brazos, y los cables desconectados se balanceaban como venas cortadas. Sin duda, estaba a la espera de las armas de destrucción con las que participaría del arte de la guerra. Sin embargo, el otro brazo estaba más que preparado: de él colgaba un enorme martillo con pinchos a ambos lados. En su superficie chasqueaba un leve campo energético que emitía destellos sobre el dreadnought, que había activado el arma de forma subconsciente. Del monstruo metálico, que se alzaba muy por encima de Brynngar,

emanaba una sensación de amenaza palpable. El viejo lobo dio un paso atrás y blandió a *Colmillo infernal* para estar preparado. El blindaje de su oponente parecía grueso, pero mantuvo la esperanza de que el hacha rúnica fuese capaz de atravesarlo.

—Mi enemigo —declaró el dreadnought mientras avanzaba para impedir el acceso a la salida de la armería. Tuvo un atisbo de reconocimiento en su tono de voz y en su comportamiento—. Ultis debe morir —añadió, y se detuvo un momento, como si estuviera confuso, pero luego se concentró en el lobo espacial y continuó avanzando—. No te apoderarás de la nave.

Brynngar conocía a aquel guerrero. Ya lo había matado una vez, en Bakka Triumveron.

—Baelanos… —dijo con la frialdad propia de una máquina.

El capitán de asalto.

—¿No te he matado ya una vez? —gruñó el guardia del lobo.

—… destruirte —contestó el dreadnought, y el sarcófago se cerró sobre la cápsula.

—Segundo asalto —susurró Brynngar cuando Baelanos cargó contra él.

Mhotep atravesó las compuertas blindadas de la entrada al puente de mando y resbaló por el suelo de un pasillo adyacente. Tenía la armadura cubierta de fuego y con marcas de quemaduras allá donde el demonio lo había abrasado con su aliento. La fuerza del golpe fue tal que Mhotep se esforzó por agarrarse a las paredes del pasillo para frenar el impulso, pero la superficie de metal y de madera cedió bajo sus dedos y dejó al descubierto los cables rotos, que soltaron una lluvia de chispas. El capitán de los Mil Hijos chocó contra una compuerta situada en una intersección de los pasillos y se detuvo en seco. Una cuchillada de dolor le sacudió la espalda y un hombro.

El calor se escapaba por los bordes de la armadura de Mhotep. La peor parte se la había llevado la placa facial del casco, así que se la quitó, medio fundida, aunque mantuvo en su lugar el resto del casco, junto al capuchón psíquico. Dejó a un lado la placa facial y se puso en pie. En la placa pectoral tenía tres marcas de garras tan profundas que de ellas salía sangre. El astartes trastabilló un poco al principio, pero sacó fuerzas de sus reservas psíquicas y se irguió. Se obligó a poner un pie delante de otro y a expulsar el dolor de su cuerpo mientras se dirigía de nuevo hacia el puente de mando.

Wsoric pasó a través de las destrozadas compuertas blindadas. El metal chirrió cuando se vio empujado por la enorme masa del demonio al abrirse paso por el agujero dejado por Mhotep. La bestia se enfrentaría a él en mitad del pasillo.

El capitán de los Mil Hijos se dio cuenta, cuando estuvo un poco más cerca, de que la armadura que formaba su caparazón negro estaba agrietada en algunos puntos y que un poco de icor reluciente salía de los cortes que tenía por todo el cuerpo.

Al menos se le podía herir. Mhotep se aferró a ese pequeño rayo de esperanza mientras preparaba la lanza. Murmuró un hechizo y lanzó un rayo de luz carmesí contra el demonio. La criatura se protegió utilizando su musculoso antebrazo para repeler el ataque psíquico, pero la energía reluciente se agotó con rapidez y Wsoric quedó indemne.

—Como un insecto —dijo el demonio. A su voz la acompañó el sonido de la carne al deslizarse sobre el suelo y el crujido de los huesos—. Eres más difícil de matar de lo que tu aspecto débil sugiere.

—Soy un astartes. Soy un ángel vengador del Emperador de la Humanidad —lo desafió Mhotep, quien utilizó aquel breve respiro para recuperar fuerzas.

Aunque estaba debilitado y dolorido, el capitán de los Mil Hijos tuvo mucho cuidado de no mostrar vulnerabilidad alguna, ni siquiera de contemplar la posibilidad de una derrota. Sabía que si lo hacía, el demonio lo aprovecharía y todo estaría perdido.

—Yo soy tu condenación —le prometió Wsoric, y se lanzó contra él con una velocidad sobrenatural.

—Lo mismo que yo lo soy para ti —dijo entre dientes Mhotep.

Unas garras como guadañas cruzaron el aire, y la lanza del capitán de los Mil Hijos soltó una lluvia de chispas doradas cuando la utilizó para detener el golpe. Trastabilló debido a la fuerza del impacto y dio un paso atrás de forma involuntaria. Las botas chirriaron contra el metal. Encendió la punta de la lanza con un aura de fuego carmesí y lo atacó con ella. La piel del demonio se comportó como si fuera de hierro, y el rebote del golpe le sacudió el brazo desde la muñeca hasta el hombro. El efecto fue entumecedor, casi hasta el punto de hacerle soltar el arma. El aullido de dolor de Wsoric fue inmenso, y el rostro del capitán de los Mil Hijos mostró una mueca agónica antes de retirarse.

Los servomotores de la armadura ayudaron a sus músculos a dar un tremendo salto hacia atrás. La túnica desgarrada que lo cubría se agitó como una capa, y aterrizó, lanza en mano, antes de que el demonio pudiera responder al ataque.

—Aquí has fallado, espíritu —le dijo con la voz cargada de una certidumbre absoluta—. Espectro de tiempos pasados, yo te maldigo. Engendro de la disformidad, yo te expulso. Por mucho que ansíes nuestras almas, yo te conozco, y no vencerás. Serás desterrado por la luz del Emperador.

—No sabes nada en absoluto sobre lo que somos en realidad —se burló Wsoric. La terrible herida ya se estaba cerrando—. Estás equivocado, y no conoces tu propio destino.

Una imagen centelleó por un momento en la mente de Mhotep: las torres de Prospero en llamas y el sonido de los lobos al aullar. Era la misma visión que había tenido cuando Wsoric intentó hacerlo cambiar de bando, y volvió para acosarle como

una pesadilla recurrente.

Mhotep se concentró, decidido a no rendirse, y la imagen desapareció poco a poco como el humo al desvanecerse.

—Soy Mhotep, capitán de los Mil Hijos de Magnus el Rojo. La sabiduría de Ahriman fluye por mi interior.

Aquella afirmación lo reforzó y el poder le recorrió todo el cuerpo. El de Wsoric, todo músculo y piel manchada como la de un cadáver podrido, se estremeció con lo que Mhotep supuso eran risas. El demonio abrió los labios ensangrentados de su rostro semejante al de un perro y sus ojos de color negro puro relucieron en unas cuencas oculares que más parecían heridas. Una de las manos de Wsoric se retorció sobre sí misma con un repugnante sonido de succión y en la palma se formó un orificio ancho, que el monstruo apuntó como si fuera un arma. El demonio rugió por el esfuerzo y un rayo de fuego púrpura surgió de la extremidad. Mhotep no se pudo apartar de su trayectoria con la rapidez suficiente y la descarga lo alcanzó de refilón en una hombrera con tanta fuerza que lo hizo volar por los aires girando sobre sí mismo. El capitán de los Mil Hijos se puso en pie en cuanto aterrizó, y notó que un costado de la armadura estaba quemado por el tremendo calor, y que en la piel expuesta de ese mismo lado de la cara comenzaban a formarse ampollas.

Wsoric disparó de nuevo, y esta vez fue una ráfaga de bolas de fuego. El monstruo no dejaba de reírse a carcajadas, con un horrible sonido gorgoteante que iba acompañado de chorros de sangre que le salían de la garganta. Mhotep rodó sobre sí mismo para salir de la intersección y se metió en otro pasillo mientras la compuerta era acribillada por lanzas de fuego.

El hedor a metal quemado le asaltó la nariz, y sintió aquel calor infernal por toda la piel, pero Mhotep no estaba dispuesto a darse por vencido. En cuanto las llamaradas dejaron de abrasar el aire, volvió a la intersección. Extendió un brazo, y en la palma de la mano surgió una masa burbujeante de fuego carmesí que lanzó contra el demonio, al que cubrió por completo. El orificio por donde disparaba quedó sellado por el calor.

—Los Portadores de la Palabra no conseguirán salirse con la suya _—le gritó a la vez que echaba a correr hacia él con la lanza por delante—. ¡El Emperador sabe que lo han traicionado! ¡Lorgar no escapará de Su justicia!

—A mí no me importan nada en absoluto los perros de Lorgar —le contestó Wsoric con un rugido—. Están sometidos a la voluntad de la disformidad, a los antiguos que habitan en el empíreo. El esclavo Lorgar no es más que una herramienta con la que forjamos nuestro grandioso plan. La humanidad caerá, y la Vieja Noche volverá a la galaxia trayendo consigo una segunda oscuridad. ¡Todos seréis nuestros esclavos!

El astartes y el demonio chocaron de frente. Mhotep atravesó el costado de

Wsoric con la lanza, y éste lo estampó contra la pared del pasillo con un golpe de sus gigantescas garras. Luego le agarró de la cabeza antes de que se pudiera recuperar y comenzó a apretar. Mhotep oyó cómo le crujían los huesos y unos puntitos negros le emborronaron la vista.

—Tu Emperador puede planear y esconderse todo lo que quiera —le dijo Wsoric —. ¿Qué es lo que la disformidad puede temer de él? —se burló mientras apretaba un poco más.

—El conocimiento… —le contestó Mhotep con los dientes apretados—… es poder.

Dos rayos gemelos de luz salieron ardientes de sus ojos y abrasaron el rostro y el torso de Wsoric. El demonio retrocedió y aflojó su presa, y Mhotep aprovechó para clavarle la lanza en la gargama. Wsoric aulló de dolor y lo soltó. El capitán de los Mil Hijos cayó al suelo con un repiqueteo. La lanza se quedó clavada en el cuello del demonio.

Mhotep se puso en pie con un tremendo esfuerzo y apartó al demonio para luego crear un escudo mental y cristalizar el aire que tenía ante él. Wsoric estaba enfurecido. Tenía la piel enrojecida y en carne viva, quemada y cubierta de icor reluciente. La herida del cuello abierta por la lanza no se cerraba.

Wsoric se lanzó de nuevo a por el capitán de los Mil Hijos, y atravesó el escudo psíquico como si estuviera hecho de pergamino.

Cestus cayó de bruces y dio varias arcadas sin vomitar nada. No tenía muy claro dónde estaba arriba y dónde abajo. Tenía frío, un frío inmisericorde, como si lo hubieran envuelto en hielo o lo hubieran dejado expuesto al vacío sin protección alguna.

La sensación de que su cuerpo se deshacía fue un eco agonizante en cada uno de sus huesos y tendones. Pasar de ser un ser humano vivo a convertirse en un trozo de carne rota, quedar atrapado en esa transición, sentir cómo se le partía la espina dorsal y se le abría el pecho, había sido tan repulsivo como atormentador. Se sentía violado, como si su propia carne ya no le perteneciera.

Cestus abrió los ojos.

Se encontraba en el último círculo del infierno. Era un pozo de oscuridad interminable que se extendía hacia arriba y hacia abajo de forma infinita. Cientos de hojas afiladas y estrechas penetraban en el vacío ennegrecido. Colgaban desde arriba y subían desde abajo para siempre. En aquellas hojas estaban empalados los traidores a Macragge. Se deslizaban, centímetro a centímetro, hacia la oscuridad.

Cestus estaba de pie sobre un pequeño saliente de roca que sobresalía de la pared de aquel círculo del infierno. Vio los rostros de los condenados, desencajados en un grito eterno de dolor a medida que las hojas iban atravesándolos lentamente.

—Tienes tantos círculos de pecados como el propio infierno —le dijo el capataz, que estaba detrás de Cestus.

El ultramarine lo miró con detenimiento por primera vez. Era un individuo tan fornido como un astartes e iba cubierto por una armadura de acero deslustrado como la que llevaban los antiguos Reyes de la Batalla de Macragge. También llevaba puesto un delantal de cuero manchado de sangre y de sudor. Su rostro era igual que una lápida de piedra, pues sus rasgos se habían borrado tras una eternidad de servir en el infierno. El látigo que empuñaba en la mano tenía un aspecto letal, y era el arma más horrible que jamás hubiera visto Cestus.

—No soy un traidor —le dijo.

—Tampoco ellos —le respondió el capataz, señalando con el látigo las almas condenadas que se deslizaban hacia la eternidad—. Simplemente creen que lo son. Su pecado es más la arrogancia que la traición. Pensaban que realmente poseían la capacidad de traicionar a los demás humanos, pero lo cierto es que no son más que ladrones y asesinos sin importancia. Para ser un verdadero traidor necesitas tener un poder con el que te puedas volver contra tu hermano. Muy pocos lo poseen. Que la virtud de conseguir ese poder quede manchada por el acto de la traición es esencia de ese pecado. Eso es lo que hace que sea más repugnante que cualquier otro.

Cestus bajó la vista y se miró el cuerpo. Ya no llevaba puesta la servoarmadura, sino la armadura acolchada azul propia de un aspirante de Macragge. Llevaba el emblema de los Reyes de la Batalla en el pecho. Era lo mismo que había llevado puesto cuando se acercó al capellán de los Ultramarines y declaró que creía estar preparado para unirse a los hijos de Guilliman. Estaba rota y desgarrada, manchada por la sangre derramada en un millar de batallas.

—No soy un traidor, ni imaginado ni real. Jamás he traicionado a mis hermanos.

—Entonces, Lysimachus, ¿a qué lugar perteneces realmente? Eres un astartes, con todo el poder y la brutalidad que eso conlleva. También eres un asesino, dado el número de personas y de alienígenas que has matado. ¿De verdad crees que ni uno solo de ellos no se merecía ese destino? Piensa en todos esos pecados, y eso sin contar la misión en la que moriste combatiendo. Llevaste a toda una flota a su destrucción. Permitiste que tus hermanos de batalla murieran en vano. Protegiste a un psíquico a sabiendas de que estaba violando los edictos de Nikea. Y todo esto, para enfrentarte a tus hermanos astartes. ¿Por dónde, capitán, debemos empezar contigo?

Cestus miró hacia abajo desde el borde del precipicio. El verdadero corazón del infierno estaba allí. Algo inmenso se movió allí abajo, apenas visible en aquella oscuridad. Unas fauces gigantescas aplastaban a los traidores entre sus dientes. Miles de ojos los miraban con expresión acusadora con cada oleada de dolor.

—Nada de esto es real —dijo Cestus.

El ultramarine sonrió a pesar del paisaje que lo rodeaba cuando la claridad de la

comprensión arrastró como una ola azul cualquier duda que tuviera.

—No estoy muerto, y esto no es el infierno.

—¿Cómo puedes estar seguro? —le preguntó el capataz.

—Porque es posible que sea culpable de todo eso que has dicho. He conducido a otros a la muerte, los he matado o los he mutilado. También me he enfrentado a hermanos astartes, pero no soy un traidor.

Cestus dio un paso adelante y cayó hacia el último infierno.

El dolor, un dolor real y tangible, golpeó a Cestus cuando se estrelló contra el suelo. Había escapado. De algún modo, mediante la determinación y la fe en sí mismo, se había logrado zafar del conjuro psíquico, de la jaula de su propia mente, y había salido intacto.

El estampido de unos cañones enormes le llegó, resonante, a través del suelo y recuperó la memoria.

Se encontraba a bordo de la *Abismo Furioso*. Se preguntó con cierto cinismo si no habría sido mejor permanecer en el infierno.

A Cestus le dolía todo el cuerpo y comprobó si sufría alguna herida. Descubrió unos cuantos moretones y magulladuras, pero por lo demás estaba intacto. Además, seguía llevando la servoarmadura. Se puso en pie y vio que Excelinor estaba a su lado. Debía de haber arrastrado a su hermano de batalla en mitad de aquella pesadilla enfebrecida, aunque lo cierto era que el capitán ultramarine no tenía ni idea de dónde se encontraban.

Cestus notó una punzada de dolor en el corazón. Excelinor estaba muerto. Era posible que, durante el ataque psíquico, la membrana de suspensión animada hubiera hecho entrar a su cuerpo en estado de éstasis, pero eso ya no importaba. No había forma de despertarlo.

Se arrodilló al lado de su camarada caído y le cruzó los brazos sobre el pecho. Luego le colocó la espada corta entre ambos a modo de honra funeraria. Poco más podía hacer. Se puso de nuevo en pie y se pegó a una pared sin hacer caso del dolor palpitante que sentía en la cabeza. Notó cómo los dispensadores médicos de la armadura inyectaban analgésicos en el sistema sanguíneo, y captó cómo su fisiología alterada actuaba para permitirle moverse y luchar.

Cestus estudió con atención los alrededores y llegó a la conclusión de que ya no se encontraba en la cubierta de cañones. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, así que supuso que había avanzado trastabillando por los túneles de la *Abismo Furioso* en un estado de delirio inducido por el ataque psíquico, y que alguna clase de instinto de supervivencia primario lo había hecho alejarse del peligro más inmediato. Parecían unos barracones. Recordó retazos de los planos que Mhotep le había implantado en la mente. La cubierta la constituían varios barracones de dormitorios, y

al final de la misma había lo que parecía ser un templo, que era la única salida del lugar.

Avanzó con cautela, aunque supuso que la cubierta debía de estar vacía en su mayor parte, ya que de otro modo lo habrían descubierto, y se dirigió hacia el templo.

Aquel sitio era un anatema respecto a todo aquello en lo que el Emperador les había enseñado a creer. Se oponía frontalmente a la iluminación que representaba la Gran Cruzada, que pretendía llevar a toda la humanidad la desaparición de las costumbres bárbaras y el valor de lo empírico sobre las supersticiones. El templo se enfrentaba abiertamente a todo aquello que defendían los astartes.

Era un lugar de adoración, pero a unas deidades a las que Cestus no conocía. En una pared se alzaba un altar, y vio varios bancos donde se podía rezar. La cámara estaba decorada con estandartes de color rojo oscuro con bordados carmesíes. El ultramarine se esforzó por fijarse en sus emblemas, pero se dio cuenta de que no le resultaba posible, porque parecían retorcerse y difuminarse ante sus ojos.

Sobre el altar había numerosos objetos pequeños manchados de sangre. Cestus se percató de que se trataba de dedos cortados, de cientos de ellos. En la mente le apareció la imagen de los tripulantes de la *Abismo Furioso* formando una fila para mutilarse en nombre de Lorgar. El ultramarine sacudió la cabeza para quitarse aquella imagen de la mente y se obligó a sí mismo a concentrarse. La mente todavía le fallaba. Había estado en el infierno. En la boca le quedaba el regusto de aquella experiencia, y su cuerpo recordaba muy bien la sensación de ser despedazado.

El sonido de los pasos lo devolvió al presente. Se acercaban con rapidez, acompañados de unas voces que no dejaban de dar órdenes y del ruido de unas armaduras que resonaban al cruzar un umbral cercano.

Aunque odiaba tener que esconderse, Cestus se dirigió con rapidez al otro extremo del templo, donde podría ocultarse en uno de los nichos a oscuras. El lugar apestaba a sangre vieja y a carne podrida. La tripulación de la *Abismo Furioso* lo había utilizado de forma constante a lo largo de la corta vida de la nave para cumplir sus obligaciones religiosas. Cerca de allí, detrás del altar, vio que habían colocado unas pilas de libros. Cada uno de ellos mostraba la runa de una estrella de ocho puntas en la cubierta. Cestus apartó la mirada. No deseaba enterarse de los millares de formas de condenarse que lo esperaban en el interior de esas páginas.

—¡Por aquí! El rastro de sangre llega hasta aquí. ¡Atentas las armas!

La voz sonó dentro del templo.

Cestus sacó la pistola bólter de la funda y se arriesgó a echar un vistazo al otro lado del altar. Una escuadra de cinco Portadores de la Palabra había entrado en el templo y estaban revisando cada rincón apuntando con los bólters. Uno llevaba un libro abierto acoplado a la placa pectoral de su armadura. Habían utilizado tinta dorada para escribir en sus páginas. Cestus supuso que se trataba de un veterano al

que le habían dado el mando de aquella escuadra.

—Comprobad los dormitorios de los barracones —ordenó con una voz que sonaba igual que la grava al ser pisada.

El portador de la palabra iba equipado con un rifle de fusión, un arma de corto alcance cuyos disparos abrasadores atravesaban la armadura y la carne como si fueran pergamino. Era un arma asesina de astartes, perfecta para aquella caza.

El veterano y otros dos astartes se quedaron en el templo. Los tres se desplegaron después de que el líder diera una orden silenciosa en el lenguaje de los signos de batalla y comenzaron a avanzar entre los bancos.

Cestus tenía que actuar mientras tuviera el elemento sorpresa de su parte. Sacó un par de granadas de fragmentación del cinto y pulsó el icono de activación de cada una para luego lanzarlas rodando con lentitud por el suelo.

Uno de los Portadores de la Palabra reaccionó ante aquel sonido y se dio la vuelta con el bólter listo para disparar, pero una de las granadas le estalló justo delante antes de que pudiera apretar el gatillo. La metralla le arrancó parte del casco. La otra granada estalló debajo de un segundo astartes y le amputó una pierna a la altura de la rodilla. El sonido de la explosión se vio reforzado por las estrechas dimensiones del lugar.

Las llamas y la tormenta de metralla todavía llenaban el aire cuando Cestus ya se había puesto en pie. Le disparó al primer portador de la palabra en la cara aprovechando que su armadura estaba dañada en ese punto. Por la parte posterior de la cabeza salió un chorro de neblina roja antes de que se desplomara.

El ultramarine oyó el zumbido delator de un rifle de fusión preparándose para disparar, así que saltó hacia un lado un momento antes de que el veterano portador de la palabra abriera fuego con aquella arma mortífera.

Su enemigo tenía la línea de visión medio tapada por los restos que seguían cayendo, por lo que el disparo atravesó al portador de la palabra sin pierna, que a duras penas se mantenía en pie. Al fin se desplomó con un agujero humeante en mitad del torso.

Cestus se levantó y saltó por encima de los bancos sin dejar de disparar con la pistola bólter. El veterano, el último portador de la palabra que seguía vivo en el templo, vio al ultramarine, pero reaccionó con demasiada lentitud. Los proyectiles bólter le impactaron en el pecho y en un brazo antes de que tuviera tiempo de disparar por segunda vez. El veterano giró sobre sí mismo y se dobló bajo los disparos. Para cuando Cestus llegó a su lado ya había desenvainado la espada de energía, con la que le cortó la cabeza con un pequeño gruñido de esfuerzo. Hizo caso omiso del tremendo chorro de sangre que salió del cuerpo del veterano y siguió corriendo por el pasillo exterior del templo que llevaba hasta los barracones. Un sorprendido portador de la palabra, alertado por el sonido de los disparos, salió de

uno de los dormitorios, y Cestus le disparó en una de las lentes del visor del casco. El astartes enemigo se desplomó con un grito apagado.

El segundo portador de la palabra fue mucho más cauto y sensato y utilizó la empuñadura alargada de su bólter para asomarlo al otro lado de la entrada y acribillar a ciegas el pasillo. Cestus se pegó a la pared mientras los disparos pasaban zumbando por el aire cerca de él y el cañón del arma enemiga destellaba sin cesar. Un proyectil perdido le impactó contra la hombrera y uno de los fragmentos que arrancó le dio en el rostro. No llevaba puesto el casco, y Cestus tuvo que contener un grito de dolor cuando el fragmento se le clavó en la carne. Rodó con el cuerpo pegado a la pared, se puso en cuclillas y luego apretó el gatillo de la pistola para obligar a su oponente a meterse de nuevo en el dormitorio.

El percutor del arma golpeó en vacío. A Cestus le pareció un sonido fuerte y definitivo, a pesar de que él mismo estaba rugiendo un grito de batalla en ese momento.

El ultramarine musitó una maldición cuando el portador de la palabra, que debió de oír el mismo chasquido, salió riéndose de su posición a cubierto.

Cestus le lanzó la espada de energía en un gesto instintivo. El arma giró por el aire y se estrelló con fuerza contra la gorguera del sorprendido portador de la palabra, al que empaló a la altura de la garganta. El astartes se tambaleó, con los brazos abiertos de par en par mientras se esforzaba por comprender lo que acababa de ocurrir. Un fluido oscuro salió de la grieta y comenzó a bajarle por la placa pectoral como si fuera una cascada. Cestus siguió a la carrera la trayectoria de la espada y le arrebató el bólter al traidor para luego tirar de su arma. En el mismo movimiento le cortó la cabeza al portador de la palabra.

—Mi hermano, mi enemigo —musitó Cestus después de pararse un momento para revisar la situación. Repasó la matanza de los cinco Portadores de la Palabra.

Cinco astartes muertos por su mano, aunque fueran traidores. Un templo dedicado a dioses paganos. La luz y el pragmatismo de la ciencia abandonados y sustituidos por la superstición. Cestus envainó la espada y sintió que la galaxia se convertía en un lugar más oscuro y siniestro. Dejó a un lado los cargadores de bólter del portador de la palabra y se sacó el trozo de ceramita de la cara con un gesto de dolor. Luego se puso en marcha de nuevo. Sabía que en algún punto por delante de él había una armería.

Brynngar saltó a un lado para esquivar el martillo de energía, que se estrelló contra el suelo. Rodó sobre sí mismo para después ponerse en pie. El lobo espacial tan sólo tuvo tiempo de ver cómo Baelanos, impresionante en aquella armadura dreadnought, sacaba de un tirón el arma del cráter que había abierto arrastrando con ella un puñado de cables chispeantes y trozos retorcidos de metal. Algunos de esos cables arrancados

por la cabeza del martillo quedaron enredados alrededor de los pinchos como si fueran intestinos.

Baelanos dejó escapar un gruñido mientras se erguía. Todavía estaba algo confuso, pero se lanzó a la carga de nuevo.

Brynngar se agachó para esquivar el ataque del martillo. La brutal arma pasó silbando por encima de su cabeza, y el sonido le pareció un toque de difuntos. El lobo espacial se le echó encima con *Colmillo infernal* en la mano y propinó un tremendo golpe a Baelanos en uno de sus flancos blindados. El hacha rúnica resonó contra la superficie de ceramita, donde penetró profundamente, pero el dreadnought de los Portadores de la Palabra no se detuvo, y el impulso que llevaba lo hizo chocar contra el lobo espacial. La enorme masa de la máquina actuó como un ariete y Brynngar salió despedido por los aires y soltó a *Colmillo infernal*. El lobo espacial aterrizó sobre la placa pectoral de la armadura y se deslizó por el suelo. El chorro de chispas que saltó por el roce de la ceramita le llovió sobre el rostro. Brynngar torció la boca en un gesto de dolor, pero se puso en pie al mismo tiempo que desenvainaba un cuchillo que llevaba al cinto. El filo monomolecular era más cortante que una hoja de afeitar, y era capaz de rajar incluso una servoarmadura si se aplicaba la presión adecuada. El único problema era su escasa longitud, y Brynngar dudaba mucho de que ni siquiera llegara a molestar a su enorme enemigo.

El veterano lobo lanzó un rugido de combate y cargó contra Baelanos, que todavía estaba volviéndose mientras perdía y recuperaba la lucidez por momentos. Sin embargo, con cada ataque del lobo espacial, Baelanos iba recuperando la memoria.

Brynngar se aferró al brazo del arma del dreadnought y clavó la hoja del cuchillo en la juntura que sellaba el sarcófago en un intento de abrirlo. Baelanos giró con fuerza sobre sí mismo dando grandes pisotones y rotando el torso para quitarse de encima a su oponente. Brynngar se agarró con más fuerza y rodeó el hombro del dreadnought con las dos piernas para poder empujar el cuchillo con las dos manos. Logró enterrar la hoja hasta el mango.

Baelanos se dio cuenta de que no podía hacer caer al lobo espacial, por lo que decidió aplastarlo contra la pared de la armería, y se lanzó con todo su ímpetu contra ella. Brynngar vio las armaduras dreadnought vacías que se le acercaban a toda velocidad y se percató de lo que estaba a punto de ocurrirle. Se echó a un lado en el último momento y salió despedido con fuerza cuando Baelanos se estrelló contra un dreadnought inactivo con un estruendo metálico ensordecedor. El portador de la palabra se recuperó de inmediato y se dirigió con grandes zancadas hacia donde se encontraba tendido el lobo espacial, quien todavía estaba un poco aturdido por la fuerte caída. Baelanos se dispuso a aplastarlo de un pisotón.

Brynngar rodó sobre sí mismo con un gruñido de dolor, pero Baelanos iba

adquiriendo rapidez a medida que pasaba el tiempo, por lo que lo golpeó de refilón con el martillo de energía mientras el lobo espacial se esforzaba por ponerse en pie. El cuerpo de Brynngar se vio invadido por una furia blanca, y por un momento estuvo de regreso en Fenris, aunque en esta ocasión era un humano que se encontraba en la orilla de un océano de color gris plata. Brynngar se agachó para esquivar un nuevo golpe del gigantesco martillo, que le habría reventado el cráneo y hubiera acabado con el enfrentamiento en ese momento y lugar. Atisbó brevemente a *Colmillo infernal* en un par de ocasiones, pero no pudo llegar al mango del hacha para hacerse con ella. También vio que la tapa del sarcófago se había abierto: la colisión había hundido más el cuchillo hasta hacerle forzar la tapa. La burbuja llena de líquido amniótico se encontraba a la vista y desprotegida. Brynngar bajó la mano a la funda de la pistola, pero descubrió que no estaba allí. Soltó una maldición en voz alta. Debía de haberla perdido en el choque del aterrizaje o en algún momento del febril sueño psíquico.

De la boca y la nariz del lobo espacial salían hilos de sangre que le manchaban la barba. Sentía las piernas cargadas de plomo, y no le respondían. Le dolía todo el cuerpo como si estuviera acribillado de alfileres al rojo vivo. Era el final. Desarmado y herido, ni siquiera un guerrero con la habilidad luchadora de Brynngar podía sobrevivir contra un dreadnought. Baelanos pareció percibir esa sensación de inevitabilidad y se le acercó con lentitud, como si estuviera saboreando su victoria.

El lobo espacial se dio cuenta de repente de que se estaba riendo, aunque al hacerlo le aumentó el dolor en el pecho. La sombra del dreadnought lo cubrió por completo. Brynngar cerró los ojos y se imaginó el océano.

—Fenris —murmuró.

Un disparo de bólter, seco y hueco, resonó en la armería. Brynngar abrió los ojos de golpe y vio un agujero humeante en la burbuja interior del dreadnought. Baelanos salió despedido hacia atrás y del emisor de voz salió un gorgoteo. Del agujero manó un pequeño chorro de fluido amniótico viscoso parecido a la salmuera.

El lobo espacial echó a correr hacia Baelanos a pesar del dolor que sentía en la pierna y arrancó a *Colmillo infernal* de un tirón de la carcasa blindada el dreadnought. Luego golpeó la burbuja mientras Baelanos se debatía con salvajismo hasta que la superficie se partió. El fluido brotó a raudales privando de la vida al astartes que albergaba en su interior. Baelanos salió de la burbuja destrozada y quedó suspendido en el aire colgando de los circuitos de los cables que lo conectaban a la armadura dreadnought. Un segundo disparo del bólter, todavía oculto, lo alcanzó en mitad del pecho y un chorro de sangre espesa salió de la herida. El dreadnought cayó hacia atrás, se desplomó contra el suelo de la armería con un estruendo resonante y se quedó completamente inmóvil. Brynngar se subió encima de la máquina, se colocó a horcajadas y empezó a golpear el cuerpo de Baelanos con el hacha rúnica hasta que

no quedó nada reconocible.

—Y ahora, recupérate de eso —le dijo espumeante de rabia.

Unos pasos resonantes hicieron que el lobo espacial se diera la vuelta para ver quién había sido su salvador. Skraal surgió de la penumbra con la pistola bólter todavía humeante en el brazo extendido.

—Creía que estabas muerto —gruñó el lobo espacial antes de desmayarse.

Mhotep encajó el extremo del brazo de nuevo en la articulación del hombro. El dolor no tenía importancia. El gesto de su rostro era más por la frustración que sentía que ante el hecho de que el brazo, y por tanto la lanza, se vería debilitado. Respiró profundamente un par de veces y apoyó la espalda contra una compuerta.

El combate contra Wsoric había continuado por el pasillo exterior al puente de mando hasta llegar a los camarotes de los oficiales superiores donde él se había alojado antes de que lo confinaran en una de las celdas de aislamiento. Estaban relativamente cerca del puente de mando, por si se presentara una emergencia que requiriera la presencia de uno de esos oficiales. Aquello tenía poca importancia en esos momentos, ante una muerte segura, salvo por el hecho de que el rastro de destrucción provocado por su enfrentamiento permanecería.

Mhotep se dio cuenta de que era el único ser vivo en la cubierta de mando mientras observaba el techo agujereado y los restos de dos cubiertas perforadas, sostenidas tan sólo por unas pocas vigas y unas columnas humeantes pero intactas. El capitán de los Mil Hijos había perdido de vista al demonio cuando lo hizo atravesar la cubierta y aterrizó en la cámara que había debajo. Wsoric podía estar en cualquier sitio. Notó el sabor de la sangre en la boca, y supo que el caparazón que formaba la fusión de sus costillas se había roto. Respiraba con jadeos, lo que indicaba que tenía uno de los pulmones perforados, y le ardía el hombro.

Lo cierto era que el combate no se estaba desarrollando como él había esperado.

—Te resististe —le dijo el demonio—. Puse a tus hermanos en tu contra, te mostré el camino, y te negaste. Fue una estupidez.

Mhotep trató de captar de dónde venía la voz de Wsoric, pero le llegaba de todos lados a la vez.

—¿Eres consciente de lo frágil que es la posición del Emperador? ¿La facilidad con la que sus hijos se enfrentarán entre sí? No me costó apenas nada hacer que el lobo espacial sintiera una hostilidad insoportable contra ti, y tan sólo un poco más que ese capitán puritano dejara de defenderte.

Mhotep hizo caso omiso de aquella provocación e intentó concentrarse. La oscuridad se extendía por los camarotes de los tripulantes, ya que la energía había dejado de recorrer los conductos de la *Iracundo*, así que cerró los ojos y confió en su visión psíquica para que lo guiara. El sistema de soporte vital había dejado de

funcionar al quedarse sin energía, por lo que el aire se estaba viciando. Mhotep se esforzó por mantener una respiración pausada y así no consumir demasiado oxígeno.

—El Imperio caerá —le prometió Wsoric—. La galaxia quedará sumergida en sangre y fuego. El dominio de la humanidad se acabará.

Mhotep miró a su alrededor. La visión psíquica le mostró la imagen granulosa de un mundo gris y sombrío carente de detalles. Los cadáveres de los oficiales que habían muerto en sus camarotes relucieron brevemente, como velas que se estuviesen apagando. Una chispa vital voraz, roja y ardiente, llamó la atención de Mhotep. Vio la forma demoníaca. Su piel era igual que un fuego incandescente. Los cuernos retorcidos nacían de una cabeza rugiente. Una melena de cabello negro y espeso le cubría la espalda, de donde salían dos enormes alas agujereadas. Sus pies rematados en garras arañaban el suelo.

—Te veo —susurró, y le arrojó la lanza.

El demonio soltó un rugido agónico cuando la lanza dorada le atravesó el cuello. Mhotep abrió los ojos y Wsoric se le apareció como la abominación que era, aunque atravesado por su arma. Echó a correr hacia el demonio para intentar aprovechar al máximo la pequeña ventaja que había obtenido.

El demonio se retorció sobre sí mismo y soportó el dolor que le provocó que la punta de la lanza le desgarrara su carne temporal. Su enorme boca se abrió hasta convertirse en unas fauces que llegaron hasta el torso, y justo cuando Mhotep estaba a punto de llegar hasta él, Wsoric vomitó un chorro de fragmentos de huesos ardiendo. El capitán de los Mil Hijos recibió el impacto de un fragmento en la pierna después de que le atravesara la armadura con facilidad. Retrocedió cojeando, pero no sin haber arrancado antes la lanza del cuello de Wsoric, de donde salió un chorro de icor. Mhotep le propinó otro lanzazo, y esta vez la punta se clavó en la musculatura del hombro del demonio.

El suelo se desplomó con la sacudida propia del metal al ceder. El astartes y el demonio cayeron hacia el negro vacío que se abría debajo. Aterrizaron en un espacio muerto del interior de la nave que separaba los camarotes de las cubiertas industriales inferiores, donde persistía una penumbra helada. Mhotep se apartó rodando de la criatura, que se había llevado la peor parte de la caída, y retrocedió trastabillando.

Wsoric se alzó acompañado por el chirrido del metal al partirse. Las vigas que tenía a su alrededor empezaban a doblarse. La nave se estaba despedazando. El demonio rugió para mostrar su rabia y se preparó para desahogar su furia cuando las vigas de apoyo cedieron. Cayeron juntos de nuevo hacia una oscuridad helada.

El sonido del océano se apagó cuando Brynngar recuperó la conciencia. La máscara facial cubierta de arañazos del devorador de mundos lo estaba mirando.

—Me alegro mucho de verte —le dijo el viejo lobo con un gruñido mientras se

ponía en pie.

A Brynngar le dio la sensación de que tenía todo el cuerpo cubierto de moretones, y el dolor que le recorrió una de las piernas lo hizo tambalearse al principio, antes de que consiguiera erguirse del todo. Tenía la barba y la armadura manchadas de sangre.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? —le preguntó al darse cuenta de que seguían en la armería.

—Unos pocos minutos —le contestó Skraal—. No tenemos tiempo para descansar. Los Portadores de la Palabra patrullan toda la nave en nuestra busca.

—Llevan un buen tiempo intentando cazarte, ¿no? —adivinó el lobo espacial al fijarse en las brechas y las quemaduras que mostraba la armadura de Skraal.

Casi llegó a imaginarse la expresión enfebrecida en los ojos del devorador de mundos, el tipo de rictus nervioso que cualquier persona en huida continua mostraría tras ser perseguida durante mucho tiempo. El devorador de mundos ya era volátil de por sí.

Alterado como estaba, sus nervios podían saltar en pedazos en cualquier momento.

—Varias semanas… creo.

El hijo de Angron parecía un poco confuso al respecto, ya que todo el tiempo que había pasado a bordo de la *Abismo Furioso* le habían embotado el sentido necesario para diferenciar lo que era real de lo que eran simplemente fantasmas de su mente.

—¿Logró alguien más subir a bordo? —le preguntó Brynngar mientras blandía a *Colmillo infernal* para recuperar la fuerza del brazo. El viejo lobo se fijó en que el portal de la luz roja seguía abierto.

—Soy el único superviviente —le respondió Skraal con sequedad, y se dirigió hacia el portal.

—¿Sabes adónde lleva eso? —quiso saber el guardia del lobo al observar el modo despreocupado en el que el devorador de mundos se dirigía hacia esa salida.

—El pasillo que hay al otro lado nos llevará hasta la cubierta de motores.

—Tenemos que llegar hasta la cubierta de armamento y destruir los torpedos ciclónicos —le explicó Brynngar—. ¿Y cómo sabes que podemos llegar hasta los motores desde aquí?

—Lo sabe porque yo se lo he contado —le dijo una voz familiar desde las sombras, y Brynngar notó que se le erizaban los pelos de la nuca.

—Destruir los torpedos ciclónicos ya no es viable —añadió la voz mientras su propietario salía de la penumbra.

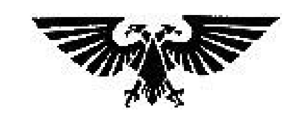
—Cestus —dijo Brynngar con un gruñido al pronunciar el nombre. El ultramarine metió en la pistola bólter un cargador lleno que había cogido de la armería y asintió en dirección al lobo espacial.

—No nos queda más que una salida —le explicó Cestus—. El plan fácil ya no es

posible. Debemos intentar lo más difícil. Es lo único que nos queda.

El silencio de Brynngar equivalía a una pregunta.

—Debemos destruir la nave —afirmó Cestus.



VEINTE
CONTENCIÓN
VÉNGAME
INMOLACIÓN

—¿Destruir la nave? —exclamó Brynngar al mismo tiempo que se echaba a reír. Siguió cojeando a sus hermanos de batalla, pero cuando Cestus se acercó a ayudarlo, lo detuvo en seco—. Estoy bien —dijo antes de reemprender la marcha.

—Estamos en la nave más poderosa y de mayor tamaño que jamás haya visto. Unas cuantas incendiarias no provocarán su destrucción —añadió, señalando el cinto de granadas que llevaba encima—. ¿Has perdido la cabeza además de tu honor, hijo de Guilliman?

—No he perdido ninguna de las dos cosas —le replicó Cestus—. Podemos destruir la *Abismo Furioso*. Para hacerlo, debemos llegar hasta los motores y el reactor de plasma que les proporciona potencia. Si podemos sobrecargarlos con una serie de granadas incendiarias, la explosión resultante iniciará una reacción en cadena que no podrá ser evitada por los sistemas de seguridad de la nave ni los sistemas redundantes.

Brynngar le puso una mano en el hombro a Cestus y lo miró con los ojos cargados de furia.

—¿Ya lo sabías y no nos habías dicho nada?

—Antes no tenía importancia —contestó Cestus al mismo tiempo que se apartaba la mano del lobo espacial—. El único modo que teníamos de entrar era a través de los tubos lanzatorpedos, por lo que los torpedos ciclónicos eran nuestro objetivo más obvio y accesible. No había modo alguno de saber si lograríamos penetrar hasta este punto de la nave como para que un asalto al reactor principal fuera una posibilidad.

—Dejando a un lado el asunto de cómo sabes todo esto —bufó el guardia del lobo espacial—, ¿cómo tienes pensado lograr acercarte tanto como para destruirlo? ¿Te has fijado bien en el tamaño de esta nave? Las cubiertas de motores serán igual que un laberinto. Es posible que jamás consigamos encontrar el reactor principal.

—Yo conozco el camino. Sólo nos llevará unos minutos —le contestó Cestus con sequedad.

El ultramarine estaba a punto de ponerse en marcha cuando Brynngar lo agarró de nuevo, esta vez del brazo.

—No sé a qué clase de pacto has llegado con ese brujo que se esconde a bordo de la *Iracundo,* ni qué secretos conoces —gruñó el lobo espacial en un tono de voz peligroso—, pero quiero que sepas esto: no voy a permitir ninguna clase de hechicería en mi presencia. Y una vez lleguemos al reactor y hagamos arder esta nave, nuestra alianza se habrá acabado, ultramarine.

Brynngar soltó a Cestus y se alejó para tomar una pistola bólter de la armería para luego dirigirse hacia el portal.

—Que así sea —musitó Cestus para sí mismo con voz sombría, y luego procedió a reunirse con sus hermanos de batalla.

La *Abismo Furioso* se había visto obligada a apartarse de la posición establecida en el plan de ataque debido a su breve combate contra la *Iracundo*. Formaska brillaba reluciente por su lado de estribor, y Macragge era un disco menos ominoso situado un poco por debajo de ella. También se veía la flota de defensa local, que se mantenía sobre la atmósfera superior de Macragge. Debido a que habían muerto todos los suplicantes que llevaban a bordo, el sistema anulador de sensores de la *Abismo Furioso* que le había permitido emboscar al *Puño de Macragge* ya no funcionaba. Las naves de defensa se estaban situando lentamente en sus posiciones defensivas. Aunque no conocía las intenciones de los Portadores de la Palabra, o su deserción del bando imperial, la flota de Macragge se comportó de un modo prudente y no abrió fuego. Primero intentarían ponerse en contacto con ellos. Era el tiempo que la *Abismo Furioso* necesitaba para volverse a alinear y para destruir Formaska, lo que a su vez destruiría a la flota de un solo golpe. La *Iracundo* había desaparecido de las portillas de observación de la enorme nave. El crucero imperial ya era poco más que una tumba helada de luces apagadas y almas muertas que flotaba sin energía alguna y a la deriva por el vacío. La gravedad reclamaría aquel pecio.

Se transmitió la orden a las salas de motores de la *Abismo Furioso* para que encendieran los cohetes de dirección y orientaran la nave de nuevo hacia Formaska. Las cubiertas de armamento ya se habían recuperado de manos del enemigo, aunque los daños en ciertas zonas eran importantes. La descarga explosiva de una bomba de fusión detonada de forma prematura y que no había sido bien colocada no había

servido para su propósito principal, aunque había logrado ser muy destructiva. Los equipos de reparación estaban muy ocupados despejando la zona de escombros y lanzando a los muertos al vacío, pero, a pesar de ello, se tardaría todavía algún tiempo en que la zona estuviera operativa de nuevo. Eso significaba que, aunque los torpedos ciclónicos estaban intactos, el lanzamiento se vería retrasado un poco más todavía.

Zadkiel sintió que la gloria se le escapaba entre los dedos mientras oía a los tripulantes afanarse en la limpieza de la cubierta de armamento. Cerró el canal de comunicación y los ojos para intentar controlar la furia que sentía.

El almirante abrió de nuevo el canal de comunicación y miró el informe posicional que aparecía en una de las pantallas de su trono de mando. La *Abismo Furioso* todavía tenía que cambiar de orientación y volver a calcular los vectores de lanzamiento de los torpedos.

—Gureod —gritó por el comunicador. Sólo el silencio le respondió.

—Maldita sea, magos. ¿Por qué no se han encendido los motores?

Nada. El magos se estaba burlando de él.

—Reskiel —llamó Zadkiel con un tono de voz impaciente.

—Mi señor —le contestó la voz del sargento-comandante. En el trasfondo se oía el tableteo de los disparos.

—Ve a la cubierta de ingeniería e infórmate de por qué se ha detenido la nave.

—Mi señor, ya estamos en ingeniería —le respondió Reskiel—. El enemigo está aquí. Se mueven por la nave como si conocieran cada conducto de acceso y cada túnel. Mi escuadra ha avanzado para eliminarlos y…

El estruendo de una fuerte explosión interrumpió la comunicación durante unos momentos. Tan sólo se oyó el chasquido de la estática antes de que Reskiel hablara de nuevo.

—Los hemos localizado. Están en el borde del acceso al reactor principal…

Gritos y aullidos frenéticos de los Portadores de la Palabra resonaron con el trasfondo de los disparos de bólter.

Zadkiel cerró los puños y casi escupió las siguientes órdenes.

—Ikthalon, toma el mando de tres escuadras y llévatelas a la cubierta de ingeniería. ¡Busca a esos desgraciados y acaba con ellos!

La calma aparente de Zadkiel desapareció por completo. Estaba temblando a causa de la rabia demencial que sentía.

Ikthalon había regresado al puente después de que todos los suplicantes hubieran muerto, y hasta ese momento lo había observado todo con un silencio respetuoso.

—No, mi señor —le respondió con su habitual voz sibilante—. Ya he soportado lo suficiente vuestra ineptitud. Sois una amenaza para la gloria de Kor Phaeron y la de nuestro señor Lorgar.

Zadkiel oyó cómo el capellán sacaba la pistola bólter de la funda.

—Sabía que eras un impertinente, Ikthalon —le dijo el almirante, quien recuperó la compostura mientras se volvía hacia el capellán. Zadkiel vio que, efectivamente, lo estaba apuntando con la pistola—. Lo que no creía era que fueses estúpido.

La postura del capellán era tranquila y relajada.

—Echaos a un lado —le dijo simplemente, y alzó la pistola un poco para enfatizar la petición.

Zadkiel agachó la cabeza. Vio con el rabillo del ojo que Ikthalon empezaba a bajar la pistola. Ése sería el último error del capellán.

Zadkiel se echó con rapidez a un lado y desenvainó su espada de energía con un veloz movimiento de esgrima. Se oyó el estampido de la pistola bólter, pero el disparo de Ikthalon, sorprendido por el repentino movimiento del almirante, falló.

Zadkiel atravesó con la espada la gorguera del capellán y le quitó de un golpe la pistola bólter de la mano al mismo tiempo.

—¿Creías que le iba entregar el puente de mando, mi puente de mando, a una rata traidora como tú?

Ikthalon sólo pudo emitir un gorgoteo por toda respuesta. Zadkiel le arrancó de un tirón el casco de combate. El rostro del capellán estaba abrasado. La cara de Ikthalon no era más que una máscara de tejido cicatrizado, y su garganta un conjunto destrozado de carne retorcida. Se quedó mirando a los ojos rosáceos del capellán con una expresión de odio intenso.

—Pues te equivocaste —añadió con un siseo.

Luego empujó al capellán para sacar la espada. Ikthalon se estrelló con estruendo contra el suelo de la cubierta. Intentó volver a levantarse para decir algo mientras se agarraba inútilmente la garganta, pero se quedó inmóvil y la sangre fue acumulándose en un charco debajo de él.

Zadkiel se volvió hacia Sarkorov.

—Limpia la cubierta y vigila todos los puestos. Tienes el mando. En cuanto estemos preparados de nuevo, avísame —le ordenó Zadkiel.

El contramaestre, que se había quedado pálido ante la repentina muerte de Ikthalon, lo saludó de inmediato con gesto descompuesto e indicó a un grupo de servidores de la legión que retiraran el cadáver del capellán.

Zadkiel se alejó de allí mientras limpiaba la sangre que manchaba la hoja de la espada. Se encargaría personalmente de los enemigos infiltrados, y maldito fuera tres veces si estaba dispuesto a permitir que siguieran interfiriendo en sus planes. Además, el archicomandante no vería con buenos ojos que tuviera necesidad de sus lacayos para acabar con sus enemigos. No. El único modo de estar seguro era matándolos él mismo.

Reskiel estaba satisfecho. Aunque había perdido a bastantes miembros de su escuadra luchando contra los leales al Emperador, los había acorralado al obligarlos a meterse en un túnel que él sabía que era en realidad un callejón sin salida. El sonido del tableteo de las armas había cesado, pero el rugido del reactor principal y de todos los demás sistemas de impulsión de la nave resonaba con un volumen increíble dentro de su casco.

Utilizó las señales de batalla de los astartes para indicar a los tres guerreros que estaban con él que debían descender desde la pasarela superior desde donde se habían desplegado para aprovechar la ventaja de esa posición y acorralar a los leales en una trampa mortífera. Reskiel perdió de vista por un momento a dos de sus guerreros mientras se colocaban en sus nuevas posiciones.

Cuando llegaron al piso inferior de la cubierta de motores, convergieron hacia el túnel. Fue entonces cuando Reskiel se dio cuenta de que algo iba mal. Uno de sus guerreros había desaparecido.

—¿Dónde está Vorkan? —dijo con un siseo por el comunicador del casco.

—Lo perdí de vista cuando cambiamos de posición, sargento —contestó uno de los otros guerreros, Karhadax.

Reskiel se volvió hacia el otro portador de la Palabra, Eradan.

—Yo estaba vigilando al ultramarine y al lobo espacial —le dijo Eradan a modo de explicación.

Reskiel sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal a pesar del calor provocado por el esfuerzo y la temperatura del interior de la cubierta.

—¿Qué hay del tercero? ¿Qué hay del devorador de mundos?

De repente, los cazadores se habían convertido en la presa.

El cuello y el pecho de Eradan explotaron hacia fuera provocando una lluvia de sangre y de trozos de carne, a través de la que se pudieron ver los dientes de la hoja de un hacha sierra.

—Estoy aquí mismo —dijo Skraal con una voz desprovista de toda emoción mientras el portador de la palabra al que había matado caía al suelo.

Luego mató a Karhadax, decapitándolo cuando se lanzó a la carga. Fuera cual fuese el juramento o el grito de guerra que el portador de la palabra estaba a punto de pronunciar, murió en sus labios cuando la cabeza decapitada rebotó en el suelo. Skraal apartó de una patada el cuerpo, que todavía se agitaba de pie, y se lanzó a por Reskiel.

El sargento-comandante no se amilanó ame aquella máquina asesina e incluso logró dispararle en el muslo antes de que Skraal le enterrara el hacha en el pecho.

El devorador de mundos sacó el arma de un tirón del cuerpo todavía tembloroso de su enemigo mientras Cestus y Brynngar salían del túnel. Skraal sentía una cierta satisfacción por haber matado a Reskiel. Había sido ese portador de la palabra el que

había matado a Antiges y quien se había dedicado a perseguirlo como a un perro por las entrañas de la nave. Otros cuatro Portadores de la Palabra yacían muertos en el interior del túnel, acribillados por los proyectiles de bólter o atravesados por las armas de filo. Eran los restantes miembros de la escuadra de Reskiel a quien los astartes habían matado.

—La próxima vez te toca a ti hacer de cebo —le dijo Brynngar a Skraal, que golpeó el suelo con el hacha para soltar unos cuantos trozos de carne que se habían quedado atascados entre los dientes de la hacha sierra.

—Ya habrá ocasión —dijo Cestus mientras metía otro cargador en la pistola bólter.

—Siempre habrá ocasión —gruñó Brynngar, que estaba impaciente por seguir—. Venga, guíanos.

Las sirenas de alarma sonaban por todas partes cuando la búsqueda de los saboteadores astartes se intensificó y centró en el área donde se encontraban. Las luces de emergencia rojas destellaron con una intermitencia insistente y los gritos de los cazadores, que todavía se encontraban lejos, llegaron a través del laberinto metálico que formaban los conductos y la maquinaria. Las pasarelas que cruzaban por encima de la zona apenas ofrecían una visión parcial del laberinto que se extendía por debajo de ellas, pero a pesar de eso, Cestus les ordenó que se pusieran a cubierto mientras avanzaban.

Los tres astartes estaban decididos a causar el mayor daño posible mientras se dirigían al reactor principal, por lo que pasaron a través de los reactores secundarios y destrozaron de un modo sistemático todo lo que encontraron por el camino. El reactor número tres ya se había desconectado de forma automática debido a los numerosos tubos refrigerantes que le habían arrancado ya que la tripulación de mantenimiento yacía muerta en sus propios puestos. El refrigerante que escapaba de ellos formaba una tremenda nube de gas hirviente.

Cestus mató de un simple disparo a un tripulante que salió de una sala de control. Otro apareció por el pasillo de tubos opuesto, y también lo mató.

Mataban de un modo indiscriminado. El combate en un lugar como aquél, lleno de pasillos y de tuberías, era semejante a una lucha de guerrillas. A pesar de la tremenda superioridad numérica a la que se enfrentaban, los astartes leales tenían una oportunidad de vencer en aquel terreno. Habían dejado a su paso numerosas trampas, como granadas de fragmentación atadas a un cable, y las explosiones ocasionales que oían a sus espaldas les indicaban cuándo se acercaban sus enemigos. En las trampas sólo utilizaron las granadas perforantes y las de fragmentación. Necesitarían las de fusión para el reactor principal. Una vez llegaran allí, tendrían que atravesar el escudo protector y colocar los explosivos en el pozo del reactor. Eso suponiendo que la tremenda radiactividad que emitía el reactor no los matara antes. Ése era un viaje que

Cestus planeaba hacer solo, y nadie esperaba que volviera de él.

Varias ráfagas de proyectiles bólter procedentes de una pasarela situada por encima de ellos destrozaron una sección de tubos que tenían cerca y los obligaron a ponerse a cubierto.

Los Portadores de la Palabra los habían encontrado.

Zadkiel contempló cómo los astartes se apresuraban a ponerse a cubierto cuando sus escuadras abrieron fuego desde la pasarela principal de acceso. Desde aquella posición ventajosa podía ver toda la sección del reactor. Se asemejaba a un océano de oscuridad donde los reactores, unas inmensas islas de acero, se conectaban entre sí mediante una frágil red de pasarelas, tubos de refrigeración y escaleras de mantenimiento. Reconoció las armaduras de las tres legiones a las que pertenecían los saboteadores, y supo que eran los últimos, el último intento desesperado por cambiar la situación.

—No os servirá de nada —susurró Zadkiel para sí mismo. Luego se volvió hacia sus sargentos—. Grazious, acósalos desde aquí arriba. Los demás seguiremos hacia el reactor principal y los interceptaremos.

El sargento saludó e hizo un gesto afirmativo mientras Zadkiel ya se daba la vuelta para marcharse.

—Qué osadía —murmuró Zadkiel mientras se dirigía hacia el reactor principal.

Todo acabaría allí y en ese mismo momento, con la muerte de los astartes leales.

Mhotep se arrastró sobre el suelo de la cubierta de armamento.

El aire seguía impregnado con el olor a muerte. Las paredes estaban cubiertas de manchas de sangre seca, y habían sellado las compuertas a ambos lados con lanzas térmicas.

El capitán de los Mil Hijos rodó con un esfuerzo hasta ponerse de espalda y se quedó mirando el agujero en el techo, allá a lo lejos, por el que se había desplomado. Wsoric había caído con él. Mhotep giró la cabeza para mirar hacia la pasarela, que se había convertido en un matadero, y vio cadáveres pudriéndose a ambos lados. Los cuerpos se estaban cubriendo de escarcha a medida que el vacío penetraba en el casco de la *Iracundo*. Cada vez era más difícil respirar. El aire empezaba a ser escaso, y al haberse apagado el sistema de soporte vital, nada lo renovaba. El dolor hizo que el astartes siguiera moviéndose. Los tremendos pinchazos que sentía por todo el cuerpo le hacían saber que todavía estaba vivo y que podía seguir luchando.

Se moría. Mhotep lo sabía, pero no le tenía miedo a la muerte. Era el destino, su destino, y lo aceptaba por completo. Se esforzó por ponerse en pie, y la agonía infernal que sentía se intensificó. Sintió por un momento que iba a desmayarse.

Wsoric no estaba muy lejos de allí. Se encontraba en cuclillas sobre una pila de cadáveres. Eran los restos de los tripulantes y los capataces que se habían quedado aislados allí dentro cuando la cubierta quedó en cuarentena. Allí mismo habían perdido la razón, y Mhotep ni siquiera logró imaginarse lo que habían pensado, medio helados por el frío del espacio, cuando el demonio se había abalanzado contra ellos. Quizá incluso se habían alegrado de su aparición. Quizá incluso habrían perdido sus almas.

Wsoric se puso en pie y arqueó la garganta, que se distendió y se retorció cuando consumió el cuerpo del último de los supervivientes, y de ese modo se apoderó del alma que quedaba.

El demonio se dio la vuelta. Era una aparición en mitad de la oscuridad del matadero que habían creado los de su especie. Sonrió ante el patético intento de escapar de Mhotep.

—Siempre tengo hambre, astartes —le dijo—. Mi sed de almas nunca se sacia. Es igual que un chirrido constante en el cráneo cada vez que vengo a este plano. Tú la aplacarás durante un tiempo —le prometió mientras se dirigía hacia él.

Mhotep tropezó cuando se dio la vuelta para huir del demonio. La sangre le fluía de la coraza en los sitios donde Wsoric la había desgarrado. Ensangrentado y agotado, el astartes había tenido un pequeño respiro cuando la criatura captó el terror gemebundo que surgía del interior de la cubierta. Había encontrado con facilidad a los tripulantes al verse atraído por el miedo que sentían. Mhotep se había visto obligado a presenciar cómo el demonio los mataba.

—Me beberé tu esperanza y tu valor hasta dejarte seco —le prometió Wsoric.

Mhotep se puso en pie con un terrible esfuerzo, y tuvo que utilizar la lanza como si fuera una muleta. Se enfrentaría a su propia destrucción cara a cara y de pie. Extendió la mano y un nimbo de luz escarlata apareció en la punta de los dedos.

Wsoric ya casi se le había echado encima. Alargó una zarpa y cerró la garra alrededor de la mano del capitán.

Mhotep gritó por el dolor agónico que lo azotó cuando sintió que se le partían los dedos a pesar de estar protegidos dentro del guantelete. Dejó caer la lanza y se desplomó. Sólo la fuerza del demonio impidió que se estrellara contra el suelo.

—Sigues luchando, criatura insignificante —le dijo con una sonrisa burlona y cruel—. ¿Cómo podía pensar alguien como tú que podrías matar a algo como yo? —Las carcajadas estruendosas del demonio arrojaron saliva cáustica y sangre muerta contra el rostro de Mhotep.

—No intentaba matarte —murmuró el capitán de los Mil Hijos, levantando la cabeza hacia la bestia al mismo tiempo que se sacaba del cinto una granada incendiaria.

—¿Qué pretendes hacer con eso, hombrecillo? —inquirió Wsoric con una sonrisa

burlona.

—Te has quedado aquí demasiado tiempo —le contestó Mhotep—. Podrías haber cruzado el empíreo en cualquier momento para regresar a la *Abismo Furioso,* o haber vuelto al Immaterium, pero tus ansias de devorar almas te han perdido, bestia de la disformidad. ¡Mira!

De la carne de Wsoric salían pequeños chorros de un icor espeso, ya que la energía psíquica necesaria para mantenerlo en el universo material se estaba agotando. Su forma era cada vez más gelatinosa y etérea. Mhotep había captado el debilitamiento de la criatura cada vez que se enfrentaba a ella. Cada esfuerzo psíquico le había costado un poco más a Wsoric, y había destruido parte de la materia que lo mantenía estable en aquel plano de la existencia.

—No intentaba matarte —repitió Mhotep con su último suspiro—. Tan sólo mantenerte aquí el tiempo suficiente.

Alargó la mano que tenía libre y la llevó a través de la piel casi fundida de Wsoric. Allí dentro soltó el detonador que estaba sujetando.

El demonio rugió de rabia y de miedo.

—Humano lastimoso, devoraré tu…

Mhotep salió despedido hacia atrás por la onda expansiva cuando Wsoric estalló desde dentro y acabó destruido por la disolución de su esencia corpórea.

El capitán de los Mil Hijos quedó tendido sobre un charco creciente de su propia sangre y vio el espacio a través de una de las portillas artilleras de la pared de babor. Un fuego rugiente abrasaba los bordes del casco de la *Iracundo* debido a que la nave, atrapada por la gravedad de Formaska, se precipitaba hacia su superficie. Se imaginó los ríos de lava de la superficie desierta, los peñascos y las montañas, y sonrió mientras aceptaba su destino.

El sonido del reactor principal, a pesar de estar encerrado en su carcasa protectora, era ensordecedor. Cestus sabía que al otro lado había un pasillo de acceso pensado para permitir el paso del personal de mantenimiento cuando el reactor estaba apagado. Más allá se encontraba el núcleo incandescente de energía. Entrar allí significaba una muerte segura. Era un sacrificio que estaba más que dispuesto a hacer.

El ultramarine utilizó el lenguaje de signos de los astartes y le indicó a Brynngar que tomara una posición en el lado opuesto de la compuerta blindada que llevaba al pasillo de acceso. El lobo espacial se apresuró a obedecer, y estaba a punto de abrirse paso a través de la primera capa de blindaje cuando una ráfaga de bólter rebotó contra el metal y lo obligó a ponerse de nuevo a cubierto. Cestus lo siguió, con Skraal a su lado, y vio una escuadra de Portadores de la Palabra en formación de disparo situada sobre una pasarela elevada. La dirigía un comandante de armadura carmesí con rebordes dorados. Tenía un aspecto tan magnífico y arrogante que Cestus supuso de

inmediato que se trataba del capitán de la nave.

—Nos honra con su presencia —le dijo a Skraal a gritos para que lo oyera.

El devorador de mundos asintió. También él había reconocido al capitán. Sabía que se llamaba Zadkiel, y había sido él quien con su oratoria hiriente había intentado hacer que renunciara a su lealtad aprovechándose de sus debilidades. Skraal despreciaba actitudes como ésa. Salió corriendo desde su posición a cubierto en una postura semiagachada y desapareció detrás de un haz de tuberías. Luego apareció pistola en mano y empezó a disparar. Uno de los Portadores de la Palabra que los tenía inmovilizados con sus disparos salió despedido por encima de la barandilla de la pasarela agarrándose la garganta con una mano. El capitán mantuvo la posición al principio, pero dio un paso atrás cuando un segundo portador de la palabra cayó girando sobre sí mismo después de que un disparo le abriera un agujero humeante en el pecho.

—¡No, Skraal! ¡Es un suicidio! —gritó Cestus al ver que el devorador de mundos subía por la escalera directamente hacia los Portadores de la Palabra. Era imposible que lograra llegar hasta ellos antes de que lo acribillaran.

—¡Vamos! —aulló Brynngar, que empezó a golpear con el hacha la compuerta blindada aprovechando aquel respiro momentáneo—. Haz que su sacrificio merezca la pena.

Al distraer a los Portadores de la Palabra, Skraal había proporcionado a sus camaradas el tiempo que necesitaban abrirse paso hasta el reactor y acabar con la *Abismo Furioso*.

Cestus se puso en pie y comenzó a golpear también la compuerta con la espada de energía. El metal levantó un fuerte estruendo cuando se estrelló contra el suelo. Una oleada de tremendo calor salió del pasillo de acceso y provocó la aparición de varios iconos de advertencia que indicaban una situación crítica en el interior del casco del ultramarine.

—¡Los cintos de granadas! —gritó Cestus al mismo tiempo que alargaba una mano hacia el cinto que Brynngar llevaba encima.

—Es un viaje sólo de ida —le respondió el viejo lobo. Cestus se quedó mirando desconcertado a Brynngar.

—Sí. Dame las granadas.

—No te toca —le respondió el guardia del lobo un momento antes de propinarle un tremendo puñetazo en el casco.

Cestus cayó medio aturdido por el repentino ataque, y se dio cuenta con la visión emborronada de que Brynngar entraba en el pasillo de acceso.

—No hace falta que muramos los dos —oyó que le decía a gritos el lobo espacial —. Véngame, y venga a tu legión.

Skraal subió los peldaños de la escalera de tres en tres. A mitad de camino se quedó sin munición en la pistola, así que la tiró a un lado y se concentró en el hacha sierra. Los Portadores de la Palabra empezaron a disparar contra él en cuanto se puso a tiro. Uno de los disparos le acertó en la hombrera, y otro en el muslo. Un tercero le impactó de lleno en la placa pectoral y lo hizo trastabillar, pero la furia ya se había apoderado completamente de él y nada podría impedir que derramara la sangre de sus enemigos. Todas aquellas semanas en fuga, como… como un animal perseguido, encerrado en las profundidades de la nave como un esclavo. Ése no sería su destino.

Skraal recibió otros dos disparos en el pecho antes de alcanzar a sus enemigos. Uno de ellos lo atacó con una espada sierra, pero el devorador de mundos desvió el golpe y lo partió por la mitad a la altura del torso. Un segundo oponente se desplomó de rodillas agarrándose lo que le quedaba de cara, que Skraal le había aplastado de un golpe. Otro perdió un brazo y aulló cuando el devorador de mundos le propinó una patada que lo lanzó por encima de la barandilla a una muerte segura.

Luego Skraal se volvió hacia el capitán, que se mantenía firme y tranquilo ante él. Skraal aulló el nombre de Angron y se abalanzó contra Zadkiel dispuesto a desmembrarlo con su hacha sierra.

El capitán de los Portadores de la Palabra alzó con tranquilidad la pistola y le disparó en el cuello. El devorador de mundos realizó un último esfuerzo y lanzó un golpe.

Zadkiel aulló de dolor cuando la pistola bólter cayó partida en dos trozos acompañada de tres dedos aún cubiertos por el guantelete.

El devorador de mundos sonrió bajo el casco y sintió que las piernas cedían bajo su peso. Algo le cortó la médula espinal, y un frío repentino y terrible se apoderó de su cuerpo, como si lo hubieran sumergido por completo en hielo.

La visión se le volvió borrosa, pero logró ver a Zadkiel, de pie sobre él, con los muñones de los dedos de una mano sangrando mientras con la otra sacaba la espada larga y estrecha que le había clavado en la espalda.

—No soy un esclavo —le dijo Skraal con un siseo mientras se le escapaban los últimos chorros de fluidos vitales.

—Jamás has sido otra cosa —le respondió Zadkiel con ferocidad antes de clavar con precisión la hoja de la espada en la lente del visor, que atravesó hasta llegar al ojo del devorador de mundos.

El astartes muerto se estremeció mientras seguía ensartado en la hoja del portador de la palabra. Zadkiel retiró la espada con un movimiento elegante y Skraal se derrumbó en el suelo. El capitán limpió la hoja en el cadáver y después de echar un rápido vistazo a su mano destrozada, se volvió hacia sus sargentos.

—Y ahora, matad a los otros dos.

Cestus sacudió la cabeza para aclarársela y se dirigió hacia la escotilla, pero una nueva andanada de disparos lo obligó a retroceder de nuevo y lo separó del lobo.

—¡Maldito seas, Brynngar! —gritó, ya que sabía que el comunicador no funcionaba allí dentro.

La cubierta de motores no tardaría en quedar envuelta en llamas. La reacción en cadena que seguiría a la explosión provocada por la destrucción del reactor principal tendría proporciones cataclísmicas. Cestus no deseaba estar allí cuando eso sucediera. En su interior ardía una tremenda furia por la muerte de sus hermanos de batalla y la traición de los Portadores de la Palabra. Quería matar a Zadkiel, y aunque sabía que tenía pocas probabilidades de llegar hasta él en la cubierta de motores, también sabía dónde podría encontrarlo más tarde.

Cestus se dirigió hacia el hangar de las lanzaderas.

Brynngar avanzó a grandes zancadas por el pasillo de acceso mientras las oleadas de radiación lo rodeaban. Arrancó la primera capa de protección que daba a la cámara del núcleo del reactor. Echó abajo la segunda compuerta con sus propios puños. La sensación de descender hasta el corazón palpitante de la nave envolvió a Brynngar mientras se arrastraba sobre las manos y las rodillas a través del último conducto de acceso.

Arrancó la última barrera de protección, que ya se encontraba a bastantes metros por debajo de la superficie de la cubierta de motores, y cruzó el umbral de la cámara interior del núcleo del reactor. De inmediato sintió una tremenda sensación de calor. En la superficie de la armadura comenzaron a formarse ampollas y el lobo retrocedió por un momento. Un cono profundo descendía desde la estrecha plataforma en la que se encontraba el lobo espacial. Un viento caliente creado por el lago de fuego líquido que ardía al final del cono le azotó el cabello. Brynngar sintió que la piel también le ardía cuando la intensa radiación le arrasó la cara.

Mientras contemplaba la masa reluciente del reactor que se extendía allí abajo pensó que era un espectáculo hermoso. Era una energía pura e incandescente que hervía y se agitaba como una nube de tormenta.

El lobo espacial activó las bombas de fusión que llevaba al cinto y luego cerró los ojos. Había una caída de más de cien metros hasta el núcleo del reactor. Las paredes pulidas y en ángulo estaban bañadas de luz.

Brynngar dio un paso adelante y comenzó a caer. La primera explosión resonó como un trueno.

Las tormentas azotaron el cielo de color platino mientras Brynngar se encontraba en la orilla del plateado océano fenrisiano. La marea estaba alta y las olas chocaban contra los témpanos de hielo machacando su superficie con sus fuertes golpes. Sólo llevaba puesto un taparrabos, y tenía el cuchillo metido en el cinturón de cuero. Había

clavado la lanza de hueso de ballena en la nieve. Oyó un eco agudo que le llegó desde más allá del horizonte reluciente. Era la gran orca que lo llamaba.

Brynngar empuñó la lanza y se arrojó de cabeza a las aguas frías como el hielo. La luz comenzó a asomar por el horizonte y la tormenta se fue apagando. Tuvo una sensación extraña mientras nadaba. Le dio la sensación de que volvía al hogar.

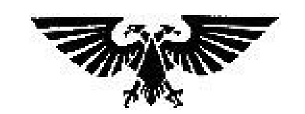
La liberación repentina de todo ese poder explosivo sacudió el reactor principal. La estructura cónica se partió y el plasma brotó rugiente. Se derramó como una monstruosa fuente de fuego y dejó vacía toda la sección del reactor con una abrasadora lluvia ardiente. Los ríos pegajosos de plasma atravesaron pasarelas y maquinaria, además de los cuerpos de los guerreros de Zadkiel. En los reactores secundarios se produjeron una serie de explosiones cuando se inició la terrible reacción en cadena. Se oyó un crujido sonoro y profundo cuando uno de los motores quedó despedazado por la tremenda oleada de energía.

Un trozo de la cubierta del reactor atravesó como un misil la cámara principal del reactor número siete, que respondió a la explosión con un inmenso desbordamiento de plasma ardiente. Los sistemas de emergencia se activaron de inmediato, pero no había forma de sellar una brecha cuando el plasma fluía sin contención alguna y se extendía por el interior del casco.

Los reactores número dos y ocho también sufrieron brechas y vaciaron el plasma que contenían en las profundidades de la sección de reactores. Los desgraciados tripulantes que todavía estaban trabajando en ese laberinto fueron devorados por aquella inundación repentina. El nivel de plasma alcanzó la base del reactor número siete, y la parte superior estalló lanzando otro chorro de plasma al aire, igual que si fuera una gigantesca fuente de color azul.

El aire súbitamente expandido por el calor reventó las compuertas y el casco cedió. Las capas interiores quedaron agujereadas y se llenaron de plasma antes de que el casco exterior también cediera finalmente y las tiras de color negro rojizo de combustible congelado por el vacío se perdieran por el costado reventado de la *Abismo Furioso*.

Zadkiel escapó arrastrándose de aquella destrucción en cuanto su nave comenzó a aniquilarse a sí misma desde dentro. Llegó al portal y lo selló antes de que al resto de su escuadra le diera tiempo a llegar. Observó con curiosidad y cierta indiferencia como un chorro de plasma caía igual que un cometa y destrozaba la pasarela donde se encontraban. El instinto de supervivencia hizo que se pusiera en pie. Conectó el comunicador y dio la orden de que se abandonara la nave para luego dirigirse al hangar de las lanzaderas antes de que fuera demasiado tarde.



VEINTIUNO
VÍSPERA DE LA BATALLA
CARA A CARA
LUCHAREMOS DE TODOS MODOS

Los estandartes de los Portadores de la Palabra, todos de color carmesí y cada uno con el emblema de los diferentes capítulos de la legión, apenas se movían en el aire artificial que corría por el Claustro de la Penitencia. Kor Phaeron permanecía de rodillas y solo delante del altar, que estaba coronado por una imagen de Lorgar, el profeta de Colchis. La escultura del primarca, tallada en pórfido y mármol, blandía en la mano el libro en el que había escrito por primera vez la Palabra.

El archicomandante estaba rezando. Era su fe lo que diferenciaba a los Portadores de la Palabra de los demás. Comprendían su poder. Lorgar había sido todo un ejemplo de lo que se podía llegar a conseguir cuando uno se percataba de su propio potencial. De hecho, Lorgar había conseguido convertirse en algo que era mucho más que eso. Cada portador de la palabra rezaba para entrar en comunión consigo mismo, con las fuerzas del universo, para descubrir el modo de liberar su fuerza latente y así poder utilizarla para llevar a cabo la obra de Lorgar. En la víspera de cada batalla, era la oración lo que preparaba a los Portadores de la Palabra.

En el claustro resonaron unas pisadas. Era un lugar de adoración lo bastante grande como para acoger a tres capítulos de hermanos de batalla, o a todos los tripulantes del *Infidus Imperator*, por lo que el sonido de las pisadas duró bastante tiempo.

—Estoy rezando —advirtió Kor Phaeron al intruso. La poderosa cadencia de su voz profunda se vio exacerbada por la acústica del templo.

—Mi señor, no hemos recibido ninguna señal —fue la temerosa respuesta.

Era Tenaebron, el maestre del capítulo del Vacío.

—¿Nada? —preguntó Kor Phaeron. La incredulidad ocultó su furia mientras se volvía hacia su subordinado.

—Los suplicantes que iban a bordo de la *Abismo Furioso* fueron activados, y poco después detectamos un fuerte destello psíquico, muy poderoso —contestó Tenaebron.

—¿Formaska?

—No, lord Phaeron.

El archicomandante se puso en pie. Iba con la cabeza descubierta y tenía un aspecto magnífico con las vestiduras de plegaria. Le sacaba más de una cabeza al maestre de capítulo.

—Debes estar completamente seguro de ello, Tenaebron.

Había un tono de advertencia implícito en la voz.

—Formaska todavía existe —contestó el maestre de capítulo.

Parecía viejo y débil comparado con la mayoría de los astartes, y aquellos que no conocieran a su capítulo habrían pensado que era un veterano lisiado, de los que se limitan a aconsejar y a dirigir las tropas desde lejos. Lo cierto era que sus ojos húmedos y su rostro triste ocultaban un alma de guerrero, algo que era capaz de demostrar con el báculo de energía que llevaba a la espalda y la pistola inferno que llevaba al cinto. Pero incluso la potencia de esas dos armas no tenía comparación con las horribles heridas que Tenaebron era capaz de infligir en la mente de sus enemigos.

—Zadkiel ha fallado —añadió sin necesidad.

Kor Phaeron se quedó pensativo unos momentos y se volvió hacia el altar, como si la estatua de Lorgar fuera capaz de aconsejarlo.

—Sígueme —le dijo Kor Phaeron al cabo de unos instantes, y a continuación se dirigió hacia las grandes puertas que había en el extremo más alejado del claustro. Cuando llegó allí, las abrió de par en par.

Cientos de Portadores de la Palabra estaban arrodillados y rezando a la luz de un millar de braseros que llenaban la catedral a la que estaba adjunto el Claustro de la Penitencia. Cada uno de ellos estaba sumido profundamente en su plegaria mientras buscaba en su interior algo más grande que él mismo con lo que poder vencer en esa batalla en nombre de Lorgar y así sellar la verdad de la Palabra. Casi todo el capítulo del Ojo Abierto, al que transportaba el *Infidus Imperator*, estaba allí reunido, con el maestre de capítulo Faerskarel de rodillas en el primer banco.

Faerskarel se puso en pie y saludó al archicomandante mientras se acercaba.

—Lord Phaeron, ¿ha llegado la hora?

—Zadkiel ha fallado —le contestó Kor Phaeron—. No tardarán en captar la presencia de la flota y Calth ya nos estará esperando. Esto no será la matanza de la que habíamos hablado. Esto será una batalla hasta las últimas consecuencias, y Calth

no se rendirá con facilidad. Tendremos que arrancarle la victoria de las manos al enemigo, como siempre hemos hecho.

Faerskarel no dijo nada, sino que se volvió hacia sus Portadores de la Palabra, que se pusieron en posición de firmes de inmediato y al mismo tiempo.

—¡Portadores de la Palabra! —gritó Kor Phaeron—. ¡A vuestras cañoneras y cápsulas de desembarco! ¡Ha llegado el momento de ir a la guerra, de la victoria o de la muerte! ¡Armaos y rezad vuestras últimas plegarias, porque nos están esperando los Ultramarines!

Cestus llegó con rapidez al hangar de las lanzaderas. Pocos enemigos se le opusieron tras el pánico que se produjo por la orden de abandonar la nave. Aquellos que lo hicieron fueron sobre todo tripulantes fanáticos u operarios ansiosos de sangre, y a todos ellos los mató con la pistola o la espada.

La cubierta bajo los pies del ultramarine se estremeció y se inclinó hacia un lado por un momento. Cestus tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en pie. Había oído la primera de las explosiones que se produjeron en el reactor principal y que empezaron a destruir la nave. En esos momentos se producían explosiones secundarias a cada instante y por todas las cubiertas a medida que la reacción en cadena provocada por el sacrificio de Brynngar iba destrozando a la *Abismo Furioso*.

El resto de la tripulación, las cohortes de Portadores de la Palabra y los oficiales del puente de mando todavía no habían llegado al hangar. Cestus dudó mucho de que lo lograran después de ver cómo se alzaban columnas de fuego en distintas partes de la cubierta y cómo la estructura del hangar se deshacía a su alrededor.

Cruzar aquella extensión metálica era jugarse la vida, ya que las naves estallaban y se convertían en tormentas de metralla, y los escombros caían como si fuera lluvia. Cestus vio a un tripulante morir aplastado por un trozo de arcada que le cayó encima. La mano del hombre siguió moviéndose en sus últimos momentos de agonía.

Del hangar principal salían centenares de antecámaras pequeñas. Cada una albergaba cuatro lanzaderas, aparcadas de dos en dos. Cestus entró en la primera antecámara que encontró que no estaba envuelta en llamas o bloqueada por los escombros caídos.

En cuanto cruzó el umbral vio una figura solitaria iluminada por los fogonazos de las luces de emergencia de las pistas de despegue. La antecámara estaba envuelta en la penumbra, pero Cestus reconoció la librea de la armadura.

—¡Portador de la Palabra! —gritó.

La figura, que estaba a punto de subirse a la primera lanzadera, se dio la vuelta y miró con frialdad al ultramarine.

—Así que es a ti a quien debo agradecerle todo esto —le dijo con voz tranquila al mismo tiempo que miraba a su alrededor con los brazos abiertos.

Cestus le contestó con una mirada de desprecio mientras desenvainaba la espada de energía. Los rayos que recorrieron la hoja afilada iluminaron el rostro del ultramarine con un brillo sombrío.

—Eres Zadkiel —Cestus lo dijo como si fuera una acusación—. Creía que el capitán debía hundirse con su nave.

—Ése no será mi destino —le contestó Zadkiel, desenvainando también su espada.

La hoja de su arma también centelleó por la energía que contenía. Era más larga y algo más estrecha que la de Cestus. Sin duda la había creado un forjador de Marte, y un artesano de la legión había añadido todos los elementos decorativos.

—Tengo tu destino aquí, en mi mano —le prometió Cestus.

Pensó de nuevo en Antiges, muerto en combate, en los hermanos de batalla a los que habían matado los depredadores de la disformidad que habían penetrado en la *Iracundo*, en Saphrax y sus guerreros, aplastados contra el casco de la *Abismo Furioso* sin honor alguno, en Skraal y en Brynngar, sacrificados en el altar de la victoria y de la esperanza.

—Aquí es donde se acaban todas tus palabras —añadió.

—Eres un estúpido, ultramarine —bufó Zadkiel—. Ignoras el poder de la galaxia. Entre nosotros caminan los dioses, astartes. ¡Dioses de verdad! No fantasmas o espectros o alienígenas intrusos, sino seres con poder auténtico, ¡seres que responden a las plegarias!

Los ojos le brillaban de fervor.

Cestus supo que ésa era la religiosidad por la que el Emperador había reprendido una vez a la legión de Lorgar. Zadkiel era un fanático. Todos los guerreros de los Portadores de la Palabra lo eran. Siempre lo habían sido. ¿Cómo era posible que su engaño y su hipocresía se hubieran mantenido ocultos durante tanto tiempo?

—Hemos hablado con ellos. ¡Nos han escuchado! —continuó diciendo Zadkiel—. Ven el futuro como lo vemos nosotros. La disformidad no es tan sólo un océano donde los viajeros espaciales ignorantes se pueden ahogar. Es otra dimensión, y mucho más maravillosa que el espacio real. Nuestra realidad es la sombra de la disformidad, no al revés. Lorgar y las inteligencias que habitan la disformidad tienen la misma visión: que nuestra realidad y la disformidad se conviertan en una sola cosa, ¡donde la mente humana no tendrá límites! ¡El verdadero conocimiento, ultramarine! ¿Eres capaz de imaginártelo?

—Soy capaz —le respondió Cestus con la mirada llena de compasión—. Es una pesadilla condenada a fracasar.

Zadkiel soltó un bufido de desprecio.

—Subestimas el poder de la Palabra —le respondió.

—Hablar es muy fácil, fanático —le contestó Cestus.

El ultramarine se quitó el casco para que su enemigo pudiera ver el rostro de quien lo iba a matar, y se lanzó contra el portador de la palabra.

Una tremenda descarga de energía iluminó el lugar cuando las dos armas chocaron: la espada ancha de Cestus y la espada ropera de Zadkiel.

Las chispas saltaron en cascada cuando los dos astartes se separaron sin despegar las hojas. Luego, saltaron hacia atrás con rapidez. La rabia impulsaba los golpes de Cestus. Preparó un golpe lateral destinado a atravesar la hombrera del portador de la palabra, pero Zadkiel vio venir el golpe y se echó a un lado, y en el mismo movimiento clavó en el muslo de Cestus la punta de la espada. El rostro del ultramarine mostró un gesto de dolor al recibir la herida. Retrocedió y dio un mandoble en el aire para obligar a Zadkiel a mantenerse a distancia.

—Soy un espadachín experto, ultramarine —le dijo Zadkiel, provocándolo con astucia—. Soy tan hábil como cualquiera de los hijos de Guilliman. No me vencerás.

—¡Ya basta de palabras! —rugió Cestus—. ¡Defiéndete!

Atacó a Zadkiel con un mandoble a dos manos. El portador de la palabra se apartó de la trayectoria del golpe y utilizó el impulso del propio ultramarine para hacerle perder levemente el equilibrio. Luego convirtió el movimiento de respuesta en una estocada que atravesó el hombro de Cestus al pasar por debajo de la hombrera. Una segunda estocada le abrió un surco doloroso en mitad del pecho y el ultramarine retrocedió trastabillando.

Cestus, que estaba jadeando, aprovechó los valiosos segundos que le proporcionó esa retirada y se colocó en una postura defensiva baja antes de intentar atacar por debajo de la guardia de Zadkiel. El portador de la palabra se echó a un lado sin dificultad alguna para esquivar el ataque del ultramarine y le propinó una tremenda patada en el estómago.

El capitán ultramarine se dobló sobre sí mismo y sintió un dolor intenso en el costado. Vio un destello de luz y notó un fuerte calor cuando la espada de su oponente le pasó cerca de la piel al descubierto. Un dolor agónico llenó por completo su mundo cuando el portador de la palabra volvió a clavarle el arma en una pierna. Cestus se desplomó sobre una rodilla, aturdido por el dolor. Recibió otro golpe en la barbilla, pero fue un puñetazo que lo hizo caer de espaldas.

El ultramarine levantó la espada justo a tiempo antes de que Zadkiel se lanzara de nuevo contra él. El portador de la palabra le propinó una fuerte estocada que se estrelló contra la guardia improvisada del ultramarine. La hoja quedó cerca del rostro de Cestus, y su propia espada de energía era lo único que impedía que le cortara de un solo tajo la cabeza. Mientras tanto, el hangar de las lanzaderas y la *Abismo Furioso* se deshacían a su alrededor.

—Ríndete —siseó Zadkiel mientras empujaba un poco más el filo de su espada hacia el cuello de Cestus.

—Jamás —respondió el ultramarine con un gruñido.

—¡Calth está muerto, ultramarine! —le gritó Zadkiel—. ¡Tu legión está condenada! ¡La cabeza de Guilliman acabará colocada sobre la corona de Colchis y será mostrada en triunfo por todo el camino hasta Terra! ¡En ningún sitio está escrito que tú puedas cambiar la Palabra!

Una vez, cuando Cestus no era más que un aspirante, uno de los centenares reclutados en los valles de Macragge para ser examinados ante los hijos de Guilliman, había subido por los peldaños del templo de Hera. Se había enfrentado a los latigazos que le propinaban los aspirantes fracasados del año anterior, que fustigaban a cada uno de los jóvenes que intentaba ser el primero en llegar arriba. Había cazado en los bosques del valle de Laponis. No era allí donde había aprendido que los débiles se rinden y los fuertes perseveran. Eso ya lo había aprendido a una edad muy temprana, o ni siquiera lo habrían admitido como aspirante. Lo que allí había aprendido era que la perseverancia no era lo único que creaba la diferencia entre el éxito y el fracaso. Podía cambiar el resultado de la prueba y conceder una victoria donde antes no había sido posible. Sólo la voluntad podía cambiar el universo. Eso era lo que convertía a un simple humano en un ultramarine.

Fue la voluntad lo que permitió a Cestus empujar hacia atrás a su oponente en la antecámara del hangar de lanzaderas, lo que le permitió aplastarle los dedos mutilados para que aflojara su presa. Fue la voluntad lo que le permitió ponerse en pie, y fue la voluntad lo que le permitió cortarle la mano de la espada al portador de la palabra por la muñeca cuando la alzaba.

Zadkiel se agarró el muñón, cayó de rodillas y agachó la cabeza.

—Esto no cambiará nada, ultramarine —le dijo con un tono de voz admonitorio —. Es el comienzo del fin para tus hermanos.

—Y a pesar de eso, lucharemos de todos modos —le respondió Cestus, y con un gruñido de esfuerzo, lo decapitó.

El cuerpo sin vida del portador de la palabra se desplomó mientras la cabeza rodaba por la cubierta. Cestus cayó sobre una rodilla a su lado y descubrió que ya no podía sostener más la espada, que chocó con un repiqueteo contra el suelo. El ultramarine se llevó una mano al costado y vio que el guantelete quedaba cubierto de sangre. Después de todo, Zadkiel sí que le había propinado un golpe letal.

Se rió por lo ridículo de la situación. No había sentido más que un fuerte pinchazo metálico, tan inocuo en apariencia y tan mortífero en realidad.

El mundo se estaba convirtiendo en una bola de fuego alrededor de Cestus. Cayó pesadamente al lado del cadáver de Zadkiel. El sonido del metal al desgarrarse le indicó que la integridad estructural de la antecámara no resistiría mucho tiempo más.

La *Abismo Furioso* había sido destruida por completo. El plan concebido para aniquilar a los Ultramarines no podría llevarse a cabo. Aquellas ideas proporcionaron

un poco de alegría a Cestus antes de que muriera. Pensó en Macragge y en la gloria mientras su propia sangre se encharcaba a su alrededor, y por fin se sintió en paz. Su deber acababa con la muerte.

Este final para la Palabra no es un final en absoluto, ya que continuará. El futuro tal y como está escrito no es más que una mínima fracción de las maravillas que quedarán al descubierto por mi visión. Cuando la humanidad y la disformidad se hagan una sola, cuando nuestras almas se unan en el interminable océano psíquico, la verdad de la realidad se abrirá a todo el mundo y entraremos en un eón donde quedará claro que incluso los más iluminados de entre nosotros habrán estado caminando en la oscuridad en la búsqueda de alguna clase de verdad que nos sostenga.

Sí. Las maravillas que busco no son más que el principio. Para nuestros enemigos, aquellos que se atreven a desafiar al futuro e intentan aplastar la esperanza de nuestra especie, el dolor no ha hecho más que empezar. Nuestros enemigos lucharán, y perderán, y la destrucción caerá sobre ellos porque está escrito. Incluso más allá de esas primeras batallas existe un purgatorio del alma que ni siquiera el más atormentado de nuestros oponentes puede llegar a imaginarse. Sí. Para aquellos que se nieguen a participar en la Palabra, estos odiosos dolores del nacimiento del futuro no serán más que un simple fragmento de su sufrimiento venidero.

La Palabra de Lorgar